







Anatomía de una Utopía

Tomo III

Luis Eugenio Todd







Anatomía de una Utopía

Tomo III

Luis Eugenio Todd

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



Primera edición 2022

Reyes, David de Jesús, autor

Panorama de la seguridad pública en Nuevo León / David de Jesús Reyes, Sagrario Garay Villegas; colaboradoras, Rosa María Flores Martínez, Esmeralda González Almontes. Monterrey, N.L., México : Universidad Autónoma de Nuevo León, Facultad de Trabajo Social y Desarrollo Humano, 2017. 358 páginas. : ilustraciones ; 21 cm.
(Colección: Tendencias)

ISBN:

1. Seguridad pública – México – Nuevo León. 2.- Prevención del delito 3. Derechos humanos – Nuevo León I. Garay Villegas, Sagrario, aurora. II. Flores Martínez, Rosa María, colaboradora. III. González Almontes, Esmeralda, colaboradora.

LC: HV8161.A2 R39 2017 Dewey: 363.10972 R456p

Santos Guzmán López

Rector

Juan Paura García

Secretario General

José Javier Villarreal

Despacho de la Secretaría de Extensión y Cultura

Antonio Ramos Revillas

Director de Editorial Universitaria

Anatomía de una Utopía. AUTOBIOGRAFÍA 1989 A 2022. Tomo III

© Universidad Autónoma de Nuevo León

© Luis Eugenio Todd Pérez

Dirección de Editorial Universitaria UANL

Padre Mier 909 Pte. esquina con Vallarta, Centro, Monterrey, Nuevo León,
México, C.P. 64000.

Teléfono: (81) 8329 4111.

e-mail: editorial.uanl@uanl.mx

Página web: editorialuniversitaria.uanl.mx

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra -incluido el diseño tipográfico y de portada-, sin el permiso por escrito del editor.

Impreso en Monterrey, México.

Printed in Monterrey, Mexico





En gratitud

*Lo dedico a mi universidad,
que me ha dado todo lo que he podido ser y hacer.*

*A Elvira y a mi familia,
por su comprensión y tolerancia
en el largo peregrinar de mi vida activa.*







En gratitud

*Me acompañaron el licenciado Juan Roberto Zavala,
a quien le agradezco 45 años de entrega filial.
También al maestro Rodrigo Soto
y a la licenciada Edith Flores
por su entrega plena a mis proyectos.*

*Gracias a la Secretaría de Extensión y Cultura de la UANL,
que dirige José Javier Villarreal Tostado,
así como a la Editorial Universitaria,
cuyo director es Antonio Ramos Revillas.*







Índice

Prologo	15
Introducción	19
Capítulo I	
Mi segunda aventura en el sector público federal	25
Nuestra casa	28
Nuestra vida social	29
La toma de posesión	33
Mi equipo de trabajo	36
Mi encuentro con un gran político mexicano:	37
Manuel Bartlett	37
Los puntos sobre las íes	41
La conciliación	42
Relevo en la SEP	43
El desencuentro	44
¡Ah, la política!	45
Los primeros pasos en la Subsecretaría	50
El Colegio de México	53
Llega Zedillo	54
La campaña del candidato presidencial	55
Carlos Salinas de Gortari	55
La Universidad: ¿esperanza o ineficiencia?	60
Sobre el presidente Carlos Salinas de Gortari	68
Mis encuentros con el presidente Salinas	71
Sobre el presidente Ernesto Zedillo	76
Mi salida de la SEP	80
Fallece la mamá del presidente	83
Personalidad de Zedillo	85
Sale Salinas, entra Zedillo	89
Muerto el rey; viva el rey	89
La cultura de la ingratitud	89
Conclusiones y síntesis de esta época	93
Visión de la Universidad Mexicana 1990	96
La antesala de la crisis	98
Mi encuentro con Polo del Real	100



Capítulo II

Mi aventura en Europa	107
La familia en París	108
La educación de nuestros hijos	109
Mi arribo a la UNESCO	112
Mis oficinas en la UNESCO	114
El despertar a un nuevo mundo	115
Elvira	117
París. Nostalgias...	120
La mística de los restaurantes en París	122
Reflexiones de París	128
La vida cotidiana	132
París y los embajadores	135
Los países árabes	138
El cristianismo	140
Algunos invitados especiales	142
Carlos Fuentes	142
Andrés Henestrosa	147
Otros personajes	149
Federico Mayor Zaragoza	150
Nelson Mandela	153
Fidel Castro	155
Yaser Arafat	156
Jorge Edwards (Embajador de Chile)	158
Jorge Asís	159
Gabriel García Márquez	161
Síntesis	162

Capítulo III

El regreso	167
Un prólogo de Andrés Henestrosa (182)	172
Guillermo Elizondo (184)	173
Mi aprendizaje y la campaña	175
Los medios desbordan la democracia	177
Vámonos de crucero con Todd	180
De los candidatos	183
La debatitis crónica	190
La familia	194
La amistad, tesoro perdido	198
El desastre	201
Las noches tristes	205
En el gobierno de Natividad González Parás	210

Capítulo IV

El CECYTE y el COCYTE	215
El CECYTE	216
Regresando al CECYTE	218
El CECYTE: estabilidad académica	219
El CECYTE: crónica de una infamia	221



Capítulo V	
El amor: la sublimación de la especie (256)	229
La panacea	233
Sustancia	234
El amor nació desde el crepúsculo de la época de los griegos	235
La familia	236
La medicina, mi fuente del saber	240
Dinero y felicidad	244
El shock del futuro.	246
Hacia una nueva visión del mundo contemporáneo	246
Epílogo	251
Mi vida actual	255
La jubilación dinámica	255
Retirado de la función pública	256
Mi rector	258
Los hijos: fuente de inmortalidad	260







Prólogo

El Dr. Luis Eugenio Todd Pérez describe en este libro la trayectoria de su vida a partir de 1989, desde su nombramiento como Subsecretario Federal de Educación Superior, la titularidad, en París, de la embajada de México en la UNESCO, organismo cuyo fin último es conseguir la paz mediante la cooperación internacional en los ámbitos de la educación, la ciencia, la cultura y la comunicación e información y su “regreso” a Monterrey, colaborando en el gobierno estatal, pues estuvo al frente, tanto de la Coordinación de Ciencia y Tecnología, como del Colegio de Estudios Científicos y Tecnológicos, así como su participación como candidato independiente a la gubernatura del Estado y su “jubilación dinámica” integrado a su Alma Mater: la UANL.

Conocí al Dr. Todd siendo yo estudiante de la Facultad de Medicina de la UANL y claramente lo recuerdo impartiendo la cátedra de nefrología, que era su especialidad. Además, tengo muy presente que en esa época se desempeñaba como académico, investigador y que enseñaba en forma fluida, muy didáctica e impactaba su manera elocuente de hablar. Él comentaba frecuentemente y nosotros sus alumnos lo escuchábamos convencidos, que lo más importante en la vida es la academia y la investigación y que él nunca se iba a integrar a la política; pero de acuerdo a las circunstancias esto no ocurrió, pues la política forma parte sustancial de su vida.



De ahí que los acontecimientos más importantes de su vida los narra como una novela viviente, en donde él interpreta y analiza, de acuerdo a su visión personal, la relación con los diferentes personajes con los que le tocó convivir y de algunos de ellos hasta nos presenta características, a veces superficiales y otras recónditas, que los distingue.

El Dr. Todd regresa a Monterrey después de transitar en París y convivir con grandes escritores, políticos, artistas y embajadores que le cambiaron su forma de pensar y sobre todo de analizar la transformación de la sociedad, el impacto de la educación y el futuro del siglo XXI, con una visión social y paradigmas que fortalezcan la responsabilidad social.

Al llegar a nuestra ciudad describe que la realidad de su vida cambió desde el punto de vista social y económico y tuvo que adaptarse a las nuevas circunstancias. Además, su espíritu político nuevamente lo introduce en una campaña electoral a la gubernatura de su estado, Nuevo León y relata los acontecimientos y los posibles resultados que, de acuerdo a él, se deberían de haber presentado, conforme el número de votantes y a los datos obtenidos por sus seguidores.

Todo eso forma parte de ese espacio del tiempo que él llama “el regreso” y en el cual se integra a las actividades educativas en la Coordinación de Divulgación Científica de la UANL.

Esta narrativa tipo novela, que se presenta en estricto orden cronológico, pues es la tercera parte de su biografía, ubica en un tiempo y un espacio determinado a los personajes y amigos que, de acuerdo a él, le permitieron desarrollarse y consolidar las ideas de cambio y como él lo cita: “Los logros y fracasos obtenidos en las aventuras institucionales que mi estado, mi universidad y mi país me han permitido en el quehacer de mi devenir histórico”.

Además, nuestro autor logra una valoración, con auténtico valor literario, de las épocas y los personajes presentados en la obra, lo que nos permite incursionar en la historia de entidades del sector público nuevoleonés y de nuestra Universidad Autónoma de Nuevo León.

Por último y como parte central de su vida y de su obra, destaca a la familia, integrada por su esposa Elvira, sus hijos Gabriel, Mauricio, Lucía, Rodrigo, Isabella y Carolina y los describe como la gran influencia que le dio fuerza espiritual para poder emprender y afrontar esta odisea de su vida.



Prólogo

Agradezco al Dr. Luis Eugenio Todd Pérez la confianza para elaborar el prólogo de este libro y le reitero mi cariño y amistad a él y a su familia.

Dr. Jesús Ancer Rodríguez





Introducción

En el marco de los libros anteriores que he titulado *Anatomía de una utopía*, y que describen mis experiencias biográficas durante los acontecimientos locales, nacionales e internacionales que me ha tocado vivir, ahora me aventuro a hundir mis pensamientos en la parte más compleja, disímbola y versátil de mi vida personal, con los logros y fracasos obtenidos en las aventuras institucionales que mi estado, mi universidad y mi país me han permitido tener en el quehacer de mi devenir histórico, en el que he buscado siempre mi propio destino, a través de la trascendencia en el servicio público o universitario, con el objetivo de la satisfacción, no siempre plena, pero sí inquieta, de mi personalidad en el ámbito cultural en el que ha estado inmersa.

Este documento contiene la descripción de mi vida desde diciembre de 1988, cuando ingresé al sector público federal, por la confianza del entonces presidente Carlos Salinas de Gortari, con la nominación de subsecretario de Educación Superior e Investigación Científica. Posteriormente, abundo en mis pininos, que se consolidaron en el ámbito internacional, cuando fui designado por el presidente, Embajador y Representante Permanente de México ante la UNESCO, con sede en París, Francia.

Allí desarrollé muchas inquietudes y representé a mi nación en temas to-
rales del mundo contemporáneo, como son la educación, la ciencia y la cul-
tura, y aprendí un gran acervo de conocimientos derivados de las relaciones
interhumanas con personajes de otras naciones y por los contactos vívidos
del arte de la diplomacia que se practica a través de las representaciones
multilaterales que nuestro país tiene en el cosmos actual.

Fueron cuatro años de profundas realidades, acompañadas de céleres
sueños, de los cuales guardo bellos recuerdos, porque desarrollé toda mi
creatividad al amparo de una posición que me permitió madurar y crecer, y
conmigo a mi familia, que me acompañó en todos esos avatares existenciales
profundos, a través del continuo roce, afectos, intrigas y sinsabores, pero
también satisfacciones que se encuentran en el contagio con otras formas de
ser, de pensar y de vivir, que están presentes en esa organización.

Todo eso me permitió, además de la maduración, una convivencia fami-
liar extraordinaria, que forma parte de mi nostalgia y mi melancolía, pues
recuerdo, con alegría y emoción intensa, la bella ciudad de París, y todo
aquello con que mi esposa y nuestros hijos me alimentaron, aunado a mi pre-
sencia combativa y vital en el desempeño de mi posición como embajador.

Posteriormente regresé a mi ciudad, la que me vio nacer, Monterrey, don-
de, por circunstancias históricas y contradicciones personales con el entonces
presidente Zedillo, me encontré bruscamente al margen de la esfera guber-
namental y, alimentado en mi vanidad con una utopía hecha credulidad,
me aventuré, *motu proprio*, a ser candidato ciudadano a la gubernatura del
Estado de Nuevo León, por un partido que en aquella época producía temor.

De esa experiencia, recuerdo con alegría mi derrota y mi encuentro con la
realidad posterior, en donde, solo y sin los instrumentos que da el quehacer
público, tuve que refugiarme en la grandeza y solidaridad de mi *alma ma-*
ter, donde volví a reencontrar el rumbo como maestro y como médico, pero
siempre consciente de que si bien el Dios espiritual perdona, el dios Cronos
hace que uno pierda la memoria, y le impide revirar hacia las actividades del
pasado.

Así, ese periodo se caracterizó por incertidumbre y problemas que descri-
biré, a fin de generar experiencias compartidas que puedan ser de utilidad a
la forma de pensar de los jóvenes en la actual sociedad de nuestro querido
México.

Pasado algún tiempo, y por la confianza del gobernador Natividad González Parás, regresé al sector público, en la Coordinación de Ciencia y Tecnología y en el Colegio de Estudios Científicos y Tecnológicos del Estado de Nuevo León, donde, después de nueve años de logros académicos, que me dejaron grandes satisfacciones, por haber cambiado radicalmente el esquema educativo de ocho mil jóvenes, me encontré con la cruda y cruenta realidad de la política del poder, que me hizo renunciar por la ingratitud, hecha difamación, de dos excolaboradores.

A estas personas les había concedido múltiples favores y las había tratado con tolerancia, pero tal vez alimentados por el demonio de la ingratitud, me obligaron a volver a la realidad del mundo pragmático, de intereses monetarios y de resentimientos que caracteriza en algunas áreas a la política de circunstancias.

Ante el asombro del cataclismo de mi choque con el sentimiento de la justicia, regresé de nuevo, por consideración especial del rector y del director de la Facultad de Medicina, a la Universidad Autónoma de Nuevo León, institución que me formó y me permitió trascender, y que ha sido siempre mi refugio, como si fuese una iglesia medieval, en donde la caja de caudales guarda todavía recuerdos y permite la comprensión y el perdón.

De eso y muchas cosas más trataremos en este documento, que espero sea útil para los lectores, y no solo para mi autoestima, que está en continua lucha con mi autocrítica personal.





Alfredo Ramos Martínez: Retrato la dama
1915. Pastel sobre papel 86 x 70 cm
Colección Particular
Fotografía: Roberto Ortiz Giacomán





CAPÍTULO I

Mi segunda aventura en el sector público federal

Estaba yo muy tranquilo y relajado en mi oficina de la Secretaría de Educación del Estado de Nuevo León, cuando entró presurosa mi secretaria, Leonor Rodríguez, para decirme: “doctor, tiene una llamada del presidente Salinas de Gortari; por favor, tómela”. Presuroso y nervioso tomé con mis manos el auricular, y escuché una voz ronca y de tono autoritario, que me espetó bruscamente: “¿habla el doctor Luis Eugenio Todd?”, a lo que respondí: “sí, señor, a sus órdenes”. “Espere un momento. Le voy a comunicar con el señor presidente de la república, Carlos Salinas de Gortari”.

La pausa que siguió a esa breve introducción, me hizo pensar en muchas cosas, y vinieron a mi mente las palabras de don Raúl Salinas Lozano, quien siempre me expresó que yo debía tener una oportunidad en el gobierno de su hijo, y que me consideraba como parte de su familia, por el cariño que me tenía doña Margarita, maestra de profesión y madre del presidente.

Ella siempre me acompañaba en las presentaciones de mis libros, que escribí con base en la experiencia que adquirí durante el gobierno de Jorge Treviño, en mi posición de secretario de Educación del Estado.

Mi imaginación, como de costumbre, voló hacia horizontes extraños; pero, en el fondo, había un sentido realista que me permitía deducir que, si el pre-

sidente me hablaba, era porque me quería incluir en su proyecto educativo, el cual le había encomendado el día anterior al licenciado Manuel Bartlett, al nombrarlo secretario de Educación, y en el segundo día de su mandato se había acordado del que esto escribe, lo que me produjo una confusión mental, pues no sabía exactamente cuál sería la invitación o la pregunta que el presidente quería hacerme en ese momento.

Después de un minuto de agonía expectante, oí la voz siempre con tono del Distrito Federal, pero con la seguridad que le acompañó durante todo su sexenio, de un personaje con una vitalidad y una energía muy especiales y una inteligencia rápida, de brillantez única, que había sido electo presidente de México, después de una dura campaña política.

El presidente me saludó con afecto y me dijo: “Oye, Todd, ¿cómo está Monterrey, ¿cómo está el clima?” Yo pensé: “¿a mí qué me importa el clima?”, y le contesté: “pues Monterrey está muy bien, señor presidente, y el clima es agradable. ¿En qué le puedo servir?” Sin preámbulo alguno, me contestó: “Mira, Todd, te hablo porque quiero que colabores conmigo, y me gustaría conocer tu opinión”.

Yo pensé “por supuesto”, y afirmé: “me da mucho gusto, señor presidente, de que se haya acordado de mí, y estoy encantado de servirle”. Y él replicó: “quiero que seas Subsecretario de Educación Superior”. Yo me sentí muy satisfecho, y le dije: “Sí, señor, a sus órdenes; agradezco mucho su deferencia”. Él insistió: “Habla de inmediato con el secretario Bartlett, y le informas de mi decisión, para que te presentes lo más pronto posible a tomar posesión”. “Señor presidente, le agradezco mucho la designación, y le aseguro que pondré todo mi entusiasmo y capacidad al servicio de la nación; con gran emoción recibo esa encomienda, y vaya mi gratitud para usted y su familia”. “Bueno, Todd, adelante; nos veremos pronto”, y colgó.

Pensativo y alegre con mi autoestima, y con mi ego alimentado por esa llamada, me senté en mi sillón preferido, volteé mi mirada hacia la ventana, y vi el cielo azul, que en esa época iluminaba nuestra ciudad.

Después de varios suspiros y comentarios, y antes de hablarle a mi esposa Elvira para informarle de la designación, oprimí el intercomunicador y dije: “Leonor, comuníqueme por favor con el secretario de Educación Pública, el licenciado Manuel Bartlett”. A Bartlett lo había visto yo en pocas ocasiones, pero siempre me había inspirado cierto respeto y admiración, por su pre-

sencia política, cuando fue secretario de Gobernación, en el gobierno del licenciado Miguel de la Madrid Hurtado.

Tres o cuatro minutos tardó mi secretaria para comunicarse a la Secretaría de Educación, y me pasó la llamada, diciéndome: “doctor, está en la línea el secretario particular del licenciado Bartlett”.

Ese hombre, que responde al nombre de Antonio Cantú, y es originario del Estado de Nuevo León, me saludó con afecto y me dijo: “¿Qué pasó, doctor? ¿En qué le puedo servir?” Le repliqué: “Oye, Toño, te agradeceré que me pongas en contacto con el señor secretario Bartlett”, a lo que me contestó: “Fíjate, Luis, que como acabamos de tomar posesión, él está muy ocupado; yo creo que si le hablas la semana que entra, te podré comunicar con él para que lo saludes, pero ahorita lo veo difícil”. Yo insistí: “Toño, el presidente de la república me habló por teléfono, y me pidió que me comunicara de inmediato con el licenciado Bartlett”. “¡Ah!, eso me hubieras dicho antes; no sabía, déjame pasártelo”.

Así, minutos después me saludaba, como era su costumbre, siempre atento y firme, el gran político que es Manuel Bartlett, a quien le tengo admiración y respeto, pues lo considero un gran mexicano, a pesar de que en los primeros años de mi contacto institucional con ese personaje, tuve que sufrir las penas y sinsabores derivados de que mi nombramiento no le había sido consultado, y de que él tenía ya en mente al maestro Pérez Correa para ocupar esa posición.

“Hola, Luis, ¿cómo estás?, ¿en qué te puedo ser útil?” “Manuel, te hablo, porque el señor presidente Salinas me pidió que te informara que me va a nombrar subsecretario de Educación Superior, para trabajar bajo tus órdenes, y que me comunicara contigo, para que me presente lo antes posible a que me des posesión del puesto”. “Hombre, Luis, me da mucho gusto”, dijo Bartlett, con aparente alegría, pero en el fondo percibí que, al no estar informado previamente, había un dejo de molestia en esa expresión, cortés por supuesto.

Y es que mi designación había sido un poco fuera de los cánones convencionales, que indican que primero se informa al secretario y luego se lleva a cabo la nominación correspondiente. De todas formas, Manuel, como es un político muy avezado, rápidamente se adaptó a la circunstancia y me dijo: “¿Qué te parece si te vienes el lunes, como a las once de la mañana, para que

de inmediato te dé posesión, aquí en la Secretaría, y traes alguna gente de allá de Nuevo León, para que te acompañe, y hacemos una breve ceremonia?

“Voy a informarle al doctor Manuel Velasco, para que te haga entrega de esa posición; él te proporcionará la información que corresponda, pues su oficina está aquí al lado de la mía”, a lo que le respondí: “Muchas gracias, licenciado Bartlett, estoy muy contento con esta oportunidad, y te aseguro que tendrás toda mi lealtad y mi capacidad al servicio del país para llevar adelante la encomienda del señor presidente”. “Muy bien, Luis”, me señaló, “nos vemos pronto y quedo a tus órdenes”.

Posteriormente a esa llamada, y ya con mis ideas en total confusión, pero con alegría existencial, me comuniqué con Elvira y le comenté sobre el tema, y también hice lo propio con mi compadre, el doctor Moreira, a quien le pregunté si me acompañaba en esa aventura, y me dijo que encantado, porque era algo muy interesante, además de gran repercusión política para mi futuro personal. Le comuniqué lo mismo a Orel Darío y a Juan Roberto Zavala, y así preparamos todos los “bártulos” para la reunión correspondiente a la toma de posesión, que tuvo lugar en la Sala de Juntas de la Secretaría de Educación Pública, el día 9 de diciembre de 1988.

Nuestra casa

Conforme transportábamos nuestra anatomía, nuestra familia y nuestros enseres básicos a la Ciudad de México, nos encontramos con la necesidad de rentar una casa adecuada y funcional para desarrollar nuestras actividades familiares, y rápidamente, como es costumbre en Elvira, localizó una casa moderna en el área de Tlalpan, en una colonia privada, cerca de la Avenida Insurgentes, donde había residencias semejantes, con las ventajas de la modernidad.

Allí vivimos un año aproximadamente, y nuestras relaciones sociales se fueron consolidando, gracias a la natural fórmula que Elvira tiene para convocar y hacer relaciones públicas. En ese tema ella es una experta, muy diferente de mí, que trato más bien de intimar con poca gente y darle a cada quien su espacio, y a cada relación un lugar más sistemático dentro de mi vida personal.

No obstante, no podíamos quejarnos, a pesar de la tendencia centralista que existe en nuestro país, y de que mucha gente nos veía como extranjeros

llegados del salvaje norte a la compleja y barroca ciudad del altiplano. Posteriormente, y gracias también a los consejos de una bella dama amiga nuestra, Cordelia Cortés, que había estado casada con Javier Garza Calderón, “El Manitas”, buscamos otra casa, y encontramos una en un lugar único, aunque muy congestionado, de la gran metrópoli.

Con “El Manitas” hice una buena relación cuando fui diputado federal, que luego, como lo he comentado antes, se diluyó en el tropel del encuentro con dos mundos: uno frívolo y de gran capacidad económica, y el mío, más bien tendiente a refugiarse en la clase intelectual y en las actividades políticas que tenía que desarrollar con motivo de mi nombramiento como Subsecretario de Educación Superior.

Pues bien, era esa una casona demasiado dañada por el tiempo y la humedad que caracteriza a la Ciudad de México, pero gracias a los esfuerzos de Elvira y al generoso apoyo del presidente, se remodeló y se consolidó una estructura muy tradicional entre los recuerdos coloniales que hay en la capital.

Estaba ubicada en San Ángel, muy cerca de la llamada Plaza San Jacinto, a unos metros de una iglesia del mismo nombre, lugar donde los fines de semana se reunían artistas y músicos, y se instalaba un mercado impresionante, por la variedad de frutas y verduras que formaban parte de la clásica gourmetología de nuestro país, tan rico en las esencias, los olores, los sabores y en todo lo que le da placer al sentido del gusto.

Nuestra vida social

Nuestros vecinos eran personas muy prominentes, entre los que figuraba la hija de un famoso político, Casas Alemán, y que nos frecuentaba mucho, mujer de una gran entrega social y sobre todo de una gran generosidad, que murió prematuramente, Soumaya Domit, en ese tiempo esposa de Carlos Slim, famoso por la velocidad de su enriquecimiento, explicable, que lo ha convertido en el millonario más importante del mundo, en un país que tiene 13 millones de marginados de solemnidad y 30 millones de pobres, según las definiciones de instancias internacionales.

Esa casa fue realmente nuestro refugio, nuestro rincón familiar, pero también, por sus características y el bello jardín que formaba parte del terreno, fue propicia para el desarrollo de fiestas y reuniones sociales con el grupo cultural

elitista de la Ciudad de México, al que nos introdujo nuestro amigo José Luis Cuevas, “El Niño Terrible” de la pintura, como le decían, quien en su generosidad sin límites ni miramientos, nos presentó a personajes de la vida histórica de nuestro país, como fueron los casos de Carlos Fuentes, Octavio Paz, Eulalio Ferrer, Rubén Anguiano, Soriano, y bromeaba al decir que él era una antítesis de Tamayo, a quien también tuvimos la oportunidad de conocer, pues nuestra bella amiga Martha Chapa nos lo había presentado con antelación.

Ruido, vino, música, poesía; todo eso fue parte de nuestra vida social, gracias a José Luis, quien vivía a 400 metros de nuestro hogar, y a veces pasaba caminando con su esposa de aquella época, Bertha, que se detenía siempre a pedirle a Elvira que le sirviera unos excelentes tequilas, del que nos habían regalado por cajas, y que yo conocía desde que era estudiante, gracias a mi buen amigo Francisco Calvi, quien me había presentado ese elixir deleitoso, que se denominaba *Caballito Cerrero*.

Haciendo un recuento de nuestra vida social en ese tiempo, recuerdo una fiesta para la que José Luis me pidió utilizar la casa, con el objeto de celebrar su cumpleaños, el de Rubén Anguiano y el de Eulalio Ferrer, que cumplían años el mismo día o en días muy cercanos. Elvira organizó de inmediato una fiesta que inició a las nueve de la noche de ese día, y terminó a las seis de la mañana del día siguiente.

Los comensales agotaron las viandas que se habían mandado pedir previamente, y hubo necesidad de solicitar más comida en la madrugada, en lugares que en México siempre están abiertos, para satisfacer el voraz apetito de los invitados, entre los que había artistas, como Tongolele; pintores, como los ya mencionados; literatos, músicos y fotógrafos profesionales; en fin, toda la clase intelectual e histórica del México de aquella época.

No olvido las excelentes amistades que inicié, tanto en esa reunión como en muchas otras, como fue el caso de Carlos Payán, un intelectual, periodista, guionista mexicano, fundador del periódico *La Jornada*, clásico medio de comunicación de una izquierda que se apoya en el pensamiento intelectual y que por supuesto, dado que el mismo riñe con la realidad política, tiende a participar permanentemente en una actitud contestataria y en conflicto con el gobierno en turno.

Así, aprendí que tanto él como otros intelectuales que conocí, como Héctor Aguilar Camín, Gilberto Guevara Niebla, Ángeles Mastreta y todos los in-

tegrantes del llamado Grupo Nexos, así como el famoso historiador Enrique Krauss, discípulo de Octavio Paz, eran realmente un ejemplo vivo de cómo el intelectual, en su análisis crítico y en su metodología racional, choca con la expresión temperamental conductista del poder político.

Es muy difícil que el pensamiento intelectual en nuestro país profundice y oriente el quehacer político, porque México es una nación con una gran fortaleza cultural; pero, en la actualidad, los mexicanos leemos muy poco, increíblemente poco; vemos mucho la televisión y estamos atentos al conductismo reflexiológico de Televisa y del Canal 13, entre otros, y el goce y placer de la mayoría es escuchar las noticias, ver las telenovelas o asistir al cine.

Quienes votamos, la masa que vota, que es la que elige al presidente y a los políticos que gobiernan nuestro país, manifestamos muy poco interés en profundizar y en tender un puente de comunicación entre la razón pura, como diría Kant, que busca el intelectual, y la razón práctica y real que busca el político. A esto último lo llaman muy elegantemente *real politique*, aunque no es más que la justificación para utilizar la ignorancia en beneficio del poder.

Sobre José Luis Cuevas podría hacer múltiples comentarios y mencionar mi gran dosis de gratitud para una persona que muchos consideran un narcisista.

Esa pose es solo una defensa que él antepone inconscientemente, pues su hipersensibilidad afectiva se manifiesta cuando uno profundiza en la relación personal; y yo, como médico y analista del quehacer existencial de los seres humanos, puedo asegurar, que José Luis es un niño en su temperamento y en su actitud, y que se hizo famoso por sus continuas expresiones eróticas y sus *affaires*, que él festejaba con toda franqueza, lo que sus esposas le toleraban con cierto grado de piedad y de comprensión a la realidad que ese hombre tiene para sentirse amado y así compensar seguramente algunas carencias afectivas de su infancia.

Recuerdo con mucho cariño la ocasión en que me pidió que lo presentara en la ceremonia de inclusión de su escultura en el Museo de Cera. Para poder cumplir bien mi encomienda, leí con mucha atención algunos libros biográficos de su persona, y comentarios que se habían hecho en diversos textos sobre su vida y obra, por lo que cuando hablé en esa ceremonia nocturna en el museo, dejé impresionados a los asistentes, como es frecuente, dada mi

elocuencia y mi verbo fluido, pero el más impresionado fue José Luis, quien al final de mi participación me espetó: “Oye Luis, creo que tú me conoces mejor que yo mismo”.

Lo mismo hizo cuando me pidió en otra ocasión que lo presentara, en Veracruz, cuando recibió el Doctorado *Honoris Causa* por parte de la Universidad Veracruzana, cuando era rector mi amigo Víctor Arredondo.

Tras ese discurso, que me salió a las mil maravillas, porque, para alejar el nerviosismo, me había puesto en contacto con un par de copitas de vino, que le dieron a la palabra no solo la expresión racional convencional, sino una alta dosis de emoción, ante un auditorio lleno con cerca de mil personas, recibí innumerables muestras de afecto y aplausos, que me hicieron olvidar mi problema crónico personal de sentirme atendido y amado.

Pero, si quisiera realmente sintetizar estos comentarios, tendría que decir que estoy enormemente agradecido con muchos intelectuales y artistas de la Ciudad de México, que me tendieron la mano y me hicieron conocer y sentir orgullo por lo que es nuestra representatividad cultural, nuestro pensamiento profundo y la creatividad que caracteriza al mexicano como esencia misma de su idiosincrasia.

Esos intelectuales, ya antes mencionados, y otros que escapan a mi memoria, me recibieron con los brazos abiertos, y en ellos, al margen de la relación política, percibí cierta dosis de amistad genuina, quizás porque encontraban en mi persona a alguien frontal y cáustico, directo en sus expresiones, a veces ingenuo y candoroso, distinto a los habitantes de la Ciudad de México, que son complejos, barrocos, impuntuales, y que en la comunicación interpersonal utilizan máscaras, lo que impide conocer fácilmente el pensamiento genuino de los interlocutores.

Eso quizás lo hemos heredado de nuestro pasado colonial y de la complejidad del verbo del español de la conquista o de las cortes monárquicas de Europa, que influyeron mucho en la fórmula sociológica y cultural del mexicano del altiplano, que es una cultura regional totalmente diferente a la del mexicano del sureste o del norte, y que nos muestra que México no es un país homogéneo sino muy heterogéneo, y que no hay un solo México, sino muchos, y lo que los une es la identidad cultural de nuestra educación y de nuestras raíces, y lo que nos deforma es nuestra exposición a la globalización, y la forma en que la transculturización de la comunicación moderna ha barrido nuestras costumbres.

Pero la vida es realidad, y la historia a veces se entremezcla más aún en la época moderna con la historia y la cultura de otros países, y esto hay que afrontarlo con hechos y con realismo, buscando siempre proteger lo nuestro, sin negarnos a lo objetivamente presente y a la realidad de los hechos del cambio histórico que penetra e impregna la civilización contemporánea.

La toma de posesión

Como provinciano asombrado, término que desde los romanos implica: *provincia.- región dominada*, llegué a la Ciudad de México acompañado de mi esposa Elvira y de Roberto Moreira, Juan Roberto Zavala, Orel Darío y un grupo de amigos, cuyos nombres escapan a mi memoria, y me refugié de inmediato en la sala de juntas de la Secretaría de Educación Pública, ubicada en la calle de Argentina número 28, en el centro de la capital, para esperar la llegada del licenciado Manuel Bartlett, secretario de Educación Pública.

Allí, con una sonrisa de satisfacción y la incertidumbre de conocer las entrañas del gobierno federal, recibimos de inmediato, porque Manuel era muy puntual, la presencia del secretario, acompañado de sus colaboradores más cercanos. Él me dio un afectuoso abrazo y me espetó, como era su costumbre, la indicación de que teníamos que ponernos de pie para que la toma de posesión tuviera un carácter simbólico especial.

Mientras el secretario hablaba y me daba la bienvenida, concentré mi pensamiento en la fórmula política que el presidente había utilizado para incluirme en ese grupo tan selecto y tan cerrado que tenía Manuel Bartlett, y que incluía a personajes con una gran experiencia política, como el licenciado Calles, pariente de quien fuera presidente, Plutarco Elías Calles, del partido precursor del PRI; Jesús Torres, otro caballero que había seguido a Manuel durante mucho tiempo; el coordinador de las delegaciones, un hombre grandote y sincero, y Pérez Correa, que era el indicado para ocupar mi puesto, por su experiencia universitaria y por la amistad que tenía con el secretario, desde la época en que estuvieron en la Secretaría de Gobernación, y quien fue nominado para una posición secundaria, por lo que sus ojos denotaban cierto extrañamiento a la llegada de un habitante de provincia que había sido impuesto por el presidente para interiorizarse del sistema político federal.

Con todas esas circunstancias que invadían mis pensamientos, contesté el discurso de Manuel, que fue muy elogioso y muy correcto, con el compromi-

so de dedicar mis esfuerzos, mi tiempo y toda la experiencia obtenida en la universidad y en el sistema educativo del Estado de Nuevo León, para lograr que la educación superior tuviera una armoniosa coordinación, difícil en esa época, porque las universidades autónomas, como su nombre lo indica, tienen sus propios regímenes internos de gobierno y porque la investigación científica que la Secretaría de Educación desarrollaba a través de esa Subsecretaría, estaba en una fase muy incipiente, casi de olvido, sobre todo en las universidades de la provincia, como ellos llamaban a nuestras entidades.

Mi discurso tuvo, por supuesto, rasgos emocionales, pues expresé mi gratitud al presidente; agradecí la presencia familiar, que me emocionaba por naturaleza propia, y hacía que mis palabras, como ha sido frecuente en mis discursos, tengan una impregnación emocional, dada la espontaneidad de los mismos.

Y es que nunca ha sido mi costumbre leer los discursos, y cuando lo he hecho, no ha resultado bien, mientras que improvisar -aunque cometa algunos errores- produce mucha mayor comunicación a través de la atención que se genera, por la sensibilidad y la inesperada retórica que sale, no solo del verbo sino también de la emoción compartida por el momento en que se habla. Así aparece la elocuencia, que es la sofisticación del discurso, instrumento que me ha servido toda mi vida para convencer a los demás y para convencerme a mí mismo de los diversos temas que abordo.

Al terminar, con los saludos y felicitaciones correspondientes, me fui a tomar posesión de la oficina de la Subsecretaría, ubicada en el bello edificio de Argentina número 28, cuyas paredes interiores están adornadas con las pinturas de Diego Rivera, y conservan los recuerdos nostálgicos de la época de José Vasconcelos, fundador de la Secretaría de Educación Pública, que fue rector de la Universidad Nacional Autónoma de México y un gran prohombre de la historia política y educativa del país.

En esos momentos me di cuenta de que la oficina tenía un mobiliario muy discreto y austero, con varios teléfonos; en fin, era parte de un lugar en el que, dada la cercanía del secretario, se podía fácilmente convivir y compartir información o preguntar cuestiones relacionadas con los temas a tratar.

Como cosa anecdótica, supe que en esa oficina había estado el presidente Echeverría cuando fue oficial mayor de la Secretaría de Educación Pública. Me imagino que fue en la época previa al gobierno de Díaz Ordaz. Posterior-

mente, me enteré de que, dado que esa oficina tenía ese historial político, era muy significativo ocuparla, sobre todo porque yo le guardaba afecto y gratitud a Echeverría, por el apoyo que le había dado a la Universidad Autónoma de Nuevo León, en mi época de rector.

En esa oficina me encontré con el doctor Velasco, exrector de la Universidad Veracruzana, que había sido subsecretario de Educación Pública en la época del licenciado Miguel de la Madrid; hombre bueno, generoso y afable, quien me saludó como si fuera su paisano, dado que mi padre nació en Coatepec, Veracruz.

Rápidamente, Velasco se sentó y me ofreció todo su apoyo y ayuda para conocer los detalles, haciéndome una sola recomendación: la del maestro Antonio Gago Huguet, quien ha sido conocido por su experiencia en el sector de la burocracia educativa federal durante muchos años. En esa época ocupaba la Dirección de Educación Superior, que depende de la Subsecretaría, quizás el puesto más importante, porque su titular era el encargado de la relación con las universidades públicas y privadas del país.

“Mira, Antonio es un hombre muy bueno”, me dijo Velasco. “Tiene problemas muy serios en su familia; está un poco deprimido, y no tiene ninguna oportunidad, más que la que yo le he otorgado durante mucho tiempo, por lo que te voy a encargar que lo tomes en cuenta, que no lo excluyas de tu proyecto, porque tiene muchos conocimientos y es muy valioso; pero, además, necesita el trabajo, porque no tiene otra fórmula para sobrellevar su conflicto personal y familiar”.

Inspirado por la bonhomía del doctor Velasco, y porque siempre me había simpatizado desde su época de rector, por su sencillez y su capacidad, de inmediato le repliqué, probablemente llevado por la emoción: “No te preocupes, yo creo que, si tú dices que este caballero -y además yo lo conozco- es tan bueno en su campo, pues lo dejo donde está, así que dile que no se apure, que va a seguir colaborando conmigo”.

El doctor Velasco, asombrado por la rapidez y la sencillez de mi respuesta, se derritió en elogios y agradecimientos, porque con Antonio Gago hice lo que había hecho en muchas áreas de mi experiencia en el sector universitario: me refiero a que casi siempre prefería respetar la experiencia y la institucionalidad, y sacar provecho de la personalidad de cada quién, al margen de que fuera mi amigo o de que formara parte de mi grupo o de mi equipo previo.

Mi equipo de trabajo

Es decir, nunca fui de los funcionarios que barrían con sus antecesores y ponían gente nueva en todas partes, para asegurar su inmunidad a la crítica. Vale la pena señalar que, si mal no recuerdo, llegué a la Subsecretaría con seis o siete personas, gente mía, pues el resto lo seleccioné del mismo personal que estaba dentro, o eran asesores, porque me pareció prudente aprovechar la experiencia, la capacidad y las relaciones de esos profesores, más tomando en consideración que yo llegaba con la inexperiencia propia de quienes son ajenos al tratamiento de los asuntos federales.

De esas siete personas que me acompañaron, recuerdo, por supuesto, a mi compadre, el doctor Roberto Moreira, a quien nombré coordinador de asesores, función que desarrolló en forma excelente, pues siempre fue un crítico contestatario de mis sueños, que me hacía volver a la realidad, y un preclaro analista político; a Juan Roberto Zavala, a Orel Darío y, posteriormente, a Germán Cisneros y al profesor Javier Castillo.

Con ese pequeño grupo iniciamos nuestras actividades y, dada la naturaleza tan tranquila del doctor Velasco, rápidamente se hizo notar nuestra hiperactividad creativa y nuestra inquietud, porque, para eficientar nuestras labores, y dado que la oficina en la calle de Argentina era muy pequeña, conseguimos de inmediato un edificio, que hasta poco antes había sido utilizado por el Instituto Indigenista, ubicado por la Avenida San Fernando, en Tlalpan.

Nos abocamos a dar continuidad a los temas que se desarrollaban en la Subsecretaría, tales como programación presupuestal para las universidades, investigación científica, el Sistema Nacional de Investigadores, el Sistema Normal y la incorporación de la Dirección General de Profesiones, que era una de las áreas que formaba parte de esa dependencia.

Entre la gente de México que recuerdo haber nominado, estaba el doctor Jaime Tacher, quien había trabajado en el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACyT), hombre muy inquieto y práctico en sus actividades, que me otorgó su amistad, amén de sus conocimientos y su experiencia en las áreas de educación y de investigación.

En aquella época, la Subsecretaría manejaba los temas de ciencia e investigación, sobre todo en las entidades federativas, y las compartía en cierta for-

ma con el CONACyT, institución creada por el presidente Echeverría, como salvaguarda para preservar la importancia de la ciencia en nuestro país, y que, como todos sabemos, no ha sido bien reconocida por los políticos, que han relegado un poco la importante función de investigar, como factor de innovación y desarrollo económico y social de México. Pero esos son comentarios en los que tendremos que profundizar en fechas posteriores.

Entre los nombramientos de asesores estaba el del doctor Álvarez Tostado, que fue uno de los personajes que conservé; me apoyé mucho en la experiencia del maestro Gago Huguet, e hice una buena amistad, no obstante nuestras discusiones de confrontación, con mi gran hermano del quehacer educativo, Víctor Arredondo, a quien frecuento todavía, y a quien admiro por su capacidad y su actitud fraterna. Hubo, por supuesto, muchos otros nombramientos, que escapan a mi memoria, de gente que era parte del sistema y a quienes no quería mortificar y menos aún desplazar.

Así, con poca gente mía y con mucha gente del sistema, iniciamos las actividades sin perjuicio alguno, y logramos casi cuatro años de trabajo fecundo, que describiré y que nos permitió coordinar y acercar las universidades al gobierno, fomentar el interés por la investigación en las entidades, no solamente en el centro del país; actualizar la educación normal y revisar e insistir en la normatividad de la Ley General de Profesiones.

Como en ese tiempo tenía aspiraciones políticas para el gobierno de Nuevo León, realmente tomaba eso como circunstancial, dado que sabía que el presidente tenía un especial afecto por uno de sus excolaboradores, el licenciado Sócrates Rizzo; sin embargo, como la esperanza nunca muere, en mi interior pensaba que mis éxitos en la Subsecretaría me podían dar la oportunidad para gobernar nuestro Estado, cosa que, como todo mundo sabe, no sucedió, porque el hombre propone, y en México: Dios y el presidente disponen.

Mi encuentro con un gran político mexicano: Manuel Bartlett

Como lo he señalado en párrafos anteriores, Manuel Bartlett era el secretario de Educación, producto probablemente de una negociación previa que había hecho con el licenciado Carlos Salinas de Gortari, y en la cual ambos súper candidatos a la presidencia acordaron respetarse mutuamente y en caso de que alguno de ellos ganara, el otro ocuparía una posición importante.

No sé si sea cierto, pero eso fue lo que me comentaron personajes importantes en la vida política del país, como era el caso de don Raúl Salinas Lozano, quien, siendo senador, me distinguió con su amistad y su confianza. En ocasiones contaba algunas cosas en forma sutil, porque era un hombre muy inteligente, que practicaba la risa y la broma y entre ellas lanzaba alguna información importante, que había que detectar, interpretar, analizar y después valorar si era veraz o si era solamente el brillante juego de ese gran mexicano.

Durante mi estancia en la Ciudad de México, conocí las virtudes y los aparentes defectos de Manuel, que en realidad eran producto de su formación política, ya que este personaje había tenido una preparación muy intensa en política administrativa y en ciencias políticas propiamente dichas, en la Universidad de París, Francia, y también en Cambridge, Inglaterra. Así, además de manejar excelentemente los dos idiomas: francés e inglés, tiene un colmillo -como se dice en el argot político- y un instinto muy valiosos, que, aunados a su capacidad intelectual, le daban una presencia muy importante en la vida pública.

A lo anterior, le podemos agregar que su estancia de seis años en la Secretaría de Gobernación, con el licenciado De la Madrid, le permitió conocer todos los escondites y recovecos de la muy compleja vida política de nuestra nación, que es por sí misma difícil de comprender, porque varía entre el enfoque intelectual propiamente dicho, para la búsqueda del poder, y muchas acciones de carácter emocional que forman parte de nuestra idiosincrasia, y que a veces afectan profundamente las relaciones interhumanas en la vida social y política de México.

Manuel conocía eso y más; poseía una enorme capacidad para cabildear y una gran fortaleza para trabajar en forma ininterrumpida, pues desayunaba y comía en su lugar de trabajo, y cuando se daba la cronológica huelga de la Coordinadora Nacional de Sindicatos, que se manifestaba y rodeaba con sus trabajadores la Secretaría de Educación, Manuel -me consta- dormía en ese viejo edificio histórico, pues no abandonaba nunca su oficina, como lo habían hecho otros secretarios, que sabían que rutinariamente, en el mes de mayo, los manifestantes del magisterio cercaban las oficinas ubicadas en Argentina número 28 e impedían el paso a mucha gente.

Por eso, en esa época, el secretario de Educación Pública tenía una oficina alterna en el Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas (el CAPFCE), y desde allí atendía los asuntos.

Pero Manuel, con toda su tozudez y su firmeza -llamémosle así-, sencillamente no salía de su recinto ni en los casos más complejos y difíciles de las luchas intestinas que se sucedían en esa área toral del sistema político y social de México, que es la educación pública. Manuel era también muy desconfiado y dominante, y tenía un gran control de las circunstancias y del personal bajo su mando. Eso le permitía estar perfectamente enterado.

Las anteriores consideraciones referentes a la personalidad del licenciado Bartlett surgieron de mi constante contacto personal humano e institucional, con él, durante mis tres años, en la Subsecretaría de Educación Superior e Investigación Científica, que era la nominación original que me otorgó el nombramiento presidencial.

Sin embargo, los llamados defectos, y las virtudes de Manuel, yo los tuve que sufrir por su enorme desconfianza, ya que el presidente Salinas me había impuesto, y a Manuel esas cosas no le gustaban, porque aparentemente perdía capacidad en el control que tenía previamente con un grupo político bien establecido, y además muy capaz, encabezado por el licenciado Calles y por el licenciado Pérez Correa.

Esas asociaciones de políticos generan grupos sectarios, muy difíciles de penetrar, porque están siempre en busca del control y la conservación del poder, y el poder es una enfermedad que se adquiere y genera una adicción, y, como decía Rousseau: “el ejercicio del poder es solo un instrumento artificial del gobierno sobre los ciudadanos”.

En buena tesis humana, si los ciudadanos nos comportáramos adecuadamente, no sería necesario que existiera un gobierno; y cada quien, como decía Tomás Moro, en su *Utopía*, “puede participar con sus virtudes, con su espíritu social y con su capacidad de dar y de amar, en el concierto de una sociedad”. No obstante, la realidad es otra y la política es dura, fría, cruel y a veces inesperadamente inexplicable, y en el caso de Manuel, él tenía todas las virtudes y atributos de la política mexicana, con una gran formación internacional.

Los hechos aquí descritos produjeron difíciles momentos en mi vida personal y administrativa en el sector público, durante mi gestión, porque Manuel empezó a hostilizarme, como es el estilo natural que se ejerce en estas situaciones: no me aprobaba algunos proyectos; me asignaba asesores directamente a su servicio, para brincar la estructura orgánica, molesto por la sim-

patía y atenciones que a veces me brindaba el presidente Salinas de Gortari, al enviarme como su representante personal, o ubicarme en el presidium en eventos importantes.

En fin, como yo estaba muy alejado de las oficinas centrales, ya que tenía dos oficinas: una al lado de la suya y otra en Tlalpan, Manuel llegó a jugar con mis tiempos y me hacía venir desde Tlalpan para algún caso fortuito y accidentado, sin importancia; pero su intención era que yo estuviera bajo presión constante, pues hacía de una hora a hora y media hasta el centro, por el tráfico tan complejo de esa metrópoli tan hostil como es la Ciudad de México.

Yo me sentía abrumado, pero aguantaba la presión y resolvía, y empecé a tomar decisiones importantes en relación a uniformar la convivencia entre las universidades públicas y privadas del país, junto con el gobierno, y tuve la fortuna de lograr aglutinar a todos los rectores y ponerlos en la mesa de la discusión con el gobierno federal, Manuel Bartlett y el presidente Salinas.

Además, en el área de la investigación científica, desarrollé excelentes proyectos, entre los que se incluyen: el fortalecimiento del Sistema Nacional de Investigadores y el apoyo a la investigación en las universidades de los estados, ya que las áreas de ciencia y desarrollo estaban muy centralizadas, y los investigadores que formaban parte del SNI tenían una edad promedio de más de 55 años; es decir, no había oportunidad para la juventud de la llamada provincia mexicana, que es donde se refugian los intelectuales y brillantes científicos que no tienen el apoyo y el soporte que necesitan.

Al margen de lo anterior y dado que mi trabajo me obligaba a viajar permanentemente para visitar las universidades del país o para representar en ocasiones a Manuel y otras veces al presidente, en eventos en algunas entidades de la república, logré satisfacer, desde el punto de vista del trabajo administrativo, la crítica, la dureza y la firmeza de Manuel en sus relaciones personales, en las cuales él exigía siempre puntualidad y trabajo, por lo que era difícil escaparse de la oficina o tomar algún día libre o vacaciones, porque él estaba atento a todos los movimientos que yo hacía, dada su experiencia en la Secretaría de Gobernación.

Valga la pena mencionar la siguiente anécdota: un día le hablé a mi esposa Elvira y le dije: “Vamos a Houston, porque quiero saludar a mi compadre David”, y el viernes en la tarde, cuando ya habíamos terminado el trabajo, fui

a comprar los boletos y tomamos el último avión a Houston; llegando a esa ciudad, tratamos de registrarnos en un hotel que le gustaba a mi mujer, pero resultó que estaba lleno y nos fuimos a otro cercano; nos registramos, subimos a la habitación, y cuando desempacábamos los velices, sonó el teléfono.

Al descolgar el auricular, escuché la voz de Toño Cantú, secretario del licenciado Bartlett, que me dijo: “Oye, Luis, el licenciado quiere hablar contigo”. “Pues pásamelo –le respondí-, muchas gracias por tu atención”. De inmediato escuché una voz que me dijo: “Hola, Luis, ¿cómo estás? ¿Qué andas haciendo en Houston?”. Yo, asombrado, le pregunté: “¿Cómo supiste que estaba yo aquí? A lo que contestó, riéndose, al otro lado de la línea: “¿Pues por qué crees que estuve seis años en Gobernación?”

Luego siguió la plática totalmente amigable, y me dijo: “Quiero que me traigas unos encargos ahora que estás por allá”, a lo que le contesté: “Con todo gusto”. Pero el hecho es que me llamó la atención la capacidad de investigación policiaca del licenciado Bartlett para con todos sus colaboradores, ya que al margen de cualquier clandestinidad, él tenía toda la información cotidiana, fehaciente y en tiempo real de todo lo que pasaba en su secretaría.

Los puntos sobre las íes

Después de año y medio de estar sufriendo la parte, digamos negativa, de la personalidad de ese gran personaje, un día, ya molesto, lo invité a desayunar. Recuerdo que en aquella época yo tomaba avena casi siempre, porque me la habían recomendado para bajar el colesterol que me había resultado elevado.

Cuando ya estábamos desayunando, le dije: “Oye, Manuel, ¿qué chingados traes conmigo? Me estás hostilizando; me estás amarrando las manos, y todo lo que yo estoy haciendo es servirles a ti y a la república. Mira lo que he hecho: esto”, y le narré todos mis aciertos, “y sigo recibiendo tus afrentas y tus desaires en algunos momentos; no sé qué chingados te pasa; así que, como norteño y de manera frontal te pregunto: ¿qué quieres?”

Él, entonces, sorprendido, porque en el idioma natural del altiplano -él es originario de Puebla- no se utiliza mucho el lenguaje frontal y directo que utilizamos en el norte del país, sino más bien son un poco barrocos y elaborados en sus expresiones verbales y en sus encuentros personales, y más aún

en el fenómeno político, en donde la simulación y la máscara de la no autenticidad son parte, digamos, formal y característica de la esencia de la vida política nacional, un poco asombrado, replicó: “Bueno, la verdad es que el presidente te da muchas deferencias, y tú, dicen que andas allí comentando que quieres ocupar mi posición y que para eso te trajo el presidente”.

Le contesté: “Manuel, me da pena que un hombre tan inteligente como tú no se dé cuenta de que el presidente es más inteligente que tú y que yo, y que todo lo que está haciendo es placeándome en algunas reuniones nacionales, para desviar la atención de quien es su candidato para gobernar el Estado de Nuevo León, que desgraciadamente no soy yo, aunque quisiera serlo”.

Me refería a Sócrates Rizzo, quien había trabajado con el presidente Salinas en la Secretaría de Programación y Presupuesto, y que posteriormente fue gobernador de nuestra entidad, aunque tuvo una triste salida, porque no fue capaz de afrontar una realidad y comportarse adecuadamente en la vida social y política del Estado. Pero ese es otro tema que comentaremos posteriormente.

En ese desayuno, después de comer frugalmente, yo, con la hiperquinesia que me caracteriza, fui bajando de tono gradualmente al conflicto y llegué a manifestarle mi deseo de ser su amigo, de participar con él en los eventos que me encargara y que jamás debía tenerme desconfianza, porque si bien tengo muchos defectos, siempre me he enorgullecido de mi capacidad de ser agradecido y leal; es decir, no le muerdo la mano a quien me da de comer, y jamás he tenido necesidad de utilizar instrumentos de rencor, de frustración o resentimientos o clandestinidad para manejos políticos subversivos; mi defecto principal es la apertura que permite que todo mundo sepa cómo soy y cómo actúo, lo que a veces exagero.

La Conciliación

Manuel comprendió bruscamente que se estaba equivocando, me dio un abrazo y me dijo: “Bueno, Luis, ya nos entendimos; te comprendo y vamos a trabajar juntos”. De allí en adelante, se volteó la moneda de la parte negativa del proceso y se convirtió en una iluminación incandescente de aprendizaje de la realidad en la esfera de la política nacional, por lo que en el último año y medio consideré a Manuel como un amigo, si bien no íntimo, sí reciente.

Trabajé con él; le di ideas, de las que él tomaba las que consideraba prudentes; me apoyó en muchos proyectos y programas que hacía para apoyar las universidades públicas, principalmente las de los estados; me consolidó en la relación con Los Pinos; me defendió cuando algún rector se “brincaba las trancas”, como fue el caso del rector Padilla, de la Universidad de Guadalajara, que en ocasiones se iba directamente a Los Pinos a hacer sus peticiones, que en algunos casos no correspondían a las necesidades reales de esa importante institución educativa de México.

En fin, logré ganarme su confianza y aprendí a respetarlo y a reconocer que es un gran mexicano, con una enorme impregnación intelectual de la vida pública del país, con un conocimiento muy interesante de los aspectos sociales e ideológicos de la posrevolución y además con un cabildeo internacional ejemplar.

Es decir, Manuel fue Senador de la República por un partido de los llamados pequeños, que también me sedujo a mí en instancias posteriores y recientemente ha sido aprovechado en la vida pública de México, que se caracteriza por poca concepción ideológica, mucho pragmatismo y una menzuga del acervo histórico, pero con gran capacidad de adaptación a la globalización, a la transculturalización y a la libre economía, que son factores reales de ventajas y riesgos que tiene la vida contemporánea.

Relevo en la SEP

Manuel renunció a la Secretaría de Educación Pública, seguramente por sugerencia del presidente, que quería colocar al licenciado Ernesto Zedillo Ponce de León -quien había sido secretario de Programación y Presupuesto-, en alguna secretaría, porque por iniciativa del presidente había desaparecido esa Secretaría y se había insertado en la Secretaría de Hacienda. Se buscó, pues, la manera de que Zedillo pudiera tener contacto y actuara en otra esfera, por lo que se decidió que ya era tiempo de que Manuel dejara la Secretaría de Educación.

En ese momento todos quedamos conmovidos y fuimos hasta el último día a brindarle nuestro apoyo. La despedida, que fue bastante triste, y que se hizo en la casa del licenciado Bartlett, me enseñó que en la vida pública política del país no hay tiempos ni circunstancias; lo que hay es el ejercicio del poder y el ejercicio del poderoso que, cuando decide, rebasa todos los factores de carácter intelectual o de resultados previos.

Es decir, el presidente Salinas tenía que colocar a Ernesto Zedillo en alguna parte y pensó que como se avecinaba la sucesión, no le convenía tener a Manuel en una posición de esa naturaleza, por lo que simplemente se deshizo de él.

Posteriormente, el licenciado Bartlett, con su habilidad y su amistad con el licenciado Córdoba, con quien desayunaba frecuentemente en su oficina de la Secretaría de Educación, pudo volver a tener actualidad como político, y fue candidato a la gubernatura de Puebla, y gobernador de ese estado, donde él nació accidentalmente, porque su padre, un gran personaje de la vida pública de México en los años cincuenta y sesenta, fue originario del estado de Tabasco.

El desencuentro

Con la salida de Manuel y la llegada de Ernesto Zedillo, tuve la primera crisis de encuentro entre mi forma de ser, mi capacidad creativa, mi apertura y un poco mi desorden, que es parte de la creatividad que me caracteriza, con un hombre rígido, estoico, muy disciplinado y desconfiado; que no tiene una salida amigable, sino solamente un pragmatismo característico de los economistas de la sociedad actual, como lo comentaré posteriormente. Nuestras personalidades no coincidían, y aun así, tiempo después logramos tener una buena amistad.

Finalmente, un día alguien cercano a Ernesto Zedillo me comentó que él había dicho: “Hombre, lo que pasa con Luis es que conoce muy bien a los periodistas y a los artistas, y se mete en todas partes en la vida social de México, y yo no quiero que haya mucha gente que esté haciendo comentarios periodísticos sin mi permiso; me interesan más bien colaboradores que tengan otro perfil, sobre todo en el campo de la educación superior”.

Después él mismo me lo señaló, diciéndome: “Yo pienso que las universidades públicas de los estados que tanto defiendes, Todd, son barriles sin fondo, o sea, no sirven para nada y la investigación científica debe irse al CONACyT, para desarrollar tecnología que fortalezca el Tratado de Libre Comercio, y no a ciencias básicas, que no tienen ninguna utilidad actualmente”.

Esa barbaridad verbal me la manifestó a mí personalmente, un día que le dije: “¿Vas a regresar las normales a la educación básica? Vas a perpetuar

un error histórico, porque las normales deben estar siempre en el quehacer universitario de la educación superior; también te quieres llevar la ciencia y la tecnología a la pura tecnología del CONACyT; te vas a olvidar de las universidades por apoyar a la Dirección de Investigación Científica, y quieres nombrar a tu secretario en la Dirección de Profesiones, cosa que no me importa, porque es un área administrativa y tú decides quién se queda y quién se va, pero a mí me vas a dejar entonces solamente como pagador de las universidades; bueno, solo déjame cumplir un compromiso que tengo, porque me ofrecieron un doctorado *honoris causa* en la Universidad de Tulane, y me voy a mi casa”.

Él replicó: “No, el presidente te aprecia mucho. Yo creo que te vamos a nombrar de otra manera, como asesor”, a lo que le contesté: “No, no, no, olvídalo. Yo me regreso por donde vine; estoy muy contento de irme a Monterrey”.

Eso y otras cosas interesantes comentaremos a lo largo de la descripción de mis actividades en esa época, que fue muy importante para mi formación y mi desarrollo personal y también para mi desarrollo como educador, más que como político, porque la política, siendo agraviada siempre por la enfermedad del poder, no ha sido fácil de digerir para mi estómago espiritual y para mi innato deseo de trascendencia, quizás producto de mi problemática infantil.

Pero esta historia la cuento como yo la vi, recordando la frase muy vernácula de “cada quien habla del baile según como le fue”, y a mí me fue muy bien con el licenciado Bartlett y muy regular con el licenciado Zedillo. Alguna razón habría.

¡Ah, la política!

Después de haber conocido a un político excepcional “a la mexicana”, pero con infraestructura internacional, como lo fue Manuel Bartlett, así como de haberme interiorizado en las entrañas del ejercicio del poder en la Ciudad de México, tanto cuando fui diputado federal como durante mi desempeño en la Subsecretaría de Educación Superior, quiero compartir con mis lectores mis reflexiones acerca del fenómeno político en su génesis, su razón de ser, sus aparentes virtudes y sus grandes defectos, tanto desde el punto de vista psicológico, como social y, ¿por qué no?, de las alteraciones funcionales que el poder tiene en las microhormonas cerebrales.

La política es la búsqueda del poder, se dice que para servir. El término proviene del griego *polis* que significa ciudad. Los pensadores griegos, como Sócrates, Platón, y sobre todo Aristóteles, eran de la idea de que la preocupación por la ciudad y por su gente es la esencia de la búsqueda del poder, para ejercerlo a través de la política.

Por supuesto que los griegos, que son señores en el arte y en el quehacer del pensar bien, no habían tenido la experiencia de la realidad cruenta y objetiva de la política en su enfermedad intrínseca esencial, de los seres humanos en sus desmedidas ansias por controlar el cuerpo y la mente de los demás, aparentemente en beneficio social, pero casi siempre en beneficio individual de quienes detentan el poder.

La política mexicana es *sui generis* y tiene numerosos componentes distintos de los de la política francesa, de la norteamericana, la china o la alemana, y sus objetivos son diferentes a los de los países escandinavos. Esto es, tiene un toque nacional, generado por nuestra etnología y por la identidad cultural profunda de nuestras raíces, ahora sacudida por la globalización y la libre economía, que ha golpeado lo mejor que tenemos, que es la creatividad y la solidaridad, todo en aras de que el poder se convierta en instrumento del dinero, pues, como decía León Tolstoi: “el dinero es la fuente de todos los males”.

La enfermedad del poder se acrecienta mientras más poder existe, y al igual que las drogas, el alcohol y el cigarro, propicia una reflexiología conductista, consciente pero también subconsciente, en la que los cambios morales derivados de la acción del poder generan alteraciones en las microhormonas básicas y corticales, y producen una adicción con su síndrome de privación correspondiente, cuando les es retirado el poder a los personajes que lo detentan.

El poder no tiene por sí mismo una serie de objetivos trascendentes en el quehacer humano y social, porque transforma la escala de valores y el comportamiento ético de los personajes que lo detentan; ocasiona alteraciones en la conducta y en la búsqueda de equilibrios para conservarlo, en los cuales siempre se actúa en función de lo que puede ser, y a eso le llaman política de Estado, y no en función de lo que debe ser, que es el proceso moral que acompaña el juicio en la evolución del ser humano, en su encuentro, a veces tórrido, con el entorno cultural que le rodea.

En México, dado nuestro primitivismo en algunos aspectos del ejercicio político, nos comportamos en forma muy especial, como consecuencia de nuestro pasado histórico, que, aunque no queramos, ejerce influencia en nuestro actuar individual y social. Me refiero tanto a la esencia indígena, que forma parte del acervo histórico de nuestro país, como a la opresión de la colonia y a la influencia negativa, en temas del marco ético del comportamiento, por parte de los conquistadores.

Aunque algunos de estos fueron considerados héroes, por las dificultades que enfrentaron, la realidad es que nos invadieron y nos contagiaron la viruela, a la que no estábamos expuestos, y que fue la causa de que murieran millones de personas.

También nos influenciaron con su naturaleza negativa, pues esos personajes no eran ni místicos ni hombres cultos, sino más bien guerreros, algunos con pasado penal o criminal, e interesados siempre en el oro y la plata, que para ellos representaban la fuente de poder, como ha sido siempre en la vieja España y en la nueva, que después fue generando el nacionalismo cultural que representa nuestro México.

La colonia estableció entonces un mecanismo de opresión, tanto de parte de los conquistadores, como en forma indirecta, inconsciente tal vez, a través de la iglesia, sobre todo cuando la triste época de la Inquisición, en que se acuñaron frases como “Los indios están hechos para obedecer y no para pensar”.

Todo este conjunto integraba una fórmula que muchos españoles de aquella época compartían, y que fue aplastando las enormes raíces de civilizaciones que produjeron cambios importantes en la ciencia y en el arte, así como en la búsqueda del bien común que muchas civilizaciones practicaban.

Acontecimientos posteriores a la colonia, la Independencia y la Reforma, nos ocasionaron todavía una mayor dosis de incertidumbre como nación, e impactaron nuestro comportamiento, lo que propició en nosotros una actitud natural de defensa y desconfianza, e hizo que a veces escondiéramos, de manera vergonzosa, los valores profundos del espíritu y los místicos de la religión.

Basta mencionar que en México, en un tiempo, declararse creyente era una muestra de debilidad, y si algún político lo hacía, era en forma excep-

cional, porque se señalaba siempre que el laicismo, que es una manera de respetar las religiones, era la negación de las mismas, equívoco que todavía mucha gente comparte, y que forma parte de la actitud negativa de nuestros políticos en el México contemporáneo.

La política, que en teoría es un acto social de servicio, se convirtió en una mascarada que nos recuerda aquellas épocas venecianas que tan bien describe Maquiavelo, cuando los príncipes tenían en algunas ocasiones que sacrificar hasta a sus gobernados, para conservar el poder, a costa de violar los derechos humanos y sociales inherentes al individuo desde su nacimiento.

Si bien estos fueron establecidos muy claramente por la Revolución Francesa, y posteriormente por las Naciones Unidas, nunca se han practicado con pulcritud, claridad y transparencia, porque casi siempre el político usa la máscara, y no permite que la autenticidad, que es lo más bello que el individuo tiene en su búsqueda continua de la libertad, salga a relucir, ya que solo expresa el interés mefistofélico por conservar el poder y a su aliado, el dinero, a costa de cualquier sacrificio o al margen de un marco ético o de una escala moral de valores.

Mi experiencia en la Ciudad de México fue muy prolífica, porque pude conocer personas que eran parte del sistema político tradicional del PRI, que había gobernado durante setenta años, y que había aprendido su lección de manipulación y desconfianza, para poder sobrevivir en la selva de la política, que es, por supuesto, un encuentro con el realismo y la crueldad, no necesariamente con la mística espiritual que los griegos consideran elemento básico del fenómeno político. Platón no se inspiraba solo en la materia; hablaba siempre del alma como un elemento natural del ser humano, que lo identifica en su búsqueda de la trascendencia, y la metafísica, que genera el concepto de Dios.

Lo anterior era poco utilizado en los discursos convencionales de nuestros políticos, a diferencia de Estados Unidos, en donde son capaces de imprimir la frase: “En Dios yo confío” en los billetes que circulan en ese país, y de hacer jurar a sus presidentes sobre la Biblia. En México, se jura sobre la Constitución, que es como una mujer violada reiteradamente.

Muy grata fue mi relación con Carlos Salinas de Gortari, porque ese inquieto presidente, de brillantez intelectual y rapidez de pensamiento, era capaz de maniobrar con gran sutileza y generar un cambio trascendente en

la vida pública de México; también lo fue mi trato con personajes como Manuel Bartlett, Manuel Camacho o el mismo Luis Donaldo Colosio, que tenían una raíz más profunda en su fenómeno social pero eran menos intelectuales y brillantes que el Presidente Salinas.

Bartlett era el prototipo más positivo de ese realismo, pues sin sacrificar su conocimiento y su idoneidad, este político, que había sido secretario de Gobernación, entendía la influencia de los poderes fácticos de la prensa, la televisión y los empresarios de la desconfianza, que había que tener a su alrededor para poder sobrevivir; pero dada su formación previa y su inteligencia, todo eso producía actitudes positivas que impactaban las diferentes posiciones que ocupó en su cronología política, que es muy vasta.

Reitero, por tanto, que la enfermedad del poder es solo una suplencia de nuestras carencias y una adicción que, como decía Rousseau, “Es indispensable para generar el concepto de estado”, porque los seres humanos no se ponen de acuerdo entre sí y eso lleva a conflictos que tienen que resolverse por la norma permanente que es el derecho. Sin embargo, el ideal de los ahora anarquistas como Tom King y Tolstoi, es que el estado no debe existir más que para preservar la seguridad de sus habitantes, pues un país ideal sería aquél con muy poquito estado y mucha participación ciudadana.

En nuestra nación, durante muchos años no ha sucedido eso, y es hasta en la época reciente cuando empiezan a aparecer algunos, síntomas que señalan que puede haber un cambio cultural y de actitud en esta fórmula del encuentro entre la búsqueda del poder, la violencia de los grupos por apoderarse del mismo y la verdadera preservación de los valores de la nación.

El concepto de patria que Vicente Guerrero sintetizó en “La Patria es primero” no forma parte realmente del proceso político convencional en nuestro país; más bien lo hacen, sobre todo en los tiempos actuales, el monetarismo ilustrado: aprender para ganar recursos; o el pragmatismo: ejercer el sentido práctico para conservar el poder. Estos elementos van oscureciendo las profundas raíces espirituales, solidarias y creativas, que tiene el México moderno.

Todo lo anterior es impulsado por las nuevas corrientes de información en tiempo real y por la impregnación conductista de la televisión, así como por la culturalización económica que la llamada libre empresa ha consentido en nuestra patria, y la ha hecho ponerse de hinojos ante el recurso moneta-

rio, olvidando los profundos e históricos valores que existen en una nación única como es la nuestra.

Con estas consideraciones podremos ahora regresar a la descripción de aquella época llena de ilusiones y de contrasentidos; en fin, llena de vida.

Los primeros pasos en la Subsecretaría

La Subsecretaría de Educación Superior e Investigación Científica estaba integrada por cuatro direcciones, con oficinas hacinadas y personal que tenía muchos años de servicio, con una disposición plena para colaborar, pero con un grado de burocracia exagerada y administración ineficiente. Probablemente la bondad y la pasividad del sexenio anterior habían generado, lo que es común en el sector público: la inanición o la permanencia sin creatividad.

Allí empezó mi tarea para incluir a algunos colaboradores personales y obtener beneficios de los que ya trabajaban en áreas específicas, e inicié de inmediato, por ejemplo, mi apoyo, por recomendación del doctor Velasco, para Antonio Gago, a quien ubiqué en la dirección más importante, que era la de Educación Superior, encargada de las relaciones con las universidades y con todas las instituciones que tenían tratos con esa área.

El tema de la investigación científica se la encomendé a un viejo amigo mío, que ya estaba dentro del sector público, pues había trabajado en el CONACyT y gracias a él había yo conseguido los recursos para adquirir el aparato de Resonancia Magnética Nuclear del Hospital Universitario, cuando era director de ese organismo el ingeniero Mayagoitia. Me refiero al doctor Jaime Tacher, quien con su alegría, su simpatía y su capacidad de organización y de administración probada, por factores genéticos, fue un colaborador que inmediatamente entendió mi forma de pensar y de ser.

Él se encargó de la Dirección de Investigación Científica, que incluía el Sistema Nacional de Investigadores, integrado entonces por aproximadamente 8,000 miembros en todo el país, y mediante el cual se apoyaba con algunos recursos, a los investigadores que por razones de la falta de reconocimiento de la ciencia, tenían salarios muy reducidos y no eran tomados en cuenta en la planeación institucional o gubernamental. De allí que el sistema, como dijo una vez el gran maestro Ruy Pérez Tamayo: “Fue una balsa que el presidente De la Madrid aventó a los investigadores para que no se ahogaran”.

El sistema y los proyectos de investigación científica que se generan fundamentalmente en las universidades de los estados, requerían apoyo y soporte, y el doctor Jaime Tacher y su equipo, seleccionado por él mismo, lograron consolidar un proyecto adecuado durante los tres años que estuvimos en esa posición.

Sin falsa modestia, tengo que decir que siempre ha sido mi estilo trabajar con quien está y no llegar a desplazar o a romper bruscamente toda una escala de trabajo con el fin de hacerme el importante o de formar un grupo cerrado o compacto de carácter político. Por eso ratifiqué como asesor al doctor Álvarez Tostado, y después de un tiempo cambié a mi secretario particular por una persona de México que me recomendó Antonio Gago, el licenciado Javier Díaz de la Serna, quien demostró una enorme capacidad de trabajo y un alto grado de responsabilidad.

Con ese grupo mixto, mayoritario de lo ya existente, que era mucha gente y minoritario de los que llegaron de Nuevo León, iniciamos el trabajo, y lo primero que hicimos fue crear una unidad física que cumpliera con las expectativas que teníamos, y el plan y el proyecto que diseñamos para obtener una verdadera concertación entre las universidades, incluyendo la investigación científica y la Dirección General de Profesiones, que puse a cargo de un elemento de la Ciudad de México, que me fue recomendado: el licenciado Enrique Sánchez Bringas, quien cumplió con religiosidad su papel en esa importante posición administrativa.

Así, con mis maniobras y mi natural inquietud y creatividad, logré que una unidad que antes ocupaba el Instituto Indigenista Mexicano, me fuera transferida, e iniciamos los trabajos de remodelación, hasta contar con una hermosa área en la que ubicamos las oficinas de la Subsecretaría, con árboles, pasto verde, jardines y edificios modernos.

En ese lugar fue donde realmente ubicamos el trabajo permanente, sin dejar de reconocer que cuando el secretario Bartlett nos necesitaba, teníamos que trasladarnos a la oficina pequeña, vieja y muy poco funcional con que contábamos, en el solemne edificio de la Secretaría de Educación Pública.

Muchos fueron los proyectos y programas que diseñamos durante esa época, pero lo que tal vez vale la pena mencionar es que logramos concertar con todas las universidades, un equipo compacto, para ponerlo en estrecha relación con el área gubernamental federal y trabajar en proyectos conjun-

tos, de los que quizás los más importantes fueron el de educación a distancia o el de la comunicación interuniversitaria, que logramos concretar, aunque en forma básica, con la instalación de antenas en las bibliotecas de todas las universidades, para ver si era posible conectarse, y con una fórmula de sistemas de tecnología e informática, que aunque fuera en una época en que apenas se iniciaba el proceso de la computación y de la informática en tiempo real, creo que fuimos pioneros en el pensamiento, como lo habíamos sido en la Universidad Autónoma de Nuevo León en la preparatoria abierta y en la preparatoria individualizada.

Por sugerencia nuestra, el presidente Echeverría había también creado un instituto que llamó de Televisión Educativa, y se lo encargó al Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey. Estuvo en operación algunos años, pero luego desapareció.

Durante ese tiempo pudimos establecer un ambiente interuniversitario tranquilo, y a veces teníamos que asistir a reuniones para concertar con el Sindicato de Trabajadores de la UNAM, en donde me encontraba con viejos amigos como Nicolás Olivo y Evaristo Pérez Cuéllar, personas de izquierda que causaban por oficio algunas complicaciones al entonces rector de la UNAM, que en aquella época era el doctor José Sarukhán, persona buena y muy capaz en los temas de la ecología y del desarrollo ambiental, que tranquilizó mucho las inquietudes que siempre tenía la Máxima Casa de Estudios del país.

Esta, por supuesto, se maneja con cierto grado de independencia de la Subsecretaría, por su prestigio y por su calidad de institución mayoritaria, pero con la que frecuentemente hay que dialogar, concertar y tomar en cuenta para todos los planes y programas, cosa que pude llevar a cabo, porque me encontré con el doctor Narro, en esa época director de Medicina, que posteriormente fue secretario y rector de la universidad.

Dotado de preclara inteligencia y capacidad política y de cabildeo, siempre escuchaba mis razones, y yo entendía que había que guardarle un lugar especial a la UNAM, y así pudimos “llevar la fiesta en paz”, lo que no era fácil, porque ellos trataban siempre de acordar directamente con el presidente de la república, brincándose todas las demás instancias.

Sobre ese tema, mi principal orgullo fue haberle reunido al presidente de la República, Carlos Salinas de Gortari, en una sesión abierta, a todos los rectores de las universidades del país, para un diálogo directo.

Eso le dio al presidente una gran satisfacción, y a mí me permitió fortalecer mi imagen y mi visión política dentro de esa institución, ya que el presidente Salinas me otorgaba deferencias, invitándome a sus giras, colocándome en el presidium o enviándome como su representante a eventos muy importantes de las figuras históricas nacionales que se celebraban en algunas universidades o en gobiernos estatales, por lo cual yo trabajaba con gusto y además ejercía la representación presidencial con orgullo.

El Colegio de México

Recuerdo también que, por instrucciones del secretario de Educación Pública, fui nombrado su representante y presidente en la Junta de Gobierno de El Colegio de México, institución que fue fundada en la época de Cossío Villegas, y que es hija de El Colegio de España, que fundó Alfonso Reyes, y en donde se instala la crema y nata de la intelectualidad en la parte económica, histórica, sociológica, antropológica y política del país, pues es una institución de alta sofisticación académica, que cuenta además con una extraordinaria biblioteca, calificada como de las mejores en su especialidad en América Latina.

Allí me encontraba siempre con los directores de El Colegio de México, a quienes trataba de apoyar con mis ideas, y de respetar los esfuerzos y los logros que habían obtenido; de igual manera, fui representante ante la más importante estructura de edición de libros del país, que es el Fondo de Cultura Económica, en donde, cosa curiosa y anecdótica, me tocó presidir las sesiones del Consejo, cuando era su director el expresidente Miguel de la Madrid, a quien el presidente Salinas había nombrado para esa posición.

Él, sonriente, me decía que lo habían mandado llamar para ese puesto como una terapia de trabajo, porque como no tenía actividad alguna y él deseaba estar activo, lo colocaban en una unidad de carácter académico, en donde no ocasionaba ningún problema político por su calidad de expresidente. Además, De la Madrid era una persona muy respetuosa de las instituciones y una figura históricamente muy austera y de mucha templanza y grandeza, a quien le tocó vivir la enorme crisis generada por López Portillo y el terremoto de 1985.

Todo lo anterior caminó sobre ruedas, dada la excelente organización administrativa del ingeniero Orel Darío, la experiencia del maestro Gago, la in-

quietud creativa de Jaime Tacher y sobre todo la capacidad analítica y crítica de Roberto Moreira, pues todos mis colaboradores en realidad hacían bien su función y yo era solamente el encargado de coordinar sus actividades y de no estorbarles, como ha sido mi estilo, porque no me gusta ser prepotente ni hegemónico. Simplemente, tomo decisiones después de escuchar y analizar con todo cuidado la problemática de cada uno de los temas que se me tratan.

Sin embargo, cuando me salía de mis cauces y hacía algunas cosas que parecían demasiado aventuradas, tenía siempre el escudo protector del fantasma crítico que Roberto representaba, quien me ponía en mi lugar después del análisis político correspondiente; de allí mi agradecimiento a la crítica que se enmarcaba en un proceso dialéctico que nos permitía no cometer errores serios o importantes, que son producto del ejercicio del poder, en donde uno cree que es infalible o que todas sus decisiones están bien tomadas.

La verdad es que uno reconoce después que un porcentaje importante de los actos volitivos que lleva a cabo la persona del poder están equivocados, y otros son aciertos que generan permanencia. Nuestra filosofía, por tanto, era la de la concertación, el diálogo y el proceso constructivo, sin rencores ni resentimientos, y sin escuchar la politiquería convencional de esos organismos.

Llega Zedillo

Así, trabajando, como decía el poeta León Felipe, se logró un régimen de estabilidad y de funcionalidad ejemplar, hasta que llegó el licenciado Ernesto Zedillo Ponce de León a la Secretaría de Educación Pública, pues su caracterología difería totalmente de la nuestra, por lo que tuvimos una colisión, no de personas, sino más bien de forma de ser y de pensar, que terminó con que yo fui nombrado embajador de México ante la UNESCO, tras haberme topado con una persona firme, rígida, inflexible, tecnócrata, economista a ultranza y poco dúctil en los otros quehaceres de la educación superior, como son las universidades propiamente dichas, la esfera cultural, la influencia social de la universidad, la investigación de las mismas, sobre todo en los estados, que él no respetaba, ya que simplemente decía: “las universidades de los estados son barriles sin fondo”.

Bartlett, por el contrario, no obstante su capacidad política y su firmeza, era mucho más flexible; comprendía todas nuestras inquietudes y les daba tránsito, principalmente en los últimos dos años, y además nos permitía

aprovechar las mismas para beneficio de la nación y sobre todo para recuperar y sostener con firmeza la importancia del quehacer universitario en la política nacional, que con Ernesto Zedillo y con otros presidentes se negó a ser reactivada, pues es en la época actual cuando las universidades empiezan a recuperar los presupuestos que les fueron retirando gradualmente los funcionarios antes mencionados.

Por supuesto, la Subsecretaría permitía otros contactos externos, como aquellos de las áreas cultural y política propiamente dichas, y principalmente gran influencia en las relaciones personales de Elvira y mías, en muchos sectores de la sociedad, que nos permitieron una dosis de acervo creativo e histórico que forma parte de nuestra memoria y nostalgia, porque la Ciudad de México, con todos sus defectos, reúne la crema de la intelectualidad y de la política nacional.

La campaña del candidato presidencial Carlos Salinas de Gortari

Es obvio que el nombramiento que tuvo a bien otorgarme el presidente Carlos Salinas de Gortari se originó en algunos antecedentes que quiero describir, porque forman parte del control político mexicano y, sobre todo, de la correlación entre lo afectivo y la parte práctica de la política del poder.

Me refiero a que mi nominación tuvo quizás una razón afectuosa, dada en el permanente aprecio que mostraron siempre hacia mi persona, tanto el licenciado Raúl Salinas Lozano, a quien conocí durante su campaña para senador, como su esposa, doña Margarita de Gortari de Salinas, quien había sido profesora y asistía con regularidad a la presentación de mis libros o a algunos eventos relacionados siempre con el tema de la educación pública en México.

Era hermana de un filósofo de izquierda, reconocido por su inteligencia, Elí de Gortari, personaje de una particular sensibilidad perceptiva para comprender los valores de la educación en la formación integral de los jóvenes, y también como parte de la identidad de un gran país al que tanto ella como su esposo, el senador, don Raúl, amaban, y no solamente lo expresaban de manera verbal, sino que lo practicaban en forma cotidiana con su actuar.

Mi excelente relación con don Raúl Salinas Lozano se consolidó en la época en que fui diputado federal en la LII Legislatura, y él, senador de la

República. En ese tiempo, coincidimos en algunas comidas o desayunos de trabajo político o en invitaciones a su casa, para hablar siempre de temas que él había planeado con antelación, ya que era una persona de preclara inteligencia, y quienes lo conocimos gozamos del enorme caudal de conocimientos que había adquirido, tanto en la Universidad de Harvard, como en su papel de génesis y formador de la corriente económica de México.

Él, junto con otros personajes de la vida pública, había consolidado en el país, desde el gobierno del presidente Díaz Ordaz, una fórmula moderna de ciencia económica que le permitió a México crecer y adaptarse a la realidad del desarrollo cosmopolita, desde la aparente presencia de la globalización iniciada en ese tiempo, que luego apareció con todas sus ventajas y desventajas en el tiempo moderno.

Don Raúl y yo nos reuníamos frecuentemente en restaurantes de la Zona Rosa del Distrito Federal, y algunas veces nos hacíamos acompañar de Alberto Santos o de Ricardo Cavazos, de Jorge Treviño o de Carlota Vargas, todos ellos compañeros diputados, o del simpático Juventino González Ramos, e integrábamos un grupo muy interesante desde el punto de vista, no solo político, ya que teníamos discusiones sobre los diferentes problemas de la nación.

Cada uno de nosotros teníamos formaciones distintas, pero un objetivo común, que era el país, y recibir juntos las enseñanzas de don Raúl, unas veces quijotescas y otras alegres, siempre con un humorismo picante.

Esto nos permitió aprender, y a veces aprovechar, el ocio que la diputación tenía en esa época. Dicho en otras palabras, a mí me unía un afecto y un aprecio por la familia, lo que hizo que, sin conocer profundamente al candidato en ese tiempo, tuviera cierto grado de confianza con él.

Recuerdo una interesante anécdota: durante la campaña, el candidato presidencial me invitó a una reunión que sobre educación se celebraba en Ciudad Obregón, Sonora, en el norte de nuestra patria.

El tema era la descentralización como elemento fundamental para el desarrollo del país. Acepté con reticencia esa invitación, porque la noche anterior había tenido una cena muy vernácula y llena de dosis de comida y vino que me hacían sentir una somnolencia y unos enormes deseos de gozar de la hipnosis profunda que el sueño produce. Y me daba cierto resquemor asistir a un evento al que, si bien había sido invitado especialmente, mi experiencia

me enseñaba que ese tipo de reuniones eran un poco superficiales, que no dejaban ningún efecto profundo ni en el auditorio ni en los participantes. Entonces, simplemente estaba yo un poco renuente a ir.

Sin embargo, el hombre propone y Dios dispone, y mi esposa Elvira, que es bastante tenaz en sus recomendaciones y cuestionamientos, me movió de la cama muy temprano y me presionó, como ella sabe hacerlo, para que asistiera a dicha reunión, que se celebraría a la una de la tarde en Ciudad Obregón. Yo insistía en lo contrario, diciendo: “Hoy no, ya déjame dormir, estoy muy cansado, y no quiero ir”.

Pero ella, como siempre ha sido, logró ganarle a mi fatiga y empujarme casi físicamente a levantarme, tomar un baño e irme al Aeropuerto del Norte; alcanzar un avión que ya estaba listo para despegar, que era del Grupo Vitro, y viajar en compañía de Andrés Sada, quien siempre me había distinguido con sus atenciones, y que tenía una conversación muy agradable, por lo que me produjo mucha confianza aceptar su invitación para trasladarme rápidamente, en un avión privado, a Sonora.

Yo, con una resaca bien establecida, traté de dormir durante el viaje, cosa que no me fue posible. Llegamos a Ciudad Obregón a las nueve horas con treinta minutos, y me fui al hotel a tratar de descansar, pero no pude, aunque sí tomé mis alimentos, y para la una de la tarde ya estaba listo y presente en el evento. La reunión era de las tradicionales en una campaña, en donde los asistentes llevaban pancartas con mensajes de apoyo; había mucho ruido, y alrededor de catorce oradores iban a tomar la palabra para hablar del tema.

Escuché pacientemente a doce de ellos decir una “bola” de cosas que no tenían nada que ver con hacer realidad un cambio dramático en la política mexicana. Más bien hacían peticiones o exaltaban la figura del candidato, que, como sabemos, es un hombre brillante con una capacidad neuronal de gran velocidad y una vitalidad excelente que producía, por su inteligencia, un gran atractivo y que por supuesto estaba enfrascado en una lucha con otros dos candidatos de mucho peso: Cuauhtémoc Cárdenas y Manuel Clouthier, que perdieron la contienda, reconocieron su derrota y siguieron insistiendo en esa temática, que fue desbordada por el tiempo de antítesis de aquella época, cuando ya era presidente Carlos Salinas de Gortari.

Terminó su exposición el orador número doce, y el candidato Salinas se puso de pie, tomó el micrófono y dijo: “Creo que ya hemos oído bastante.

Este es un tema muy interesante, pero tengo otras cosas programadas en mi agenda, y se iba a declarar clausurado el evento, pero en ese momento levanté mi mano, y dije: “¿Qué pasó? Yo estoy aquí esperando; soy el exponente número 14, y vine exclusivamente de Monterrey”.

Entonces, el candidato, sonriendo y con una actitud de complacencia, dijo: “Bueno, vamos a darle oportunidad al exrector de la Universidad Autónoma de Nuevo León, de Monterrey, que es mi segunda patria, porque mi familia es oriunda de Agualeguas y tengo un especial afecto por la gente de allí. Solo vamos a pedirle que sea breve, porque tengo una agenda muy apretada y tenemos que movilizarnos hacia otra parte del país”.

Yo escuché con atención y, sintiendo el calor hiriente de la noche anterior, pero conservando mi intelectualidad despierta y mi verbo muy afilado, tomé el micrófono e inicié mi exposición con unas palabras que generaron de inmediato sendos aplausos por parte del auditorio; se referían a: “Señor candidato a la Presidencia de la república, estamos en una ciudad de lo que ustedes, en la Ciudad de México, llaman provincia mexicana, que es parte de la cuna de la Revolución, como es el Estado de Sonora.

“Y aquí vamos con el tema que usted ha indicado que se trate, y que se denomina descentralización. Yo me permito decirle, con todo respeto, que todos los que le acompañaron en el estrado viven en la Ciudad de México; es decir, estamos hablando pero no practicando el concepto de descentralizar, fundamental para que el país aproveche toda la inteligencia y la potencialidad que existe en los estados y que a veces se ve abrumada por el centralismo que ha caracterizado a nuestro país”.

Los aplausos no se hicieron esperar y tampoco mi respuesta a los mismos, pues ya encarrilado en el discurso, no tuve empacho en decir una serie de verdades, lo que ocasionó que me interrumpieran ocho veces con aplausos, debido a mi elocuente verbo, que se derramó sin piedad, refiriéndome al tema central y principalmente a la falta de practicar con hechos lo que se dice con palabras.

La cara del candidato se fue apagando, de sonriente hasta un poco frío y fue hasta el final cuando regresó su actitud de comprensión y de aceptación, y con fino humorismo e ironía terminó la sesión agradeciendo las palabras y despidiéndose de los participantes con sendos aplausos, porque como lo mencioné anteriormente, Carlos Salinas tenía una gran vitalidad y un carisma muy especial.

Al bajar del estrado, en las escaleras, me acerqué al candidato para entregarle un libro que recientemente había yo escrito y en el que había una dedicatoria especial para su candidatura, y cuando se lo entregué, me señaló: “Oye, Todd, a ver cómo le haces cuando te centralice”, y con una sonrisa, seguida de una carcajada, con el humorismo que le caracterizaba, se alejó y me dejó con los ojos cuadrados, y tratando de adivinar el significado de sus palabras, que por supuesto pude comprender después de haber sido nombrado subsecretario de Educación Superior e Investigación Científica.

Valga esta anécdota para señalar, que si bien había algún antecedente, mi audacia para enfrentarme a un candidato todopoderoso y señalarle algunos errores, fue quizás lo que me permitió acceder a ciertos rincones y laberintos de la administración pública federal.

Esta participación se acompañó también del nombramiento que durante la campaña hizo Salinas de sus colaboradores, en lo que en ese tiempo se llamaba el IEPES, Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales del PRI, en el que durante una reunión en la Ciudad de México, me nombró presidente de la Comisión de la Juventud. En ella colaboré preparando un documento sobre la juventud y su participación política, con insistencia sobre todo en el tema educativo, que formó parte del Programa Nacional de Desarrollo que Salinas de Gortari enunció y llevó a cabo durante su ejercicio como ejecutivo de la nación.

Fui presidente de la Comisión de la Juventud, con colaboradores que eran muy buenos grillos, quienes trataron de hacerme algunas travesuras y mortificarme, dado que yo no tenía muchas relaciones en la Ciudad de México. Sin embargo, logré sobrellevarlos, conciliar intereses, y desarrollar eventos con la juventud, demostrando así que podía, no solamente usar el verbo y la teoría en forma de documento o libro, sino que también podía ejercer la práctica de la conciliación, que es parte del fenómeno del poder político y que a veces se olvida, cuando la gente, en el ejercicio del mismo, pierde el piso y se considera omnipotente.

Entonces, la palabra conciliar, que tiene que ver con aprovechar y sumar voluntades, se olvida, dando paso a la palabra unilateral, o sea la opinión única y prepotente, que desplaza el vector que la política debe tener para ser una ciencia al servicio de y no para servirse de ella.

Valga esta narración para insistir en mi tesis básica sobre la presencia de lo afectivo y lo emocional en la búsqueda del poder, temas que a veces la juventud olvida, desplazando la amistad, el afecto y el cariño, que forman parte del quehacer humano, y dando paso a un sentido pragmático, frío y materialista, que no permite realmente la suma de voluntades sino solamente la suma de intereses, para convertir la política en una empresa, en lugar de transformarla en una virtud social de presencia en el arte de amar, de dar y de servir, los cuales forman el ritual para encontrar la felicidad, que, compartida, se hace mucho más plena.

La Universidad: ¿esperanza o ineficiencia?

En los años en que me desempeñé como subsecretario de Educación Superior, tuve la esperanza despierta y objetiva de que la universidad representaba un faro luminoso, como diría Alfonso Reyes, que alumbraría la cultura, la conciencia, la profesionalización y la investigación, para el desarrollo de nuestro país.

Mi conocimiento de la mayoría de las universidades de los estados y mi observación cotidiana de los avances y debilidades de la Universidad Nacional, hicieron que me fuera formando un criterio muy personal de lo que realmente es y ha sido la universidad mexicana.

En la época a que hago referencia, visité casi todas las universidades de México. En una ocasión, en forma accidental, asistí a una reunión de rectores en Zihuatanejo, y el rector de la Universidad de Guerrero me invitó a jugar tenis, por lo que me llevé los zapatos especiales para tal deporte, que yo practicaba desde hacía muchos años, porque en mi casa original, ubicada en la Calzada del Valle, así como en mi pequeño refugio ubicado en Olinalá, tenía una cancha para jugar tenis.

Frecuentemente invitaba a personajes de la vida social, académica y política del Estado de Nuevo León para jugar con ellos, y aprovechar mi conocimiento particular de la cancha, por lo que muchas veces pude ganarles, con el consabido coraje que algunos manifestaron, porque el tenis es un juego, que por el esfuerzo personal que se hace, produce –cuando se pierde– una sensación de derrota muy triste, y yo practicaba muy seguido con un maestro; además, tenía una habilidad innata para los deportes, y desde mi infancia logré consolidar muchos triunfos y pocas derrotas.

Pero, volviendo al tema, en Zihuatanejo, después de terminar el partido de tenis y habiendo comido con el rector, con las consiguientes bebidas espirituosas con que acompañamos la comida, regresé a dormir mi siesta al hotel. Cuando bajaba del automóvil, se me enredó una pierna con el cinturón de seguridad, por lo que, al brincar, mi pierna derecha quedó inserta entre dos piedras del estacionamiento, y al girar bruscamente, después de brincar, sentí el “crack” de la fractura y caí al suelo, exhalando un terrible gemido de dolor, que atrajo rápidamente a mis hijos, entre ellos a mi hija Isabella.

Ella, que entonces era muy pequeña, se asustó mucho al ver a su padre tirado y clamando auxilio por el dolor, y dijo: “¡Ay! papá, te vas a morir”. Yo, con tristeza y dolor, alcancé a bromear con ella, diciéndole: “No, mi hijita; esto es solo una fractura”.

Desde luego, me costó mucho esfuerzo y sangre, porque se me habían destrozado los ligamentos de la articulación tibioparsiana, o sea, del tobillo; se me fracturó también la parte superior del peroné, por lo que quedé hecho un guiñapo humano lleno de pánico. De inmediato fui sometido a la inmovilización de la pierna.

Posteriormente visité a especialistas, y terminé con un médico que me recomendó mi compadre, el doctor David González, de Houston, que era quien atendía a los jugadores de futbol americano de los Dallas Cowboys y de los Houston Oilers. Pero ellos sí tenían mucho valor económico en sus piernas.

A ese caballero de figura bastante torpe, plantígrada, con los cachetes rojizos, y de alta estatura, no lo consideraba yo capaz de ayudarme, pero él simplificó la situación que había sido complicada por mis colegas mexicanos, y dijo: “Le voy a poner un clavo”, cosa que hizo y me inmovilizó la pierna, y así regresé a mis actividades.

Tuve la buena fortuna de que uno de mis amigos y compadre, Humberto Lobo, empresario boyante del Estado y hombre generoso, puso a mi disposición un avión Jet, lo que me permitió movilizarme más fácilmente de un lugar a otro, y aprovechando el viaje, como dirían nuestros folclóricos rancheros, pude visitar todas y cada una de las universidades públicas del país y algunas privadas.

Esto me permitió conocer no solo las instituciones, sino también los estados y, sobre todo, la comida tan deliciosa y variada que hay en nuestra patria

y que es única en el mundo. Aprendí que la comida de Campeche no es igual a la de Yucatán, ni tampoco a la de Tabasco y menos aún a la de Michoacán. Por supuesto, la simplificación de la comida se acentúa en el norte; pero en el centro y en el sur del país, la diversificación es la regla, lo que hace muy atractiva la ciencia culinaria y la gastronomía en esos lares.

En mis largas conversaciones con Roberto Moreira y con el maestro Antonio Gago, así como con Víctor Arredondo, muy joven en aquella época, conocedor de la educación, con maestrías y doctorados en universidades americanas, y quien tenía un espíritu contestatario, aprendí mucho a través de la discusión abierta y pude entender el fenómeno interno del quehacer universitario de México.

Logré, junto con Antonio Gago, elaborar y publicar un libro sobre educación superior, que prologó el doctor Federico Mayor Zaragoza, ya desde entonces mi amigo personal, que forma parte de mis preferidos, pues gracias a él logré consolidar mi visión sobre el quehacer universitario.

Pero, volviendo a la pregunta original de este capítulo y entrando en materia: ¿Qué sucedió con la universidad mexicana y la latinoamericana en comparación con la universidad norteamericana? Siempre me hice esa pregunta y logré escudriñar la génesis histórica de esas diferencias, al revisar un célebre discurso que publicó en 1909 el profesor Radós, de nacionalidad uruguaya, quien había integrado todo un proyecto de tesis que implicaba a la universidad como una institución que debía ser el faro, no solo del conocimiento, sino también del proyecto social de nuestras naciones.

Esto, que parece simple y que en realidad tiene su razón de ser, fue una trampa involuntaria, que hizo que la universidad pensara que el proyecto social y económico del país era su responsabilidad, olvidando que su función primordial es ser crítica y eso le hizo intervenir activamente en la vida política.

Ese discurso fue el causante de la llamada Reforma de Córdoba, que impuso el concepto de autonomía universitaria, el cual ha sido tergiversado desde el punto de vista académico y administrativo, en función de que la propia autonomía ha hecho de la universidad, no solo una conciencia crítica -como es su obligación-, responsable, que utiliza el conocimiento para analizar la contradicción y todo el mecanismo dialéctico correspondiente, sino también una entidad activa en el mundo de los cambios políticos y sociales.

Este concepto de autonomía universitaria, que se implantó en México en 1929, fue aprovechado por algunos políticos de ocasión o vivales de la oportunidad, como siempre sucede, para empujar a la universidad a manifestarse públicamente en aspectos que eran principalmente responsabilidad de los gobiernos, y salir a las calles a señalar que todo lo que era tecnología y ciencia era un maniqueísmo retrógrado, porque la universidad debía impulsar fundamentalmente las ciencias sociales, el quehacer intelectual, la proyección cultural y sobre todo la participación para generar equidad y justicia social en los países de Latinoamérica, caracterizados por contradicciones sociales muy importantes, riquezas ostentosas y pobreza lacerante.

México, por supuesto, no escapó a este hecho, lo que se documenta por el movimiento revolucionario de la autonomía universitaria y, posteriormente, por el de 1968, mediante los cuales los jóvenes pretendían ser los causantes del cambio político y social, y se encontraron con la triste realidad de que no les era posible lograr ese cometido, pues las universidades tienen otros objetivos mucho más trascendentes, pero sobre todo más permanentes que los frívolos quehaceres de la política partidista ocasional.

Mientras eso sucedía en los países latinoamericanos, en Estados Unidos, desde la fundación de la Universidad de Harvard, sus objetivos, heredados de su espíritu sajón y de la revolución industrial nacida en Inglaterra, fueron mucho más prácticos, y decidieron que la universidad debía ser el centro de discusión de todas las ideas, para generar la universalidad y la contradicción dialéctica, que permitiera el análisis de las mismas, pero también tenía la obligación de integrar la ciencia, generar conocimientos, hacer investigación científica y desarrollar tecnologías para poder integrarse al fenómeno acelerado de la revolución industrial y del cometa del desarrollo científico y tecnológico, que ya se veía venir.

Los norteamericanos, entonces, impulsaron la libertad de cátedra, pero le dieron particular prioridad a la investigación científica, a la generación de productos y a la vinculación con el progreso industrial; es decir, le dieron mucho valor al espíritu inquisitivo y a los recursos económicos derivados de la industria, la investigación y al desarrollo tecnológico, que en América Latina era despreciado como algo secundario, que solamente producía generaciones robóticas insensibles.

Posteriormente, los norteamericanos, una vez logrado el progreso derivado de la ciencia y la tecnología, empezaron simplemente a repatriar o a

importar el fenómeno cultural, pues con dinero y progreso invitaron e hicieron ciudadanos a múltiples migrantes intelectuales, los cuales eran artistas, pintores, escritores, pensadores.

Así fueron generando, principalmente en el noreste de ese país, un nido real de progreso cultural e intelectual y de integración y vinculación con la clase empresarial, todo con libertad, pero con objetivos claros y contundentes, que soslayaban la aparente responsabilidad de la universidad de ser líder del proyecto social de un país.

Esta responsabilidad aparente había sido magnificada en nuestros países, y había propiciado el olvido de la ciencia y la tecnología. Posteriormente, por esa dependencia científica y tecnológica, hemos perdido soberanía y competitividad, y nos hemos convertido en países dependientes -con productos de valor agregado muy escasos-, que pagamos elevados costos de patente a los países desarrollados.

Esta tragedia -así me gusta llamarla- también pasó en México, y es la que nos ha llevado a la situación actual en que nuestro país invierte en ciencia y tecnología el 0.4% del Producto Interno Bruto, menos que todos los países de América Latina; tiene muy poca generación de patentes, una gran centralización de la investigación en la Ciudad de México, un Sistema Nacional de Investigadores que es muy reducido, pues solo 4,000 de los 17,000 registrados, son llamados Grado 3, y éstos por lo regular tienen un promedio de edad cercano a los sesenta años.

Es decir, se perdió el boom demográfico juvenil para aprovechar la creatividad y la innovación características de nuestra identidad cultural.

Mis visitas a las universidades también me hicieron comprender que estábamos asistiendo a la agonía del siglo XX, sin tener objetivos claros de lo que vendría en el siglo XXI en cuanto a la sociedad de la informática, de la comunicación, del acelerado desarrollo de la ciencia y la tecnología, así como de la innovación indispensable para adecuarnos a los nuevos mercados que se abrían con la globalización, que nos invadió gradualmente, y que además se acompañó de una transculturalización que no produjo ventajas, sino que trajo desventajas, porque lesionó la entraña de nuestro ser en términos de que la identificación patológica que hemos hecho del progreso aparente en la sociedad actual de la informática y de la globalización nos hizo perder la creatividad y la fortaleza cultural heredadas de nuestros

ancestros, que eran nuestro orgullo y nuestro reducto para conservar la soberanía nacional.

Encontré, asimismo, que la profesionalización de la universidad mexicana era altamente ineficiente, porque de cada 100 alumnos que ingresaban a la primaria, solo 10 llegaban a la educación superior y, de esos 10, al terminar, 5 no encontraban trabajo en el área de lo que habían estudiado, porque las carreras, de carácter virtual y unidimensional, no se adaptaban a la diversificación y a la nueva concepción de la aplicación del conocimiento en función del desarrollo económico y de la producción del país.

Eso ha generado, en la población universitaria, la misma actitud de ansiedad que se vivió a principios del siglo XX, cuando sobrevino la llamada universidad socialista, en la época de Lázaro Cárdenas, a consecuencia de las ideas que habían permeado, desde Rusia y otras naciones, a México, en términos del comunismo militante que había vencido en la revolución a la estirpe zarista y que había consolidado, por las ideas de Marx y de Engels, una aparente nueva forma de ver la vida y la sociedad.

Nuestra juventud, por tanto, como decía el maestro Juan Manuel Elizondo, coautor de esa revolución de 1933 y partícipe en la fundación de nuestra institución educativa, la de Nuevo León, mostraba la actitud de aprender conceptos del siglo XIX sin adaptarse a la venida del siglo XX, con su nueva estructura y objetivos distintos a los quehaceres del siglo anterior.

Este fenómeno se desarrollaba en nuestra nación desde la época en que coordiné las instituciones de educación superior, pues no vimos venir la nueva ola de cambio brutal que se perfilaba desde entonces, y que ha hecho su aparición luminosa y aparatosa en el siglo XXI, con la generación de nuevas fórmulas de vida, impresas en la informática y en la comunicación; con el acelerado quehacer de la ciencia y la tecnología, que obligan a la diversificación y a la actualización, así como a la adaptabilidad de nuestros currícula. Al no hacerse así, se produjo un divorcio entre la realidad, que nos exigía algo, y la teoría, que solo nos producía ineficiencia.

Era muy triste ver a jóvenes que desperdiciaban todo lo que habían estudiado, con gran esfuerzo económico y social de sus padres, porque al terminar esa educación se daban cuenta de que no existía mercado para el desarrollo de su profesión y para la aplicación de sus conocimientos, por lo que tenían que integrarse a la vida real y trabajar en cualquier otra cosa.

De esa manera, la universidad estaba dejando de cumplir su obligación de ser factor de permeabilidad social, así como de cambio y transformación; en lugar de ser la gestora del cambio, en términos conceptuales, había sido la que lo sufría; lo cual la aplastaba, y hasta la fecha le genera un lacerante desempleo profesional, y una gran inquietud social por consecuencia, lo que puede ser el caldo de cultivo de actitudes violentas, por carecer los jóvenes de la esperanza de una vida mejor.

Impulsado por mi creatividad, me di cuenta de ese fenómeno y quise tener algunos resultados positivos, por lo que frecuentemente tenía reuniones con mis colaboradores e insistía mucho en que en México tenemos que integrar el quehacer de la educación superior a la nueva sociedad de la informática. Tenemos que establecer una red para coordinar a todas las universidades del país, las públicas, por supuesto y ¿por qué no?, también las privadas, que cuando tienen efecto social son públicas, e incorporarlas a los instrumentos del conocimiento.

Por medio del maestro Gago y con el apoyo de Víctor Arredondo, personaje de gran capacidad creativa e innovadora, quien a veces, en forma bohemía pero siempre despierta, me acompañaba en algunos de esos sueños, y pese al control férreo que mi compadre Moreira ejercía, para que no me pasara del borde de lo establecido, a fin de evitar conflictos de orden político, impulsé que nuestras universidades conectaran entre sí sus bibliotecas; autoricé que se compraran muchas computadoras y que se iniciara la posibilidad de educación abierta o en línea, proyectos que ya había diseñado y puesto en práctica cuando fui rector de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Es decir, me sentía abrumado, porque me di cuenta de que caminábamos hacia el precipicio del desempleo, y que solo integrándonos a esa nueva realidad de la comunicación y la informática en tiempo real, podríamos ofrecer una esperanza a nuestros jóvenes y a nuestro país, que al fin de cuentas es el que recibe, como Patria y conjunto de todos los factores sociales, económicos y políticos, el impacto de un quehacer universitario de altura y de calidad que se adapte a la necesaria competitividad del mercado internacional en la globalización actual.

Fueron múltiples mis esfuerzos, mis reclamos, mi lucha por conseguir los recursos y los presupuestos, pero al fin logré consolidar en todos los rectores una actitud de unidad, que me permitió reunirlos un día a todos ante el presidente Salinas, inclusive al rector de la revolucionaria escuela de Chapingo,

en agronomía, que nunca quería entrar al sistema en lo general, ya que siempre peleaba en particular sus ideas revolucionarias y transformadoras, que también, como muchas otras, empezaban a ser obsoletas.

Esto se demostró después, porque las escuelas de agronomía tradicionales cerraron gradualmente sus aulas por la falta de demanda y porque los agrónomos no tenían mercado, si no tenían una propiedad determinada, y como el sistema de distribución ejidal había significado un cambio radical en la tenencia de la tierra, en ese tiempo no había disposición para extender la producción agrícola; por el contrario, la urbanización acelerada quitaba tierra y mercado a los egresados de la Facultad de Agronomía.

Con Víctor Arredondo tuve siempre grandes discusiones, complejas y contradictorias y, en ocasiones, con cierto grado de ironía y de conflicto, que me hacía dudar de mi labor de concertación y de diálogo, porque Víctor siempre fue muy frontal y directo, llegando al extremo de generar una actitud que me molestó mucho. Por lo mismo, una vez se acercó conmigo Antonio Gago y me comentó que si Víctor me estaba dando muchos problemas, debía cesarlo, porque no podía permitir que discutiera conmigo.

Esto me produjo una sensación de tristeza, pues me di cuenta de que Antonio Gago, -a quien yo respetaba y admiraba, por su conocimiento y su experiencia-, no conocía realmente mi forma de ser y de pensar, pues en ningún momento vino a mi mente la idea de cesar a una persona por estar en desacuerdo con mis ideas, ya que en mí estaba impregnado, desde mi época de rector, el concepto de universitario, que implica la tolerancia, la comprensión, la dialéctica y la aceptación de la diversidad en la unidad.

Si Víctor era agresivo algunas veces, otras era certero en sus juicios, y mi obligación era entenderlo y no subirme al ladrillo de la soberbia, como sucede frecuentemente, y perder una personalidad como la de él, que era valiosa por su capacidad y su formación.

Antonio Gago logró ser subsecretario de Educación Superior, pero solo durante ocho meses. Simplemente continúa hasta la fecha -y además yo respeto que siga así, porque es su decisión-, siendo un elemento capaz, que se utiliza para los estudios correspondientes y que además es eficiente; tiene conocimientos claros de la educación en general y de la superior en particular, pero no tiene capacidad innovadora y creativa, por sus temores, a veces fundados, aunque la mayoría infundados, a ser sacrificado en el camino, lo

que le ha generado una burocratización que no es exclusiva de esa persona sino de muchos otros, que por conservar el puesto, no les dan ninguna oportunidad a las ideas de generar hechos concretos.

Sobre el presidente Carlos Salinas de Gortari

Durante mi gestión como subsecretario de Educación Superior e Investigación Científica, fui conociendo gradualmente la figura del presidente Carlos Salinas de Gortari. Ya había tenido algunos contactos previos con él, cuando fue subsecretario de Programación y Presupuesto, en el régimen del presidente Miguel de la Madrid, y siempre me pareció, aunque no pude penetrarme profundamente de ello, un personaje muy activo, inquieto y en ocasiones hasta bromista, pero dotado de una velocidad increíble en el que-hacer del pensar.

Poco después, y a raíz del nombramiento que me hizo cuando era candidato, para presidir la Comisión de la Juventud, llegué a establecer un diagnóstico un poco más certero de las acciones, expresiones, caracteriología, reacciones y toma de decisiones de ese personaje, al que yo califico como un buen presidente de nuestro país.

Lo llegué a conocer, a pesar de haberme reunido con él en muy pocas ocasiones en forma privada, sobre todo cuando me concedía lo que los miembros del Estado Mayor llamaban, en broma, audiencias de pista, que quería decir que, cuando el avión presidencial aterrizaba en la Ciudad de México y mientras se acomodaba en la pista, uno tenía la oportunidad de conversar con él cinco o diez minutos, que se podían alargar, de acuerdo a las condiciones que existieran para la movilización del TP01, en el que el presidente frecuentemente gozaba de cierto aislamiento.

Pero, más que en las frivolidades comunes y normales de nuestros presidentes que son parte de la enfermedad del poder, que como decía Henry Kissinger es afrodisíaco por naturaleza propia, lo que quiero es profundizar un poco en el análisis de la personalidad y de las características humanas de un presidente que quizás fue el último que detentó un régimen presidencialista a ultranza, ya que sus opiniones se convertían en decisiones y no existía el fenómeno dialéctico de la contradicción, con excepción tal vez, de su aparente brazo derecho, el doctor Córdoba Montoya, quien, dada su natural

inteligencia, podía dialogar, contradecir y orientar las decisiones del presidente, en diferentes asuntos de orden nacional.

Es obvio que el presidente Salinas escuchaba a Córdoba en lo que se refería a economía, pues ambos eran expertos en esa importante rama del desarrollo político y social de un país en un momento determinado; pero no era, creo yo, muy amante de compartir sus decisiones en forma abierta sino más bien escuchaba, analizaba y posteriormente, sin preguntar mucho, hacía uso de su figura presidencial y actuaba en consecuencia, indicando lo que se debía o no hacer.

Esto formaba parte de esa corriente histórica mexicana del presidencialismo, que se inició probablemente desde la época de Porfirio Díaz, pero que por razones históricas convencionales o de conveniencia de aquel que escribe la historia, solo se hicieron muy aparentes en la revolución y en los caudillos que emergieron de la misma para hacerse cargo de las riendas políticas de nuestro gran México, país con muchos procesos históricos negativos que habían generado un resentimiento y una serie de actitudes difíciles de entender, si uno no hurgaba en las raíces históricas del siglo XIX y por qué no, también de los siglos precedentes, sin descuidar la expresión etnológica de nuestro pasado indígena, ya que desde los aztecas existía el paternalismo de estado, el liderazgo de una persona o de una tribu determinada que generaba una acción, muchas veces opresora de aquellos a quienes dominaba.

El presidencialismo se hizo muy manifiesto en la época de Álvaro Obregón, y más profundo con Plutarco Elías Calles, que quiso prolongarlo fuera de Los Pinos, y provocó una serie de acciones que paralizaron al país, hasta que un gran mexicano, Lázaro Cárdenas, terminó con esa autocomplacencia del líder máximo de la revolución, como se le llamaba, y lo exilió.

Cárdenas continuó con su presidencialismo, pero ya con una característica *sui generis*, que llevaba implícita la connotación social y el respeto a los valores y a la dignidad de los mexicanos. Cárdenas, un presidente que había demostrado su fortaleza interior con sus acciones para expropiar el petróleo, y su comprensión y defensa de los derechos de los indígenas y de los trabajadores, atenuó la fórmula dictatorial que, como mencioné, se inició desde Porfirio Díaz.

Esta fórmula continuó ininterrumpidamente, hasta que Plutarco Elías Calles, en un afán quizás demagógico o de presencia pública, hizo lo que

él llamó país de instituciones, y fundó el Partido Nacional Revolucionario, antecedente del PRI, que consolidó el presidencialismo partidista

Es decir, pasamos de la dictadura unipersonal a la dictadura de partido, y se hizo una transición de simbología; pero la realidad es que, una vez que el presidente se sentaba en la silla del águila, como la llamó nuestro egregio amigo Carlos Fuentes, él era el presidente y no tenía competencia o contradicción interna alguna en sus acciones, que se iniciaban con la nominación de su gabinete, continuaban con la nominación de los gobernadores, los diputados; en ocasiones, hasta los congresos locales o los ayuntamientos tenían que ser “palomeados” por el señor presidente.

Carlos Salinas de Gortari les dio un barniz muy peculiar a sus acciones, al fortalecer sus decisiones con la teoría científica de la economía liberal, que si bien se inició con Miguel de la Madrid, por inducción o por la adaptación a una circunstancia mundial determinada, ya otros personajes de nuestra órbita política habían sido preparados en torno a este tipo de economía en universidades mexicanas y extranjeras, como es el caso de la Universidad de Harvard.

Así se forjaron, primero, don Raúl Salinas Lozano, Antonio Ortiz Mena, y un grupo de jóvenes que en la época de Echeverría influyeron sobremedida en las acciones del presidente, con la teoría económica convencional del momento, que se fue acentuando en términos de producir un gran proyecto mundial de lo que se conoce con el nombre de neoliberalismo o economía de los mercados, en que la oferta y la libre demanda marcan las pautas, y el mercado actúa en función de lo que está sucediendo, no solo en el interior de un determinado país, sino acorde con lo que ya se iniciaba y se conoce con el nombre de globalización económica.

Esta dio lugar a la caída de las ideas socialistas preconizadas por los marxistas, representados por Rusia e inició en todo el mundo una serie de acciones que han demostrado que ese proyecto es viable y funciona, sobre todo cuando hay una educación básica que permite la libre elección, y la equidad en la respuesta de los mercados a las corrientes que producen satisfactores individuales.

Empero, esto no ha funcionado totalmente, y en muchas naciones ha propiciado grandes injusticias y diferencias, porque la capacidad de elección para generar acciones de mercado justas se pierde cuando no hay una edu-

cación fundamental que la fomente; por esa razón, las nuevas corrientes de un socialismo con libertad económica, pero con protección de las clases marginadas, empieza a emerger en la época contemporánea.

Mis encuentros con el presidente Salinas

Recuerdo con intensidad mis encuentros con el presidente Salinas, cuando fui presidente de la Comisión de la Juventud del IEPES, pues siempre lo vi reaccionar favorablemente ante mis discursos, pero actuar un poco en broma o de no inclinarse definitivamente a una determinada tesis que yo había enunciado.

No olvido cuando le mostré un libro que habíamos editado con motivo de su campaña presidencial, y después de haber hecho uso de la palabra, bromeó diciendo: “Me parece muy bien, Todd, pero recuerda que la juventud es una enfermedad que se quita con el tiempo y que no todo puede hacerse en función de las acciones juveniles, sino del equilibrio con las acciones meditadas de otra naturaleza.

Como lo mencioné previamente, no fueron muchos mis encuentros personales con el presidente Salinas, pero sí tuve la fortuna de acompañarlo en algunas de sus giras y tomar la palabra en eventos relacionados con la educación superior. Nunca olvidaré que un día, a las once de la mañana, me habló el General Domiro García, del Estado Mayor Presidencial y me dijo: “El presidente lo invita para que esté mañana, a las siete de la mañana, en el hangar presidencial, porque va a Mérida a un evento en el que estará presente la universidad”.

Como era costumbre, en esa época no se hacían preguntas. Solamente se recibían órdenes. En contra de mi voluntad, me levanté a las cinco de la mañana, para poder llegar al hangar presidencial a las seis horas con treinta minutos, y tomar un avión especial que se me había enviado, junto con dos bellas damas que me acompañaron, y que eran las directoras de relaciones, nacional e internacional.

El avión del presidente Salinas había salido la noche anterior, pues él tenía que estar presente en otros eventos en la bellísima ciudad de Mérida, y quería que yo asistiera al evento universitario, con la encomienda de dirigir unas palabras a los alumnos, maestros y autoridades presentes en la reunión.

Yo, por supuesto, feliz con la distinción, me fui conversando y tomándome un café con las damas acompañantes, y llegamos a Mérida, en donde me recibió un viejo amigo mío, excompañero del Hospital de Nutrición, que en esa época era el rector de la Universidad, y nos llevaba al paraninfo de la máxima casa de estudios, con su bellísima fórmula única de la cultura yucateca, y allí, platicando, recibimos al señor presidente.

En mi discurso, enuncié la necesidad de que la universidad se adaptara a los cambios y circunstancias de una época de rápido movimiento científico y tecnológico, y que debíamos estar preocupados por el grave desempleo profesional que ya se empezaba a sentir en ese tiempo, lo que nos producía una percepción de ineficiencia, pues de 100 muchachos que preparábamos en las universidades, solo 50 encontraban trabajo en el área que habían estudiado, y como el conocimiento de carácter didáctico memorizado y no aplicado es como una musa olvidadiza que se lleva el viento, era muy peligroso seguir alimentando esa ineficiencia en los resultados de generar conocimientos que no se aplican, no se recuerdan y al final se diluyen y se pierden. Esa era una enorme y pésima salida de finanzas públicas, sin resultados objetivos de carácter creativo, o aplicadas al desarrollo social de nuestra patria.

Él me escuchó con mucha atención y, al finalizar el evento, salimos, como siempre, de estampida, porque el presidente tenía que ir a otras áreas a continuar su gira de trabajo, y me dijo: “Muy bien, Todd, me gustó mucho lo que dijiste, pero ahora hay que ponerlo en práctica para evitar lo que señalaste, y esa es tu tarea y tu encomienda; ese es tu trabajo”.

Es decir, no solamente le gustó y me felicitó, sino que me devolvió la crítica y me hizo copartícipe de lo que a él le gustaba, pues normalmente los presidentes con los que había tratado me escuchaban con interés y podía en cierta forma seducirlos con mis ideas, pero se iban con ellas almacenadas en su consciente o quizás en su inconsciente, pero no me hacían ningún comentario de carácter crítico.

Con Salinas las cosas eran diferentes, porque él me decía: “muy bien, Todd; me parece muy bien, pero aterriza tus ideas. ¿Cómo le vas a hacer? Porque no vale la pena el solo enunciar una crítica o señalar una hipótesis de trabajo. Hay que producir resultados”.

Esa fórmula de convivencia dialéctica tan certera ha llenado toda mi vida posterior de un pensamiento que se expresa en términos sencillos: en la vida,

el fútbol, el amor, la educación y la política, lo que importa son los resultados. Como decía inteligentemente un exjugador de los Tigres, Salvador Carrillo: “Jugamos mal, doctor, pero ganamos. ¿O qué prefiere, que juguemos bien y perdamos?” Yo le contestaba: “No, por supuesto que me gusta que juguemos bien y ganemos”.

La verdad es que lo que importa a largo plazo es el resultado de las ideas y no solamente la teoría o la disertación sobre las mismas. Esa tendencia barroca que tenemos los mexicanos es muy distinta a la anglosajona, de frases cortas y resultados grandes. Nosotros tenemos frases largas y resultados cortos.

En Aguascalientes, en otro encuentro de esa naturaleza, volví a tener esa connotación dialéctica, y surgió en mí una genuina admiración hacia la inteligencia y la brillantez del presidente Salinas, que se mostraban en una gran velocidad de respuesta y una inquietud vivaz y traviesa en sus expresiones.

Se divertía gobernando y siendo presidente, y yo creo que fue hasta el final cuando empezó a sufrir la naturaleza del cambio y la declinación cíclica que sucede en la política mexicana, ya que es bien sabido que en esa etapa aparecen corrientes sociológicas de carácter cronológico, en las que primero viene el aprendizaje; luego, los triunfos, y al final, de alguna manera, la derrota y el olvido.

Eso es lo que sucede en los regímenes presidenciales inmaduros de un país todavía en crecimiento, no solo económico sino también ideológico, para encontrar su propia fórmula y sus respuestas a los problemas nacionales y no seguir haciendo imitaciones extralógicas de otros países o de otros continentes, que son útiles en el conocimiento general, pero no toman en cuenta el universo o la masa crítica, como dicen los economistas, en la que están inmersos.

El presidente Salinas fue para mí un ejemplo y representó históricamente, en mi biografía, un personaje que me brindó grandes oportunidades, como fue mi nombramiento como subsecretario de Educación Superior e Investigación Científica y, posteriormente, mi designación como embajador de México en la UNESCO. Salinas combinaba el afecto que sus padres me tenían, con la obligatoriedad de exigir eficiencia y lealtad, que seguramente yo le cumplí siempre con mi natural entusiasmo, mis aciertos y también mis errores, que forman parte del devenir existencial del ser humano.

Posteriormente, mi reencuentro con él sucedió previamente a la crisis que se generó en el país con el movimiento zapatista y la muerte de Luis Donald Colosio, época en la que yo, en confrontación de caracterología con Ernesto Zedillo Ponce de León, sufrí la salida de mi posición en la Subsecretaría, probablemente empujado por el mismo Zedillo, que no aceptaba mi manera de ser extrovertida, mi personalidad protagónica y mis relaciones con el mundo cultural y periodístico.

Y también porque él me llevó a la esquina de lo imposible, en términos de aceptación de algo que yo sabía que estaba equivocado y no podía agachar la cabeza y simplemente seguir coexistiendo o sobrevivir sin una retórica que se acompañara de un pensamiento profundo dentro de mi yo autocrítico, que era el que realmente me producía autoestima para seguir en el mundo cruel de la política convencional.

Me refiero a que, cuando salió Manuel Bartlett y entró Zedillo en la Secretaría de Educación Pública, yo fui nominado para representar a México en la Universidad de Tulane, recibiendo un reconocimiento *Honoris Causa*.

Él me dijo: “Luis, voy a llevarme la ciencia para el CONACyT, porque requiero solo tecnología para el Tratado de Libre Comercio, y me voy a llevar las normales a Educación Básica porque no tienen nada que estar haciendo allí; además, voy a nombrar a mi secretario particular como director general de Profesiones”, a lo que le repliqué: Me parece muy bien, porque tienes la autoridad para hacerlo, pero estás cometiendo dos errores históricos, porque las normales nunca debían haber salido del concepto de universalidad que el magisterio debe tener, y la ciencia, ligada solo a la tecnología, nos va a propiciar una dependencia y una falta de valor agregado de nuestros productos”.

Además, estás centralizando la ciencia con un personaje que se llama Fausto Alzati, que tiene fórmulas muy excluyentes, y estás haciendo a un lado a las universidades de los estados, que, aunque tú las llamas barriles sin fondo, yo creo que en ellas está la esperanza del desarrollo científico y tecnológico de México, que desde hace muchos años ha estado centralizado y albergado en el orgullo genuino, pero mínimo, de contar con los centros de investigación de la UNAM, que son privilegiados, olvidando que hay muchos investigadores en los estados que están en espera de la oportunidad y el apoyo para desarrollar su ciencia”.

En fin, como esa es harina de otro costal y viene después del análisis que trato de hacer del presidente Salinas, solamente quiero señalar que Salinas de Gortari fue un buen presidente de México, quizás el más brillante que yo haya conocido en su fórmula de respuesta rápida a las contingencias, con un acervo familiar profundo; preparado para esa posición por su padre.

A mí me fue muy bien con él, porque me dio la oportunidad de tener grandes experiencias que más adelante describiré, tanto en México como en la UNESCO.

Él sufrió lo que pasa con muchos presidentes: la percepción de infalibilidad al final de su sexenio y de querer ser presidente de la OMC, por lo que no manejó adecuadamente la devaluación, en su momento propicio; le brincó un movimiento zapatista, quizás genuino, por la marginación social de los indígenas de Chiapas, acompañado de intrigas dentro de su propio gabinete, encabezadas por Manuel Camacho y otros, y probablemente tuvo la tutela muy dominante de Córdoba, para querer preservar el poder durante dieciocho años, como lo señalaban algunos de sus amigos.

Toda esa fórmula hizo perder al presidente su rumbo y su proyecto, que dejó bien establecido en materia de economía liberal, con el acierto del Tratado de Libre Comercio; con poner a México en el ámbito internacional como ejemplo de un país que estaba brincando al desarrollo a grandes pasos, y de representarlo con dignidad.

Sin embargo, no tomó en cuenta el factor de la inercia del declive de la figura presidencial, y al final sufrió la pérdida de un gran amigo, como lo fue Luis Donaldo Colosio. Las causas de su asesinato nunca las sabremos exactamente, aunque sospecho que tenía mucha connotación de política del poder, y que no fue una cosa al azar.

Salinas de Gortari sigue vivo y activo; conserva fuerza política y presencia, y en su vida personal conoció a una bellísima e inteligente mujer, que actualmente lo acompaña como su esposa, y que seguramente ha sido, no solo su bálsamo para los problemas que sufrió en un momento dado, sino también su gran consejera, a quien me tocó conocer y tratar. Le guardo una profunda admiración y afecto, porque siempre la consideré una persona especial que se unió a un hombre especial, como lo es Carlos Salinas de Gortari.

Sobre el presidente Ernesto Zedillo

La mañana de un día de invierno del año 1992, recibí un citatorio para que me presentara en la oficina del secretario de Educación, licenciado Manuel Bartlett. Presto a cumplir con esa indicación, me trasladé a su despacho, en donde me recibió Antonio Cantú, su afable secretario particular, a quien le noté una expresión de preocupación en el rostro.

Igual preocupación noté en los demás subsecretarios que se encontraban allí reunidos, como Raúl Talán, Fernando Elías Calles y Jesús Torres, y en las de otro grupo de funcionarios importantes que habían sido convocados por el secretario, que en ese momento platicaba, según nos informaron, con Ernesto Zedillo Ponce de León, en aquel entonces secretario de Programación y Presupuesto, unidad del área ejecutiva del gobierno federal que en esa circunstancia había sido suprimida para integrarla a la Secretaría de Hacienda.

La presencia de Zedillo en larga conferencia con Manuel Bartlett, me permitió hacer un diagnóstico de inmediato, y les comenté a mis compañeros subsecretarios: “Oigan, yo creo que esto es muy sencillo; el licenciado Bartlett está platicando con Zedillo porque le va a entregar la Secretaría de Educación, pues él acaba de dejar de ser secretario de Programación y Presupuesto”.

En ese momento apareció en todos ellos una expresión atónita, pero con cierto grado de complacencia, sobre todo de Fernando Elías Calles, quien tenía una amplia experiencia en la política.

Al salir Zedillo de la oficina de Bartlett y saludarnos brusca y rápidamente, y recibirnos Manuel en la vieja y solemne oficina que había pertenecido a José Vasconcelos, me di cuenta de que en efecto yo estaba en lo correcto. Zedillo visitaba a Manuel para informarle que el presidente lo había nombrado secretario de Educación Pública, y quería hacer una transferencia adecuada y correcta, como era lo normal en aquellos tiempos de responsabilidad histórica y con la experiencia de muchos de los interlocutores y el reconocimiento de que la política es una ciencia-arte difícil de comprender, pero totalmente circunstancial y transitoria.

Manuel se dirigió a nosotros, y con alegría fingida nos señaló: “los mandé llamar para comunicarles que viene Ernesto Zedillo para ser el secretario de Educación. Yo me retiraré, por lo que les pido que colaboren con él; es

un funcionario que conoce bien el sistema federal; el presidente le tiene una gran confianza y estoy seguro que podremos hacer el cambio sin tropiezos, para beneficio de la nación y del gran proyecto educativo que nosotros hemos iniciado, por supuesto por encomienda del ejecutivo, que le da a la educación una alta prioridad”.

Noté en él un dejo de tristeza, que se manifestó por la noche en que fuimos invitados a su casa. Manuel, ya liberado de su responsabilidad, y al calor de un coñac exquisito, que tenía guardado en su bodega, se abrió ante nosotros y nos habló con actitud afectiva, lo que no era frecuente en su austeridad republicana. Pudimos entender el fenómeno humano y la persona sensible que es Manuel, quien había sido afectado en su proyecto personal, pero lo toleraba con comprensión y cierto grado de alegría, sabedor de que eso es normal en el mundo de la política mexicana.

Para mí fue una sorpresa impactante, porque yo no estaba acostumbrado a pensar en mi futuro, ya que la suerte o las circunstancias me dieron siempre la oportunidad de no preocuparme; siempre había alguien más que me resolvía la orientación dentro del campo de la educación o de la medicina, que yo había practicado siempre.

Posteriormente, me retiré a mi casa, y le comenté a Elvira lo concerniente, pero no dormí con tranquilidad, pues, como siempre, uno piensa en el ego superior, y me puse a meditar en lo que sucedería con mi persona.

Los primeros días y semanas siguientes fueron totalmente intrascendentes. No se observaba ninguna movilización, excepto la primera, que, si mal no recuerdo, fue la de Elías Calles, quien renunció, pues estaba consciente de que él era parte del equipo de Manuel Bartlett, al igual que lo hizo Jesús Torres, el encargado de la administración.

Tanto Raúl Talán como yo nos quedamos en espera de las indicaciones del nuevo secretario, a quien había conocido previamente en algunas reuniones, pero no había yo generado una intimidad profunda, dada la naturaleza fría, distante, que caracterizó siempre a Ernesto, a quien su tónica economista y su mentalidad hexagonal no le permitían derivar una simpatía.

Eso sí, practicaba la broma y el descuento verbal, característico de nuestra cultura, en el mundo de la administración pública y también en el mundo privado, porque los mexicanos somos afectos a hacer albures, parodias en

broma o a decir lo que pensamos en forma indirecta, situaciones que se usan mucho más en el altiplano que en el norte de México, en donde somos un poco más frontales y menos barrocos en las expresiones, para llegar a un determinado objetivo o enunciar alguna idea.

Mi confianza de que las cosas no iban a cambiar mucho se ratificó cuando fui invitado a recibir una mención honorífica en la Universidad de Tulane, pues había conseguido 50 becas anuales, por un periodo de cinco años, para estudiantes mexicanos de posgrado en esa importante universidad del sureste de Estados Unidos. Pronto tuve en mis manos la invitación del rector de dicha institución, de quien recuerdo una frase célebre que decía: “las universidades privadas, si tienen efecto social, son públicas, y no hay que diferenciar entre lo que es privado y lo que es público”.

Al preguntarle a Zedillo sobre el permiso correspondiente para viajar a la ciudad de Nueva Orleans, diciéndole: “¿Cómo voy a quedar yo? Me están invitando a recibir un reconocimiento en la Universidad de Tulane?”, él me contestó: “Vete a cumplir. No te preocupes; todo está en orden, todo está bien”.

Así, acompañado de Jaime Tacher, me fui a Tulane. Nos paseamos en esa bella ciudad de origen francés-norteamericano; recibí el “*honoris causa*” que se me otorgó y regresé, como diría el poeta, con todos y a tiempo, y con la alegría de que iba a continuar en la posición de subsecretario, con todos los proyectos que había preconizado y practicado.

Dichos proyectos, además de proporcionarme una autoestima personal, me permitían colaborar en el desarrollo de la educación superior en México, y aumentar lo que ya había logrado con gran esfuerzo: la integración y la solidaridad de las universidades entre sí y con el gobierno federal, para llegar al objetivo común de progreso, equidad, desarrollo científico y, sobre todo, de trabajo permanente, evitando los paros locos que frecuentemente se daban en las instituciones de educación superior, hecho por el que el presidente siempre me había felicitado.

Pasaron los días, y todas las preocupaciones quedaron en el aire, hasta que un día, platicando con mi buen amigo, el periodista Miguel Reyes Razo, que trabajaba en *Excelsior*; con otro periodista de *El Universal*, de apellido Samaniego, y con Elena Gallegos, de *La Jornada*, estábamos a la salida de Los Pinos, en la bellísima área de Chapultepec, cuando pasó muy despacio

el automóvil de Ernesto Zedillo, pues iba a entrar al patio que rodea la casa presidencial, que tiene una puerta de metal con estricta seguridad.

Al saludarlo de mano, observé la mirada de Zedillo, molesta, y sobre todo inquisitiva, y como tengo esa capacidad hipersensible propia de la neurosis personal, no me gustó mucho la forma en que los ojos de Ernesto se posaban, no sobre mi persona, sino sobre los periodistas que me rodeaban, y me fui algo preocupado, tal vez por mi propia paranoia personal en ese momento, ya que mi percepción no fue falsa.

Ese fin de semana recibí información de que Antonio Gago había sido llamado por un colaborador de Zedillo y que el secretario le había encargado algo, en forma particular, sin consultarme. Mi estilo no es ser celoso y mucho menos me gusta estorbar a mis colaboradores para que tengan oportunidades personales, cosa que ya había probado con antelación, porque a veces Bartlett le pedía a Gago que lo acompañara a alguna cosa concreta, o simplemente Víctor Arredondo participaba en algunas discusiones con el secretario, sin mi anuencia.

Yo no me molestaba, porque pensaba que debía darles libertad, sobre todo cuando el secretario, que era el jefe, quería una opinión personal de alguno de ellos. Yo pensaba que era obligación aportársela y la mía era simplemente apoyarlos, para que pudieran ser de utilidad a los objetivos de la Secretaría de Educación Pública.

Aunque, reitero, no había sombra personal de preocupación, sí me llamó la atención que todo el fin de semana estuviera Gago en un proyecto en estudio y que no me informara ni del tema ni de los objetivos, ni de qué había sucedido durante todos esos días.

Yo requería estar enterado, para asumir la responsabilidad que me correspondía en la posición oficial que se me había otorgado.

Después supe que Antonio Gago había sido citado para que informara de todo lo que yo hacía, de mis características personales, mi fórmula para tomar decisiones y en qué área él no estaba de acuerdo conmigo y por qué se reiteraban algunos temas un poquito fuera de lo circunstancial, como era el caso de que yo había autorizado miles de computadoras dentro de un programa para las universidades, para aprovechar las mismas en un proyecto central que generara una intercomunicación y un sistema de edu-

cación a distancia con interacciones de todas las instituciones de educación superior.

En ese tiempo era muy complicado licitar los proyectos dentro de la esfera federal, ya que se tardaban a veces hasta diez meses o un año en resolverse, y a través de las universidades, por su autonomía, podía enviarles después una partida para sus necesidades propias y recoger de allí equipos en comodato para hacer los programas centrales, que estábamos estableciendo junto con Víctor Arredondo, con Roberto Moreira y con mis otros asesores.

Mi salida de la SEP

Ese domingo no dormí bien y el lunes amanecí con la noticia de que el secretario Ernesto Zedillo me citaba en las oficinas centrales, en la calle Argentina. Salí corriendo, para saber qué pasaba allá, en el centro del poder. Entré en su oficina, y vi al secretario de pie, con cara adusta, como era característico, pero un poco más formal que en las pláticas previas, y de pronto me espetó: “Luis, el presidente te aprecia mucho, sobre todo su familia, y yo te quiero decir que él desea que continúes trabajando y que estés activo”; yo respiré profundamente porque pensé que esa era una ratificación.

Acto seguido, me dijo: “Sin embargo, te digo que a mí no me gustan mucho los contactos periodísticos que tienes y tampoco tu gran penetración en el mundo cultural, porque creo que debes dedicarte más a la parte de la economía productiva del fenómeno educativo y no a las expresiones de otra naturaleza”.

Ese pequeño regaño fue el pródromo para el inicio de otras aseveraciones, que si mal no recuerdo, fueron las siguientes: “Primero, estoy seguro de que me entendiste lo que te quiero decir, y deseo señalarte que voy a traer todo el sistema normal a la educación básica, porque creo que deben estar en el sistema básico de primaria y secundaria”.

No lo dejé seguir hablando y le repliqué lo que ya le había dicho días antes: “Ese es un error histórico, porque precisamente por eso están los profesores como están; porque los hemos sacado del concepto de universalidad y, siendo ellos los profesionistas que más necesidad tienen de ser universitarios, los hemos condenado a ser lectores de aprendizaje didáctico y pedagógico, y no a tener un pensamiento universal que les permita enseñar y ser verdaderos maestros”.

Y continuó diciendo Zedillo: “Pues así está decidido; además, te reitero que la ciencia, esa que tú estás apoyando en la universidad de la provincia, no sirve para nada; para mí, las universidades de la provincia son barriles sin fondo, y hay que reducirles el presupuesto, pues la ciencia básica es una cosa etérea que yo no entiendo ni me interesa apoyar.

“A mí me interesa apoyar la tecnología, para incorporarla al Tratado de Libre Comercio, que acaba de lograr el presidente Salinas para México, y que va a colocar a nuestro país, desde el punto de vista económico, en una posición muy avanzada, y para eso requerimos tecnología y no esa ciencia abstracta que tú apoyas. Además, me interesa que todo se centralice, porque creo que las universidades de los estados no tienen capacidad”.

A lo que le repliqué: “Ernesto, ese es otro error histórico. México tiene centralizadas las universidades, puesto que el 70 por ciento de la investigación se hace en el área de la Ciudad de México, y casi el 85 por ciento cuando le agregas los centros de la UNAM ubicados en Morelos o en Michoacán. Entonces, las universidades de los estados, que son mayoría ahorita, aunque no lo eran antes, no tienen acceso al progreso de la investigación que va implícita en la educación universitaria”.

Y Ernesto siguió diciendo: “Pues yo quiero que le entregues el Sistema Nacional de Investigadores y todo el proyecto de investigación a Fausto Alzati, que está en el CONACyT, para que lleve a cabo los cambios que te estoy describiendo. Entre paréntesis, quiero que ceses en la Dirección General de Profesiones a Sánchez Bringas, que aunque es una persona muy eficiente, a mí me interesa que se vaya, porque quiero colocar en su lugar a mi secretario particular, quien debe estar en esa área que depende de ti”.

Entonces, ya molesto, le dije: “¿Entonces me vas a dejar de pagador de las universidades?, porque la mayoría son autónomas. La Dirección de Educación Superior nada más a eso se dedicaba, a liberar presupuestos y a apoyar a las universidades con áreas financieras, sin poder intervenir realmente en programas internos dentro de las mismas.

“Lo que hacíamos eran proyectos específicos como cuando creamos el CENEVAL, para evaluar y orientar frecuentemente, no para excluir, la asociación interna de sistemas abiertos universitarios. Pero ahora como no tendré la capacidad de tener la ciencia dentro de mis responsabilidades, y las

normales no van a poder incluirse en los grandes proyectos, ya no tendré muchas cosas que hacer, por lo tanto ya no te seré útil”.

Él respondió: “Bueno, creo que tienes razón, pero yo quiero que te quedes, y que seas mi asesor. Vamos a ver cómo le hacemos”. En ese momento me di cuenta de que estaba siendo manipulado por un hombre ortodoxo, frío, rígido y tecnócrata, que además no tenía ninguna capacidad para establecer una amistad o para entender el fenómeno sensible que todos los seres humanos tenemos, y simplemente le contesté: “No, olvídale”, y me puse de pie, y me encaminé a la salida.

Iba yo en la puerta, cuando me dijo: “Oye, Luis, quédate como asesor, al cabo todavía te vamos a seguir pagando”, a lo que le respondí: “No, ¿sabes lo que quiere decir asesor?: *haz esto, haz lo otro*”, y me empecé a reír. “No, yo estoy muy contento de regresarme a mi tierra, que te vaya bien, Ernesto”.

Me retiré molesto y deprimido, me fui a mi casa, y una vez allí, empecé a reflexionar cuidadosamente, pues no quería comentarle a mi esposa Elvira las cosas de inmediato, porque no me gusta salpicar a la familia con mis preocupaciones y ansiedades. Por lo regular, me las guardo para mí con la consiguiente introversión negativa que este fenómeno produce.

Así, sin muchos aspavientos, al día siguiente le comenté a Elvira: “Ceo que ya nos tenemos que ir; vete preparando”. Ella, muy molesta, me dijo: “No, hombre. Acabamos de arreglar la casa con la ayuda que nos dio el presidente; hemos hecho fiestas muy bonitas, estamos muy relacionados con el mundo cultural, y San Ángel es un lugar muy hermoso, pero sobre todo, yo he hecho mucho esfuerzo para hacer de esta casa, que nos dieron como un lugar abandonado, algo habitable y bello”.

En fin, me empezó a decir lo que era una gran verdad, pues Elvira había sido la artífice de que esa casa tuviera calor humano y fuera inclusive solicitada por muchos artistas para hacer algunas reuniones, porque sabían de la gran capacidad de Elvira para las actividades culturales y sociales, y de su enorme poder de convocatoria, por supuesto con el apoyo que nos habían dado gente como Octavio Paz, Soriano, Anguiano; el mismo Carlos Fuentes, quien a través de José Luis Cuevas nos puso en contacto con el mundo de la cultura, sin olvidar a nuestra paisana, a quien tenemos que agradecerle públicamente siempre su gran ayuda y cómo nos hizo conocer a personajes muy importantes.

Me refiero a la pintora regiomontana Martha Chapa, hija de mi maestro urólogo Napoleón Chapa, y quien ha sido una maravillosa amiga, excelente anfitriona y una cocinera de primera línea en el mundo de la gourmetología mexicana.

Con tristeza me tomé mis jaiboles correspondientes, para olvidarme un poco del mal trato que había recibido de una persona que hipócritamente me había ofrecido algo, pero que genuinamente yo sabía que no estaba dispuesto a otorgarlo. Así, con la ansiedad que surge en los momentos críticos de esa naturaleza, me fui a dormir.

A la mañana siguiente, me levanté con nuevos bríos y energía, sabedor de que ya podía regresar a Monterrey y volver a encauzar mis actividades en el área médica o en el área educativa local.

Estaba en esos planes futuristas, cuando oí sonar el teléfono. Como no me gusta dejarlo sonar mucho, fui corriendo, levanté el auricular, y escuché una voz que me dijo: “Luis, habla Raúl Salinas”. “¿Cómo estás, Raúl? Buenos días”, le respondí. “¿En qué te puedo servir?”. “Estoy enterado de lo que pasó con Zedillo, y te quiero dar un mensaje del presidente Salinas que dice: díganle a Todd que no se mueva, y que me pida una cita, porque tenemos que platicar largamente sobre su futuro. Entonces, te reitero: por favor, no te muevas; no te enojas; no hagas ningún comentario y pídele una cita al señor presidente”. “Muchas gracias, Raúl”, le dije. “Con todo gusto lo haré; gracias por acordarte de mí; un abrazo, y hasta luego”.

Después de esa comunicación me senté, le comenté a Elvira de la llamada y me puse a meditar sobre qué hacer, y lo único que se me ocurrió fue seguir las indicaciones de Raúl, por lo que tomé el teléfono y le hablé a la secretaria del presidente, a Los Pinos, y a mis amigos del Estado Mayor, para informarles de lo conducente, y solicité la audiencia lo más pronto posible, con el fin de conocer las indicaciones del señor presidente sobre mi futuro. Por supuesto que eso se dice fácil, pero tardó mucho.

Fallece la mamá del presidente

Un mes después, y debido a que el presidente había estado de gira, y tenía muchos compromisos, me habló la secretaria y me dijo: “Todavía vamos a tardar un poco, doctor, pero me dice el señor presidente que no se deses-

pere, que estamos pendientes”. Yo pensé que pasarían un par de semanas, pero no. Resultó que en esos días, desafortunadamente, falleció la mamá del señor presidente, Margarita de Gortari de Salinas, hecho de gran impacto para mí, porque esa gran mujer era uno de mis fuertes apoyos en el proceso e incorporación al sector público federal.

Además, yo le tuve siempre un gran aprecio, pues estaba consciente de que ella representaba la parte bondadosa y social de la familia Salinas, mientras que su padre, que también me apreciaba mucho, era la parte política, administrativa y economista de ese gran proyecto que el presidente Salinas hizo para el país.

De inmediato me vestí adecuadamente y me fui a las capillas de Funerales Gayoso. Allí me encontré con un sinnúmero de políticos y personajes de la empresa privada de México, de Monterrey y de Guadalajara, y con todo el gabinete en pleno. Estaban allí para darle las condolencias a la familia pero sobre todo al jefe, al presidente de la república; hice la fila correspondiente, y al llegar junto a él, recuerdo muy bien que le dije: “Señor presidente, no tiene idea de cómo aprecio yo a su señora madre y cómo me duele que la haya usted perdido”. Él me contestó: “Ella te apreciaba mucho a ti, Todd; estamos pendientes, y no se te olvide pedirme una cita, y no te muevas”.

Lo acompañé hasta el final de la solemne despedida y, cuando salí de la funeraria, me dirigí a la casa y reiteré la solicitud de cita, que tardó exactamente, después de la primera llamada para solicitarla, dos meses, tiempo que permanecí en casa, como refrigerador descompuesto, en la sala, sin tener nada que hacer, más que asistir a las conferencias magistrales que algunos grandes personajes daban en la UNAM, a las que acudía con gusto.

Esos dos meses fueron para mí un gran sacrificio. Pasaba de la depresión a la euforia, y trataba de retirar el alcohol de mi vida personal, porque me estaba estorbando.

Finalmente recibí la llamada para la cita con el presidente, quien me recibió en su oficina, muy bonita por cierto, en la que ya había estado un par de ocasiones. Él se puso de pie, me dio un abrazo y me dijo: “Todd, ¡qué bueno que viniste! Me da mucho gusto saludarte. Creo que tú tienes el perfil para la UNESCO, ¿qué te parece? Te vas a París como embajador y representante mío ante la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura”.

Personalidad de Zedillo

Un personaje de la política mexicana o internacional tiene facetas derivadas de su formación propiamente individual en su infancia, de su capacitación profesional y, por supuesto, de su exposición al entorno cultural, así como de la experiencia que adquiere en posiciones administrativas de ejecución, donde se va compenetrando de las acciones conscientes que tiene la formación cognitiva, y de las acciones subconscientes que se derivan de las respuestas emocionales.

Ernesto Zedillo es una pieza *sui generis*, para un estudio psicoanalítico profundo. Su impregnación genética infantil generó una personalidad con características muy diferentes a las de un hombre común, ya que tuvo que pasar por la angustia de perder prematuramente a su padre, y por una estadía infantil de marginación y cierto grado de pobreza, de la que a veces presumía, diciendo que de chico había tenido que bolear zapatos para ayudar a la manutención de su familia.

Ese detalle, que parece intrascendente, explicaba muchas acciones del ya formado como brillante economista, con estudios de excelencia de posgrado en la Universidad de Yale y con antecedentes profesionales en el Instituto Politécnico Nacional, que mostraban adecuadamente los rasgos y las decisiones, así como los encuentros afectivos o administrativos con el doctor Zedillo, como le gustaba que lo llamaran, porque “le había costado mucho esfuerzo obtener el doctorado” en esa prestigiada universidad como es la de Yale.

Zedillo es un hombre con una gran problemática afectiva, que influyó en su personalidad política y en sus acciones externas, las que sucintamente describo:

Lo conocí durante mi gestión como subsecretario de Educación Superior, y frecuentemente me invitaba, a través de sus amigos, a jugar tenis, sabedor de que yo tenía ese entrenamiento básico en el deporte blanco, como lo llaman, y muchos de los encuentros que tuve con él dentro de las actividades propias de nuestro trabajo, él como secretario de Programación y Presupuestos y yo como subsecretario de Educación Superior, se llevaban a cabo con muestras de alegría, bromas, humor hiriente de parte de Ernesto, que no acertaba a digerir mi personalidad, totalmente diferente a la de él.

Yo considero que soy -y las personas que me conocen así me lo han diagnosticado- un hombre abierto, participativo y protagónico, con tendencia al verbalismo y con capacidad de convencimiento a través de argumentos, no sólo teóricos o administrativos, sino también emocionales, y claro, con mis defectos y virtudes impresos en la máxima tesis que señala que el hombre tiene en sus defectos sus virtudes y viceversa.

Él era totalmente distinto: un hombre austero, rígido, prudente, meticuloso al máximo; compulsivo en su forma de trabajar y de vestir, pues según comentaba él mismo, no solamente no tenía dependencia de empleadas domésticas, ya que él planchaba personalmente sus camisas, porque le gustaba que estuvieran perfectamente equidistantes y rígidas; hacía la cocina y se encargaba de pequeños detalles de la educación de sus hijos, en contrapartida con su esposa, que es una mujer vivaz, alegre, abierta, espontánea y crítica, que lo acompaña en su vida desde la época en que eran estudiantes. Su matrimonio se había fraguado desde que ambos eran compañeros en el área de economía del Instituto Politécnico Nacional.

El doctor Zedillo fue un exitoso funcionario público desde que trabajaba en el Banco de México y luego en la Secretaría de Programación y Presupuesto, ni duda cabe. Él presumía de que tenía una gran capacidad para aprender rápidamente y memorizar con disciplina diversos aspectos de áreas en donde no había estado inmerso previamente; sin embargo, nunca imaginó que un día llegaría a tener la oportunidad de ser presidente de México.

Su misma esposa, quien como lo señalé antes, es muy franca, siempre nos comentaba a Elvira y a mí: “No, Ernesto es un buen empleado de banco; no tiene ninguna habilidad ni capacidad política para llegar a ninguna parte”. El se reía jocosamente y la comprendía con ternura.

Pero una vez más se confirma que: el hombre propone y Dios dispone, ya que nunca, en las diversas conversaciones que sostuve con él, antes y después de mi partida a París, hizo ningún comentario en relación a que tuviera alguna remota esperanza de que el sistema mexicano y el fallecimiento de Luis Donald Colosio, le fueran a permitir la oportunidad de ser presidente de una república como la de México, llena de contrasentidos, vaivenes históricos, emociones encontradas, lujo de cultura, de la que Ernesto carecía y, sobre todo, rica en la dinámica del cambio social, característica de un país emergente como el nuestro, con pobreza y opresión histórica y coloniaje; en

síntesis, un país lleno de vida con todo lo que eso significa en términos positivos y negativos del quehacer existencial.

Su personalidad tecnocrática y rígida iba muy bien de la mano con la corriente de esa época, que se había iniciado durante el gobierno del presidente De la Madrid y continuado en el de Salinas de Gortari.

Su refugio en el aparente anonimato político y su frialdad en la toma de decisiones, le dieron un prestigio bien ganado como administrador y, por supuesto, como economista, ya que sin ningún aspaviento o protagonismo personal, cuidando siempre las formas y evitando meticulosamente conflictos de su personalidad, había navegado y ascendido hasta la importante posición que ocupó previamente el presidente Salinas en la Secretaría de Programación y Presupuesto. Esta desapareció posteriormente, para luego ser integrada a la Secretaría de Hacienda, y de esa manera simplificó el gobierno federal el proceso de ingresos y egresos.

Yo, poco sensible entonces a esa personalidad, mostraba la mía, y lo hacía con desplantes totalmente abiertos, y sin presunción de que pudieran ser producto de análisis o de críticas por una persona que no tenía contactos administrativos conmigo, mientras estuve en la Secretaría de Educación, sino algunos aislados sobre la relación presupuestal y los proyectos que yo gestionaba y que dependían de la ejecutividad del secretario Manuel Bartlett.

Además, a él, como buen observador -y me lo dijo-, no le gustaba mucho mi inclusión en el mundo de la comunicación, mi amistad con los periodistas, mi fórmula abierta, que mostraba frontalmente, y mi relación con el mundo de la cultura, al que había logrado ingresar gracias a mi amistad con José Luis Cuevas y con Martha Chapa, así como por la capacidad de relaciones humanas y públicas de mi esposa Elvira.

Él simplemente no toleraba que una persona se saliera de sus cauces normales y no pidiera permiso para tomar decisiones sobre actividades que no correspondían a su trabajo cotidiano de administrador público.

Creo que con esta síntesis se explica perfectamente por qué nunca tuvimos una comunicación muy estrecha, aunque sí hubo una relativa amistad, que me permitió sobrevivir dos años posteriores a su llegada como presidente, quizás gracias a que su esposa y Elvira hicieron una bella amistad, muy cordial, pues ella sí tiene capacidad de acercamiento afectivo, a diferencia de

Ernesto, quien, en una ocasión desafortunada y poco realista, mencionó: “El presidente no tiene amigos”, cuando Córdoba le solicitó apoyo a través del, en aquel entonces, secretario de Gobernación, Emilio Chuayffet.

La verdad es que ni el presidente, ni el licenciado en economía, ni el maestro Zedillo tenía amigos, ya que su relación con el doctor Córdoba y con otros personajes de la vida pública de México era totalmente superficial. Inclusive sus compañeros de estudios, entre los cuales se distinguía uno muy simpático y agradable, que conocí en París, comentaban que Ernesto no toleraba que alguien lo defendiera o que lo pusiera en ridículo en público, y menos era amante de hacer favores a “los amigos” o recomendaciones que no tuvieran connotación muy superior o que demostraran su capacidad administrativa, para lo cual él era muy exigente y particularmente objetivo.

Con estas consideraciones es fácil entender por qué no pudimos establecer una real amistad -él es incapaz de tenerla- ni tampoco una buena relación administrativa, porque pertenecemos a dos mundos muy diferentes: a mí me gusta la creatividad y el riesgo para el error, y a él le gusta la disciplina conductista y la perfección, que es inalcanzable, porque da lugar a una automatización, que, reproducida en diferentes posiciones, genera resultados positivos para lo que se llama genéricamente la administración pública o la política administrativa del sector.

Sin embargo, cuando fue presidente, amparado en sus miedos, rencores y resentimientos, logró sobrevivir a través de destruir la figura de quien lo había nombrado, que fue el presidente Carlos Salinas de Gortari, pues siempre, y hasta la fecha, mostró una actitud de enemistad, y esto quedó patente por la forma en que Zedillo manejó, tanto el asunto de Raúl Salinas de Gortari, como la devaluación de esa época, cuya culpabilidad achacaba, directa o indirectamente, a Salinas, sin darse cuenta de que él formó parte de ese proceso.

A pesar de todo, la historia le dio la oportunidad de rectificar el rumbo, y fue un presidente administrativa y financieramente muy eficiente, aunque entregó parte del patrimonio de la esperanza nacional a los banqueros, en la famosa solución del Fobaproa, y también nuestra mínima soberanía al encuentro con los Estados Unidos, pues su preocupación máxima era: “¿Qué piensan los americanos de las acciones que está llevando a cabo el gobierno mexicano?”

No contento con eso, y para pasar a la historia, se desligó totalmente del PRI, y entregó la presidencia a un representante del PAN, formado en la circunstancia histórica de la generación de la corriente sociológica que se denominaba anti PRI, un vendedor de refrescos con carisma e inteligencia superficial, que le permitieron ganar las elecciones, gracias a que el presidente, pasivamente, dejó de apoyar, como era la costumbre, al candidato del PRI, que en esa ocasión era el exgobernador de Sinaloa, Francisco Labastida Ochoa.

Mis posteriores encuentros con Zedillo, cuando fui embajador de México ante la UNESCO, fueron más agradables, pero siempre existió la fórmula antes descrita, y a pesar de que un enviado de él y él mismo me ofrecieron una senaduría (ser candidato del PRI a la misma) yo la rechacé, pues en ese momento cometí el error de, al calor del whisky, mencionar que me aburría mucho la Cámara, como había sucedido en la Cámara de Diputados.

Él, ni tardo ni perezoso, simplemente dejó de insistir, y después, mi cercanía con el SNTE y mi defensa de los maestros ante la tendencia economista de la época, hizo que se alejara totalmente de mi persona y que yo perdiera cualquier expectativa política que en algún momento pude haber tenido.

**Sale Salinas, entra Zedillo
Muerto el rey; viva el rey.
La cultura de la ingratitud**

Mi conocimiento personal del presidente Salinas me había convencido de su calidad intelectual y de su inteligencia en el mundo de la política moderna para adecuarse al proyecto económico mundial, aprovechándolo para México y contemporizando con las fuerzas fácticas del poder existentes; además, su manejo de la circunstancia histórica le permitió engrandecer durante muchos años la imagen internacional de nuestra patria.

Sin embargo, como todo tiene su principio y su final, al acercarse esto último, sucedieron muchas cosas que me gustaría comentar, no como un historiador que analiza objetivamente diversas opiniones, sino tomando en cuenta los enormes riesgos de mi opinión totalmente personal.

Aunque en los últimos años de la gestión del presidente Salinas lo visité en el glamour de la posición que él me había encomendado, como embaja-

dor de México ante la UNESCO, estaba dentro del sistema político y diplomático mexicano, y tenía contactos permanentes, tanto con secretarios de Estado como con el propio presidente, quien en sus giras frecuentemente se hacía acompañar por los embajadores de las áreas correspondientes. Esto me permitió ser un observador del fin de su sexenio, y por eso creo tener la autoridad, no moral sino memorial, para expresar los conceptos que aquí señalo.

La inteligencia, aparentemente siniestra de José Córdoba -aunque hay opiniones contradictorias que señalan su nobleza, que yo no pude constatar, sino más bien observé en él una gran soberbia, probablemente debido a su formación profunda en el mundo de la cultura y de la política económica-, propició un ambiente de búsqueda de la continuidad de un régimen exitoso, por lo que, según decían los que estaban cerca del presidente, Córdoba había preparado un proyecto de dieciocho años para gobernar al país con la misma tónica, acorde con la globalización mundial.

Ese era el secreto a voces, que se manifestó más brutalmente cuando en la selección del candidato a presidente se incluyó, además de los personajes de moda en ese tiempo, como Manuel Camacho Solís, con su megalomanía, o el secretario de Gobernación de esquema tradicional, a Luis Donald Colosio, quien se había desempeñado como oficial mayor del PRI y luego como presidente del partido.

Salinas lo adoptó como un delfín sucesor, ya que daba por hecho que, a su lado, Colosio había aprendido todos los vericuetos de la política económica del presidente y, dada su nobleza, Luis Donald era el candidato ideal para esconder algunos errores en el manejo financiero, que pudieron haberse cometido durante el régimen salinista.

Cuando Luis Donald Colosio fue nominado candidato, una nube gris apareció en el horizonte del presidente, al iniciarse el movimiento zapatista de insurgencia, que mostró los tremendos vicios del sistema, con falta de equidad social y con desprecio a su identidad cultural, basada en la etnología indígena, que caracterizó a México desde la conquista y que forma parte de nuestra estructura cultural.

El subcomandante Marcos, egresado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, seguramente con mucho resentimiento social y frustraciones infantiles, había organizado a un grupo importante de indígenas en la clandestinidad. Con inteligencia y con objetivos sociales muy claros, empezó a

producir la llamada Revolución del Sur, que, dado su nombre, la hacía históricamente comparable a la llamada Revolución del Sur, que inició el caudillo Emiliano Zapata, uno de los pocos, quizás, personajes honestos y auténticos de la Revolución Mexicana.

La invasión de algunos poblados y ciudades en el estado de Chiapas, y la violenta respuesta militar, dieron lugar a un escándalo que mostró internacionalmente, como lo mencioné anteriormente, nuestras debilidades en la distribución adecuada del ingreso.

Todo eso generó un cisma de opiniones dentro de lo que ya estaba aterciopelado como una transición suave y tersa, en la cual Luis Donaldó representaría, con la lealtad que le caracterizaba, la investidura presidencial, pero siempre bajo el patriarcado, digámoslo así, del proyecto que Córdoba y Salinas tenían para que el país continuara en el rumbo que ellos habían trazado.

Esa situación produjo seguramente un choque en la personalidad del presidente Salinas, quien, dada su característica de excelente planeador, no esperaba ese problema, que se le salió de las manos y que formó parte de una crisis, que en él fue de personalidad, pues deseoso de ocupar la dirección de la Organización Mundial del Comercio, después de su salida de la presidencia, y continuar siendo una figura internacional permanente, había menospreciado algunos síntomas económicos que aparecían en el mundo y que repercutieron negativamente sobre el balance de pagos y la economía interna de México.

Cuando eso sucedió, se observó cierta fragilidad en la monolítica situación del PRI, y algunos aventureros, como fue el caso de Manuel Camacho y otros, empezaron a poner en duda la decisión del presidente de nominar como candidato a la presidencia a Luis Donaldó.

Camacho quiso presentarse como un candidato más independiente y con ideas propias, sobre todo en el ámbito social, pues Luis Donaldó, a quien traté en muchas ocasiones, era una persona que tenía un gran corazón, por lo que en él no había malicia ni mucha brillantez intelectual, a diferencia de su esposa, quien poseía una gran picardía y manejaba muy bien las relaciones interhumanas.

Como toda mujer, tenía el germen natural de la desconfianza, que Luis Donaldó, en su magnanimidad, no mostraba. Él era elocuente y estaba con-

vencido de las causas sociales. Usaba como libro de cabecera *El arte de la guerra*, del autor Sun Tzu, y simplemente pensó que era su momento y su circunstancia, y en sus discursos, sobre todo en el que pronunció en el Monumento a la Revolución, señaló abiertamente los problemas de la libre economía inserta en un país con pobreza y marginación, y exigió justicia para todos.

Esa nueva tesis de, llamémosle socialismo utópico, preocupó al presidente Salinas, porque se salía de los cauces que él y Córdoba, principalmente este último, habían planeado rígidamente, pensando, como muchos, que la economía liberal iba a salpicar también la solución de la marginación.

No podían ellos entender que todas esas tesis del dios del mercado, funcionan, siempre y cuando exista una oportunidad de seleccionar adecuadamente el producto o los requerimientos de vida; pero para lo anterior se requiere educación fundamental, para no ser presa del conductismo reflexiológico de la mercadotecnia, que se expresa a través de los medios de comunicación.

Ejemplo de lo anterior es que un campesino iletrado, expuesto a cuatro horas de televisión al día, decide tomar Coca Cola, porque presume que ese producto es muy nutritivo y se olvida de tomar él y sus hijos, leche, con el aporte proteínico y calórico adecuados, porque ésta sencillamente no está en los factores de la propaganda y en su prioridad para la penetración del mercado comercial y, además, porque está subsidiada.

Luis Donald entró entonces, sin proponérselo, al vértice de la confrontación, por lo que la deslealtad de Camacho y la intranquilidad de Salinas, al ver perjudicado su proyecto, así como los riesgos vecinos que se olfateaban de una crisis económica, generaron una conmoción partidista interna muy profunda, que culminó con el asesinato injusto, infame y criminal - cuya génesis nunca ha sido totalmente documentada- de un hombre bueno y auténtico.

Obviamente, cualquier mexicano con dos dedos de frente sabe que eso no fue circunstancial ni accidental. Representó un crimen de estado, pues alguien estuvo interesado en terminar con la vida política de Luis Donald, y ese alguien estará siempre en la incógnita histórica del México contemporáneo. Quedará allí sumergido, igual que pasó con el asesinato del presidente Kennedy, en el recuerdo, en la nostalgia y en la fraseología, pero jamás en el templo vívido y permanente de la realidad histórica.

Afectado por una crisis personal y por el tema de Chiapas; desesperado por alcanzar una posición internacional para continuar con el poder, y abrumado por los detalles jurídicos que le impedían ampliar la selección de candidatas, el presidente Salinas conservó su amistad con Ernesto Zedillo.

Esto me consta, porque cuando viajaba a París, lo único que pedía era que se le consiguiera un regalo para Córdoba, que yo buscaba en los almacenes de los vinos más caros de París. Se trata de una bebida que le gustaba mucho al “doctor” Córdoba, originaria de Normandía, denominada Calvados, licor de manzana fuerte y exquisito, que se produce en ese lugar de Francia.

Reitero mi convicción de que la elección de Zedillo como candidato a la presidencia, fue totalmente circunstancial. Como lo mencioné anteriormente, su esposa nos comentaba a Elvira y a mí que Zedillo solo estaba hecho para ser un buen empleado bancario; es decir, tenía todas las características administrativas y orgánicas de un economista tecnócrata, ya que era frío y rígido, coincidente con las aparentes virtudes de la fortaleza de los sistemas bancarios nacionales e internacionales y de la mercadotecnia característica de la época.

Conclusiones y síntesis de esta época

Para mí, en lo personal, fue una experiencia extraordinaria el haber tenido la oportunidad de conocer gente destacada en el mundo de la cultura, varios de ellos ya citados; en fin, un sinnúmero de personajes que nos adoptaron y nos dieron entrada en su microcírculo cultural mexicano, muy particularmente especial y egocéntrico.

En esa época pudimos gozar e intimar también con Enrique Bátiz, el gran genio de la música, así como con políticos de alta envergadura actualmente en el poder, y frecuentar y disfrutar, aunque esporádicamente, la inteligencia de Carlos Salinas de Gortari, y convivir con Manuel Bartlett, y aprender de él mucho sobre la política mexicana; sin dejar de lado a muchas otras personalidades que pasaron como ráfaga por la historia fugaz de nuestra vida personal.

Me refiero al mundo de la comunicación, en donde pude conocer a gente como Samaniego (q.e.p.d.); a mi buen amigo Miguel Reyes Razo, cronista de la Ciudad de México, a quien admiro por su brillantez intelectual, su enorme

capacidad de memorización y sus actitudes, pero sobre todo por su abierta amistad, su franqueza frontal *sui generis*; a Carlos Payán, director de *La Jornada*, con quien pude establecer y profundizar una gran amistad, así como con su esposa, que en aquella época gustaba mucho de la artesanía.

Así, dividíamos nuestra convivencia entre el mundo de la cultura y la comunicación, como con el grupo de *El Universal*, con el apoyo de mi amigo Jesús Roberto González Flores, yerno del dueño del periódico más antiguo de México, lo que me permitió una presencia nacional permanente en la prensa, en forma abierta, sin cortapisas ni cerrazones y menos aún manipulaciones, que era muy criticada por personas como Ernesto Zedillo, porque este personaje, cerrado y rígido, no quería que yo tuviera ninguna relación personal con periodistas.

Esta fue una de las causas del conflicto final, pero para mí, el mundo de la comunicación fue una alimentación de la intelectualidad. Por supuesto que nunca olvidaré a Héctor Aguilar Camín, Ángeles Mastreta, y menos a Gilberto Guevara Niebla, por sus características, ni a Carlos Monsiváis, quien me ofreció su amistad y murió prematuramente. Era un personaje muy original e inteligente, capaz de hacer sentir su presencia en cualquier momento o circunstancia.

En ese mundo me movía yo con facilidad, por la franqueza que existía entre nosotros, y hasta fui capaz de tener una polémica escrita en *La Jornada*, con Ruy Pérez Tamayo, el gran maestro de la patología mexicana y de la deontología, con quien la Academia Mexicana guarda nuestras políticas, diferencia que publicábamos en ese periódico.

También participé con interés en un periódico del PRI, denominado *Examen*, cuya directora era una fina dama, de apellido Lajous, mujer inteligente de esa prestigiada familia, y que me invitó a colaborar. En fin, estaba yo activo, partícipe y siempre presente en el panorama nacional a través de la comunicación y de la influencia cultural.

Así, he platicado lo que sucedió en educación superior, en que pude juntar a todos los rectores, y las universidades estuvieron listas para dialogar con Salinas, cosa que no había sucedido antes; cómo se estableció el primer sistema de intercomunicación a través de mi colaborador Jaime Tacher.

Todo eso está vigente en la historia de mi vida personal, al igual que de Elvira, con sus enormes relaciones sociales, su característica de anfitriona, las fiestas que organizaba, las relaciones con los familiares de los intelectuales y su presencia constante en el ámbito cultural, que era motivo de orgullo.

Al mismo tiempo, nuestros hijos crecían, estudiaban y empezaban a ser ellos mismos, en un ambiente difícil, desde el punto de vista social, por la sociedad de México, caracterizada por múltiples contradicciones culturales, y muy bella los fines de semana, sobre todo cerca de la casa donde vivíamos, en la plaza de San Jacinto, donde conversábamos con personajes como Miguel Alemán, el señor Azcárraga, quien admiraba mucho mi inteligencia y lo señalaba con frecuencia. Tengo esos grandes recuerdos grabados en mi memoria.

Finalmente, Ernesto Zedillo llegó a tomar posesión de la Secretaría de Educación, porque había desaparecido la Secretaría de Programación y Presupuesto que él ocupaba, donde se hacían las desviaciones presupuestales, y lo sé porque yo personalmente recibí ofertas de quienes no digo nombres, porque no tengo pruebas, para firmar documentos que permitieran ciertas irregularidades, a lo cual me negué; y era la Secretaría de Programación y Presupuesto la que las hacía, a pesar de que Zedillo siempre fue un hombre honesto, que gozaba además del prestigio de su rigidez y su eficiencia administrativa.

Siempre lo acompañó su amigo íntimo, Esteban Moctezuma, a quien sin ningún dejo de tristeza soltó, por el conflicto que tuvo con Madrazo, cuando este último se opuso a renunciar a la gubernatura de Tabasco, y Zedillo tuvo que sacrificarlo. Esteban era un hombre leal que lo había acompañado durante muchos años; pero esa es una de las características de Ernesto Zedillo, ya que él no tenía amigos, tenía gobierno.

Antes no tenía ni gobierno ni amigos, y ahora seguramente tiene una posición importante, por ser un hombre inteligente, un economista privilegiado y estudioso, con una mujer maravillosa en su libertad, aunque él no tenía ni una dosis mínima de fraternidad, de tolerancia ni de comprensión humana. Eso me impidió continuar el trabajo que estaba yo realizando, grano por grano, para consolidar a todas las universidades alrededor del gobierno federal, en un proyecto común, y tuve que presentar mi renuncia.

Y como las cosas comienzan y terminan, para mí esa etapa acabó el día en que Ernesto Zedillo me dijo que iba a retirar las normales y el área de ciencia de la dependencia a mi cargo, para dársela a Fausto Alzati, que después resultó un fraude, porque a él le interesaba solo la innovación tecnológica y el Tratado de Libre Comercio.

Yo me quedaría solamente con la educación superior, pero, siendo las universidades autónomas, iba a ser realmente difícil que una personalidad como la mía, explosiva y creativa, pudiera tolerar que le quitaran toda posibilidad de hacer cosas en beneficio del país. Así, en breve lapso, Ernesto y yo acordamos que me iría; él me invitó como su asesor, lo que no acepté. Me fui a mi casa, donde estuve, hasta que Raúl Salinas me habló por teléfono, para decirme que el presidente ordenaba que le pidiera una cita.

En esos días falleció la madre del Presidente; en la funeraria, a donde acudí, saludé al licenciado Salinas y me reiteró que le pidiera una audiencia; la pedí y al reunirme con él en su oficina, me dijo: “Todd, tú tienes el perfil para la UNESCO, te vas a París, así que, por favor, prepárate”. Con esas palabras llegué a mi casa; Elvira, por supuesto, estaba compungida y molesta porque acababa de remodelar la casa en que vivíamos, una casa prestada, que no pudimos comprar porque no nos alcanzó el presupuesto.

Días después llegué a París en un vuelo de Air France. Con mi esposa, mis cuatro hijos, un perrito y 40 cajas, nos fuimos a un apartamento que había sido el hogar de un gran mexicano, León Portilla, embajador de México ante la UNESCO, un gran indigenista que había dado a México un gran prestigio en esa área particular, y que vivía solo, ya que su esposa, española, vivía en España y su hija estaba estudiando.

El apartamento resultaba muy pequeño para nosotros, y fue mi mujer la que fue capaz de hacer todas las maniobras para que pudiéramos vivir y gozar casi cuatro años en esa bella Ciudad Luz, la ciudad que, como dijera Hemingway, es una fiesta permanente; pero de eso y de otras cosas hablaremos en el siguiente capítulo.

Visión de la Universidad Mexicana 1990

En aquella época, aprovechando la experiencia burocrática de Antonio Gago y la mía, le pregunté a Federico Mayor si no sería bueno escribir un libro

sobre la visión de la universidad mexicana en los años noventa. Federico, como siempre, inteligente y lúcido, señaló: “Lo importante son los planes de estudio, los contenidos, la estructura de los mismos, la integración entre formación e investigación y los vínculos con el mundo laboral, porque el mundo está cambiando y los currícula permanecen estáticos”.

Federico dijo en aquel tiempo una extraordinaria verdad que hoy en día se puede observar en el enorme desempleo laboral, porque estamos preparando como si estuviéramos en el siglo XX para jóvenes del siglo XXI y, además, el ámbito laboral no los recibe, porque no los necesita, ya que ha transformado la relación del conocimiento y la manufactura con la mente-factura.

Federico dijo también y está escrito en ese libro, que había que innovar la formación pedagógica del profesor universitario, cosa que no se ha hecho, porque actualmente cualquier hijo de vecino puede ser profesor universitario, solo porque es amigo del director, y no ha habido, y me da mucha lástima decirlo, porque soy parte de eso, una verdadera transformación del perfil pedagógico adecuado para esta temática.

Mencionó asimismo que es necesario diversificar las fuentes de financiamiento, y Antonio Gago y yo lo apoyamos; y que había que evaluar institucionalmente a las universidades, sí, pero también en forma individual, no solo una entre otras, sino de acuerdo a su cultura regional, tesis que me ha acompañado durante muchos años y que he descrito en múltiples ocasiones.

Expresó y lo comentamos él y yo cuando visitó México, invitado por el presidente Carlos Salinas de Gortari, la importancia de la cooperación regional e internacional; es decir, la necesidad de que no exista un aislamiento que trate de evitar, por razones de carácter nacionalista absurdas, la comunicación internacional, las experiencias de otros países y, sobre todo, la colaboración, porque el tema educativo, aunque parezca nacional, es un tema internacional que se puede convertir en un problema de carácter socioeconómico muy serio, y que en la actualidad lo podemos observar en los Indignados, que se están asociando, o como lo vimos en 1968, con la necesidad de independencia que los jóvenes reclamaban.

Creo que esas conversaciones que tuvimos, en las que siempre estaba presente nuestro amigo Manuel Bartlett en calidad de crítico inteligente, son temáticas que siguen vigentes y en las que los currícula universitarios siguen siendo unidimensionales; no hay colaboración internacional, no se prepara

a los profesores. Por el contrario, se han formado verdaderas mafias dentro de las escuelas. ¿Para qué? Para que los familiares o amigos de los directores sigan siendo los profesores, con lo cual ya no hay una diversificación ni nuevas gestiones entre la investigación educativa y el mundo real en el que estamos viviendo.

De ese comentario nació el libro *Visión de la Universidad Mexicana*; en ese texto, que era una especie de preparación a un plazo medio 1990-1995, aprendí muchas cosas que quise llevar a cabo durante mi estadía en la Secretaría de Educación Pública. Desafortunadamente, los tres años y medio en que ocupé la posición de subsecretario no fueron suficientes, por la absurda, como siempre, tozudez del presidente Zedillo, que quería esclavos, no colaboradores; por la dificultad de darle prioridad a la educación sobre la politización y por la política de la ANUIES.

Esta Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior es una especie de apéndice quejoso crónico, que solo representa la parte negativa de un universitario, pero que no tiene una verdadera área que estudie la investigación educativa superior, y maneja solo los aspectos financieros; declaraciones como la de Tepic, del 27 de octubre de 1972, o aquella otra de 1992, en que se politiza, se hace presente, como si fuera normal, y evita el diagnóstico necesario y también la programación de beca-rios. Tampoco se prevé la antesala de la crisis y el cambio del concepto de la universidad.

Hace algunos años, antes de que muriera mi gran amigo Juan Manuel Elizondo, uno de los fundadores de la Universidad, me dijo una gran verdad que quiero compartir con ustedes: “En 1933, los jóvenes hicimos una revolución socialista, porque estábamos enseñando con los conceptos de Justo Sierra del siglo XIX y del siglo XX, y ahora estamos en el siglo XXI, enseñando con los conceptos del siglo XX, lo que va a producir una molestia social y por supuesto trastornos de carácter político que afectarán la vida nacional.

La antesala de la crisis

Los antecedentes de carácter político, académico, demográfico y pedagógico nos mostraron que la crisis venía y a alta velocidad, con altas tasas de inflación, bajos salarios y falta de reconocimiento del conocimiento como agente del cambio en la sociedad moderna.

Actualmente existe esta crisis, pero la Secretaría de Educación y el gobierno federal siguen pensando que los alumnos tienen paciencia y que un muchacho preparado durante casi veinte años de su vida va a tener la obligación de trabajar para una empresa que le pague 8 mil pesos mensuales, mientras que al mismo perfil en el país americano le pagan 8 mil dólares por mes, y que el gasto unitario de la Secretaría de Educación en educación superior sigue a la baja desde la época de Zedillo, quien no creía en las universidades de los estados, sino solo en la centralización y en el Tratado de Libre Comercio.

También hay que reconocer que esa época, que fue una época, digamos, de advertencia, señalaba que los recursos que se ahorraba el gobierno, se otorgaban a otras áreas, sin ninguna planeación ni objetivo adecuado, y que no era razonable postergar ni evadir la puesta en práctica de la educación gratuita, pero con aportaciones de colegiaturas más apegadas al costo real.

Eso no se hizo y lo que ha sucedido es que, ahora, las universidades dicen que son gratuitas pero los directores cobran infames cuotas para graduar a los alumnos, y además cuotas de participación no inscritas en la reglamentación, ingresos que nadie sabe a dónde van a dar, ni su objetivo final.

Es decir, en lugar de haber hecho un sistema financiero como el inglés, se propició la corrupción interna en las facultades, con cobros al margen del control central, porque el sistema universitario feudal que implementó mi buen amigo y compadre, el doctor Alfredo Piñeyro, permitió que cada director ahora sea un señor feudal que administra su coto y que, aunque el rector es responsable de lo que sucede, no es partícipe de las soluciones ni tampoco de las propuestas colectivas.

Las escuelas, al feudalizarse, como fue la tesis de Alfredo, que yo combatí, le quitaron fuerza al poder central, sin descentralizar la administración. Las grandes universidades mexicanas, que presumen su número de alumnos, como si estuviera uno presumiendo la obesidad, conforme van creciendo, complican su estructura interna. Me decía el doctor Cooper, un asesor de la UNESCO, que ninguna universidad debe crecer arriba de 20 mil estudiantes, porque se vuelve inoperante, y que las grandes universidades del mundo, como la de California, la Sorbona y la de Berlín, que se han diversificado en áreas, son las que han logrado adecuarse un poco a la conceptualización actual del sistema educativo superior. Eso de crecer por crecer, que es mi tesis de la UNAM, y presumir el número pero tener calidad insuficiente, es

una retórica ilusoria y engañosa, porque se presume la cantidad y se olvida la calidad.

En ese libro, que pueden ustedes encontrar en Ediciones Castillo, con prólogo de Federico Mayor Zaragoza y como autores Antonio Gago y yo, proporcionamos mucha información y números que muestran que esto iba a suceder, y desgraciadamente está sucediendo: la calidad de la educación superior sigue a la baja, aunque aumente la cantidad, que tampoco está ahora resuelta, puesto que solamente 18 alumnos de cada cien, en edad de educación superior, tienen acceso al sistema, y el resto quedan marginados en una educación tecnológica mal preparada, mal implementada y, sobre todo, mal reconocida socialmente.

Yo lo advertí desde ese tiempo, y lo discutí con Manuel Bartlett y con el presidente Salinas, pero como era en aquella época y lo es actualmente, el poder sigue mandando sobre el saber. Por eso, actualmente el conocimiento nos hace dependientes, y estamos perdiendo la soberanía nacional.

Mi encuentro con Polo del Real

En aquella época existía un grupo de abogados muy incendiarios, bravos, y además intrascendentes en el arte de cobrar. Eran egresados de la Universidad Autónoma de Nuevo León, y habían colaborado en la cruenta y difícil etapa del porrismo universitario, antes de mi llegada a esa institución. Eran muy amigos de don Alfonso Martínez Domínguez y del mayor Arnulfo Rosales Freyre. Me refiero a Polo del Real y Rolando Castillo.

Cuando ocupé la posición de subsecretario de Educación Superior e Investigación Científica, en una ocasión que vine a Monterrey, fui a comer a un restaurante de gran tradición: el Luisiana. Allí me encontré a Polo, acompañado de una bella mujer, vestida con un elegante agregado, como en forma de mascada oriental, que se parecía a una que yo había comprado en Marruecos hacía muchos años, para Elvira, mi mujer.

Me quedé mirando con cautela, pero con atención a la dama, pero principalmente al turbante tipo manto que tenía pequeñas irregularidades exteriores y era de colores diferentes, con una policromía muy oriental; en ese momento, Polo del Real, famoso por sus intemperancias, su agresividad y su capacidad para cobrar deudas en forma ilegal, se puso de pie y se me acercó,

diciéndome muy amable: “¿Cómo está mi rector?” Yo le contesté: “muy bien, mi licenciado”. Él replicó: “Usted me firmó el título”, y yo, bromeando, le respondí: “a veces también hago fraudes”, y sonreí para acercar la conversación al tema del humorismo.

Enseguida me dijo: “Oiga, usted sabe quién soy, ¿verdad?”, y le respondí: “claro, Polo, todo mundo te conoce; sé que en el fondo eres un hombre bueno, aunque agresivo; que has estado ligado a la universidad y eres un abogado exitoso”.

Él me volvió a decir: “usted me firmó mi título”; yo le volví a decir, jugando: “sí, a veces también hago fraudes”. Siguió preguntando: “¿Usted no me tiene miedo, doctor?”, y le contesté: “No le tengo miedo a nadie y menos a ti. ¿Por qué debo tenerle miedo, si nunca te he hecho daño?” “Sí, pero a poco no le tiene miedo a esto?”, y sacó de su cintura una pistola. Yo no sé de términos balísticos, pero probablemente calibre 45.

Él levantó el arma, que parecía una joya, porque estaba aderezada con brillantes, oro y fórmulas circulares dentro de la cacha que la adornaban y la hacían particularmente especial. El me colocó el arma en la parte de mi lóbulo temporal, en lo que llamamos la sien, y me dijo: “Doctor, ¿a poco no le tiene miedo a esto?” Yo, bromeando, volteé y le dije: “no seas payaso, quita esa pistola de mi cabeza y ponte a jalar en lo tuyo; a mí no me estés poniendo en entredicho con bromas de esa naturaleza”.

“¿De veras no me tiene miedo, doctor?”, dijo, a lo que le respondí: No, Polo, no te tengo miedo, y ya quita esa mugre de mi cabeza, porque me está molestando. Por fin, él se regresó a su mesa, yo terminé de comer y me fui a mi casa, la misma que tengo desde esa época en la calle Montes Celestes, y quince minutos después de que entré en mi casa, llegó una serie de camionetas con Polo al frente, quien se bajó y preguntó por mí. Salí a recibirlo, y me dijo: “Oiga, doctor, usted me dejó impresionado, porque no me tiene miedo”, a lo que le contesté: “¿por qué te voy a tener miedo, si nunca me has hecho daño ni yo a ti?”

En ese momento bajó las escaleras Elvira, que conocía a Polo a través de uno de sus hermanos, y preguntó: “¿Qué es lo que pasa con Polo?”, y le contesté: “es que me sacó una pistola, vacilando, allá en el Luisiana. Elvira, que no es tan contemporizadora como yo, le dijo a Polo: “Tú que le tocas un cabello a mi marido y yo sí te mato”.

El se rió, bromeó y me dijo: “Doctor, yo no tomo pero ahora usted me tiene impresionado porque no me tiene miedo. ¿Me puede dar un jaibol?”. Le señalé: “allí está el bar, puedes preparártelo”, pues estábamos en el lado izquierdo de la casa, donde había una pequeña área en la que se encontraban los contenidos alcohólicos. Él fue, se sirvió un whisky y se sentó a platicar, diciéndome: “Doctor, quiero ser su amigo, porque nadie ha tenido esa actitud conmigo”. Le contesté: Polo, tú has sido mi amigo desde antes, porque estuviste en la universidad; yo respeto tu forma jurídica de proceder; no tengo ningún problema contigo”.

Enseguida me dijo: “Yo sé que tiene algunos enemigos que no quieren que entre al Campestre, porque hizo un comentario sobre las grandes propiedades de los terratenientes, y su cuñado Lorenzo Alanís, y un licenciado le están estorbando para entrar, aunque ya tiene la acción. Yo puedo ir a presionarlos, si usted quiere”, y le repliqué: “No, Polo, a mí no me gusta la violencia. No es mi especialidad. Yo soy médico, respeto mucho la vida, y no me interesa que me ayudes a conseguir algo con violencia; no tiene ninguna importancia estar en ese club, y sí, me están estorbando porque hace muchos años señalé que cómo era posible que hubiera terrenos tan grandes dedicados a jugar con una pelotita de golf, mientras había gente que no tenía ni siquiera una casa pequeña para vivir”.

Eso fue lo que seguramente molestó a algunas personas, entre ellas mi excuñado Lorenzo Alanís, que en aquel tiempo tenía algún resentimiento o rencor contra mí, porque me divorcié de su hermana, y estaba azuzando para que yo no entrara a ese club ni pudiera utilizar una acción que posteriormente le vendí a un hermano de Alberto Santos, acción que ahora vale un millón de dólares. En ese tiempo le di poca importancia, como siempre le he dado al dinero y la entregué con facilidad a precio módico.

Y Polo insistía: “Doctor, yo he colgado gente en los baños para cobrarles, y quiero ayudarlo a usted”. En fin, al calor de las copas y menos aún cuando no era un adicto, y no manejaba muy bien el alcohol, platicamos un rato y luego se retiró.

Posteriormente, Polo tuvo un conflicto con Napoleón Cantú Cerna, un gran abogado y un prohombre jurídico, valiosísimo como ser humano, que fue procurador del Estado en el gobierno de Jorge Treviño, mi jefe en la época en que fui Secretario de Educación y Cultura. Polo se vio obligado a huir del Estado, ya que estaba enjuiciado por algunas actitudes agresivas que

había tenido con sus clientes, y me lo encontraba a veces en la Isla del Padre. Me abrazaba y me trataba con afecto ese hombre, que en el fondo era generoso y tenía una familia muy bonita, formada por su esposa y sus hijos, pero era famoso por sus características gangsteriles que utilizaba desde el punto de vista jurídico.

Luego se publicaron algunos desplegados en contra de Napoleón Cantú, y Polo me habló por teléfono para decirme que quería arreglarse con el gobernador; yo le sugerí que dejara de estar publicando estupideces y que si quería regresar a Monterrey tenía que adaptarse a las circunstancias y a los procedimientos del sistema jurídico estatal.

Tiempo después, por alguna razón que no comprendí; alguna deuda irregular o alguna agresión exagerada, Polo fue ejecutado enfrente del Procurador de Justicia del Estado, en un restaurante cercano al Parque Fundidora, con lo que culminó la época de este personaje del que siempre me quedó en duda su entredicho entre el bien y el mal, porque como ser humano y familiarmente, era una persona que demostraba cariño, pero en términos jurídicos era totalmente ilegal y arbitrario, y se ganó muchos enemigos, y alguno de ellos seguramente pagó para que terminaran con la vida de ese hombre.

Él y Rolando Castillo eran los personajes en los que el mayor Rosales Freyre confiaba para algunos asuntos especiales que don Alfonso Martínez Domínguez le pedía llevar a cabo.

Uno de ellos, alguna vez, frente a mí, señaló algo en relación a agredir a Alberto Anaya, a quien yo defendí, porque aparte de conocerlo, en aquella época tenía una causa social y solo terminó en la cárcel en lugar de haber terminado en la tumba. Eso, Alberto nunca lo supo, pero me lo debe a mí, porque lo defendí a capa y espada, ya que su razón social lo hacía brincarse las temáticas jurídicas. Así fue la historia, que no olvido, porque tuvo características muy particulares en el ambiente jurídico y policiaco del Estado de Nuevo León.

Posteriormente regresé a la Ciudad de México, donde desempeñaba mis actividades en la Subsecretaría de Educación Superior. Con eso estamos ya a tono con las descripciones previas que hice de mi participación como subsecretario, de mi relación con el presidente Salinas, de mi poca integración al pensamiento monoteísta y unidimensional de Zedillo, y de mi partida a Francia para desempeñarme como embajador de México ante la UNESCO, temas que trataremos en el siguiente capítulo.

Lo que recuerdo de esta relación, me ayuda a pensar en la característica del ser humano, que, como decía Balzac: “Se comporta en forma totalmente incierta, en circunstancias como las que un hombre de familia generoso, como era Polo del Real, pudo convertirse en un monstruo jurídico, agresivo y en un gánster que formó parte de aquella época que sería mejor no recordar, de las acciones porriles que existieron en la universidad y después en el gobierno y que eran auspiciados por gente que no respetaba lo más importante que Dios nos ha dado: la vida.



Alfredo Ramos Martínez: China Poblana
s/f. Pastel sobre papel 108 x 77 cm
Colección Particular
Fotografía: Roberto Ortiz Giacomán





Capítulo II

Mi aventura en Europa

Al fin y después de dos meses de espera tuve la audiencia con el presidente Carlos Salinas de Gortari, quien al verme entrar por la solemne puerta de su oficina en Los Pinos, me espetó una pregunta que traía consigo una respuesta. Me pregunto: ¿Te gustaría ir a París como embajador de México en la UNESCO? y antes de que le contestara, prosiguió: “Tú tienes el perfil para embajador y ahorita estamos en proceso de cambio, así que, prepárate; habla con la gente del Senado y ponte listo para ir con tu familia lo antes posible a esa ciudad”.

Llegué a mi casa y le informé de inmediato a Elvira que nos iríamos a París, y ella con cara compungida y con su característica frontal y reactiva, me preguntó: ¿Vamos a dejar esta casa tan bonita que acabo de arreglar? Le contesté: pues es una orden del presidente de la República.

Como buena mujer y hermana del espíritu de la contradicción, dijo: “No, yo no me voy, aquí estoy muy a gusto”, y en efecto, veníamos de terminar los arreglos de una bella casa por el área de San Ángel, que habíamos rentado y que tenía una bóvedas catalanas preciosas y un enorme jardín, y para su acondicionamiento habíamos recibido una cariñosa participación de parte de la presidencia de la República, por lo que nuestro hogar se había convertido en un lugar de atracción para los artistas más

famosos de aquella época, literatos y amigos de la farándula estética que la usaban para sus fiestas.

Vale la pena mencionar que un día reunimos en una fiesta de cumpleaños, al pintor Anguiano, a José Luis Cuevas y a Farrel, a la que asistieron más de cien personas que departieron desde la hora de la comida hasta las cuatro de la mañana del día siguiente. Esa bella casa quedó después en el olvido, porque al querer comprarla, el precio era muy elevado y no teníamos recursos suficientes, ni forma para adquirir ese patrimonio.

La familia en París

Después de ser aprobado el permiso por el Senado, integrado entonces, entre otros, por Jongitud Barrios, Martínez Domínguez y Porfirio Muñoz Ledo, que me acompañaron en esa ceremonia de inicio, nos trasladamos a la ciudad de París con cuatro hijos, una pequeña perrita de nombre Chanel y cuarenta y tres paquetes que representaban todo nuestro patrimonio, y en el Aeropuerto Charles de Gaulle nos recibieron, con dos camionetas rentadas para tal objeto por nuestro secretario móvil, o sea, el chofer, que se llamaba Julio y que asombrado, nos condujo al que sería nuestro primer domicilio localizado en la calle Charles Floquet, muy cercano al campo Marte, en el barrio número 7 de la bellísima ciudad de París.

Por supuesto que ese apartamento, que era la sede de la Representación de México en la UNESCO, había sido ocupado por embajadores muy dignos, como fue el caso de Luis Villoro y del prestigiado indigenista Miguel León-Portilla, autor de múltiples libros.

Previamente por esa residencia habían pasado también personajes como Porfirio Muñoz Ledo, el expresidente Echeverría y otros que acompañaban la integración histórica que la UNESCO tenía con México, por haber sido Torres Bodet el segundo director general, posterior al nacimiento de ese organismo en 1945.

Ese pequeño recinto nos quedaba chico, y había que empezar a pensar en la educación de Lucía, mi hija mayor; de Rodrigo, que ya estaba entrando a la secundaria, y de Isabella, que iba a entrar a los primeros años, porque la chiquitina, mi preciosa hija Carolina, estaba en brazos cuando recibí la encomienda del gobierno federal, con el nombramiento, que suena muy elegante, como Embajador Plenipotenciario y Representante del Presidente

en todas las acciones en esas áreas determinadas, que en particular en la UNESCO, se dedican a los temas que yo conocía perfectamente, como son: la educación, la ciencia y la cultura.

Como el apartamento solo tenía dos recámaras y un estudio, pero estaba ubicado en un barrio muy bonito, y mi esposa, como es su costumbre de ser tenaz, persistente y tozuda hasta llegar a su objetivo final, se quejó ante la cancillería y su solicitud fue denegada, por que según dijeron no había recursos para ese objeto. Ella, con audacia, señaló: “Bueno, permítanme que lo pinte completo, porque está en mal estado y da muy mala imagen”.

Ante esa solicitud, que se envió en aquella época, como se estilaba, por telefax y fortalecida por vía telefónica, se autorizó la cantidad de cuarenta mil dólares, que era lo que costaba la remodelación de dicho apartamento.

Una vez que la autorización tuvo lugar por escrito, mi esposa se dedicó a conseguir apartamentos cercanos y envió una nueva misiva que era totalmente imposible de replicar; ella, a través mío, señaló que tenía la autorización de cuarenta mil dólares y que cambiarse a un apartamento a una cuadra de distancia le costaría veinte mil dólares y ese lugar tenía tres recámaras, dos pisos y una estancia muy agradable y estaba ubicado en una calle de nombre Jean Carrie colindando con la avenida Suffren, a una distancia de cinco minutos del edificio central de la UNESCO y del edificio accesorio, donde está la embajada de México, en la rue Miollis.

Allí terminaron nuestros restos vitales, y pasamos una época familiar muy especial, por la impregnación que la ciudad dejó, no solo en mi esposa y en mí, sino también en nuestros bellos hijos que nos acompañaron en esta aventura.

La educación de nuestros hijos

Desde nuestra llegada, intempestiva como fue, hubo que proceder a inscribir a Rodrigo y a Isabella en los colegios normales del sistema educativo de Francia, en esa área del Barrio 7 de París, que era muy bueno en términos de la educación didáctica, y a Lucía, que ya había estado en el Colegio Americano, en el nivel correspondiente, pues dominaba muy bien el inglés y el francés.

Carolina, la más pequeña, ahora toda una licenciada en derecho, de belleza refulgente y audacia y sensibilidad social, llegó de nueve meses de nacida y por supuesto venía acompañada de una nana, muy buena persona, de nombre Verónica, quien la cuidó con esmero.

Nunca olvidaré que al año, en la calle Rivoli, una famosa avenida que está enfrente del Louvre y de las Tullerías, en una zona muy conocida de París, cerca de la Concordia, de pronto y yendo en brazos de su mamá, al trasladarla para cargarla, la puso de pie e inmediatamente la niña empezó a caminar, así que su alumbramiento móvil fue hecho en una bellísima calle, enfrente del mejor museo del mundo, que previamente había sido el depositario de la familia real.

Y mi otra bebé de siete años de edad, Isabella, que siempre se ha caracterizado por ser recta, inflexible en sus argumentos, tenaz y sobre todo con un juicio crítico excepcional y una autoridad moral que desborda su presencia y contagia a los demás, inició sus primeras actividades escolares en una escuela pública en la que nadie hablaba inglés y tuvo una confrontación con el idioma francés muy brutal, lo que hizo que se deprimiera y hubo necesidad de cambiarla a una escuela bilingüe, donde pudo encontrar su espacio y continuo sus estudios.

Posteriormente, su capacidad crítica se desbordaba fundamentalmente con su hermana menor, Carolina, a quien como le decíamos bromeando: como una generala en plena guerra, la tenía siempre sojuzgada y sujeta al orden y a la disciplina. Finalmente logró adaptarse y llevar a cabo una buena aventura escolar y en la actualidad, al momento de escribir este capítulo, es una inteligente psicóloga con belleza física y espiritual que, al escribir este capítulo, trabaja en el Children Learning Institute de la Universidad de Texas en Houston, y ha obtenido merecidos reconocimientos.

La evolución de Isabella fue coincidente con la de nuestro hijo Rodrigo, quien inició sus aproximaciones escolares en el Colegio Americano, porque él venía de una situación semejante, pero como eso sucedió a mediados de curso, su reacción de rebeldía natural le generó una depresión, porque no podía adaptarse rápidamente al idioma francés y lo retiramos de esa escuela, inscribiéndolo en una escuela cercana al domicilio denominada Ecole Bilingüe donde hablaban inglés y francés.

Allí inició su maduración, habiéndose caracterizado siempre como un muchacho muy guapo, deportista, con una gran imaginación y aunque no

era muy disciplinado siempre fue muy creativo y con una dosis de rebeldía natural y de travesuras complejas que podían ser amortiguadas por la presencia de una gran mujer: Graciette, que conocimos en París y que fue nuestra ayuda de cámara, oriunda de Cabo Verde, excolonia portuguesa, que tiene un corazón de oro y una enorme capacidad para cocinar cualquier cosa, con excelente tinte francés.

Ella nos acompañó todo el tiempo y nos dio lecciones en muchas áreas del quehacer humano. Graciette tenía un particular afecto por Rodrigo, quien era la antítesis de la disciplina y el orden, pero con su solemne sonrisa y su atención esmerada, fue capaz de atenuar la tormenta viva que Rodrigo representaba y además apoyaba a Elvira en todos los quehaceres, junto con Verónica, encargada del cuidado de las bebés.

Lucía fue quizás la más favorecida por el destino porque llegó ya en la adolescencia y previamente había estado durante ocho meses en una institución denominada Institute Villa Pierrefeu, en Suiza, en un pequeño y bellísimo lugar llamado Montreaux y en la parte superior del mismo un pueblito llamado Glion, era una escuela que dirigía Madame Neri, una famosa mujer que se dedicaba a enseñar a las jóvenes cocina internacional, relaciones públicas e idiomas.

Allí Lucía desarrolló su natural instinto para el aprendizaje de los idiomas y rápidamente dominó el francés, además del inglés y del español, que ya sabía, situación que todavía conserva, y su inteligencia preclara la hizo convertirse en una extraordinaria abogada, con posgrados en España y en Georgetown, en derecho internacional y fue una practicante legal muy activa hasta que decidió entrar en el incierto mundo del casamiento, con un buen muchacho, con intereses políticos y ansias de poder, quien posteriormente se convertiría en alcalde de un gran municipio de Nuevo León, como lo es Guadalupe.

Lucía sacrificó su carrera y su capacidad intelectual, donde es muy presta para escribir y hablar en público, en aras de formar una familia y tener tres hijos que le costaron grandes dificultades y esfuerzos, pues tuvo que iniciarse con fecundidad asistida, durante más de diez intentos hasta que al fin logró procrear a Frank, su bello hijo y posteriormente sufrió varios contratiempos obstétricos.

Luego nació una niña preciosa de ojos claros, a quien pusieron por nombre Evita, que sobrevivió a su mínimo peso de un kilo y como un milagro res-

plandeciente del Ser Superior; actualmente es una hermosa bebé, sana y normal, que acompaña a la última y bella niña de nombre Regina, que también le costó sacrificios físicos, tratamiento específico hormonal y toda una serie de apoyos necesarios para que pudiera lograr lo que ha integrado: una familia con tres hermosos hijos, en un bellissimo ambiente y un esposo que la apoya.

Ella está dedicada a lo que representa el valor primordial de la genética y de la transmisión del yo, que es el ingreso al nosotros, de los hijos, que en última instancia, según la teoría abstracta, representan la inmortalidad, ya que nuestro amor a ellos es porque nos amamos a nosotros mismos y porque allí están nuestros genes, que no solo transmiten la morfología, sino que, como ha sido documentado, se descubrió que los bebés sueñan durante el embarazo, lo que quiere decir que el DNA genético no es solamente morfológico, sino también funcional y por esa razón la genética del comportamiento tiene mucha importancia en el desarrollo pleno de la vida de cualquier ser humano.

Mi arribo a la UNESCO

Mi arribo a la UNESCO causó cierto grado de conmoción, porque mi primer discurso en el área latina de la UNESCO fue muy contundente y vehemente en el sentido de cambiar el mundo a través de la educación, pues como lo he mencionado anteriormente, Dios me regaló la bella musa de la elocuencia, y los embajadores de los países latinoamericanos quedaron muy impresionados; a partir de allí inicié grandes amistades que fueron útiles, tanto para mi formación personal como para México en las relaciones internacionales.

Me refiero a que gracias a ellos y al apoyo de los embajadores africanos, un año y medio después logré ser presidente de uno de los comités más importantes como lo es el Comité Especial, que junto con el Comité de Derechos Humanos y el de Administración, forman parte del Comité Ejecutivo, del cual México era miembro y, por supuesto, de la Conferencia General, en la que participaban en esa época más de 187 países.

Encontré a nuestro país con un enorme prestigio y un gran respeto e inicié mi proceso de amistad con algunos embajadores, en particular con el de Chile, un escritor; el italiano, el búlgaro y el yugoeslavo, utilizando mis discursos, que en ese tiempo eran en siete idiomas en el Comité Ejecutivo y en dos en la Conferencia General: inglés y francés.

Yo prefería el inglés, porque mi francés era muy incipiente, y contraté, para fortalecerme en el idioma francófono, a una mujer de nombre madame Tomasini, de quien tengo bellísimos recuerdos, no tanto por el aprendizaje, que sigue siendo pobre, sino por el gran fomento cultural que hizo de nuestras inquietudes y las anécdotas de esa gran dama que había sido profesora de La Sorbona y que fue nuestra maestra particular. Con ella tomábamos clase a las ocho de la mañana, lo que me causaba contrariedad, pues que no es mi costumbre levantarme muy temprano.

Sin embargo, creo que la experiencia de haber llegado a Francia con la familia, de la manera en que la describo, me ha sido de gran utilidad para tener una visión internacional del proceso educativo y para comprender además la problemática política mundial, interiorizándome en ella, aumentando mi cultura cosmopolita y aprendiendo a conocer la hermosa ciudad de París.

Es difícil describir haber llegado a la Ciudad Luz cuando ya había estado previamente en ella de vacaciones, pero ahora lo hacía como representante natural, con un automóvil Volvo con placas diplomáticas, que le permitían a uno estacionarse en cualquier lugar, y con el inicio del contacto humano y sobre todo, con la gran exposición a la percepción consciente de vivir en el mundo de la historia que París representa, y que sus museos y monumentos ejemplifican con particular propiedad.

Conocer París es una labor muy compleja, porque cada barrio, cada lugar, cada instancia tiene una remembranza histórica que los expertos conocen, y la relación del mundo latinoamericano en general y del mexicano en particular, era verdaderamente especial, por el prestigio que el gobierno de Carlos Salinas le había dado a nuestro país, y también, por supuesto, por los antecedentes que México tiene de su relación con Francia y la belleza del contacto humano latino.

Pero, como lo mencioné en alguno de los pésimos discursos que pronuncié en mi francés primitivo, para mí, el norte de Francia es el área de trabajo; el centro es el corazón, y allí está Francia, y el sur es la diversión, y allí está España, con todo su folclor y su belleza.

Por desgracia los españoles que colonizaron México no fueron la mejor cepa de la Península Ibérica, a diferencia de aquellos que colonizaron los Estados Unidos, que fueron *pilgrims* de Nueva Inglaterra.

A nosotros nos conquistaron bandoleros que habían salido de la cárcel; hombres audaces, valientes y temerarios, que nos contaminaron de una parte negativa del proceso europeo, mientras que otras áreas del continente fueron colonizadas o integradas por personajes con una mayor profundidad filosófica conceptual y sobre todo con mayor honestidad.

Pero de ese tema no es prudente hablar ni escribir, ya que no forma parte de mi historia, sino más bien de mi diagnóstico personal de que Francia, el corazón de Europa, nos recibía con los brazos abiertos. Nuestra estancia fue una agradable, compleja, múltiple y diversa presencia en la gran ciudad que no cambia, porque, como dijo bromeando Guadalupe Loaeza: “París no cambia, los que cambiamos somos nosotros”.

Mis oficinas en la UNESCO

Mis oficinas en la UNESCO no eran muy elegantes, estaban ubicadas en un edificio lateral en la calle Miollis, al margen del edificio central, que está en las cercanías de la Escuela Militar y en donde se encuentran las oficinas de la Dirección General de ese organismo, que en esa época estaba a cargo de mi gran amigo, a quien yo había conocido previamente, desde que organicé un Congreso de Biología Molecular, el doctor Federico Mayor Zaragoza, exrector de la Universidad de Granada y exsecretario de Educación en la época del presidente Suárez.

El doctor Mayor Zaragoza tenía una gracia verbal muy específica, como catalán que es, con un acento inglés, a veces demasiado redundante, y un francés más adaptado a su lengua original latina; pero era, sobre todo, un ser humano que, con sus defectos y virtudes, siempre tenía pensamientos altruistas, filosóficos y conceptuales bellos sobre la vida y sobre la filosofía del existir.

Federico Mayor fue y ha sido un amigo, un personaje que forma parte de mi historia personal, a quien le tengo, en mi fuero interno, igual que a su director asistente, el profesor Albert Sasson, una especial admiración y afecto.

Federico tenía que enfrentarse a la Conferencia General con particular gracia y dificultad, por la rigidez de las escuelas nórdicas y sobre todo porque en esa época, Estados Unidos había retirado su apoyo financiero a la organización, y la dependencia era casi exclusivamente derivada de la fuerza de Japón, que era el que aportaba mayores recursos.

En la embajada de México en la UNESCO encontré secretarías simpáticas y agradables, pero poco eficientes, por no estar acostumbradas a trabajar en forma intensiva; a la ministro María Cristina de la Garza, una gran mujer, que al poco tiempo de mi llegada se trasladó a Cuba para apoyar a su amiga la licenciada Beatriz Paredes, a quien acababan de nombrar embajadora en ese país.

Menciono también el caso particular de Samuel Ramos, hijo del gran filósofo Ramos, quien me enseñó muchas cosas de la nueva informática y que tenía una vida práctica y profunda, a diferencia de una persona que me endosaron y me suplicó que la aceptara, porque habían cambiado al embajador Tello de la Secretaría de Relaciones Exteriores y de la Embajada en Francia, a quien yo acepté y apoyé, y que posteriormente, como parte de mi vida normal, me fue desleal; me traicionó, haciendo comentarios desfavorables en la embajada. Esto, debido a mi fórmula personal de no pedir permiso, sino más bien pedir perdón, porque en cada intervención en el Comité Ejecutivo, se me pedía que pidiera instrucciones a quien ellos llamaban la superioridad, y yo simplemente no tenía ni tiempo ni ganas de estar pidiendo instrucciones a cada momento sobre temas que no eran realmente administrativos o políticamente importantes.

Al llegar a París, como lo señalé previamente, encontramos insuficiente el apartamento, y Elvira, con la inteligencia que le caracteriza, nos ubicó en un bellissimo apartamento de dos pisos, en las cercanías del Campo Marte, en el Barrio 7, un área muy elegante y muy parisina que nos permitió vivir y convivir; interiorizar, hacer algunas amistades de ocasión que se hacen en esas ciudades y vivir adecuadamente en una sección social suficientemente discreta, pero elegante, para recibir a los embajadores de otros países que frecuentemente teníamos que atender.

El despertar a un nuevo mundo

El instalarnos en la ciudad de París fue para mí como un despertar a un nuevo mundo, diferente a lo ya conocido y distinto de lo convencional, ya que esa ciudad, siempre elegante, y en el célere proceso de ir teniendo contagios históricos, aprendizaje de las bellas épocas, desde la Edad Media, con personajes como Napoleón I y después Napoleón III; con los grandes literatos franceses, como Víctor Hugo, André Malraux y Balzac, mi preferido, y muchos otros, le impregna a uno la concepción de una vida distinta y le

amplía sus horizontes, hasta llevarle al terreno de lo cosmopolita, de lo que realmente tiene valor en el goce.

Todo esto, amén de que mi hija Lucía tenía y tiene una gran capacidad de hacer amigos, nos permitía vacacionar en el sur de Francia, conocer Marsella, Saint Tropez y Mónaco, y admirar y convivir con las bellas francesas que trabajaban en los edificios contiguos.

Por todo eso tengo que dedicar un capítulo especial a mi amigo, casi mi hermano, el profesor Joe Jaz, encargado del área de Norteamérica en la UNESCO, con quien establecí una relación muy particular, por su origen rumano de raíces latinas; su presencia siempre afable, pulcra, educada; su afición al alcohol, que me contagió con prontitud, pero con elegancia y sin perder el estilo, hicieron que formáramos un dúo muy especial.

Él, a pesar de no contar con la simpatía de Federico Mayor, conocía internamente toda la UNESCO, y yo, con mi capacidad para comunicarme, logramos hacer cosas que para México representaron acciones positivas que no se han repetido. Me refiero a que en aquella época, México era miembro del Comité Ejecutivo; tenía la historia de que Torres Bodet fue uno de sus cofundadores y nunca dejó de serlo hasta que yo salí, y después llegaron otros embajadores que no le dieron importancia a ese Comité.

Yo formaba parte del Comité de Bioética de la UNESCO y Joe Jaz me hizo conocer a importantes personajes, como el descubridor del virus de SIDA y a Premios Nobel. También fui vicepresidente de la Unión Latina, y gracias a sus consejos, a su amistad siempre abierta y a su espíritu de gourmet, fue para mí un personaje que forma parte de la bella historia en la triste secuencia del mundo en donde uno vive, pernocta y después muere.

Desafortunadamente murió a causa del cáncer y merece que le dedique otros párrafos, por la importancia que tuvo su personalidad en mi presencia, en mis discursos, en todo el prestigio que le di a México en la UNESCO, y que posteriormente perdió, por la frivolidad de los gobiernos y de los embajadores, que la utilizaron como antesala de funeral o como un sistema para retirarse.

Yo fui como he sido siempre: combativo, y México ganó, en la Conferencia General para elegir miembros del Comité Ejecutivo, la votación más alta, a pesar de que perdió Argentina, con mi buen amigo el embajador Jorge Asis,

gran escritor, y con todos esos personajes que forman parte de un organismo multilateral que desgraciadamente no tiene la eficiencia ni la capacidad financiera para modificar profundamente los temas de la ciencia y la cultura.

Sin embargo, la UNESCO ha logrado aspectos importantes en el área del patrimonio histórico de la humanidad, de la educación para todos, de la integración con los grandes personajes de aquella época, y también al conservar, en este mundo del monetarismo ilustrado, algún respeto para la ciencia y la cultura, de lo que hablaremos posteriormente.

Elvira

Después del análisis previo de nuestros hijos y advirtiendo que tengo descendientes previos: Mauricio y Gabriel, sanos y triunfadores, comento que Mauricio fue bien recibido siempre en París, a donde se trasladaba desde Madrid, lugar de su residencia y trabajo; el que tiene por su habilidad para reparar los equipos de resonancia magnética y su capacidad tecnológica a prueba de muchos retos. Él viajaba frecuentemente a acompañarnos.

Menos frecuente fue la presencia de Gabriel, mi hijo mayor, quien había estudiado en Francia en la École Nationale des Ponts et Chaussées, famosa escuela de urbanismo fundada en la época de Napoleón III.

Actualmente Gabriel es un ingeniero urbanista social de amplio respeto en la comunidad del estado de Nuevo León y con una familia esplendorosa y bien disciplinada, la que ha formado en compañía de una bella mujer de Michoacán, que lo ha hecho feliz.

Con este preámbulo quiero insistir en que Elvira tiene un capítulo especial, pues ella siempre me acompañó, con gran prestancia, en todas las actividades diplomáticas. Su enorme capacidad para las relaciones públicas y su belleza física con una gran dosis de elegancia y un pequeño estigma, que siendo positivo es el de la compra para vestir y representar con elegancia su inherente belleza, se convirtió a veces en alguna pequeña obsesión, por la reiteración de este proceso en el enorme y bellissimo marco de la ciudad de París, que es el lugar idóneo para desarrollar lo que yo llamo: la comprafilia.

Sin embargo, su permanente obsesión por hacer de la casa un lugar elegante le permitió comprar tapetes persas finos, aprovechando descuentos y

haciéndose amiga de un famoso personaje que vivía cerca de nuestro apartamento y que respondía al nombre de Ysmailof, experto en la decoración que viene desde la bella Persia y que ha perdido un poco de brillo con la nueva Irán.

Elvira me acompañaba a todos los eventos culturales y fiestas de las embajadas y como teníamos un carro extra que habíamos enviado a París desde Houston, un Mercedes Benz que en otra época, en una fiesta, un famoso empresario norteamericano, a quien yo le había hecho muchos favores, me señaló que me lo iba a regalar, porque yo le dije que estaba muy bonito su carro.

Por supuesto que no le creí porque pensé que ese ofrecimiento era al calor de las bebidas espirituales de gran contenido alcohólico, pero un día, mi amigo y compadre el doctor David González me informó que había recibido una carta en donde le mencionaban que había un carro para mí en la ciudad de Houston, o sea, en el puerto, el cual mandé recoger, y ese automóvil Mercedes Benz nos acompañó durante muchos años hasta que un yerno de Elba Esther Gordillo, irresponsable y negligente, lo chocó y lo abandonó y tuvimos que ir a recogerlo.

Finalmente ese carro “murió” en la ciudad de Monterrey, en donde quedó más lastimado que un carromato viejo y desvencijado y allí, al calor del tiempo, se consumió lo material, pero no los recuerdos, pues esa unidad era la que utilizaba mi mujer para movilizarse en París, en donde los carros con licencia diplomática tenían grandes ventajas, por el respeto que en esa ciudad se tenía para los embajadores.

Elvira fue particularmente triunfadora en la parte social y a nuestras fiestas en la embajada asistían personajes muy valiosos como Carlos Fuentes. Igualmente conocimos artistas de cine como la famosa actriz de la película Cabaret Marisa Berenson, Harrison Ford, Polansky y el gran actor francés Gerard Depardieu.

También asistíamos a eventos con otros embajadores, a comidas con premios nobel y sobre todo con un amigo que extrañamos y que murió prematuramente, el profesor Joe Jaz, al que ya mencioné y a quien le debemos recuerdos de mucho cariño y nostalgia por su simpatía y entrega filial.

Elvira era muy admirada por muchos embajadores y principalmente por el director general, ya que el doctor Mayor Zaragoza la había conocido pre-

viamente, en los eventos culturales de la UNESCO en los que ella participaba activamente.

Allí prosiguió la carrera que había iniciado en Monterrey en el Instituto de la Cultura y se adentró en todos los pequeños detalles de las exposiciones plásticas y en el marco de una ciudad llena de expresiones culturales como es París; fue madurando un conocimiento que desbordó y aplicó en las exposiciones que ha organizado en Monterrey en el Museo Metropolitano y en la Pinacoteca, en donde su capacidad promotora del arte ha dejado huella permanente y es a todas luces única, basada en su experiencia personal y en su gran capacidad de trabajo, su tenacidad y su fortaleza.

Durante nuestra estancia en París, Elvira fue una figura muy importante, no sólo para el cuidado y educación de los hijos, sino también como representación simbólica de la belleza mexicana hecha mujer, en un entorno en donde la estética y la plástica y todo lo que representa la forma es fundamental, porque en la diplomacia y principalmente en la cultura francesa, el quehacer del bien vestir, del buen comer y del bien saber, son más reconocidos que el solo recurso financiero del monetarismo ilustrado que caracteriza actualmente a la sociedad.

París significó para mí una aventura de excepción, compartida con mi familia y una inyección de cosmopolitismo que todavía mis hijos no olvidan y que los hace desbordar a veces el pensamiento regionalista y localista, que en ocasiones limita la visión amplia de esta época de la internacionalización del conocimiento y la transculturización producto de la comunicación y de la informática y que ha culminado con las redes sociales que nos han conducido a un nuevo mundo.

A París le debo mi esencia de trascender en el pensamiento de la utopía de lo que en algunas partes fue, que en México debió haber sido y que no han podido todavía ser, es decir, me inyectó el romanticismo de una lucha por ser mejor en lo que realmente vale en la esencia de una persona y de una familia, que es su espiritualidad hecha creación para beneficiar el nosotros y abandonar el miedo que da el aislamiento del yo, que genera un egocentrismo y una miopía en el conocimiento del verdadero valor.

París. Nostalgias...

La belleza es una forma de reconocer la armonía de la vida individual y social. No es sólo algo relacionado con los cinco sentidos, o sea, no es solo a veces un fenómeno visual, auditivo, olfatorio o gustativo, sino probablemente se infiltra en la comunicación extrasensitiva que los niños utilizan en su crecimiento y cuya fórmula queda vigente toda la vida.

Esto explica por qué a algunas personas les significan afecto o aprecian la belleza, mientras que para otros la simbología es distinta, así como por qué a veces uno dice me gusta esa persona y tus interlocutores te dicen, no, es más bonita la otra, y tú les contestas: pero a mí me gusta esa, igual que sucede en los niños con la comunicación no verbal, que detectan el olor del diálogo y lo perciben fuera del entendimiento auditivo de la expresión verbal que caracteriza a la comunicación y a la lingüística.

En estos términos de la belleza, París me enseñó a conocer en las exposiciones plásticas, el valor real que algunos personajes habían tenido en la historia de la cultura, pues el contacto con los bellos museos que hay en esa ciudad y las diversas exposiciones que se van presentando a lo largo del tiempo.

Así y dado que la UNESCO es una organización que tiene todo un componente cultural y que abundan en ella diferentes exposiciones de países diversos, uno empieza a aprender “y a ver” la belleza y a pensar un poco en la interpretación misma, pues si al principio una pintura de Picasso en su etapa cubista parecía un juego de niños, después de conocer la trayectoria del autor y las diferentes formas geniales que utilizó para dibujar la cultura y la escultura, uno tiene una madurez cognitiva y sensible que le permite absorber con mayor lujo la belleza plástica, algo semejante a lo que pasa al entender el fenómeno del Renacimiento y del Impresionismo o del Surrealismo, mucho más difícil éste o simplemente como es mi caso, quedarme más bien plasmado de lo descriptivo.

Baste como ejemplo decir que uno de los autores que más me impresionaban es Jacques Louis David, el pintor de Napoleón Bonaparte y que también en el caso particular de Rubens o Rembrandt, la aparente capacidad excéntrica de estos autores sólo se comprendía a la luz del momento en que vivían cuando ejercieron su creatividad.

Quizás lo más impactante para mí fue que, dado que hay en ese trabajo de embajador mucho tiempo libre, uno puede aprender a interiorizarse más con la belleza urbana y descriptiva, pero también en la de los seres humanos en sus diferentes comportamientos.

Recuerdo con cariño a mi asistente durante treinta años, Leonor Rodríguez, porque vi cómo su esfuerzo personal le permitió desarrollarse a ella y a su familia, y su lealtad y solidaridad para con mi persona siempre fueron manifiestas; igual me sucedió con la ministro Cristina de la Garza, que fue la que me recibió en la embajada y a quien le aprendí muchas cosas del área diplomática, pero también su gran magnanimidad para entender mi forma de ser. Eso también fue belleza, pues el ser humano puede ser bello igual que lo son los derivados del arte plástico.

En esta heterogeneidad de contacto humano tengo que recordar a Laura González, hija de mi amigo el doctor David González, que sí entendía mi forma de ser y con una gran agudeza perceptiva e inteligencia, logró sumarse en los múltiples esfuerzos de exposición cultural y de otros órdenes y ser una colaboradora eficiente y muy integrada a nuestros objetivos fundamentales; ella representó la solidaridad humana que es la belleza social.

Esos ejemplos no soslayan mi relación profesional y comportamiento profesional con diferentes embajadores, o con mi personal administrativo de características *sui generis* y propias que me acompañaron durante ese tiempo, incluyendo al chofer de la embajada, Julio, y por supuesto a una personalidad única que fue sostén familiar y tenía una psicología empírica que apoyó todos los quehaceres relacionados con la vida en familia, me refiero a Graciette Silva, mujer de origen africano, de Cabo Verde, cocinera excepcional y consejera en múltiples problemas de la vida, pues gracias a ella y a Verónica, logré que mi familia tuviera siempre protección y cuidado y apoyó a mi esposa Elvira, quien se adaptó rápidamente a las bellezas de la ciudad y a todas sus ofertas culturales.

Estos párrafos se presentan para señalar que mi estancia en París no sólo incrementó mi apreciación de la armonía hecha muestra para los sentidos y así generar la apreciación estética, sino también la belleza del comportamiento humano, antídoto de la servidumbre del hombre ante lo material, y para enriquecer estos conceptos, vale la pena aportar algunos ejemplos cotidianos de mi vida en esa ciudad que la llaman Luz, porque ilumina, y así...

La mística de los restaurantes en París

Durante mi estancia en esa ciudad aprendí muchas cosas acerca del placer de la comida. Después de leer con atención un reporte publicado en el *Herald Tribune Journal*, que señalaba que la comida francesa es la más sofisticada el mundo contemporáneo, traté de averiguar por mí mismo si eso era cierto, y lo hice con una gran dosis de alegría, porque comer es un placer del olimpo, pero comer bien es una hipersensibilidad llevada al extremo del gusto por las papilas, que están colocadas en el vértice de la lengua y que se encargan de reconocer cada uno de los sabores y de enviar la señal correspondiente al cerebro para producir una memoria que podríamos llamar gourmetológica.

En ese tenor, tengo que decir que los franceses tienen características únicas para gozar de la comida, pues jamás tratan asuntos de negocios o hacen acuerdos científicos o comerciales al principio de la comida, a diferencia de los norteamericanos, que los tratan de inmediato y después comen y beben con alegría.

En París aprendí, que cuando uno invita a un embajador o a un profesor prestigiado, es un pecado de comportamiento iniciar las conversaciones con el tema que uno quiere tratar en relación a un acuerdo correspondiente o a un tema específico, es decir, la cortesía obliga a iniciar las conversaciones en forma banal acerca de otra temática nacional o internacional o a hablar sobre la temperatura o sobre cualquier otro tema totalmente trivial.

Posterior a la entrada, que en buena tesis francesa se acompaña de una ensalada y previo a una copa de champagne o de un pequeño aperitivo, dependiendo del gusto de cada quien, se inicia la comida con plato fuerte, que al mediodía, por lo regular en el ambiente diplomático se selecciona pescado, quizás porque como en Francia no tienen la costumbre mexicana de la siesta, no se ingieren en el almuerzo, que es a la una de la tarde, puntual, comidas que tengan alto porcentaje de grasa, sino fundamentalmente comidas ligeras como pescado o carne de ave.

Después de iniciar el plato principal se solicita al mesero que casi siempre es atento y muy afable, aunque existen sus excepciones, sobre todo cuando el encargado de distribuir la comida se da cuenta de que el anfitrión es un villamelón o sea, que no sabe nada del tema, entonces se ponen los franceses con cara de constipación, y con desplantes verbales a veces necesarios o contundentes para demostrar la ignorancia del interlocutor.

Acompañado de una buena copa de vino, que en general en París se acostumbra más el originario de la zona de Bordeaux, que aquella de Borgoña y cuando se solicita vino blanco, es seco o con cualquier otra bebida que sea ligera, y como existen cientos de diferentes casas que almacenan y producen los vinos, es muy difícil para alguien que no sea experto, convertirse realmente en un erudito del goce lúdico que implica el buen sabor del vino, acompañado de una exquisita comida. Todo por supuesto agregando en la petición agua mineral con gas o sin él; así aprendí a utilizar aquella de Vichy, que tiene alto contenido de bicarbonato y es eupéptica por naturaleza.

Terminado el plato fuerte, se solicita por lo regular un trozo de queso, de los que según decía Charles de Gaulle, hay 900 diferentes marcas en Francia y/o algún postre no dulzón, como en Estados Unidos, sino más bien muy sobrio en su componente de fructuosa, y luego se empieza la conversación.

Terminado el postre e iniciando el periodo del café, que en Francia se acostumbra sea tipo exprés y que se sirve después de ingerir el postre, porque cuando se solicita el café al mismo tiempo que el postre, aparece un rictus de molestia en la cara del mesero, porque para ellos hay que separar claramente lo que nosotros por lo regular no hacemos, porque no hay cosa más sabrosa en el argot mexicano, que un postre acompañado de un café.

Pero en París esa es una muestra de ignorancia que sacude la conciencia gourmetológica del mesero, quien se comporta con aparente atención, pero con firmeza, y te pregunta: “De veras quiere un café junto con el postre? Esa pregunta indica contundentemente su molestia consciente al no aceptar la combinación. Una vez que se termina con la parafernalia antes descrita, se inicia la conversación correspondiente para tratar el asunto o tema que originó la invitación.

Esas son costumbres que yo tuve que respetar y además admirar, porque después de haber leído el análisis publicado en el Herald Tribune, que coloca a la comida francesa como la más sofisticada del mundo, seguida por la comida china, debido a la diversidad que tiene por los cantones tan diferentes que hay en ese país, me llamó la atención que en dicho estudio la comida mexicana quedó en tercer lugar en gusto y en diversidad, mucho antes que la comida española y la italiana, que también son características por su tinte culinario específico y su sabor único.

Los restaurantes, entonces, forman parte de todo un ritual que caracteriza la cultura francesa y por supuesto que lo que hace la diferencia son las salsas preparadas con acuciosidad y el reconocimiento que se da a los chefs como profesionales del gusto y a los sommelier, que son los que te recomiendan lo conducente, por lo tanto, es un nido de gustos culinarios que me tocó aprender y además impregnar en mi subconsciente para poder gozar de una de las maravillosas atenciones que Dios tuvo para con nosotros al concedernos el sentido del gusto.

Esta descripción se utiliza para justificar la tesis que el sentido del gusto, que está en el nervio hipogloso, es una muestra de belleza, y dado que es frecuente en mi forma particular de ser, reiterar los lugares o espacios que me han producido satisfacción, porque el hombre es un animal de costumbres, aprendí que en Francia hay mucha gente a la que le gustan las aventuras culinarias.

Por eso tuve cierta reiteración de los restaurantes de la ciudad de París en los cuatro años que viví en esa bella metrópoli. Algunos de reconocido prestigio los recuerdo con particular afecto, por las características que el ambiente y la comida tuvieron y que me voy a permitir describir, como ejemplo de una actitud hedonista en el placer de comer.

Una de las características *sui generis* de esa ciudad es su versatilidad y su accesibilidad a los mejores restaurantes, a las diferentes comidas y a los distintos ambientes, no sólo al acceso de personajes de altos recursos económicos, sino también de aquellos con menos recursos, ya que al conocer el ambiente se pueden seleccionar restaurantes a precios accesibles.

En ese tema mi estancia fue muy especial y aunque no aumentamos de peso ni mi esposa ni yo, sí disfrutamos la comida francesa que tiene la característica, por su preparación especial, de no ser alta en calorías, principalmente en carbohidratos, sino más bien equilibrada en proteínas, minerales, vitaminas y grasas; estas últimas le dan un exquisito sabor, porque la mantequilla tiene una capacidad gustativa amplia, para poderse combinar con diferentes fórmulas gastronómicas.

Los restaurantes más conocidos por mí, que en realidad le debo haberlos conocido a mi amigo Joe Jaz fueron múltiples. Por mencionar algunos, para mí era muy frecuente ir al Chez André, que le gustaba mucho al embajador Ignacio Morales Lechuga, con quien compartí algún tiempo durante su es-

tancia en Francia; en él se sirven con esmero y atención totalmente francesa, diferentes platillos, entre los que vale la pena mencionar que siempre había un foie gras exquisito, un lenguado de Dover de los mares fríos del norte, también muy especial y hasta una hamburguesa muy bien preparada, que servía para, a veces, pasar una tarde agradable sin tener una carga fuerte de carácter calórico.

En ese restaurante nos encontrábamos frecuentemente a algunos artistas, de los que nos hicimos amigos, por la comunicación frecuente que teníamos al convivir en ese lugar; recuerdo en particular a Gerard Depardieu, el gran actor francés que siempre andaba en su motocicleta y se tomaba fotos con mis hijos, mismo que traía siempre un talante molesto y agrio, eso seguramente por la presión a la que estaba sometido por tantos admiradores que tenía en todas partes del mundo, y al famoso director de cine Román Polansky, con quien nos encontrábamos en el restaurante Chez André y en otro restaurante que también era de mis favoritos, el Bar des Théâtres y con quien a veces entablamos breves conversaciones. Recuerdo que una vez le dije: “Yo soy su fan, porque usted es el Balzac de la cinematografía, por su gran capacidad para conocer el fenómeno humano”; él me contestó con sencillez: “No, yo no quiero ser como ese famoso escritor francés, porque él murió pobre y yo quiero morir rico”.

En efecto, autor de múltiples películas, agraviado por una acusación que se le hizo en Estados Unidos que duró mucho tiempo y que se consagró con su película *El Pianista*, es un genio de la cinematografía, de baja estatura y con una esposa muy guapa, Emannuel Signoret y con sus hijos también muy simpáticos, quienes lo acompañaban a los restaurantes, no solo al Chez André y al Bar des Théâtres, sino a otro restaurante chino ubicado por la calle Marbeuf, en la esquina con Francois Premier, de nombre Chez Diep, que también era uno de mis favoritos, porque allí se brindaba una atención esmerada y servían unos platillos muy especiales y sobre todo porque estaba ubicado en un área muy cercana a la zona que nos gustaba mucho frecuentar que era el barrio 8.

Allí podíamos encontrarnos con gente conocida de México, como el embajador Manuel Tello, que asistía con regularidad y a políticos de nuestro país que acudían a ese lugar a disfrutar la exquisita comida china.

Del Chez André, al que todavía voy cuando viajo a París, tengo bellísimos recuerdos, especialmente de una gran dama que me acompañó durante mu-

cho tiempo como profesora de francés, con una enorme cantidad de conocimientos sobre la historia de Francia, Madame Danyèle Tomasini, a quien le tuve un gran afecto, porque inclusive posterior a mi salida de la UNESCO, cuando íbamos a París, siempre nos frecuentábamos y gozábamos de sus conocimientos y de su bella presencia humana.

Baste decir que un día la invitamos a nuestro país y la llevamos a pasear a Puerto Vallarta; era una mujer chaparrita que fumaba mucho, pero de una calidad humana excepcional, que posteriormente fue internada en un asilo debido a la pérdida de memoria y allí murió, según me informó recientemente un hermano de ella que es su único familiar.

Asistíamos también, de vez en cuando, conforme a nuestras posibilidades económicas, a otros restaurantes como la Tour d'Argent, ubicado en L'Île de Saint Louis, cuya especialidad es el pato y que tiene la cava más grande de París, al que acudíamos esporádicamente.

Recuerdo una vez que fui invitado por una persona de amplios recursos financieros de Monterrey, que me quería impresionar con su conocimiento de la cocina francesa y de vinos, y ya estando en el restaurante, pedimos la carta de vinos y usualmente el sommelier, que es el experto, te entrega lo que ellos consideran prudente para ese momento, que es una pequeña carta de tres o cuatro páginas, pero cuando nos la ofrece, mi amigo me dijo que yo escogiera el vino, pensando que yo conocía mucho de los vinos franceses que tienen historia y tradición y un sabor exquisito, pero me señaló con asombro: "Oye Luis, qué pasa, nos trajeron una carta de vinos muy pequeña, dile que yo quiero la carta de vinos grande".

Al escuchar su petición, llamé al mesero, que con elegante discreción arqueó las cejas cuando le mencioné que el señor quería la carta completa de vinos, y me miró con ojos como de piedad, tal vez pensando: estos pobres mexicanos no saben que nosotros tenemos la cava más grande de París, inmersa tres pisos debajo del edificio que sostiene ese bello restaurante, con una vista impresionante del Río Sena y de sus alrededores.

Ni tardo ni perezoso el mesero regresó de inmediato con una sonrisa y soltó sobre la mesa en una dramática maniobra, la carta completa de vinos de ese restaurante, que estaba enmarcada en madera con manuscritos y una lectura combinada de latín y francés, en un papel aparentemente de pergamino, que era verdaderamente una biblia enorme que apenas cabía abierta

en la parte lateral de la mesa donde estábamos sentados su familia y la mía, y me dijo: “Escoge el vino”; yo le contesté: “Yo a eso si no llego, le dije, si tú vas a pagar, tú escoge el vino, como debe de ser”.

Mi amigo quedó asombrado al darse cuenta de que no era capaz de discernir la calidad, el año y las características del vino en ese tipo de selecciones, porque para eso se requiere una especialización que no logré adquirir durante mi estancia en París, misma que acepté con humildad y resignación, porque siempre, para pedir el vino le preguntaba al capitán o al sommelier, que me indicaban algo que a él le gustaba o que recomendaba, tanto en vinos blancos, tintos o rosados, aunque yo sí tenía mis propios gustos, que los sigo reiterando cuando voy, casi cada año, a esa ciudad.

Por supuesto que muchos otros restaurantes escapan a mi memoria y no quiero abundar en ellos, pero si quiero insistir en que conocí pequeños, grandes y medianos, con la sabiduría de mi amigo el profesor Jaz, que me llevaba y me enseñaba algunos trucos para no gastar mucho y aprovechar a grandes cocineros; uno que nunca olvido es la Brasserie Lipp, por los personajes que en él conocí.

Uno de los últimos que recuerdo, por mi desgastada memoria, no está en la ciudad de París, sino en un área cercana a la ciudad de Dijon, en donde estaba el más famoso chef, en un pequeño hotelito que sirve una comida excelente y que realmente fue lo mejor que pude haber probado en mi vida en materia de delicadeza y de finura, incluyendo la atención esmerada, en una pequeña zona de Francia que está alejada del tropel y del bullicio cosmopolita de la ciudad sede de la embajada.

Esos recuerdos culinarios no se me escapan porque están impregnados en mi memoria en las áreas subcorticales profundas, que forman parte de la recepción que se hace a través de las papilas gustativas y de los nervios que alimentan la información para que uno pueda ser superior, desde el punto de vista cortical superior y gozar los diferentes olores y sabores que tiene la gourmetología; pero la verdad es que estudios recientes han mostrado que los animales tienen a veces mayor percepción olfatoria y gustativa que nosotros, aunque ellos no tienen la capacidad de discriminación que nos hace el gusto refinado y sofisticado, que caracteriza a la cocina que alimenta al ser humano.

Esos recuerdos todavía pasan por mi memoria, acompañados de expresiones filiales cercanas con gente muy bella, desde el punto de vista físico y

también humano, con la que acudía a esos lugares, con la presencia frecuente de mi esposa y mis hijos y con la amistades que uno va estableciendo con los funcionarios de las áreas diplomáticas, que alimentan verdaderamente el conocimiento y el espíritu.

Esto porque las personas de diferentes países tienen actitudes y fórmulas de comunicación distintas a las nuestras y permiten una comunicación mucho más universal y sobre todo un aprendizaje inmediato a través del contacto personal de civilizaciones, culturas, gustos, formas particulares de ver la vida y encontrar la comedia humana, que describió Balzac con tanta belleza en sus diferentes libros, que es lo que realmente me alimentó en el cosmopolitismo universal y estético que caracteriza a esa ciudad, a la que recuerdo frecuentemente y trato de no olvidar y de asistir reiteradamente a algunos congresos médicos para seguir con la llama impregnada del ser y del conocer que París otorga, y que fortalece no sólo el cuerpo y el hedonismo, sino también el espíritu.

Reflexiones de París

Mi estancia en esa ciudad durante casi cuatro años logró modificar mi opinión y mi visión del cosmopolitismo y de los encuentros sociales del mundo contemporáneo; me refiero a que desde el punto de vista existencial, cambiaron mi forma de pensar y tal vez también la de mi actuar.

Mi contacto con grandes escritores, políticos prominentes, artistas y toda una gama de personajes que exponían su experiencia, su presencia y su influencia en el orbe, en sus visitas a la UNESCO, hicieron que tuviera una visión más realista del mundo y también, sin perder la percepción de la utopía vigente y del idealismo que no permite a veces hacerla realidad, pero siempre inicia un proceso de superación para aprender a tener la fortaleza y tratar de “tirarle flechas a la luna”, sabedor de que no van a llegar, pero con la idea de ser “el mejor flechero de la tribu.

En ese tiempo vi con tristeza cómo la violencia empezaba a aproximarse a su punto crítico en el mundo de la revolución industrial y de la revolución de la comunicación que caracterizaba lo que Alvin Toffler llamó la tercera ola; los hechos acaecían en la antes tranquila y bella Yugoslavia, provocando conflictos entre bosnios, serbios, la insurgencia turca y toda la ascendencia austriaca y la belleza de esa identidad compartida en esa zona del universo,

que se perdió a raíz de la caída de un dictador “bondadoso “ entre comillas, pero que lograba unir todas esas culturas en un objetivo común: la socialización racional; me refiero al Mariscal Tito, quien durante muchos años gobernó esa parte del Cosmos.

Esos conflictos dejaron muchos muertos, luchas sangrientas, limpieza étnica y atrocidades que desgarraban el dolor de aquellos más sensibles y en el que mujeres y niños eran arrastrados a una guerra civil infame, sin objetivos claros, con tendencias hegemónicas y con influencia de varios países que conducían a un pérdida total de los valores de una sociedad. Todo eso a pesar de la intervención de las Naciones Unidas y de la aparente opinión de muchos países para tratar de arreglar esa terrible tragedia que duró más de cuatro años.

En esa nación, la educación, que era una característica *sui géneris* en un país socialista, por su avanzado progreso y sus características de conservación de la identidad dentro de un entorno social de compartir los ingresos y los beneficios de vivir en un mundo bello y paradisíaco como el de esa zona, se perdieron, cuando las escuelas se cerraron, los hospitales no se respetaban y allí apareció la UNESCO como un elemento que opinaba y opinaba y se cansaba de opinar y no era escuchada, perdiéndose la única voz que podía salvar y evitar esa confrontación, que era la de la prioridad en la educación y en la necesidad de conservar el concepto de universalidad, haciendo a un lado las identidades culturales, religiosas y las costumbres originales.

Sin olvidar la gran tragedia de los armenios, cuando los turcos invadieron y llevaron a cabo la cacería étnica, estaba sucediendo lo mismo en una época totalmente distinta, con comunicación acrisolada, con una revolución industrial y un neoliberalismo que había generado ciertas virtudes desde el punto de vista económico y con la presencia permanente de una potencia imperial que es Estados Unidos, puesto que con la caída del Muro de Berlín, Rusia perdió una parte importante de su hegemonía y así la responsabilidad fundamental de conservar la paz era para los americanos.

En un incendiado discurso que me tocó pronunciar ante el Consejo Ejecutivo de la UNESCO, pedí a todos los consejeros que hiciéramos, primero un documento universal protestando por la muerte de los niños, el cierre de las escuelas y la lucha religiosa que impedía la razón; al mismo tiempo sugerí, y eso no pudo lograrse, por la intervención de un viejo miembro de la administración de la organización, que nos llamó la atención sobre la posible violencia y riesgos si eso sucedía.

Me refiero a que yo propuse que fuéramos, como lo hicimos con Marruecos, a sesionar en Bosnia Herzegovina, en una reunión del Consejo Ejecutivo y así tratar de llamar la atención del mundo sobre la importancia de conservar el cuidado de los niños y de la educación como elemento que debe ser respetado, aún en las confrontaciones bélicas más acérrimas.

Mi reflexión en esa época se sintetizó en observar que el nuevo mundo de los cambios, de la caída de la cortina de hierro y del muro de Berlín, acercaba una aparente paz, pero que daba lugar a un nuevo espíritu filosófico de conflictos interraciales y de carácter religioso, y así como Alvin Toffler había pronosticado eso y algunos otros futurólogos lo habían descrito con antelación, apareció de nuevo el síndrome del racismo, la aparente importancia de la genética sobre el desarrollo social y del fundamentalismo religioso, que tarde o temprano empieza a volver a ser motivo de gran preocupación en el mundo contemporáneo, porque el fundamentalismo de cualquier religión, que no respeta el pensar de los demás y afecta la libertad de actuar y de ser de otra parte del mundo, es fatal por naturaleza propia, pues tiende a la autodestrucción.

Así, la historia nos ha enseñado que las guerras religiosas, valga mencionar como ejemplo Las Cruzadas y muchas otras que han sido a veces más dañinas que las guerras imperiales por territorios o por conservación de una hegemonía comercial.

Baste recordar a los romanos, la destrucción de los cristianos, la ruptura de Mahoma, que tenía una gran esencia de respeto al alma y a la libertad, pero que ha sido desvirtuado con un fundamentalismo que en la actualidad genera crueles guerras, aislamientos regionales y conflictos en el Medio Oriente que confunden lo económico y la conservación del petróleo, con lo religioso y que en efecto están generando, todavía en estos tiempos, una gran preocupación internacional.

Y como no hay una salida real de los conflictos internacionales, se acerca una respuesta mundial producida por un terrorismo que no respeta fronteras y que, al tono negativo de la globalización, en este caso brinca a otros países sus rencores y va tratando de destruir la confianza en las instituciones y sobre todo infundiendo miedo, terror, como su nombre lo indica, a la violencia y así producir incertidumbre e inestabilidad política y social, lo que tarde o temprano podría confluir en revoluciones muy radicales y en lesiones serias a la identidad de muchos países.

Valga entonces señalar que la violencia, como fórmula negativa del que-hacer humano, que observé durante mi estancia allí, la vine a terminar constatando en México, en donde, como resultado de ese fundamentalismo y de la marginación, así como del pensamiento unilateral y principalmente de la angustia y la depresión de una sociedad que no tiene respuestas para su juventud, se ha generado un terrorismo interno a través del narcotráfico y la violencia que ha desgarrado la comunicación, que ha sacrificado la juventud que tiene todo el derecho a tener una expectativa y que la pierde en el contacto con la droga y con la pobreza, pues juntos van formando un coctel explosivo, que en México, durante los últimos años, ha producido serios problemas de inseguridad interna y de gobernabilidad, además de una mala imagen internacional.

Lo anterior por la pobre respuesta gubernamental a un problema serio que se ha querido tratar con represión y no con educación, que es la única fórmula que podría permitirnos dar un viraje en la actitud moral y hacernos conscientes de que el origen de todo eso es la pobreza, la marginación y la ignorancia, y sin esto es difícil que la juventud no caiga en la tentación de ganar pingües beneficios económicos rápidamente a cambio de sacrificar su integridad y de propiciar la muerte de jóvenes, que son mayoría en este tipo de guerras.

Es verdaderamente muy triste y muestra una faceta de la violencia, que junto con el terrorismo internacional, va generando una anestesia social, una pérdida total de la solidaridad humana y una tristeza de carácter colectivo que propicia la pérdida de confianza en las autoridades gubernamentales y el absoluto desprecio por la convivencia humana y por la solidaridad, que entre los seres humanos que vivimos en sociedad, es un elemento indispensable para la supervivencia.

Desde allí y quizás por naturaleza propia, desde antes, mi actitud ha sido en ese tenor, de un no a la violencia en todas sus formas: verbal, institucional, de sexo o como fórmula para resolver problemas internos, familiares, locales, políticos, nacionales e internacionales, porque siempre apelo a lo que aprendí de tanta gente valiosa: que la razón, la tolerancia, la comprensión y las fórmulas de buscar lo que nos une y no lo que nos separa, han sido el mejor antídoto para evitar que se propague en forma epidémica este síndrome maligno que asola a la humanidad en la época actual.

La vida cotidiana

La ciudad de París tiene un magnetismo único, entre todas las metrópolis del mundo que conozco. Su ambiente cultural, festivo y altamente intelectual, así como el entorno artístico y toda la parafernalia de formas y de estructuras tienen un acento sofisticado y un ritmo distinto a cualquier otro lugar.

Por otra parte, el París de turistas es conocido por millones de seres humanos en este planeta; los recorridos por el Sena, la admiración por los puentes que se magnifica en el Puente Alejandro III, la Tumba de Napoleón Bonaparte, La Isla de San Luis con su ambiente bohemio, los barcos que cruzan majestuosamente y con solemnidad el Río Sena, transportando mercancías, y el clima impredecible, pero que tiende algunas veces a la melancolía, por lo gris de su horizonte y otras veces al romanticismo, por la oscuridad alumbrada, por la luminosidad de los edificios públicos y la atracción de los cafés, bares, restaurantes y los lugares de entretenimiento.

Todo lo anterior aderezado de las grandes plazas y los bellos parques, que junto con el Sena, que en ocasiones se desborda solo con prudencia, son el marco que le da un sabor único y una impregnación en la memoria que dura a través del tiempo, porque así como los seres humanos cambiamos con los años y somos diferentes en nuestra estructura corpórea, París no cambia, es fundamentalmente la misma, pues desde la época de Haussmann, Secretario de Urbanismo de Napoleón III, hasta la fecha, se ha dado un cuidado esmerado a los edificios, a los apartamentos y a las plazas, todo eso protegido por una estructura circular de los barrios distintos con su propia fisonomía y con una única, pero diferente presencia dentro del ambiente cosmopolita.

Por supuesto que hay barrios que son más bellos, quizás porque tienen mayores recursos, como es el caso del 16, el 7 el 8 y el 15, pero hay otros que tienen una especial y distinta connotación a pesar de que el medio social y económico puede ser un poco diferente; sin embargo, hay una diversidad dentro de la uniformidad, donde hay grandes contrastes en el paisaje urbano, como sucede en el cambiante y radical ambiente climatológico.

La ciudad era para mí un goce permanente, pues como dijo Hemingway: *“París es una fiesta”* y yo abundaba con sarcasmo: París es también una gran cantina, ya que en cada esquina o en múltiples lugares existen bares o restaurantes o pequeños cafés en donde los parisinos, que raramente almuerzan en su casa, desarrollan reuniones con amistades, de negocios y

se llevan a cabo encuentros culturales, en las que uno puede convivir con artistas y políticos, y todos ellos, con prudente verbalización, tratan de no interrumpir la vida del vecino ajeno, pues el ruido es sancionado con la indiferencia y el desprecio.

En ese marco aparece como índice de referencia visual la Torre Eiffel, construida para celebrar el aniversario 100 de la Revolución Francesa, que actualmente es adornada con lámparas de diferentes colores; uno de los lugares estratégicos donde se da una visión muy fotográfica y representativa de la torre es la Plaza de México, que antes era un pequeño montículo verde y que ahora tiene la escultura ganada a pulso, de la gran artista mexicana, oriunda de Chihuahua pero educada en Monterrey, Águeda Lozano, quien con una bellísima escultura le dio vida a esa plaza y desde la esquina de la misma se puede ver su escultura, que parece enarbolarse hacia el firmamento.

Y al fondo, como referencia, la Torre Eiffel, luminosa, vital, vibrante, como sedienta de atracción para generar la energía que alumbra la vida inquieta de los habitantes de una ciudad, que no es tan grande en su pequeña unidad central, porque está dispersa a través de un sistema de comunicación y de transporte urbano y metro, únicos en el mundo, lo que permite que el automóvil sea utilizado principalmente por la población flotante y no por la local, que usa con seguridad y eficiencia el transporte rápido para movilizarse de un lugar a otro, o de un barrio a otro, para ir transportando, no solamente la presencia humana, sino también un espacio de recuerdo histórico que existe en el subsuelo de la gran ciudad.

Mis particulares correrías cotidianas no eran muy distintas, pues me levantaba en la mañana, desayunaba lo clásico en Francia: un jugo, una taza de café y un croissant y luego caminaba hacia el Campo Marte, en el que en aquel tiempo corría aproximadamente cuarenta minutos, acompañado a veces de la perrita de la familia, una Terrier de nombre Chanel, en honor a la mujer que cambió la moda francesa a principios del siglo XX, Coco Chanel, quien tenía su apartamento permanente en el hotel más lujoso y más tradicional, frente a la Plaza Vendome, el Hotel Ritz.

Después de esa actividad matutina y acompañado de Julio, el secretario móvil, me trasladaba por la avenida Suffren a la UNESCO, que tiene varios edificios, uno de ellos ubicado en la rue Miollis, donde estaba mi oficina, en el séptimo piso y otras veces al edificio central en la calle Fontenoy donde están ubicados la dirección general, los grandes auditorios en las que se lle-

van a cabo las reuniones multilaterales y las estructuras administrativas de la organización.

A partir de la una de la tarde se servía la comida en todas partes y posteriormente se agendaban las citas con amigos, embajadores y personajes de la cultura, existiendo una pléyade de personas que ocupa rápidamente los restaurantes en sus distintas especialidades, porque basta leer en la mañana el Periscope y buscar el capítulo de restaurantes, para encontrar una muestra muy variada, por lo que se podía disfrutar, no sólo de la comida francesa, que es, por sus salsas, la mejor comida del mundo, sino de cualquier otro lugar que uno quería acceder.

El edificio de la rue Miollis es sencillo, con oficinas pequeñas y en la representación mexicana estaban: la ministro, primero una gran mujer, Cristina de la Garza, generosa y muy servicial y atenta y posteriormente la ministro Zadalinda González; la consejero Socorro Roviroso, el segundo secretario José Manuel Cuevas y el agregado cultural, en esa época el hijo de un gran maestro de la UNAM, el filósofo Samuel Ramos, y una asistente, que durante mi estancia, esa posición la ocupó Laura González, hija de mi compadre el doctor David González, políglota, bien adiestrada, que podía resolver todos los problemas con una disciplina ejemplar, y una belleza espiritual que desbordaba cualquier problema de comunicación.

En la tarde, a partir de las seis, se terminaban las labores administrativas, las reuniones y las conferencias, pues sólo cuando había sesiones del Consejo Ejecutivo o de la Conferencia General había una prolongación de los horarios y una actividad más efervescente que en el resto del año, en donde, claro, había reuniones por continentes, de comités especiales y la actividad menguaba mucho en los meses de julio y agosto, en los que la gente con recursos económicos toman sus vacaciones y se dirigen hacia el sur para gozar lo que ellos llaman la campiña y el Mar Mediterráneo, aunque a veces también hay una corriente hacia el Atlántico, con foco central en las ciudades de Deauville y Honfleur, lugares paradisiacos para las vacaciones de los franceses.

Hablar sobre París es complejo y difícil porque tendría que disponer del espacio suficiente para varios libros enciclopédicos, de los tantos lugares que existen para el ejercicio cultural, el entretenimiento, fiestas, cabarets y todo ese ambiente que disfrutan no sólo los jóvenes sino también las personas de edad avanzada, que intermitentemente aprovechan las múltiples instalaciones para meditar, reflexionar, tomar buenos vinos, comer platillos sofistica-

dos y gozar a veces la sola presencia de la gente que pasa por la calle y que forma parte de un arte vivo, dinámico y fugaz.

En todos estos barrios tuve algún contacto o estancia transitoria, pero como el ejercicio de mi actividad estaba centrado en el barrio número 7, casi todas las situaciones formales se ejercitaban en ese tipo de lugares que lo rodean y que van cambiando con el tiempo sin alterar la forma.

Entre ellos puedo mencionar como lugares muy especiales: Saint Germain des Prés, Les Champs Elysées y por supuesto las que rodean el Museo de Louvre, como la calle Rivoli, donde mi pequeña hija Carolina aprendió a caminar y donde están depositados los viejos recuerdos convertidos en el enorme y gran museo, el mejor del mundo: el Louvre, que con la cercanía de otros lugares de exposición como el Museo de Orsay y el Museo de la Orangerie y los más de 300 museos que existen en la ciudad, que son casi imposibles de visitar porque para conocer París en forma integral no bastan los casi cuatro años que viví en esa Ciudad, se requiere una vida completa.

Esto, porque en cada barrio y en cada rincón hay una historia, hay simbología de los grandes prohombres que han hecho de Francia un país lleno de corazón y de progreso y sobre todo con el acervo histórico profundo de su expresión latina o muy sofisticada situado en el centro de Europa y con una historia diversa, plural y compleja pero que ha logrado la unidad y la solemnidad que caracteriza a ese país, que posee una fortaleza cultural inigualable.

París y los embajadores

En ese ambiente me tocó convivir con algunos embajadores de México, que ocuparon la embajada, ubicada en la Avenida Wilson, con una preciosa vista a la Torre Eiffel y al Río Sena, como Manuel Tello, un personaje de genética diplomática, pues su padre fue un gran embajador, con una gran cultura, que posteriormente ocupó la cancillería, casado con una mujer norteamericana muy alegre y simpática, que hizo una representación de México única, con defensa muy profunda de nuestra identidad cultural y con el ejercicio de un idioma francés perfecto; es decir, Manuel Tello representaba al diplomático de excepción, herencia de la gran tradición diplomática de México, que se magnifica con Alfonso García Robles, quien ganó el Premio Nobel de la Paz.

También pude conocer y convivir con el embajador Ignacio Morales Lechuga, que había sido Procurador del Distrito Federal y después Procurador General de la República, hombre de una amplia cultura jurídica y con una enorme capacidad de trabajo, de origen veracruzano, con una esposa muy participativa e inteligente, con los que logramos establecer una profunda y férrea amistad Elvira y yo, pues nos frecuentábamos mucho por las actividades bilaterales y filiales.

Basta mencionar que gracias a él y a su adicción al ejercicio, pues me invitaba a caminar y a correr grandes trechos de la ciudad, aprendí mucho de su caracterología y de su normatividad en todos los aspectos de la relación diplomática y de su gran creatividad para hacer cambios con detalle en todas las áreas físicas de la representación bilateral, cuya sede es un edificio que fue adquirido desde la época del Presidente Lázaro Cárdenas.

En ese mismo lugar conocí a un gran mexicano, exrector de la Universidad Nacional Autónoma de México, Jorge Carpizo, alegre e inquieto, con una enorme dosis de humorismo y un cinismo intelectual, con el que Elvira se identificaba, por la capacidad de rumorología que nuestro buen amigo Jorge practicaba, quien nos invitaba a cenar y en donde realmente gozamos su inteligencia preclara y su profunda conceptualización del derecho y de la historia.

Además, Jorge era un hombre sin ataduras matrimoniales, lo que le permitía mucha libertad y al margen de que llegó a la embajada sin conocer mucho del idioma francés, sus discursos descarados, como le decía yo bromeando, pero sin ningún resquemor o pena, sorprendían a los elegantes y sobrios francófilos, porque Jorge atropellaba el idioma debido al pobre francés que hablaba y no le importaba, simplemente se divertía viendo las caras de asombro que ponía la gente al escucharlo, a diferencia de Manuel Tello, que sí hablaba muy bien el francés.

Jorge sencillamente barrió con el idioma, pero fue una representación única por su particular forma de ser y por su humorismo, que contagiaba. Algunos años después me causó tristeza enterarme de que murió debido a una alergia medicamentosa que le paralizó el corazón y terminó con la vida de ese gran mexicano.

En ese mismo ambiente me tocó conocer a Fernando del Paso, gran escritor, autor de *Palinuro de México* y de *Noticias del Imperio*, que convivía

con quien después fue también Cónsul de México en París, Agustín García López, padre del actual embajador de México en Francia, casado con una dama de la familia Loaeza, hermana de Guadalupe y de Soledad, intelectuales y escritoras mexicanas provenientes de una familia matriarcal, con una mujer que me tocó conocer, fuerte e inteligente que produjo una dosis impregnada de carácter genético de intelectualidad en todos sus hijos.

Por supuesto, de mi época en la UNESCO recuerdo con cariño a la hija del maestro Iturriaga, que era la encargada de la Casa de México, una mujer entusiasta con una gran capacidad de relaciones culturales, que organizaba exposiciones muy bellas y también a Gloria López, mexicana integrada en la administración de la UNESCO y que todavía en la actualidad está llevando a cabo reuniones para difundir, defender y preservar la identidad cultural mexicana en diferentes rubros. La última de las reuniones que organizó Gloria López fue sobre la cocina mexicana, que tiene fama mundial.

En esta ciudad tuve contacto con diferentes personalidades del mundo mexicano de la diplomacia, y logré, no sólo integrarme, en compañía de mi esposa, sino ser parte del grupo de altos intelectuales y gente de características especiales, sin perder mi individualidad, y reconociendo que yo no las tenía, pues poseían una formación distinta y representaban con mucho honor a nuestro país.

Como mi formación era más bien relacionada con la ciencia y la medicina, en ese campo me tocaba a mí opinar y tener cierto grado de liderazgo y llamaba la atención por mi profesión médica.

Recuerdo que cuando comíamos en la casa de Soriano, gran artista, pintor y escultor, ubicada cerca de la República, con Octavio Paz, Premio Nobel de México, literato y hombre con una erudición extraordinaria, que no permitía cuestionamiento alguno, porque su conocimiento y su cultura eran muy profundos en diferentes ámbitos del quehacer humano y cuando se tocaba el tema de la medicina, allí tenía que rendirse el gran mexicano, porque mi preparación es muy profunda y unía la medicina francesa tradicional con la medicina del siglo XX y los avances de la época, que yo usaba como instrumento para defenderme en las pláticas y participar, tratando siempre de apoyarme en mi continua lectura de los periódicos y revistas para interiorizarme de los fenómenos mundiales y poder hacer frente a la tormenta cultural que desbordaba a los embajadores que he mencionado, como Octavio Paz, a quien no le he dedicado más tiempo en mis escritos porque no fue fácil

intimar con él, sólo a través de Soriano, que era su amigo desde la adolescencia y el único capaz de bromear, de ironizar y a veces hasta de ridiculizar al gran maestro de México.

De esta inmersión en la conciencia y en el conocimiento de tantos personajes del mundo diplomático, con formaciones distintas, pero con una selectividad intelectual y una profunda raíz cultural, aprendí y fui formando una estructura mental más cosmopolita y con una gran visión que me permitió saber que en otras partes del mundo hay diferentes formas de pensar y de ser y que hay personajes mexicanos que se identifican a nivel mundial con los habitantes del cosmos y no sólo como personas de un país determinado.

México tenía en aquella época un gran prestigio internacional y Carlos Salinas era muy reconocido; la presencia de “el mexicano” era muy bien vista en todos los lugares, situación que se ha ido perdiendo, según comentan, por la violencia, la inseguridad, la corrupción, la impunidad y la comunicación a tiempo real que desborda y amplía nuestros defectos y no nos permite mostrar nuestra fortaleza fundamental que es nuestra cultura, porque somos, como decía el embajador de Brasil, una potencia cultural, no una potencia económica y en buena tesis de valores, la profundidad de la raíz cultural tiene más esencia y valor permanente que la economía liberal de la actitud fenicia.

Los países árabes

En la UNESCO tuve la oportunidad de conocer embajadores de diferentes países de Arabia y de África. Los árabes me parecieron interesantes, desde el punto de vista de su cultura, su ideario, su forma muy particular de ver la vida, sus relaciones sociales distintas a las convencionales nuestras y también sus actividades culinarias; todo ello proveniente de lo que con orgullo señalan como la cuna de la civilización, que según algunos historiadores viene de la Mesopotamia, al lado del río Éufrates, y en especial de Persia, que actualmente se conoce con el nombre de Irán.

Los embajadores, gente cultivada, de amplio criterio, tenían muchos de ellos algo en común, cuando se hablaba de las religiones, pues sobre todo algunos países todavía se rigen por tesis históricas y fundamentales como las derivadas de las enseñanzas del profeta Muhammad, quien estableció el

Islam. Este personaje, que nació en el año 570 después de Cristo en la Península Arábiga, proveniente de nómadas y de centros que eran las unidades de las caravanas, es honrado en su lugar original que es La Meca.

Muhammad, siendo huérfano, vivió con su abuelo y un tío que trabajaba como cuidador de borregos y conductor de camellos, en los que transportaba mercancías. Su nombre era Al Amín, que significa muy confiable, y a la edad de veinticinco años se casó con una viuda rica con quien tuvo seis hijos; después de que murió se ha comentado que se casó doce veces, o sea, según yo, no era muy inteligente.

En el siglo VII después de Cristo, la idea del monoteísmo se había difundido a través del Medio Oriente vía el judaísmo y el cristianismo y él reconocía el valor de esas doctrinas, pero según dicen los maestros del Islam, en el año 610 tuvo una visión; oyó una voz que lo llamaba y le decía: el único es Alá y Muhammad es el profeta; él rezó y desde entonces dedicó su vida a defender a los pobres y pensaba que los ídolos materiales estaban equivocados.

Posteriormente le avisaron que los líderes de varias tribus lo iban a matar, por lo que partió para La Meca; en ese viaje consolidó su creencia y comenzó el Islam, palabra que significa sumisión a la voluntad de Alá y así inició su primer año del calendario islámico. La ciudad del profeta, conocida como Medina, en la actual Arabia Saudita.

Posteriormente, en el año 630 regresó a La Meca con una fuerza de diez mil hombres y combatió a sus enemigos. El Corán es el libro santo del Islam y se supone que contiene las palabras que Dios le rebeló a Muhammad durante veinte años.

Así nacieron los cinco pilares del islamismo que son: la creencia en un Dios, el rezo, la abstinencia durante los meses del Ramadán, que por supuesto los embajadores la practicaban con acuciosa disciplina, ya que es parte fundamental de la cultura de esa religión, y a mí me llamaba también la atención que muchas de las fiestas que se llevaban a cabo en esas embajadas, estaban totalmente carentes de bebidas alcohólicas.

Basta mencionar como ejemplo de este fervor antialcohólico, que en una fiesta de Arabia Saudita, a la que asistí con mi esposa, se sirvieron los más ricos, variados y caros manjares que haya visto alguna vez en mi estancia en París; las mesas estaban repletas de caviar, salmón, arenque y una variedad

de pescados y carnes; en fin, todo un festín, pero no había ni siquiera una cerveza para acompañar esa orgía culinaria.

No obstante, en mi creatividad mexicana, hacía la travesura de que mi chofer, Julio, guardara en el carro algunos buenos vinos tintos franceses que adquiriría en mis viajes reiterados, para en un vaso especial y alejado de toda sospecha, poder regresar a la fiesta comiendo y bebiendo buenos vinos para digerir la ingesta.

También fue para mí ejemplar, que cuando la Secretaria del Consejo Ejecutivo, originaria de Pakistán, Mme. Ramah presidía las juntas de ese consejo, sólo se servía agua mineral y los refrescos convencionales, no obstante que previo a que ella ocupara esa posición en los recesos, se servían licores y bebidas de gran calidad.

El Islam se ha difundido extraordinariamente y en la actualidad existen creyentes de esa religión en muchos países, que suman la cantidad de 800 millones de personas, que son fervientes seguidores de las enseñanzas del profeta.

También y como una minoría, existen los fundamentalistas islámicos, que ahora se han convertido en verdaderos terroristas que no respetan la vida de mujeres y niños y sus sacrificios y misiones suicidas tienen al mundo temblando, por las guerras y los riesgos que eso representa para la paz.

De los personajes que recuerdo con cariño menciono al embajador de Yemen, a los embajadores de Argelia, de Irán y por supuesto de Irak y muchos otros con los que hice especial amistad y a quienes todavía frecuento a través de correspondencia.

Estas enseñanzas forman parte de mi crecimiento en ideas y de la comprensión para ver y entender cómo algunos continúan haciendo temblar al mundo con su terrorismo

El cristianismo

Religión que profesaban la mayoría de los embajadores; fórmula monoteísta basada en la vida y enseñanzas de Jesús de Nazaret, presentada en lo que se llama Canon bíblico y que recoge tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento.

Algunos de los escritos sagrados son compartidos con el judaísmo. La Torá constituye, junto con la Biblia griega, la base y fuente para el Antiguo Testamento; por tal motivo, el cristianismo es considerado una religión derivada de Abraham y de David, al igual que el judaísmo y el islam.

El judaísmo se refiere a la religión, tradición y cultura del pueblo judío; es la más antigua de las religiones monoteístas y de allí se derivaron las demás. Su práctica se basa en las enseñanzas de la Torá también llamada Pentateuco, compuesto por cinco libros; la tradición oral es muy importante pues la interpretación del texto bíblico y la codificación, según las creencias, fue entregada a Moisés junto con la Torá. El compendio de estos textos forman la Ley judía o La Halajá y su rasgo principal es un Dios Omnipotente que creó el Universo y eligió al pueblo judío para revelarles la ley en los diez mandamientos.

Su diferencia con otras religiones es que ésta considera la religión y la cultura concebida para un pueblo específico y eso ha generado una falta de comunicación y sentimientos de contradicción que han provocado el concepto de judío errante, pues hasta el siglo XX, en los años cuarenta, volvió, después de retirarle un territorio a Palestina, a tener una nación con identidad geográfica real.

Describo esta síntesis para inducir el comentario a uno de los serios problemas que tuvo la UNESCO en los años previos y durante el tiempo que participé en esa organización: el problema financiero, porque derivado de la aceptación por la UNESCO de Palestina como miembro, con todos sus derechos, los judíos, que controlan una parte importante de las finanzas de Estados Unidos, presionaron a los presidentes norteamericanos para no colaborar económicamente con ese organismo internacional y para que retiraran a sus representantes oficiales, dejando sólo escuchas en las reuniones de la Conferencia General y del Consejo Ejecutivo.

Me tocó entonces vivir esa incertidumbre y el deterioro administrativo y financiero de la organización, pues la presión norteamericana, dado su poder imperial, propició que otras naciones no apoyaran espléndidamente la educación, la ciencia y la cultura, representadas por la UNESCO, lo que hizo que el doctor Federico Mayor Zaragoza, hombre de principios humanistas fundamentales y simpatía contagiosa, pero no muy conocedor de la política pragmática, tuviera serios problemas de control para hacer trabajar en armonía a la institución.

Dado mi conocimiento previo de este personaje, yo trataba de apoyarlo con discursos elocuentes y críticas a aquellos que estorbaban su noble función y llegué a formar parte de un grupo de naciones que equilibraban las grandes potencias, como Japón, Francia y Alemania, ampliando de esa manera el consenso democrático; sin embargo, todo eso generaba lentitud en las decisiones y falta de presupuesto en las operaciones de las mismas, que siempre tenían que ver con educación para todos, patrimonio al servicio de la humanidad, derechos humanos, cultura popular, etc.

La influencia nuestra fue acogida con gusto por los países menos desarrollados, sobre todo los africanos, que estaban menos sedientos de poder que los tradicionales árabes y que me permitieron ganar la votación para México y tener, no sólo una representación permanente en el Comité Ejecutivo, que después de mi salida se perdió sin haber presidido dos años el Comité Especial de la organización.

Algunos invitados especiales

Durante mi estancia como embajador de México ante la UNESCO, la diosa fortuna me permitió conocer personajes interesantes cuya trayectoria humanista, literaria, artística o política, fueron las luces incandescentes que me produjeron admiración y comprensión del fenómeno humano. Esa experiencia existencial me ayudó a desarrollar en forma integral una madurez de juicio y una capacidad de análisis cosmopolita y de alcances internacionales en mis juicios a personas o circunstancias.

Carlos Fuentes

Ilustre literato, quien con una enorme erudición y una norma sistemática para hablar y escribir, ha sido uno de los escritores más importantes del México contemporáneo. Él, a diferencia de Octavio Paz, que conserva su nicho de excelencia con sutiles indirectas para cambiar el mundo que lo rodea, se involucró, no solamente en la creación literaria con una férrea disciplina, pues madrugaba para escribir, hacía ejercicio, comía en algún restaurante de postín y en la tarde se dedicaba a leer para profundizar sus conocimientos históricos, filosóficos, antropológicos y también del ámbito político mundial y nacional.

Su esposa en aquella época, Silvia Lemus, mujer con dotes especiales de intelectualidad y gran capacidad de comunicación, que practicaba cuando tenía tiempo en el mundo de la televisión y el resto de su espacio lo llenaba con cuidado, atención y esmerada administración de lo que ella llamaba el Proyecto Carlos Fuentes, mexicano de excepción que se pasaba la mitad del tiempo en su casa en Londres, leyendo y escribiendo y la otra parte impartiendo conferencias en universidades norteamericanas, francesas y españolas y en su refugio natural en la ciudad de México, donde convivía esporádicamente con sus hijos.

Posteriormente ambos murieron en forma trágica, demostrándole a Carlos que la frase bíblica es cierta: “De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma”, ya que el valor supremo está en la transmisión genética y en el amor incondicional a los hijos, quienes son uno mismo impreso en la figura corpórea de otra persona.

Invité a Carlos Fuentes en dos ocasiones a la UNESCO: la primera a dar una conferencia sobre Arte Barroco, la que, como era su costumbre, preparó con acuciosa solemnidad y cuidadosa organización, para exponer, a través de transparencias, figuras artísticas representativas de los temas con los que al hablar, vinculaba el arte y la expresión con el entorno histórico de la época en la que se había desarrollado; figuras plásticas que iban describiéndose ante un auditorio lleno, con orden y haciendo gala, como acostumbraba, dentro de su actitud narcisa, por su gran erudición, generándose una conversación-conferencia que hipnotizaba a los presentes, no sólo por el conocimiento que se adquiría a través del verbo de Carlos, sino por la admiración que se generaba a través de la comunicación verbal y de la explosión de conocimientos que inundaban el ambiente del lugar.

Por supuesto que el lugar era el adecuado, Auditorio 2, con capacidad para más de mil personas y al que asistían representantes y embajadores de los 186 países representados en esa organización para la educación, la ciencia y la cultura.

Posterior a esa conferencia y como era la costumbre formal del servicio diplomático, invité a Carlos Fuentes y a su esposa a cenar a nuestro apartamento, y para acompañarlo, me permití invitar también a Manuel Tello, en aquel entonces Embajador bilateral de México en Francia y a nuestro gran amigo Agustín García López, Cónsul General de México en ese país y a algunas otras personalidades, que como mi memoria no me es fiel, me impide recordarlos.

En otra ocasión volví a invitar a Carlos Fuentes, como tribuno único, a impartir una conferencia magistral con motivo del aniversario de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra, el 23 de abril, fecha que por caprichos de la historia coincide con el fallecimiento del gran dramaturgo William Shakespeare.

Por supuesto que esa conferencia se integra a la ceremonia que cada año hace la Real Academia de la Lengua Española, guardia pretoriana que almacena el reducto sagrado de los orígenes y las transformaciones del idioma castellano, conocido en forma genérica como el español, ya que en la Península Ibérica coinciden varias lenguas, diferentes a la de Castilla, como son las que se practican en la zona vasca y aquellas de la región catalana cuya influencia lingüística proviene de generación distinta. Esa conferencia es de alta solemnidad y los viejos maestros guardianes de la academia organizan ese evento con un ritual místico, cuidando en particular cualquier alteración en las formas.

Carlos Fuentes, con su elocuencia y verbo único, impresionó muy favorablemente a los asistentes, por la delicadeza y el conocimiento del idioma español, y su lectura fue aplaudida y reconocida por aquellos del Grupo Latinoamericano y de Bio EuroLatina, organismo que es colateral de la UNESCO y asocia a los países de habla latina que existen en Europa, América y hasta en África.

Siguiendo el ritual, en la noche cenamos con Carlos Fuentes, degustando unas deliciosas raciones de hojaldres de huitlacoche y su plato preferido de salmón a la usanza francesa del sur, preparadas por la extraordinaria mujer de gran bonhomía, Graciette Santos, acompañado todo esto de exquisitos vinos de Bordeaux.

En esa reunión nos acompañaron el Cónsul y gran escritor Fernando del Paso, habiendo invitado yo a la que en broma llamaba “mi novia” de la UNESCO, ya que hacía servicio social en la organización, la actriz Marisa Berenson, delgada y elegante dama que me impresionó mucho desde que la vi en la película Cabaret, premiada por el Oscar, en la que hace el papel de una mujer de origen judío que se involucra con uno de los personajes y que se desarrolla en la época del nacimiento del nazismo.

Durante mis gestiones para organizar dicha reunión, Carlos se enteró de que estaba en París Elba Esther Gordillo, en ese entonces líder del Sindicato

Nacional de Trabajadores de la Educación, mujer de presencia política y con una enorme influencia en la nación, que había llegado a visitar a su hija Maricruz y a sus nietos, que estaban pasando una temporada en la bella Ciudad Luz, capital de Francia.

Como Elba Esther y yo teníamos una excelente relación y ella se apoyaba mucho en mi esposa Elvira para las actividades femeninas de compra de ropa, joyas, bolsas, etcétera, a las que la maestra les tenía particular apego y yo tenía la confianza con ella para bromear y acompañarla a algunos lugares, y por supuesto, dada la solicitud de Carlos Fuentes, que me dijo: “quiero conocer a ese personaje tan extraño, que tiene tanta fuerza política”.

Con ese preámbulo, por vía telefónica le hablé a Elba Esther, y aunque fue con sólo algunas horas de anticipación, ella aceptó acompañarnos a la cena, y como era su pésima costumbre, pues siempre llegaba tarde a todas partes, en esa ocasión no fue la excepción, y nos hizo esperar con apetito exagerado, su llegada, para iniciar el ritual de una cena formal con tan interesantes personajes.

Graciette se pulió como siempre con la comida; el ambiente fue muy agradable y altamente intelectual, por la presencia de Carlos Fuentes y de Fernando del Paso, pero prácticamente política, por la opinión de Elba Esther, maestra de origen que respondía con emoción a los comentarios relacionados con el magisterio, y con viveza y con la crueldad femenina, a temas de orden político nacional.

Es decir, Elba, a quien conocí muy bien, podía expresar ternura si se le hablaba de los niños y del maestro y podía ser una fiera imposible de domar si se opinaba sobre temas del poder. Allí aprendí que los gobernantes la trataban siempre como política y no como maestra, y por ende, ella respondía en forma contestataria en la política definida como el alma de lo posible y no como el arte de lo correcto,

Posteriormente Elba sufrió un descalabro en su relación política con el Presidente Peña Nieto y a la fecha de la redacción de este libro está, en forma totalmente despiadada, a su edad, y con sus enfermedades, sufriendo la soledad de la cárcel y el abandono de todos aquellos a quienes apoyó y que como es costumbre en la comedia humana, la abandonaron y la tienen en el completo olvido.

De esa reunión recuerdo que Carlos Fuentes, hojeando unos libros en la biblioteca, se mostró asombrado de que yo tuviera un bello espécimen, “Los Grandes Anarquistas”, que me había regalado el doctor David González y que contiene una descripción de los orígenes de esa forma de ver el concepto de estado, que se inició en el siglo XIX con León Tolstoi y que en México se ejemplifica con las opiniones políticas de Ricardo Flores Magón.

Carlos me dijo: “Oye Luis, este libro no se encuentra en ninguna parte ¿Dónde lo conseguiste?”. Le repliqué que me lo había regalado un amigo, pero que dado el interés que él tenía en ese documento, se lo obsequiaba porque me pareció que en la biblioteca de Carlos Fuentes estaría mejor ubicado que en mi sencillo librero, en un rincón de nuestro apartamento en la ciudad de París. Con gusto y hojeándolo con avidez, se lo llevó, por lo que seguramente se encuentra en la biblioteca que Carlos Fuentes, que antes de su trágica muerte, donó a la Universidad Veracruzana, y ya no pude conseguir otro.

De ese personaje tengo muy bellos recuerdos, pero también reconozco con tristeza que su muerte se debió a su fama, pues habiendo sufrido una hemorragia, probablemente por la perforación de un divertículo, pues tenía la llamada enfermedad de los diplomáticos, sangró profusamente, y como era un famoso escritor, el médico le pidió que se esperara en su casa para ir a atenderlo, y como la ciudad de México, donde murió, se caracteriza por un complicado aparato vial, cuando llegó el facultativo, Carlos ya se había desangrado y su corazón languidecía en diástole debido a la anemia aguda por la que falleció.

Si Carlos hubiera sido una persona normal, no famosa, lo hubieran llevado de inmediato al hospital, al área de urgencias y allí le hubieran ligado la arteria que estaba sangrando y él hubiera sobrevivido, pues todavía tenía muchos libros pendientes que terminar.

Si mal no recuerdo, en esa reunión nos acompañó también mi buen amigo el embajador de Chile, Jorge Edward, gran escritor y discípulo directo del gran poeta chileno Pablo Neruda, hombre generoso con particular expresión filial, quien posteriormente me visitó en Monterrey, y ahora leo con avidez los libros que continuamente publica, por su gran calidad y presencia en el boom latinoamericano.

Andrés Henestrosa

Este viejo maestro mexicano, testigo de la historia del siglo XX, de raíces mestizas y madre indígena, que nació en Juchitán, Oaxaca, fue para mí un gran amigo y no sólo un maestro de historia o ejemplar escritor que se inició con el famoso libro “Los hombres que dispersó la danza”, sino que su vida es un ejemplo de perseverancia, inteligencia al servicios de los social y polifacética en todas sus participaciones políticas, artísticas, con un instinto permanente del indio y con una enorme y desbordada creatividad que plasmaba en sus cartas, en sus libros, en sus discursos y en sus contactos personales.

El maestro Henestrosa murió a los 100 años de edad, lúcido y consciente, con un poco de sordera, pero todavía con una gran capacidad, y así me tocó verlo llegar y compartí su mesa en el homenaje que se le hizo cuando cumplió el centenar de años, en el que se tomó dos tequilas y una cerveza e inició una conversación prolífera y cuando ya la fatiga o el aburrimiento lo abrumaba, se desconectaba los aparatos auditivos que me permití regalarle en nombre del Gobierno del Estado de Nuevo León, en una ocasión en que mi esposa y yo le hicimos un homenaje en el Museo Metropolitano de Monterrey.

Don Andrés prologó varios de mis libros; era un joven indígena que no hablaba español y a quien Vasconcelos, también de origen oaxaqueño, conoció a través de su madre cuando fue a pedirle que le otorgara una beca, y se la concedió, para que iniciara el aprendizaje del español a los 16 años.

Vasconcelos, en aquella época Secretario de Educación, en el año 1921, lo invitó a la ciudad de México y allí se lo encargó a una amiga del gran maestro, que posteriormente fue su amor y su compañera, Antonieta Rivas Mercado, mujer que promovía la cultura y las artes y que contaba con buenos caudales financieros por su breve matrimonio con un artista que le permitía mucha libertad y la apoyaba en sus proyectos culturales.

Me comentó don Andrés que Vasconcelos le consiguió trabajo como mozo en la casa de esa bella dama, Antonieta, y allí leía los libros que le generaron la instrucción para entender el idioma español, sin olvidar las cinco lenguas indígenas que ya hablaba: zapoteca, mixteca, náhuatl, juchiteca y otros.

En esa época aderezaba su presencia con una conversación extraordinaria y siempre era el centro de la fiesta, pues sus ocurrencias, sus descripciones,

sus comentarios y sus enseñanzas invadían cualquier rincón en donde él, impregnando gradualmente el ambiente, compartía emoción y razón y conservaba un liderazgo natural que le había permitido ser diputado, senador y obtener la medalla Belisario Domínguez y muchos otros títulos, que aceptaba pero no le entusiasmaban puesto que su reino, bromeaba conmigo, era de otro mundo.

Su esposa Alfa, de una belleza indígena especial, fue pintada por Diego Rivera en varias ocasiones, y su hija Cibeles, lo acompañaban siempre y combinaban sus antecedentes oaxaqueños de la Guelaguetza con su presencia en la ciudad de México desde la época de la revolución y posteriormente, a partir de 1925, con su viva y continua presencia en la política mexicana.

Si mal no recuerdo, don Andrés me fue presentado por el licenciado Jorge Treviño cuando éramos compañeros en la Cámara de Diputados y desde allí iniciamos una verdadera amistad, pues él me defería con especial y particular atención, habiendo sido capaz, en contra de todos sus principios, de acompañarme cuando fui candidato independiente por el Partido del Trabajo, a la gubernatura del Estado de Nuevo León, al igual que lo hizo mi querido amigo el maestro Enrique Bátiz, pues nuestra amistad desbordaba la sociología y la presencia partidista..

En la UNESCO invité a Don Andrés a hablar a la misma ceremonia a la que había ya invitado a Carlos Fuentes; me refiero a la conmemoración del aniversario de la muerte de Cervantes, organizado por la Real Academia Española de la Lengua, un año después de la de Carlos, en el mismo auditorio, con una solemnidad idéntica y con ciertas caras amargas de algunos viejos académicos que no entendían cómo un indígena de raíces oaxaqueñas iba a hablar del representante ícono del idioma español Miguel de Cervantes.

Después de mi intenso cabildeo para lograr esta invitación y previo a que el maestro, con su esposa e hija y Elvira y yo fuimos a comer en el restaurante La Coupole, que era su preferido, en donde deglutimos mariscos a manos llenas; y recuerdo que ese lugar era el hábitat natural de Toulouse Lautrec, ubicado en la avenida Montparnasse, en la ciudad de París.

La conferencia del maestro Henestrosa fue impecable, pues habló, enunció, pronunció y acentuó y después insistió en la ortografía moderna y logró vincular los cambios de la cultura con la evolución de la lengua, generando un ambiente, no solamente favorable, como el de Carlos Fuentes, sino

espectacular; por las bromas, comentarios jocosos, descripción de memoria de pasajes completos de *El Quijote* y toda una serie de travesuras literarias que el maestro hizo ante la augusta presencia de los solemnes viejos de la Academia.

Al terminar el evento y como corolario de la reunión, se me acercaron los asombrados académicos y uno de ellos, de barba blanca, figura macilenta y actitud sombría me cuestionó con una pregunta diciendo: “Oiga embajador, ¿cómo es posible que este indio mexicano hable tan bien el español?”. Volteé a ver al maestro Henestrosa y le dije: “Andrés, aquí preguntan cómo es posible que un indígena que aprendió el español a los 16 años hable tan bien el idioma de Cervantes”. Él fijó sus ojos inquietos y pispiretos de un tono claro, y con una expresión sonriente pero enigmática, contestó: “Hablo bien el español porque lo tuve que aprender tarde; no me fue fácil y por eso amo el idioma de Cervantes”.

Para mí eso fue una bofetada con guante blanco, pero para ellos significó una aceptación y con sonrisas fingidas felicitaron al maestro y se alejaron con paso lento para acompañarlo a la puerta del edificio principal de la UNESCO.

Luego el maestro me pidió que lo llevara a comer a un restaurante que él conocía y del que tenía recuerdos imborrables, ubicado en Saint Germain des Prés, al que nosotros acudíamos frecuentemente, llamado Brasserie Lipp, donde se reunían intelectuales, artistas y diplomáticos y en el que los sábados, Elvira y yo nos citábamos con diferentes personalidades a degustar platillos de Alsacia.

Cuando regresamos a Monterrey lo invitábamos frecuentemente a nuestra ciudad y él a su vez a sus eventos en Oaxaca. Un día nos habló por teléfono Cibeles su hija para darnos la triste noticia de que, dormido en su casa, como un angelito, mi maestro querido no llegó a los 101 años, pero encontró la inmortalidad.

Otros personajes

Mientras estuve en la UNESCO conocí también a personajes muy especiales que habían tenido importante influencia histórica en el desarrollo de sus países o habían innovado tesis internacionales sobre derechos sociales; aquí

incluyo no solo a los protagonistas políticos de la época sino muchos de ellos de las áreas culturales y artísticas; trataré de describir algunos:

Federico Mayor Zaragoza

Conocí a Federico Mayor cuando yo era secretario de Educación en el Gobierno de Jorge Treviño, a través de un funcionario de la UNESCO con quien entablé una particular amistad; me refiero a Joe Jaz, diplomático de origen rumano que habitó en Bélgica y posteriormente, durante muchos años, dirigió la Oficina de América en la UNESCO, en una reunión que tuvimos en el año de 1986 en la ciudad de Houston, Texas, para tratar la temática de Biología Molecular. Me ayudó a programar un congreso internacional sobre ese tema, el cual se realizó en Monterrey durante el gobierno de Jorge Treviño, habiendo sido inaugurado por el Presidente de la República Miguel de la Madrid Hurtado.

Gracias a la influencia de Joe Jaz pude invitar a Federico Mayor Zaragoza a presidir dicho congreso, junto con el Presidente de la República; en esa época Federico había sido nominado como director general de la UNESCO, posición que ocupó durante doce años; en ese tiempo iniciamos e hicimos perdurar una muy profunda amistad que me fue de gran utilidad en mi inclusión en la actividad diplomática de esa organización.

De Joe Jaz tengo innumerables y bellos recuerdos, porque gracias a él conocí personajes ilustres, ya que era como mi representante filial ante las grandes organizaciones colaterales a la UNESCO, en las que yo participaba en reuniones importantes para el desarrollo de la ciencia y la cultura.

Baste como ejemplo mencionar, que en una ocasión él invitó a mi casa en París a algunos premios nobel que eran miembros del Comité de Bioética y del Genoma Humano, organización en la que yo representaba a América Latina; se trataba de Watson y Crick (descubridores el ADN) y un amigo suizo, Jean Paul Deuzet, que fue el pionero de la histocompatibilidad y que gracias a eso se hacen ahora los trasplantes.

Además, Joe Jaz me invitaba frecuentemente al Instituto Pasteur, que es un semillero de científicos y uno de ellos que me trataba con particular deferencia era Luc Montagnier, descubridor del virus del SIDA y posteriormente Premio Nobel de Medicina.

Pero volviendo al tema original de este capítulo que se refiere a la personalidad cautivadora y carismática del doctor Federico Mayor Zaragoza, de origen catalán, que para cuando llegó a París ya había sido rector de la Universidad de Granada, Secretario de Salud en el régimen de Adolfo Suárez y un investigador en bioquímica cerebral, quizás de los pioneros en el tema actual de las neurociencias.

Sin embargo, su posición era netamente administrativa y de tinte político y la desempeñó con gran eficiencia y con un romanticismo muy especial en el concepto particular de la vida que tenía este ilustre amigo que fue tan gentil de prologarme un libro sobre educación que publiqué en la ciudad de México.

Federico Mayor y yo nos comunicábamos con fluidez, tanto por nuestras raíces universitarias como porque él, aun siendo bioquímico, entendía las ciencias básicas de la medicina y nuestras conversaciones se iniciaban siempre en los temas biomédicos y las culminábamos con aspectos filosóficos conceptuales, habiéndose generado una amistad muy especial, tanto en lo institucional, como en lo personal, pues frecuentemente él y su esposa Angeles, comían con Elvira y conmigo y además, Federico le tenía particular cariño a mi hija Lucía, ya que en uno de los diferentes viajes que hicimos para asistir a congresos y reuniones, él recordaba a mi hija Lucía, muy pequeña, recostada en su hombro, durmiéndose durante la travesía.

Federico se enfrentaba frecuentemente a embajadores muy contestatarios como el de Francia, el de Japón y muchos otros que aprovechaban esas reuniones de la Conferencia General para cuestionar al director e interpellarlo sobre los diferentes proyectos o programas que estaba desarrollando; comenté lo anterior porque frecuentemente tenía que defenderlo verbalmente, debido a mi instinto protector derivado de mi soledad como hijo único.

Eso lo hacía en el Consejo Ejecutivo con la elocuencia y la simpatía que había ganado, sobre todo de los países en desarrollo, que me veían como un líder natural, y gracias a eso, pude ocupar una importante posición en la UNESCO durante dos años: la Presidencia del Comité Especial.

Federico tenía unas relaciones internacionales de excepción, por lo que hablaba por teléfono con El Primer Ministro de Inglaterra o con el Presidente de Estados Unidos, para insistirle en que ese país regresara a la UNESCO, como con Gorbachov, el autor de La Perestroika y de la transición rusa y

también compartía temas políticos con su querida España, siendo aprovechado por Adolfo Suárez y por ese grupo de personas que fue responsable de la transición; Federico influía a veces en algunas decisiones que tomaban, incluyendo al Rey Juan Carlos, que lo defería con su amistad y que me tocó saludar personalmente y ver el aprecio que se tenían mutuamente.

Federico Mayor viajaba mucho, dada la prestancia del puesto que ocupaba y me permití invitarlo a México en diferentes ocasiones, incluyendo cuando como preámbulo a una reunión nacional estuvimos en Acapulco, en la casa del empresario Jaime Camil, una mansión bellísima sobre la bahía, que Jaime administraba con una gran solemnidad, dado que su capacidad para las relaciones públicas es impresionante, y que nos defirió con su amistad.

A esa casa asistí frecuentemente, no sólo acompañado de Federico, sino también de Enrique Iglesias, Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo y muchos otros políticos que tenían relación con Jaime en diferentes temas.

Por supuesto con Mayor, que es un personaje lleno de vitalidad y de humorismo, gozábamos mucho de las bellezas de Acapulco, que como saben, es uno de los lugares privilegiados de México por su aspecto climatológico.

Probablemente gracias a Federico ocupé la posición de Presidente del Comité Especial de la UNESCO, que era el organismo que filtraba todos los temas, previo a que pudieran llegar a la decisión de la Conferencia General y en el que participaban selectos embajadores, en número de 16, de países muy importantes del orbe, por lo que no sólo para mí sino para México, fue un honor haber presidido dicho comité y también estar permanentemente en el Consejo Ejecutivo. Todo eso quizás por el recuerdo histórico de Jaime Torres Bodet, que fue el segundo director de la UNESCO, posterior a su fundación en 1945.

Después de mi salida y lo digo no con ánimo de comparaciones, México perdió su escaño en el Consejo Ejecutivo, probablemente porque los embajadores que me siguieron no le dieron mucha importancia a la representación que eso implicaba y como eran personas muy ilustres, que no tenían la capacidad de hacer relaciones interinstitucionales y no se preocupaban mucho por profundizar temas filiales con otros embajadores, a la hora de la decisión y de la votación, México perdió su escaño, fungiendo como embajador en aquella época el doctor Mario Ojeda, exdirector de El Colegio de México.

Posterior a su salida de la UNESCO, Federico reconoció en todo momento, que contó siempre con la asistencia del profesor Albert Sasson, hombre extraordinario con una capacidad impresionante de organización; políglota, experto en nutrición, asesor principal del Rey de Marruecos y miembro de muchas organizaciones mundiales, quien fue el brazo derecho del doctor Federico Mayor Zaragoza y el hacedor de los temas complejos.

Posteriormente, el profesor Sasson y yo hemos entablamos una fuerte amistad y una capacidad de organizar juntos durante casi diez años, los congresos internacionales de biotecnología que recientemente han sido adoptados por la Universidad Autónoma de Nuevo León, en un área en la que somos pioneros y que actualmente forma parte de un porcentaje mayoritario de las investigaciones mundiales, que incluye los temas de: genética, medicina, nutrición, medio ambiente, bioinformática y muchos otros de carácter científico y de investigación que se están integrando en la actualidad en la Ciencias de la vida.

Federico Mayor vive actualmente en Madrid, es Presidente de la Fundación Areces y de una fundación dedicada a la paz mundial; seguimos comunicándonos por correspondencia o a través de llamadas telefónicas ocasionalmente, recordando los viejos tiempos, y como todos en el mundo, Federico se queja últimamente de falta de recursos económicos, porque el entorno internacional cada vez se aleja más de las humanidades y de la filosofía, en aras de la economía liberal y del mercantilismo ilustrado y del dios de los mercados, y como Federico Mayor es un enamorado del humanismo y quizás su romanticismo ha pasado de moda, aplastado por la actitud fenicia que caracteriza la sociedad actual.

Nelson Mandela

Me tocó conocer a este defensor de los derechos humanos y de la igualdad racial, porque mi posición como presidente del Comité Especial me permitía participar en todas las reuniones importantes que el director general Federico Mayor Zaragoza tenía para recibir, atender y ofrecer comidas a esos prominentes seres humanos, que por invitación oficial, acudían a exponer sus tesis en el Consejo Ejecutivo de la Organización de las Naciones Unidas, en su capítulo de ciencias, educación, comunicación y cultura,

Durante la comida en honor a este gran prohombre de la lucha contra la discriminación pude conversar personalmente con él, pues manejaba con gran fluidez y elegancia un inglés australiano.

Él me señaló, igual que lo había dicho en su discurso, que valió la pena el sacrificio de más de veinte años en la cárcel, al ver que había logrado mover las conciencias y terminar con el apartheid en contra de los habitantes de color de Sudáfrica, que durante un centenar de años habían estado sujetos, como esclavos primero y como seres inferiores después, a dominación de la raza blanca originaria de Inglaterra, que había conquistado ese viejo y bello rincón del mundo que es Sudáfrica y que había propiciado una diferencia ostensible y ostentosa entre las ventajas de los blancos para obtener trabajo, acceso a alimentos, oportunidades de estudios y presencia política y la de los negros, que inclusive tenían que cruzar la calle al encontrarse con un blanco, para no ofender la supremacía soberbia de aquellos que se creían diferentes por el color de su piel.

Mandela fue capaz, no sólo de aguantar ese largo periodo en la cárcel por su rebeldía pasiva, a veces un poco agresiva, porque al igual que muchos otros líderes que se dedicaban a la resistencia pasiva, había leído el famoso libro del profesor de Harvard Henry David Thoreau sobre ese tema, documento que también sirvió de inspiración a Mahatma Gandhi, quien logró la independencia de la India frente a los ingleses, a Luther King y a otros luchadores sociales.

Nelson Mandela era un hombre de gran estatura, facciones mixtas, entre africanas y caucásicas, con una mirada alegre y penetrante y una solemne verbalización de sus argumentos, que fue sujeto a múltiples preguntas, no solamente por los cuatro presidentes de los comités, incluido el Especial, que la UNESCO tiene y que forman parte de su infraestructura de trabajo, sino de parte del director general y del director adjunto, el profesor Albert Sasson, puesto que gozar de la conversación de aquellos que han cambiado el mundo es una impregnación mística, no sólo personal o literaria sino motivadora de emociones, al observar cómo en contra de todo y sin tener realmente fuerza o poder alguno, con una idea en mente y con la tenacidad y sobre todo con la justicia del argumento, se puede cambiar la faz de un país entero.

Y no únicamente eso, sino que gracias a Mandela, todos los países que padecían discriminación racial, dieron un salto en la lucha por la equidad y la igualdad de oportunidades, logrando impregnar en los sistemas educativos

y culturales, que el color de la piel o las diferencias faciales no tienen que ver con la calidad, la capacidad o el desarrollo de la creatividad, característica del homo sapiens, cualquiera que sea su color.

Fidel Castro

Pude conversar un buen rato con el líder de la Revolución Cubana, Fidel Castro, quien logró, en contra de la dictadura de Batista, generar una opción de esperanza y de cambio sociológico, que al principio despertó muchas conciencias y propició intentos de revolución en muchos países del mundo y que posteriormente, con el tiempo y la presión global, fue disminuyendo en su intensidad ideológica, conservándose como un ejemplo antitético de supervivencia de la revolución contra el imperialismo o el liberalismo económico a ultranza o el capitalismo salvaje que ha caracterizado la globalización actual.

Fidel Castro tuvo la audacia de ser un personaje de la revolución, pero después no tuvo la capacidad de adecuarse históricamente al cambio, y su actitud, que nace sobre todo con la crítica permanente de los Estados Unidos, generó un aislamiento comercial de una isla bellísima, cuyos habitantes tienen una alegría crónica en su vivir y gozan del mejor sistema educativo de América Latina y de un sistema de salud excepcional, pero carecen de lo que es la base de la infraestructura comercial internacional: el libre comercio.

Ese aislamiento condujo a Cuba a una pobreza injusta en las oportunidades, tanto alimentarias como de trabajo y de opciones de productividad, es decir, a Fidel Castro le faltó lo que a mucha gente en el área del deporte, saber retirarse a tiempo y dejar pasar nuevas ideas concordantes con su sensibilidad pero con capacidad de generar una transformación.

En mi conversación con ese personaje, le pregunté: ¿Fidel, cómo es posible que los balseros, o sea esas personas que están cansadas de tu régimen, estén abandonando, con riesgo de su vida, la Isla, a través de balsas, para comunicarse rápidamente con Miami, que está a 70 kilómetros de distancia? Le insistí: ¿No será esto un fracaso de tu revolución?

Él, simpático y dicharachero, con su acento cubano, me contestó: *“No embajador, lo que pasa es que nosotros tenemos que adecuarnos y yo voy a inventar el nuevo socialismo de Cuba, que tiene que adaptarse a las circunstancias históricas, pero*

por supuesto no voy a olvidar mis principios comunistas básicos, sino simplemente voy a inventar el nuevo socialismo”, y así repitió varias veces ese tema, como defendiéndose de la pregunta concreta y dolorosa que generaba la necesaria aceptación de que su sistema actual ya no estaba funcionando.

Federico Mayor, como buen conciliador y de suave forma, trató de conciliar y tomó la palabra, como era su especialidad, por su raíz catalana, y trató de defender el punto, insistiendo mucho en las virtudes de un personaje cuya revolución había logrado equilibrar un poco la tendencia hegemónica imperial caracterizada por los Estados Unidos y que con justa razón, Federico decía, quiere dominarnos en todas las ramas, no sólo en del comercio sino en del saber y el del armamento, y tiene sojuzgados y temerosos a muchos países del orbe.

Como argumento contundente de su tesis, Federico dijo que si se redujera el 3% de lo que se gasta en armamento en el mundo, se podría, no sólo aliviar, sino erradicar la desnutrición de 1,000 millones de seres humanos, utilizando fórmulas como el nitrógeno generado por la caída de las hojas, que fue una tesis de los pioneros de la revolución verde.

Fidel, como era su costumbre, habló largo y prolífero y en un concurso deportivo de oratoria entre él y Federico Mayor, nos dejaron a los demás interlocutores con pocas opciones para intervenir, pero como dicen, a veces es más sabio escuchar que hablar; la verdad es que yo aprendí mucho de esa conversación y sobre todo percibí que esos grandes líderes del mundo son humanos y tienen también virtudes y defectos.

Yaser Arafat

Rodeado de guardaespaldas, cuando dio su discurso en el Consejo Ejecutivo, con su túnica y ropaje característico de los grupos árabes, defendió con fervor y vehemencia, con un inglés extraordinariamente claro, la defensa de Palestina ante lo que él llamaba la agresión permanente de los israelitas, que habían llegado muy tarde a esa tierra, ya habitada por sus antecesores y que los habían desplazado, y que además, con apoyo de los norteamericanos, habían logrado crear un oasis de progreso, de desarrollo científico y tecnológico, pero sin haber compartido todas esas ventajas con los palestinos que eran los dueños originales de esos territorios.

Asimismo reiteró con insistencia que Israel, con la capacidad de armamento y de tecnología de la guerra que tenía, era una amenaza permanente para Palestina y que por eso él tenía que actuar como un revolucionario rebelde y a veces violento para defender la esencia, la salud y la permanencia de los palestinos en su tierra, que había sido invadida a mediados del siglo XX por los judíos, con quienes no coincidía en los puntos de vista religioso ni político.

Yaser Arafat era considerado como un guerrillero por muchas personas, por sus intervenciones armadas y como un hombre de una crueldad aparente, por sus decisiones para proteger a Palestina de Israel, pero a veces se le notaba una actitud de ternura y de generosidad; lo estuve observando durante la comida en la que mencionó la defensa de su pueblo, que era el original propietario y así, sin mucho preámbulo y rodeado de muchos guardaespaldas a lo largo de los balcones y de los auditorios y en la puerta principal. Aquello parecía más bien una invasión armada y todos sabíamos que este hombre estaba amenazado de muerte por varios países, cosa que al final lograron, creo yo, con material radioactivo, pues murió de anemia aplásica; eso lo hicieron en forma demasiado inteligente y cruel.

También, en esa reunión, tuve la osadía de preguntarle, si había alguna posibilidad de conciliar intereses entre Israel y Palestina y él contestó que por supuesto que sí, siempre y cuando los israelitas conservaran un mínimo de territorio y no se metieran con los habitantes de los predios árabes y que sobre todo, no tuvieran ese afán intervencionista y guerrero que les caracterizaba, y que los Estados Unidos aprendieran que tenían que apoyar en igualdad de condiciones al pueblo árabe y al pueblo judío.

Defendiendo sus puntos de vista islámicos y protegiendo con su verbo escueto a sus coterráneos, esa comida fue un poco más fría que las anteriores, y Federico Mayor no sabía realmente qué partido tomar, porque en aquella época la UNESCO estaba sometida a la presión de que los Estados Unidos le habían retirado los presupuestos, cosa que parece que sigue vigente, debido a que la UNESCO había reconocido a Palestina como una nación que tenía derecho a ocupar una silla en la Organización Mundial para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

Mi plática fue muy fugaz pero me sentí orgulloso de estar sentado cerca de quien era la noticia reiterada del conflicto entre Palestina e Israel, quien al abandonar el recinto, con mucha ceremonia y solemnidad, se despidió a

la usanza árabe de todos nosotros y salió seguido de aproximadamente 12 guardias, que fueron los que yo conté, con acuciosa y compulsiva actitud.

Algunos años después supe que le hice un diagnóstico precoz a ese hombre, que había muerto debido a una anemia aplásica, pues se me ocurrió pensar, reitero, que era muy extraño que hubiera padecido rápidamente esa enfermedad y que hubiera muerto en un lapso tan corto, sobre todo porque estaba muy bien cuidado y tenía médicos que le habrían detectado de inmediato ese padecimiento, que consiste en una infiltración de la médula ósea con pérdida de la capacidad de producir glóbulos blancos y anticuerpos y por ende con susceptibilidad a infecciones.

Jorge Edwards (Embajador de Chile)

De los muchos escritores con los que me tocó convivir en esa época, recuerdo con particular cariño a Jorge Edwards, gran escritor chileno de renombre internacional, que aprendió el difícil arte de la impresión de las emociones a través de la literatura con el gran poeta revolucionario Pablo Neruda, quien como todos saben, fue contestatario del dictador Pinochet y amigo personal del Salvador Allende.

Jorge trabajó con el gran poeta, como su asistente personal y platicaba con entusiasmo y particular fervor ese aprendizaje que le permitió ingresar al mundo de la literatura con un acervo romántico y una profunda caracterología creativa, lo que le ha convertido en un novelista de excepción.

Jorge Edwards era en ese entonces, un embajador muy discreto, con una mesura y una seriedad impresionante, no le gustaba mucho participar en las discusiones que a veces se generan en ese tipo de organizaciones multilaterales y en las que durante las sesiones del Comité Ejecutivo había mucha actividad política, desprendimientos verbales a través de la elocuencia y en ocasiones hasta una tendencia crítica para el director general, quien tiene que amortiguar a las potencias mundiales representadas a veces por personas con interés, no necesariamente educativo o cultural, sino más bien con el ánimo de ejercer el poder a través de las embajadas y utilizando el sagrado claustro, que debía ser de la educación y de la cultura internacional.

Jorge y yo hicimos una muy buena amistad, frecuentábamos restaurantes, cafés, convivíamos con particular afecto; él muy austero en su comida y be-

bida y yo un poco más hiperactivo y creativo en las sesiones del Consejo y al final de éstas nos divertíamos, reíamos y brindábamos con cualquier excusa, con tal de conservar la alegría y evitar el aburrimiento que a veces se produce cuando uno reitera las cosas cotidianamente.

Posteriormente Jorge me visitó en Monterrey, pues lo invitamos a dar unas conferencias literarias, y tuvo y tiene todavía, de vez en cuando, comunicación personal y nos dejó su recuerdo impreso de seriedad y de filial entrega de un hermano latinoamericano que sufrió los embates de la dictadura y que estuvo atento y fue testigo de la muerte de Pablo Neruda, la que según mucha gente, no fue natural, sino que fue inducida por los generales que en ese tiempo destrozaron el corazón del bello país culto que es Chile y lo condujeron a una dictadura infamante, mortífera y cruel.

Jorge Asís

El embajador Jorge Asís, quien obviamente tiene raíces del Mediterráneo, fue para mí un compañero en el Consejo Ejecutivo de la UNESCO, muy particularmente un socio, por su capacidad literaria y su probado antecedente de escribir en género de la novela. Esto lo obligaba a tener expresiones verbales y elocuencia, con una gran capacidad de ironía, poca ortodoxia y a veces producía un efecto enervante en algunos embajadores de países que no tenían la improvisación y la sutileza ni la ironía festiva que existe, tanto en las regiones árabes de donde es originaria la familia de Asís, como en América Latina en donde somos muy amantes de utilizar la broma dentro de la retórica, como fenómeno de comunicación interhumana.

El embajador Asís tenía un apartamento muy bello ubicado en la esquina de Les Champs Elysées y avenida Foch, porque era un gourmetólogo apasionado y un experto en vinatería, por lo que generaba un ambiente muy selecto y festivo, sobre todo por su expresión caracterológica explosiva, su tendencia a querer que el Consejo resolviera siempre en consenso y sin diferencias, propiciaba unas largas y a veces tediosas reuniones, porque él no quería tener ninguna contradicción en sus argumentos y en ocasiones su actitud chocaba con el ambiente o con la cultura de otros países, sobre todo los países orientales y algunos europeos o nórdicos, que están acostumbrados a normativas muy concretas y rígidas.

Jorge Asís escribía sus novelas en un pequeño café-bar ubicado en la calle Montparnasse donde era muy conocido por los meseros, quienes le separaban una mesa especial en una esquina de dicho restaurante y allí escribía a mano sus productos literarios, emulando quizás a los grandes escritores como Jean Paul Sartre o a Simone de Beauvoir que utilizaban un restaurante de la avenida Saint Germain des Près, particularmente el café-bar Deux Magos, que en la actualidad la plaza que lo circunda lleva el nombre de estos personajes.

Este caballero departía con amabilidad extrema hacia mi persona; le gustaban los chascarrillos irónicos y la crítica subterránea, en fin, como decimos en México: le encantaba la grilla.

Todo lo anterior le generó un problema, porque en la reunión de la Conferencia General donde hubo renovación de los miembros del Consejo ejecutivo, en el cual México, representado por el suscrito, ganó la votación más alta para ingresar a ese comité, mi amigo el embajador Asís perdió y Argentina tuvo que abandonar el escaño dentro de los 52 miembros, y esperar su turno hasta los siguientes dos años para poder tener una votación que justificara su presencia.

Recuerdo muy bien el día en que fue informado que no había logrado los votos necesarios, pues la tristeza, la melancolía y el dolor le partieron el alma y los que lo apreciábamos tuvimos que compartir ese duelo, pues para él era un golpe a su orgullo y a su autosuficiencia, y fue producto seguramente de esa ironía contestataria y crítica que le valió algunas antipatías de los países con temperamentos rígidos y cerrados.

Para despedirme de mi gestión como embajador de México ante la UNESCO, Jorge tuvo la amabilidad de invitarme a una reunión colectiva y festejarme mucho mejor que mis colaboradores, dos personas de carrera diplomática a quienes apoyé en todo momento y que, como sucede, al final fueron sutilmente desleales y frías en su capacidad afectiva.

Me refiero a la ministro Zadalinda González, actualmente embajadora en Sudamérica y a la embajadora Socorro Roviroso, quien era muy amiga del Subsecretario encargado de Norteamérica y se dedicó a grillar continuamente mi actitud, que como no era muy disciplinado y menos aún obediente, generaba cierto grado de confusión en ellas, y eso lo comentaban con las autoridades de la Cancillería, provocando cierto grado de incertidumbre y

obviamente de incomprensión en algunas fórmulas verbales que yo usaba para convencer dentro del Consejo Ejecutivo.

Me refiero a que estas personas de escaso criterio, me insistían que en que cada tema sobre el cual yo opinara al calor de la discusión, tenía que ser consultado con la Cancillería, lo que en esa época era una verdadera complicación porque no existía Internet y tenía que hacerse todo a través de cable o de fax y era muy tardado ese proceso para esperar a que hubiera una indicación inmediata, y como yo soy muy bueno para pedir perdón pero no para pedir permiso, eso chocaba con su formación y quizás les causó un sentimiento que produjo una ingratitud, pues no valoraron la ecuación algebraica entre las bondades y los favores que yo les había concedido y mi participación muy individual, dado que independientemente de que no fui embajador de carrera, mi personalidad es muy difícil de encauzar en un rumbo determinado sin un razonamiento previo.

Gabriel García Márquez

Con el gran escritor colombiano no pude convivir muy frecuentemente, porque no era embajador; sin embargo, lo conocí por invitaciones a comer de amigos cercanos como fue el caso del célebre autor de “Noticias del imperio”, que es Fernando del Paso o del embajador Manuel Tello, quienes me invitaban a reuniones o comidas en las que podía compartir mis inquietudes y hacerle preguntas al gran colombiano, el famoso Gabo, Premio Nobel de Literatura.

Para mí, Gabriel García Márquez era un personaje muy especial, porque habiendo leído sus libros, en particular “Cien años de soledad”, nunca pude vislumbrar que existiera alguien con esa capacidad de imaginación y creatividad y además una aparente soltura en el arte-ciencia de escribir y por eso frecuentemente le replicaba y le decía:

“Oye Gabriel: ¿Cómo es posible que no hagas puntos y aparte y no dejes respirar el lector? Veo que tus párrafos son enormes pero muy atractivos”. Él me señaló: *“Lo que pasa embajador, es que el que realmente es un artista para evitar el punto y aparte es Alejo Carpenter, el gran escritor cubano, yo lo que hago es tratar de embonar un párrafo con el otro y va apareciendo una continuidad que impide que el lector separe sus ojos del escrito; por supuesto que la gente piensa y muchos me acusan de que me fumo un churro de mariguana para escribir o que tengo la espon-*

taneidad de nada más dictar o hacerlo por una sola vez y la verdad es que reviso siete veces mis escritos antes de mandar la pieza final”.

Como pueden darse cuenta los lectores de este documento, la disciplina, el ordenamiento, el ritmo de trabajo y la revisión permanente, son los factores que hacen que un escritor triunfe y no la espontaneidad genial que uno se imagina que ellos tienen; al menos ese fue en el caso de García Márquez.

Obviamente que hay otras personas que quizás si pueden plasmar todo en una sola línea continua escrita sin necesidad de revisión posterior pero la lección que me dejó Gabriel García Márquez es que como él bromeaba diciendo: *“La tenacidad derrota a la inteligencia, porque el tesorero puede corregir en el camino y el inteligente frecuentemente se tropieza con su autosuficiencia y entra la soberbia, mala consejera, que le impide la autocrítica”.*

Las reuniones con él estaban impregnadas de simpatía, un ambiente agradable, sonrisas, brindis, comentarios chuscos, alegría festiva, todo completamente alejado de lo convencional y con una expresión vernácula y costumbrista de excepción.

Para mí fue un placer las pocas veces que me tocó escuchar y convivir con este gran escritor latinoamericano, a quien había conocido previamente en una conferencia en la Universidad Nacional Autónoma de México, siendo Subsecretario de Educación Superior, pero con quien no había tenido intimidad sino hasta que, al calor de las fiestas y el ambiente especial de la ciudad de París y sobre todo con ese halo que rodea de cultura de ese bello paisaje parisino, logré penetrar un poco más en las entrañas de la emoción de ese famoso escritor.

Síntesis

Lo aquí descrito me hace confluír anécdotas y recuerdos de personajes queridos entre los que se encuentra Juan Pablo Guerrero, joven amigo, reportero entonces y después pionero de las leyes de transparencia, y de otros seres que con su afecto y su inteligencia, me permitieron crecer en opciones de trascendencia personal y social y ver la vida con una mayor amplitud en mi fórmula humanística-científica, y en fin, no haber culminado esta etapa con respuestas, sino quizás con más preguntas qué contestar y que fueron después parte de mi cambio y adecuación de una personalidad educada en un



enfoque mono cultural, a un individuo que comprende y entiende la comedia humana y que con prudencia puede señalar el proverbio latino que Freud hizo popular y que dice: *“Hombre soy; nada de lo humano me es ajeno”*.







Fidias Elizondo: Mujeres bañándose
1959. Óleo sobre tela 59 x 45 cm
Colección Fernando E. Rivadeneyra Núñez
Fotografía: Roberto Ortiz Giacomán





Capítulo III

El regreso

Con un hálito vital renovado y grandes esperanzas, regresé a mi Monterrey querido, en el que creía, como siempre había sido, que la suerte me acompañaría en mi devenir existencial. Pero ¡Oh, Sorpresa!, las cosas no funcionan como uno piensa que deben hacerlo, pues como dice el viejo refrán: “el hombre propone y Dios dispone”, por lo que tuve que hacer frente a la triste realidad de que en los cuatro años que vivimos en París, habíamos consumido todos nuestros ahorros, ya que esa ciudad luz es atractiva para todos, y se van acentuando los apegos materiales y haciendo olvidar la fábula clásica de las hormigas, que almacenan durante el verano sus alimentos para poder sobrevivir en el invierno, a diferencia de las cigarras, que se la pasan cantando en el verano y después no tienen con qué vivir en el invierno. Me refiero al concepto de ahorrar, pensando no sólo en el presente, sino en los riesgos del futuro.

Como ese valor no estaba dentro de mis supremos intereses, regresé contando solamente con el patrimonio que había creado previamente y que consistía en dos casas, una que todavía conservo en San Agustín y otra en Chihuahua, así como dos terrenos que había comprado en su oportunidad: uno en Las Misiones y otro en la Colonia Olinalá.

Inmediatamente fui incorporado a la Escuela de Cuadros del PRI por el ingeniero Oscar Herrera, en ese entonces presidente del partido en el Estado, quien me habilitó una oficina y me puso una secretaria, asignándome un mínimo salario que ayudó en parte a solventar mi carencia circunstancial.

Activo entonces dentro del partido, me permití tratar de contradecir las decisiones unidimensionales del PRI y la falta de respeto a las formas, por lo que en una asamblea en la que critiqué que se estaba cambiando de presidente, sin consenso previo y el secretario en ese entonces, después gobernador del Estado, ingeniero Jaime Rodríguez, ante la crítica, me contestó diciendo en voz baja (lo que escuché a través del micrófono): que era una decisión superior.

A eso le agregó que en el Consejo Político Nacional, del cual también formaba parte en el comité de ideología, presenté un proyecto para democratizar el partido, y el licenciado Agustín Basave, que coordinaba esa reunión, hizo caso omiso de mi documento, el cual tiró a la basura, por lo que el campo estaba propicio para abandonar el instituto político al que había pertenecido muchos años y durante mi juventud y aunque no fui muy militante sí creía en la ideología social-demócrata del PRI.

En ese momento, el diablo que está presente en todas partes, me tentó, me refiero a que mi viejo conocido Alberto Anaya, a quien desde la universidad yo había apoyado mucho en su predio Tierra y Libertad, por órdenes del presidente Echeverría, para integrarlo al fenómeno comunitario y evitar que estuviera totalmente en la ilegalidad, se me acercó un día y me invitó a tomar un café en el Hotel Monterrey, en donde con toda parsimonia me dijo: “Doctor, usted ha demostrado su interés social y político y yo creo que tiene un currículum impresionante, y al no reconocérsele eso en el PRI, nosotros, mi partido, el Partido del Trabajo le ofrece que sea candidato a la gubernatura del estado de Nuevo León, y estamos seguros de que con usted sí vamos a ganar.

Asombrado y además vanidoso por la fraseología seductora de ese hombre interesante, luchador social en su principio y ahora parte del pragmatismo electoral, tuve una dicotomía mental entre lo que era una utopía, la posibilidad de que yo ganara la gubernatura desde ese partido y mis necesidades económicas, pues Alberto me ofreció pagarme toda la campaña, incluyendo en ese pago la renta, carro, comida y gastos normales de una familia.

Como yo en ese tiempo, reitero, tenía un problema de desbalance entre los egresos y mis pobres ingresos, después de pensarlo unos días decidí aceptar su oferta y con esos recursos que periódicamente él me entregaba, en una caja de cartón, sobreviví los aproximadamente ocho meses que duró la campaña y encauze una alegre fiesta en mi proceso electoral, convenciendo a mucha gente de mis cualidades.

Sin embargo, no logré convencer a la ciudadanía de las bondades del PT y tuve que divertirme en las contradicciones con los candidatos del PAN y del PRI, a quienes yo llamaba Chuy Canales, haciendo escarnio de su nombre y al del PRI, Natividad González Parás, Pepe González.

Así, con mi experiencia en el debate y mi elocuencia, pude lograr hacer presencia pública y ganar los debates, aunque a veces no se me reconocieron, y al final llenar, como nadie lo ha hecho, la Macroplaza en el cierre de campaña, a la que asistieron más de sesenta mil personas, y con eso, entre el narcisismo, la vanidad y la necesidad financiera, me aventé al fondo de un agujero negro, sin saber si había final en mi aventura y sin pensar en la regresión de mi imagen, que tuvo lugar por haber introducido mi sana y bella experiencia en los temas de la educación, la medicina y la cultura, en el no muy limpio ambiente de la política militante electoral.

En fin, me divertí mucho, sobreviví económicamente y perdí la elección; gané experiencia y todo eso, y más, se describe en mi libro “Crónica de una Vida en Campaña”, cuyo prólogo fue escrito por mi gran amigo el maestro Andrés Henestrosa, historia viva del México del siglo XX, quien me acompañó a algunos de los eventos en esa aventura.

Posteriormente, quien en esa época era director de gobierno de la Secretaría de Gobernación, Juan Burgos me señaló, que preocupados por mi popularidad, tuvieron que negociar con Beto Anaya para que él aceptara una senaduría plurinominal, a cambio de que no me apoyara el día de la elección, lo cual hizo Alberto, con gran experiencia, pues la mitad de las casillas no tuvieron representante y a la otra mitad no les aceptaban su intervención los presidentes de las mismas.

Posterior a las elecciones y por falta de un acomodo exacto que me permitiera utilizar mi experiencia en el sector público, tuve la oportunidad de colaborar con el empresario Julio Villarreal, Presidente del Grupo Afirme y del Grupo Villacero logrando, con un multilibro de Ismael Vidales, alfabetizar

y regularizar a más de 1,300 trabajadores de esas empresas, aprovechando la formación a distancia, con lo cual se logró generar autoestima entre los obreros y diseminar conocimientos actualizados en beneficio de ellos y de sus familias, otorgándoles, por parte de la Secretaría de Educación, el título correspondiente de primaria, secundaria y algunos de preparatoria.

Luego de un par de años en esa ubicación, que me permitió sobrevivir financieramente y al agotarse la demanda de formación continua, dejé esa ubicación con mi gratitud para Julio, empresario comparable al rey Midas, pues siendo originario de la cultura del esfuerzo, todo lo que toca o inicia “se convierte en oro”, o sea, en éxito financiero.

Después de esto pensé que las oportunidades se me ofrecerían rápidamente para integrarme, con mi experiencia médica, educativa y diplomática, a las nuevas corrientes de la medicina, presumiendo que mi ciudad y mi entorno personal y social no debería haber cambiado mucho, y recordando mi profesión básica dediqué un tiempo a actualizarme, para encontrar el cauce que había dejado hacía algunos años, de mi actividad médica, tanto en el sector universitario como en el área privada, ya que la misma me había consolidado financieramente durante mucho tiempo y estaba seguro de que con ella iba a poder sobrevivir.

Pero las cosas no sucedieron como estaban planeadas, a pesar de que volví a instalar mi consultorio privado en el Centro de Especialidades Médicas, unidad que yo había fundado, y en el mismo me acompañó mi fiel colaboradora Leonor, y di a conocer mi regreso y que estaba listo para continuar mis actividades y gozar del prestigio que tenía por haber sido el pionero de la nefrología científica en Nuevo León, del riñón artificial, del trasplante renal, del manejo de los líquidos y de la Resonancia Magnética Nuclear y pensé que de inmediato sería objeto de consulta por parte de los médicos de la comunidad.

Pero todo había cambiado y ya los médicos no requerían consulta nefrológica frecuente, ya que se había introducido el poder de las compañías de seguros; los hospitales se habían vuelto pragmáticos y el materialismo y el liberalismo económico habían invadido hasta la médula la práctica de la medicina; situación que conmocionó mi filosofía personal y golpeó seriamente mi proyecto de recuperación financiera, razón por la que tuve que vender los dos terrenos a que hice mención para poder sobrevivir, rentar la casa grande y vivir en una casa más modesta, y esperar; y esperé sentado, porque no

hubo respuesta y no tuve pacientes referidos y en más de dos años sólo pude consultar a menos de diez enfermos, habiéndome endeudado para pagar la renta del consultorio en el Centro de Especialidades Médicas.

En virtud de lo anterior, tomé la triste decisión de cerrar el consultorio y transferirme a mi origen, que es la Unidad Metabólica del Hospital Universitario, actualmente Servicio de Nefrología, gracias a la bondad y bonhomía del doctor Jesús Ancer, y después de Donato Saldivar, ambos directores de la Facultad de Medicina y del Hospital Universitario, quien me reacondicionó una oficina en dicha unidad.

Ahí impartí algunas cátedras y escribí libros sobre diversos temas, incluyendo los preliminares del libro *Adicciones y Enfermedades del Siglo XXI*, que ha sido uno de los pocos del que se han agotado todas sus ediciones, dada la naturaleza técnica y científica del contenido de ese documento y del realismo social sobre la problemática candente de las adicciones en la época contemporánea.

Durante la vorágine de esa época aprendí la dificultad de combinar la amistad, que se basa en lo filial, con el dinero, que se basa en lo material, pues cuando ya el agua me llegaba al cuello y antes de que llegara la sangre al río y de mi quiebra financiera, busqué préstamos con aquellos a quienes yo había ayudado en mi época boyante y que se habían hecho ricos gracias a las oportunidades que yo les había otorgado, mismos que a la hora de confrontarse entre la amistad, la gratitud y el cochino dinero, fuente de todos los males, como dijo León Tolstoi, se decidieron por el dinero y yo me quedé deprimido y triste y aprendí la vieja lección de, como decía un letrero en los estanquillos antiguos: “No se fía, porque se pierde el amigo y el dinero”.

Me guardo los nombres, porque todavía conservo una dosis de comprensión a la servidumbre humana, pues como decía el ranchero: “No puedo decir quiénes son, pero los estoy viendo”, y como no tengo centro del rencor y por la edad, que es amnésica por necesidad, prefiero olvidarlos y mejor recordar a mis amigos prologistas que fueron muy afables conmigo, como se puede ver en las siguientes transcripciones de mi libro “*Crónica de una Vida en Campaña*”, iniciando los mismos con la de gran maestro Andres Henestrosa, que dijo:

Un prólogo de Andrés Henestrosa

Un libro no es su tema, sino su gramática, sintaxis, su estilo. Importa que el autor diga las cosas con precisión, claridad, sencillez. En cualquier género literario cabe el genio, el ingenio, la capacidad creativa. Quien lo logra es escritor.

Este libro de Luis Eugenio Todd ¿qué es? ¿crónica, historia, autobiografía, ensayo político? Es todo eso y algo más. Es el cuento, la narración de una aventura política, el relato de una campaña electoral con todas sus peripecias, conflictos, venturas y desventuras que el hombre corre mientras tiene aspiraciones.

Quien camina puede equivocarse. El hombre yerra mientras tiene aspiraciones, dijo el gran poeta alemán. Puede leerse por donde quiera que se le abre, tal como en algún lugar lo dice Todd. Y así es; nada que venga a los puntos de la pluma desaprovecha el autor, sin importar el orden, la secuencia. Mientras cuenta los pormenores de la campaña a la gubernatura de su estado –Nuevo León– a la que el doctor Luis Eugenio Todd aspiró, nos cuenta su vida, sus orígenes, su formación profesional.

Todo lo dice con todas sus letras, sin el menor miramiento. La verdad tal cual es, sin ropaje, adornos, aditamentos, porque mientras más desnuda, más bella y hermosa. Sólo la mentira ha de adornarse para ver si en algo llega a parecerse a la verdad.

No un desleal a sus principios; fue la dramática decisión de buscar otro campo, otro partido, pero no otra doctrina, otra ideología, otro ideario político. Sigue siendo Luis Eugenio Todd, un revolucionario, un soldado, un fervoroso soldado de la causa de México, no otra que la de la libertad, la justicia, la independencia, la soberanía.. Quizás no fuera la hora de Todd; nuestra historia, la del partido en el poder todavía no es para una transformación, una reforma. ¿Un derrotado Luis Eugenio Todd? No. Un victorioso, un triunfante, porque la derrota, cuando la batalla se libró acorde con un pensamiento lúcido, suele ser victoria; se convierte en dicha la desdicha, la derrota en triunfo si la batalla fue en defensa de la verdad.

Y eso es Todd, un hombre, un batallador. La vida es milicia, dicen las Escrituras, Luis Eugenio Todd, como siempre lo ha hecho el hombre, trabaja, sufre y espera. Yo, al poner punto final a estas líneas que pretenden ser el prólogo a su Crónica, aplaudo su conducta ejemplar, en las horas tan difíciles que México está viviendo y que él, Luis Eugenio Todd, brega por superar.

Andrés Henestrosa. Agosto de 1998.

Guillermo Elizondo

Además, un gran médico, Guillermo Elizondo, con quien fuimos pioneros de la Resonancia Magnética Nuclear, y había sido mi alumno en mi época de maestro, me acompañó y fue el coordinador de la llamada logística de mi campaña; él también escribió una introducción en donde señala:

“¿Oh! Sorpresa, el doctor Luis Eugenio Todd está anunciando en vivo en la televisión, su renuncia al PRI y su postulación como candidato independiente a gobernador de Nuevo León por el Partido del Trabajo. Inmediatamente, dice Guillermo, entendí el porqué de la decisión, y eran las 13:40 horas del viernes 20 de diciembre de 1996, y al hablarle yo, menciona Guillermo, el doctor me pidió que le ayudara, lo cual hice con un enorme entusiasmo, pues el doctor es una persona a la que me unen muchas circunstancias profesionales y fue realmente quien introdujo la resonancia magnética nuclear a América Latina, gracias a la amistad que tenía con el doctor Raymond Damadian, inaugurándose una unidad primaria el 14 de mayo de 1981 y trajo el primer riñón artificial de la región norte del país, lo que hizo posible el primer trasplante de riñón”.

Yo participé y viví muchas experiencias con el doctor Todd, incluyendo cuando fue diputado federal y Presidente de la Comisión de Ciencia y Tecnología del Congreso de la Unión, luego Subsecretario de Educación Superior y finalmente embajador de México ante la UNESCO; alguna vez me recomendó ante esa organización para dirigir un Centro de Biología Molecular y Celular.

Guillermo, entonces, dirigió mi campaña, y como él decía y yo lo comparo: “la política es ciencia y es arte y está en todas partes, porque en cierta forma busca el trascender, tratando de que el yo se convierta en el nosotros. En esa campaña, comentaba con Guillermo, aprendimos a escuchar, a entender a cada persona y a ser más tolerantes, más reflexivos, a manejar las presiones y en fin, a ver la miseria, el hambre, las enfermedades, la desnutrición, la insalubridad, mujeres llorando y niños que trabajaban de sol a sol.

Este libro, dice Guillermo posteriormente y esto es importante señalarlo, no respeta los tiempos, no se ciñe a un estilo, no se contiene a las formas; es una historia narrada, un resumen, un intento de biografía, una anécdota de su vida; es una nostalgia por los tiempos y los momentos; una mezcla del presente y el pasado; una disyuntiva entre el querer y el poder; un ansia por

hacer de lo ideal algo real; es un grito de advertencia, un compás para el perdón. Y memo insiste en que no alcanza a comprender cuál era mi intención para escribir esa historia, pero sí pudo ver que la historia que yo estaba escribiendo quedará como intención.

También Sergio Elías Gutiérrez, preclaro intelectual del Estado de Nuevo León, escribió en relación a la campaña y señaló: “Como nos tiene ya acostumbrados, otra vez Luis Eugenio Todd deja constancia escrita de sus andanzas político-académicas y él bromea que está convencido de que la política saldría perdiendo si se obstinara en mantenerlo retirado de esa actividad que le resulta entrañable”.

Sergio insiste, también, en que el título del libro *Mi Vida en Campaña* señala que yo estaba desde hace veinticinco años en campaña permanente y que sin duda en esa época estaría planeando ya cuál y dónde sería la siguiente.

Recuerdo con cariño ese documento porque incluye también comentarios de mis conversaciones con Luis Donald Colosio, en las que me había mencionado, cuando yo era Subsecretario de Educación Superior, que no me metiera en el proyecto de Nuevo León, porque el presidente Salinas ya había nominado al licenciado Sócrates Rizzo para gobernador, y que me lo comentaba por el cariño que me tenía la familia de Salinas y él mismo; que no me fuera a desgastar, pues ellos tenían otros planes para mí.

Esa conversación me enseñó la realidad de nuestro fenómeno político y fue contraria a mi formación básica en esta temática, en donde yo, en mi fórmula romántica y con mis lecturas de documentos críticos sobre el país, había creído en una trascendencia democrática real, y que al darme cuenta de que no existía en ese momento circunstancial de mi vida personal, justificó plenamente mi salida del partido y las cartas que envié al presidente Ernesto Zedillo y a mi amigo el licenciado Jorge Treviño, exgobernador del Estado y al Director General de Gobierno de la Secretaría de Gobernación Juan Burgos Pinto, quien posteriormente me enseñó la realidad de por qué no había tenido representantes en las casillas; a Elba Esther Gordillo y por supuesto al Presidente Nacional del PRI Humberto Roque Villanueva.

Justifiqué mi salida porque, y así lo dije con vehemencia, fervor y elocuencia, hay un límite para la ignominia y con esa postura y habiéndole comentado a Elvira, decidí lo conducente y contesté la llamada de Ramón Alberto Garza, en aquella época Director Editorial de *El Norte*, quien no creía en mi

valor para dejar el partido dominante, señalándole que en el PRI había desaparecido el radicalismo y que había que luchar contra el presidencialismo, el autoritarismo y también le dije contra el prensarismo, el poder exagerado de la prensa, y así lo pienso, pues tanto en biología como en sociología las tendencias buscan el equilibrio y cuando no lo encuentran se producen las enfermedades orgánicas sociales y también las políticas.

Mi aprendizaje y la campaña

Esa fue una época de muy inquieta vitalidad, alegre presencia y aprendizaje de la comedia humana hecha realidad política en un país que, como dijo el licenciado Eloy Garza, que había sido candidato a diputado y que tenía una brillante expresión y un acervo intelectual elevado, “perdí la elección porque no me adapté”, y yo le agregué: no, perdiste la elección porque en este país no se acepta la brillantez o la distinción; porque hay una tendencia a tolerar fundamentalmente la mediocridad, para no sufrir autocrítica comparativa.

Él me dijo, cuando le pregunté si debería hacer campaña en la universidad, que la hiciera, pero que la misma estaba empanizada, ya que la mayoría de los jóvenes estaban hartos del PRI y tenían simpatía por el PAN; además, no les interesaba la política, y además era, decía él: una juventud despolitizada, pasiva e indiferente.

Traté de modificar esa realidad, pues quise que mi Alma Mater, en donde yo tenía una gran simpatía, pudiera apoyarme, por lo que decidí visitar las diferentes escuelas y facultades, encontrando en muchas de ellas simpatía y atención a mis propuestas, tratando de no influir con mi presencia en la política interna, tal y como lo había y lo he hecho todo el tiempo que he sido exrector, pues me caían muy mal los exrectores de mi época que querían opinar, pues sólo el que está en el octavo piso puede conocer “qué tan caliente está la papa” para tomar las decisiones conducentes.

En mi campaña dentro de la universidad tuve un agrio encuentro en la Facultad de Derecho, pues a pesar de que yo había solicitado permiso para hacer una reunión afuera de la misma, los alumnos me insistieron en entrar al auditorio, y al ir caminando por la escalera que sube al segundo piso de esa escuela, fui interrumpido por dos jóvenes musculosos y de amarga expresión facial, quienes me dijeron que el director quería hablar conmigo y me iban a llevar a su oficina.

Yo, de buena fe, los acompañé para encontrarme con un agresivo personaje que dijo que para mí estaba prohibido entrar a la universidad y que si no les hacía caso, esos jóvenes adeptos iban a utilizar todas las fórmulas, incluyendo la violencia, para impedir mi presencia.

Obviamente que ese director, cuyo nombre, como dice la canción, no quiero recordar, era un émulo de porro priísta que quería quedar bien con el candidato Natividad y que no reconocía mi autoridad moral en la universidad y todas las cosas buenas en las que yo había colaborado para lograr la estabilidad de la misma y el progreso académico.

Y como más sabe el diablo por viejo, que por diablo y no queriendo confrontarme, porque ese no es mi estilo, a golpes, con los jóvenes que me estaban amenazando, salí bruscamente de la oficina, me subí a una pequeña banca del jardín y desde allí atraje con mi discurso a una gran multitud, lo que fue el mejor antídoto para evitar cualquier doloroso recuerdo que podía haber lesionado mi nostálgico y bello recuerdo de la institución.

En la campaña me acompañó como candidata a la alcaldía de Monterrey, una bella dama que había sido Miss México y que también había sido sujeta a la seducción política de mi amigo el licenciado Alberto Anaya y que participó en múltiples actividades conjuntas, con una presencia fresca, inteligente, pero poco prometedora para meterse a ese maremágnum de la política electoral.

En otras áreas de la universidad fui muy bien recibido; en la Facultad de Medicina pude exponer mis programas y en Enfermería, el cariño desbordado de esa escuela, por haber sido yo el fundador de la licenciatura, se expresó a través de mi excolaboradora María Inés Yáñez, enfermera con quien integré la Unidad Metabólica, desde su fundación, quien levantando su voz me mencionó que no olvidara el gran bien que le había hecho yo a la facultad,

Igual sucedió en la Escuela de Salud Pública y en Odontología, así como en Mecánica. Sólo en la de Comercio y Administración, facultad que tenía más de siete mil alumnos, por alguna razón se impidió que llegaran muchas personas al auditorio y sólo pude disertar ante un grupo reducido, porque esa institución, igual que la de Derecho, estaban influenciadas indirectamente por el gobierno, y dado que éste estaba ocupado por personalidades priístas, la tendencia era natural.

En esas visitas me acompañó mi amigo el licenciado José Manuel Pérez Sáenz, quien fue un extraordinario colaborador de mi campaña, tanto en la anterior que había realizado para diputado federal, como en esa, y con su capacidad creativa, su experiencia en comunicación y su comprensión del fenómeno político de la circunstancia, siendo sobre todo un personaje leal y generoso que siempre estuvo a mi lado y con su apoyo y entusiasmo, impedía que yo cayera en la tristeza o en la depresión, al chocar con la realidad de una campaña difícil y con un partido que no tenía mucho reconocimiento en Nuevo León, al cual además lo calificaban como partido de tendencia comunista, por lo que mis amigos me decían: por ti sí votamos Luis, pero por ese partido, rojo y amarillo, no lo podemos hacer.

Recuerdo también con especial afecto a Roberto Rangel, hombre de una bonhomía excepcional, quien murió prematuramente; a Sylvia Andonie y sobre todo a mi secretaria de muchos años, Leonor Rodríguez, quien era el núcleo administrativo permanente de ese programa y no olvidaré nunca la lealtad de Elvira y su fe en mi futuro; misma que he recibido en todas las actividades públicas en las que trabajado.

Los medios desbordan la democracia

El título de este apartado no es mío, es, según dicen, del futurólogo inglés Paul Kennedy, quien señala que en la época actual la tremenda influencia de los medios de comunicación, sobre todo de los electrónicos, ha desbordado el concepto tradicional de la democracia, pues esta última se basaba (lo cual no sucede ahora) en un análisis de las circunstancias y de los candidatos y, posteriormente, en una decisión plenamente volitiva para seleccionar y en esa forma encauzar gradualmente un proceso mayoritario que decidía sobre una minoría que perdía su oportunidad por una diferencia numérica.

Este método, si no perfecto, como dijo Winston Churchill: “es el menos malo de los sistemas para gobernar”, porque se presume que las mayorías tienen la razón, lo que a veces no es cierto, pero lo que sí tienen es la fuerza para gobernar a través del voto popular y de escoger a quien los obedezca, ya que en la clásica fórmula griega, el gobernado es realmente el gobernante.

Estas consideraciones han cambiado, y actualmente la democracia ya no es un proceso de voluntad analítica o de reflexión, sino el producto de una fenomenología social diferente, ya que la voluntad y la elección del elector es

presionada, inducida o enajenada a través del contacto permanente y múltiple con el mensaje que la comunicación proporciona.

Este mecanismo de inducir, deformar o encauzar la voluntad de las personas es una grave falta de la sociedad moderna, en lo que se refiere a la educación de los niños, porque la televisión, por ejemplo, siendo descriptiva, reiterada, policromática y polisensorial, va produciendo una actitud pasiva en nuestros hijos, quienes reciben y se impregnan de luces, colores, voces, dramas, violencia, anuncios y hasta de pornografía que el cerebro acepta sin responder en forma interactuante, perdiendo así los elementos claves del pensamiento, que son la imaginación, la creatividad y el diálogo interpersonal.

Todo ello forma parte de una metodología de buscar el conocimiento y las fórmulas de verdad a través del análisis crítico y de la capacidad de síntesis, y no sólo de recibir pasivamente la información.

Me decía Alberto Anaya, en una reunión a la que convocó a sus publicistas de Guadalajara, Jalisco, durante la campaña y a algunos jóvenes de la ciudad de México, productores de televisión: “la publicidad es lo más importante; nosotros aprendimos eso en Durango, pues allá ganamos con base en una propaganda reiterada y, sobre todo muy actualizada, lo que nos permitió también combatir la campaña “sucias” de que fuimos objeto”.

“Estoy convencido de que con una buena propaganda y una buena exposición física del candidato se pueden cambiar muchas voluntades y alterar las conciencias que están aferradas a un sistema tradicional, que es el PRI, o al bipartidismo que este partido tiene en su exposición histórica con el PAN”.

“Por eso necesitamos buenas fotografías, doctor, tuyas y de su familia, buenos spots de radio, ya que la radio llega a las clases populares y en esta época es valiosísima para ganar unas elecciones. Ni qué decir “que se requiere una primera fase de posicionamiento, después una fase de conocimiento del candidato y, al final, la etapa de propuestas. Hay libros sobre este tema y el partido va a organizar un curso de Mercadotecnia Electoral” (cosa que se hizo)

“Bueno”, señaló Héctor Oropeza, “nosotros somos expertos en esto y estamos diseñando ya lo que serán los colores y el logo para el posicionamiento electoral; también aprovecharemos en la publicidad la enorme trayectoria que tiene el doctor Todd y nuestro lema será coincidente con el Partido

del Trabajo, por eso es que hemos seleccionado “Todd es gente de trabajo”. Nuestros colores son muy llamativos, puesto que son los mismos que usa la compañía de hamburguesas McDonald’s, y la estrella, que parece comunista, no tiene por qué producirnos ningún conflicto, pues es utilizada, entre otras, por la empresa moderna de comida Carl’s, así que con esta publicidad tendremos muy buena oportunidad para lograr introyectar su imagen en los electores, a través de un sistema adecuado y basado en nuestra experiencia”.

Alberto reiteró: “Yo he contratado a este joven creativo, productor de televisión, Daniel Marmolejo, quien ganó un premio nacional, para que sea el encargado de diseñar los spots publicitarios de televisión. Hemos comprado ya el mejor equipo y la mejor tecnología que existe; hice personalmente un viaje a Nueva York, pues nos interesa ser nosotros mismos los productores y, además, tenemos imprenta, equipo para hacer pendones, mamparas y luminarias, y todo esto nos sale muy barato, porque el trabajo lo ponen los compañeros en sus horas libres”.

Yo señalé con claridad: “Yo creo en los profesionales de todas las ramas, y si ustedes son los expertos, me pongo en sus manos porque pienso que la publicidad es una ciencia y no un oficio amateur, y si ustedes (me dirigí a los expertos de Jalisco) son lo que dice Alberto, con la información que les vamos a proporcionar de mi pasado y nuestras ideas, podrán ir haciendo una buena fórmula complementaria”.

La sonrisa y la autosuficiencia iluminaron los rostros de los enviados de Guadalajara. Lo que yo nunca supe es por qué Alberto Anaya seleccionó la Agencia Oropeza, pues en Monterrey hay mucha gente experta en esa materia y no había razón para traerla de otra ciudad, enfrentando las dificultades propias de la comunicación indirecta que después que después sufrimos durante la campaña.

Alberto retomó el tema para continuar hablando y explicando con sentido dogmático y con un análisis minucioso cada uno de los detalles, lo que prolongó la reunión durante varias horas, hasta que decidí abandonarla, puesto que, como lo había señalado, si ellos eran los expertos, ellos deberían ser los que tomaran las decisiones.

Vámonos de crucero con Todd

“Lo importante es el medio”, decía Mac Luhan, “no el mensaje”, y quizás esta aseveración es válida para las campañas políticas, pues en esta época de la reflexiología conductista, lo que importa es la sorpresa o la novedad y no seguir el convencionalismo clásico de los mítines, las visitas domiciliarias o la competencia de imagen reiterada que se genera a través de la televisión y de la radio.

Por esa razón el licenciado José Manuel Pérez Sáenz y el doctor Guillermo Elizondo sugirieron una manera de establecer contacto directo con la gente: pararnos en un puente peatonal, acompañados de un numeroso grupo de edecanes y voluntarios, con pancartas o mantas alusivas a la campaña y saludar a la gente, lo cual hicimos en múltiples ocasiones.

Un ejemplo del efecto de este tipo de actividades se manifestó fácilmente en el puente peatonal de la avenida Gonzalitos, cerca de la avenida Pablo A. de la Garza, pues en él hicimos una estadística con método científico y constatamos que cada minuto pasaban 60 automóviles, por lo que en el transcurso de dos horas pudimos saludar a 7,200 personas.

En algunos cruceros y en diferentes horarios, el número de autos que transitaban a una velocidad relativamente baja era de 80 y 100, cuando se agilizaba el tránsito vehicular, por lo que fue posible lograr establecer contacto visual con 6,000 personas cada hora, y en dos horas con 12,000, lo que no hubiera sido posible lograr en un mítin.

Con gran aparato y un poco de sonido, acompañado de mi esposa y en algunas ocasiones hasta de mis hijos, efectuamos esta “novedosa”, como la calificó la prensa, fórmula de hacer campaña, llamando nuestra atención el efecto mayoritario y el reconocimiento que la gente hacía a nuestra estrategia.

Dada mi formación de médico, con método científico diseñé una sencilla muestra representativa de apoyo, sobre la siguiente tesis: Aquéllos que saludaban y levantaban el pulgar eran posibles votos a favor; los que solamente saludaban, demostraban su afecto y solidaridad, aunque no comprometían su voto, y los que ponían el dedo pulgar hacia abajo, claramente señalaban que iban a votar en contra.

Por supuesto que no nos escapamos de algunas malas razones, que son parte del folclor, pero siempre respondí con una sonrisa a la grosería, pues

en esa forma se amortigua el efecto y la energía entrópica de la vulgaridad y se equilibra con la sonrisa de la comprensión y la tolerancia, factores humanos muy útiles para sobrevivir en la época actual.

Nuestras estadísticas mostraron que el 60% de los que nos saludaban levantaban el dedo pulgar (y esto lo constatamos en reiteradas ocasiones); que el 30% solamente saludaba, mientras que el 15% o un poco menos, colocaba el dedo hacia abajo. El 5% lo dejamos para los que nos recordaron a nuestra progenitora.

Mientras veía pasar los automóviles, saludaba y presentaba mi mejor sonrisa, que se convierte en estereotipo en los candidatos, pues es parte del ritual que los comunicólogos exigen a los pobres políticos, quienes al igual que los payasos debemos sonreír siempre a tiempo, y a diestra y siniestra, con el riesgo de que una parálisis facial congele nuestra expresión corpórea.

En esos momentos pensaba en lo primitivo que es nuestro sistema de propaganda y en todos los desfiguros que un candidato tiene que hacer para entrar a esa estructura muy elemental de simpatía forzada.

Recordé que estando en Francia, una vez me tocó participar como observador en unas elecciones, y me di cuenta de como eran tales procesos en aquel país. Así se lo comenté en una ocasión a mi esposa y a Juan Pablo Guerrero, un estudiante de Ciencias Políticas, que algunas veces nos acompañó cuando salíamos a pasear, siempre seguido de un perro chino de piel laxa, cuya actitud de depresión y paranoia me recordaba a algunos seres humanos.

“Oye, Juan Pablo: ¿Cómo es posible que aquí en Francia sólo se coloque la propaganda unos diez días antes de las elecciones, en lugares previamente diseñados para los carteles y no ensucian la ciudad o pendones y menos aún con papeles? Además, no daña el paisaje y la duración de la propaganda es corta y pareja para todos, porque cada candidato tiene derecho a un espacio igual en los lugares correspondientes, y lo mismo sucede en los espacios de televisión oficial, en los que no hay ventajas para nadie”.

Juan Pablo, hombre joven e inteligente, que actualmente dirige en la ciudad de México un importante proyecto de investigación sobre los aspectos de descentralización administrativa en el sector público, me contestó: “Así es, doctor, lo que sucede es que nuestras raíces son distintas y como lo han mencionado muchos sociólogos, en México el concepto de pueblo globero,

en donde los globos se sueltan en medio de la plaza y todo mundo voltea a verlos, se traspasa al fenómeno de la comunicación; eso en Estados Unidos no existe y menos en Inglaterra, pero sí sucede en algunos países africanos en donde los rituales de la democracia electoral son muy primitivos y sobre todo muy violentos, cosa que no sucede en México, gracias a Dios”.

A lo que le contesté: “Los franceses tienen raíces semejantes a las nuestras, pues su origen es latino; entiendo perfectamente que los nórdicos o los sajones tengan esa frialdad acorde con el clima de sus países, pero en Francia existe una caracterología romántica y un aprecio por “la vida en rosa” o por “el buen vivir”, que nos hace coincidentes en nuestra raíz mestiza, latina y con cierto frado de penetración indígena en algunas partes de nuestro país”.

“No, doctor –insistió Juan Pablo- los símbolos en México son muy importantes y en esos países de mayor desarrollo educativo tienden a decrecer y a ser suplidos por la realidad, por el análisis y por el respeto a la inteligencia o al argumento, y lo que define en esos países la votación no es la simpatía solamente, sino el debate en televisión o en la prensa, así como el peso del discurso, de esa manera, la elección es más de carácter intelectual que emocional”.

Estas reflexiones vienen a mi mente porque en efecto, durante la campaña, el contacto personal en los cruceros, cuando íbamos a lo que llamábamos “Vámonos de Crucero con Todd”, despertaba un grado de simpatía incluso en gentes que llevaban en su automóvil las siglas del PRI o del PAN, pues muchos de ellos me recordaban por mi paso en la Universidad o por los triunfos de Los Tigres, y algunos otros me decían con piedad democrática: “Estamos con usted”.

También sucedió que muchos miembros de la CROC y de la CTM me señalaron: “Doctor, nosotros vamos a votar por usted, pero no lo podemos decir”, lo que forma parte de una cultura política corporativa que empieza a desaparecer, desfavorablemente para el PRI y favorablemente para los partidos que aprovechan el voto de castigo, como es el caso del Partido Acción Nacional.

Lo que sí fue evidente, y eso me gustaría comentárselo a Juan Pablo, pues hace tiempo que no lo veo, es que nuestra gente del norte de México tiene una alegría espontánea, una bondad natural, son piadosos –porque estoy seguro de que muchos me dijeron que iban a votar por mí, sólo para que

no me sintiera mal- y poseen una gran solidaridad con las causas difíciles o desesperadas, como fue para muchos el caso particular de mi candidatura.

Expresiones de afecto, de cariño y gritos de apoyo fueron características de estos encuentros en los pasos peatonales y en las esquinas en las que repartíamos trípticos que contenían mi currículum, con la idea de que con mi experiencia y mis antecedentes, que son mucho más prolíferos y polifacéticos que los de los otros candidatos, podríamos influir en el voto popular.

De estos encuentros lo que obtuve fue algo que no se puede medir: el afecto, la comprensión humana, el cariño y la alegría de un pueblo vigoroso y trabajador como el nuestro, pero con una cepa afectiva única, diría yo, pues en mi experiencia a nivel nacional pude constatar que la gente del norte es diferente en sus actitudes a la del centro, y también distinta a los habitantes del Distrito Federal, los cuales, aunque son una mezcla de muchas partes del país, automáticamente se impregnan de una forma de ser un poco elaborada o barroca.

En otros lugares de la República, más al sur, las respuestas son enigmáticas y muestran desconfianza, y ni qué decir que muchos de nuestros grupos indígenas, probablemente por autoprotección, adoptan una actitud de encierro emocional. Por eso dicen que en el norte se trabaja y se ríe: en el centro se piensa, lo cual me parece muy fatuo, y en el sur se divierten, lo cual tampoco creo que sea totalmente cierto.

Sin embargo, hay que reconocer que la geopolítica existe y eso lo ha escrito brillantemente el maestro Andrés Henestrosa.

De los candidatos

Aunque no soy psiquiatra para entender a plenitud la enfermedad del poder o de la ambición política que compartí durante la campaña con otros seres humanos de rasgos y características particulares, sí tengo la fortuna de haber sido formado en la profesión médica y sobre todo mi raíz profesional se consolidó en una época en la que todavía la medicina era el arte-ciencia de conocer al ser humano, de ser posible curarlo, aliviarlo o al menos consolarlo, rasgos que la medicina no practica cabalmente en la actualidad.

Durante los debates, en las entrevistas de radio y televisión, a través de los pronunciamientos y analizando los spots publicitarios, puede uno conocer

la figura simbólica de una persona, en una gesta política partidista; pero si aparte se tiene la fortuna de haberla conocido y tratado previamente con mayor o menor profundidad y en tiempos distintos, el análisis puede resultar no totalmente cierto, pero sí con inclinaciones hacia la verdad relativa, la única que es posible encontrar en un ser humano que, en el concierto de la política, dramatiza su existencia y se comporta como un buen actor de teatro.

Mientras escribo este capítulo viene a mi mente la época de mi adolescencia, cuando estudiaba en el Instituto Regiomontano, ubicado en la Colonia Chepe Vera, que era el único edificio que se veía en toda esa área, hasta que la mirada se topaba con el Hospital Universitario hacia el norte, y hacia el oriente con las instalaciones de la planta potabilizadora de agua, que desde hace muchos años está ubicada por la calle Matamoros.

Recuerdo mis años de estudiante con los grandes maestros: el profesor Alfredo Lognecker, el profesor Ortiz Catannac y muchos otros fundadores del instituto. Recuerdo también que una de las primeras casas que se construyeron al pie del Cerro del Obispado, cercana al centro escolar, fue la de la familia Canales, primos del que fue gobernador de Nuevo León. Yo tuve de compañeros a Gregorio y Enrique Canales, este último un simpático pintor que todavía desborda su picardía humorística en diferentes medios de comunicación.

No obstante que es más joven que yo, conocí a Fernando Canales desde hace muchos años, y a su familia, y me unen lazos de recuerdos muy profundos con Eugenio Clariond, quien ahora ocupa un lugar muy importante en el Consejo Mexicano de Hombre de Negocios, organismo cupular de los potentados de la nación, quien está casado con Alejandra Rangel, hija del maestro Raúl Rangel Frías.

Durante y posterior a ese tiempo traté a Fernando, no íntimamente, pero sí nos encontrábamos con frecuencia y conversábamos, y dado que somos co-terráneos y tenemos raíces comunes en el sistema educativo, pude seguirle la pista y conocer su forma de pensar y sus actitudes, algunas todavía inmaduras, como sucedió el día de las elecciones para la gubernatura que él perdió ante Jorge Treviño, y otras ya de mayor profundidad en los devenires del quehacer moderno de su actividad política.

Ese ex gobernador durante la campaña mostró que a veces adopta la antítesis del Opus Dei, o sea, el pecado de la soberbia, porque como sabemos

esta organización religiosa, que fue fundada por el sacerdote español José María Escrivá, cree que el único pecado capital que no tiene regreso es la soberbia, con lo cual coincide.

Los rasgos de soberbia o prepotencia de Fernando aparecieron durante la campaña en algunos momentos, pero bien vale la pena reconocer que aprende rápidamente a controlarse, pues al final del proceso electoral se comportaba con sencillez y posteriormente, diría yo, que hasta con grandeza.

Para el que esto escribe fue una sorpresa extraordinaria reconocer, ya siendo Fernando gobernador electo, su bonhomía, su falta de rencor y una sencillez que no le había reconocido previamente, pues de parte suya recibí un trato muy especial, a pesar de que, dada mi naturaleza polémica-verbal, durante los meses que duró la campaña, con frecuencia me comporté agresivo, desde el punto de vista político.

Recuerdo que en una ocasión dijo: “Que él era el enemigo a vencer 2, y siempre supe que era cierto, porque nunca pensé que Natividad podría derrotar el voto de castigo, por lo que le repliqué delante de Joaquín López Dóriga: “no eres el enemigo a vencer sino a temer, Dios nos libre de que seas el gobernador del estado, tenemos temor de que así sea”.

Él no se inmutó, pues creo que tomó un curso de reciedumbre y de paciencia oriental, como es el caso de mi amigo Alberto Anaya, que no mueve un solo músculo, Pero sí creo que Fernando Canales es una buena persona y que su esposa es un dínamo de emoción que goza de una particular sensibilidad política, pues ella es mucho más adaptada a las circunstancias del fenómeno político y afronta con sencillez las actitudes desfavorables, así demostró durante la campaña y lo sigue documentando con su sonrisa siempre afable y su belleza externa y espiritual.

Quizás lo que comento no es parcialmente cierto, pero sí producto de que a mí me sucedió lo mismo con Elvira, mi esposa, quien es mucho más afable en el encuentro con los seres humanos que el que esto escribe, pues me gusta la política como el arte y la estrategia del convencimiento, pero respondo a veces con el temperamento, no exclusivamente con la razón.

Con toda esta digresión olvidé que el candidato más importante tradicionalmente era José Natividad González Parás, pues todos estábamos acostumbrados a que el PRI ganara las elecciones y el mismo Nati creo que estaba

seguro de que, a pesar de que habría una contienda difícil, él iba a ser el gobernador, pues se comportaba como se comportaron todos los anteriores candidatos que he conocido.

Como me tocó participar en las campañas de Pedro Zorrilla, Alfonso Martínez Domínguez, Jorge Treviño y, hasta un poco como observador, en la de Sócrates Rizzo sé que al igual que en los candidatos presidenciales, se ha percibido siempre una actitud semejante.

En cierta ocasión, cuando Nati estaba en la Secretaría de Gobernación, fui a saludarlo y le dije: “Mira, Nati: este asunto de Sócrates Rizzo es muy delicado para Nuevo León, necesitan acelerar la renuncia del gobernador o de otra manera, el PRI no gana ni con la Madre Teresa”, frase que le copié a mi buen amigo, el licenciado César Lucio Coronado. Como es mi costumbre, me explayé, señalándole que quería participar activamente en el proceso y que estaba dispuesto a “sacrificarme por el estado” y, en fin, lo que se dice en esos casos.

Nati, a quien había conocido previamente cuando trabajó con Jorge Treviño, me contestó exactamente como es él, sin comprometerse, diciéndome que comentaría esa opinión, pero que por supuesto él no podía tomar ninguna decisión y menos señalarme alguna posición oficial al respecto. Es decir, la clásica respuesta del político tradicional.

Pasados algunos meses, me presenté de nuevo en su oficina y le manifesté: “Nati: Sé que tú vas a ser el candidato del PRI a la gubernatura, no tengo la menor duda, tengo información privilegiada, y me da gusto, porque eres un hombre bueno y valioso. Estoy dispuesto a ayudarte y a asesorarte en algunos aspectos de la vida del estado, sobre todo en los quehaceres educativo y social. Mi opinión es que este proceso debe iniciarse lo antes posible”.

Él me contestó: “Luis: no tengo ninguna información que me señale que voy a ser el candidato; tampoco tengo conocimiento de que el señor Presidente o mi partido hayan pensado en mí; sé que estoy en la lista, pero no hay nada concreto y menos aún he manifestado mi interés o mi ambición por la candidatura”. Me respondió de nuevo con el lenguaje del político, a mí, al amigo que le estaba abriendo un abanico de opciones para confrontarlas en un rasgo de autenticidad.

Si lo hizo por modestia, está justificado, pensé, porque y así lo creo, Natividad es un hombre prudente, discreto y modesto. Pero si lo hizo por actitud política, probablemente ese fue su mayor error, que se perpetuó a lo largo de la campaña, el no cambiar la fórmula tradicional que existe en México para hacer política y que es la que ha puesto al PRI en la posición más frágil de su historia, generando la enorme desconfianza que la gente tiene para con el partido tradicional.

La personalidad, dicen los psicólogos, se fragua o se fortalece en las crisis, pero también en ellas se hace evidente, pues un ser humano puede estar siempre luchando entre el ser y el parecer, pero queda bruscamente al desnudo cuando hay que tomar una decisión difícil o cuando se está sujeto al reto de las crisis que acompañan las actitudes individuales y sociales.

No debo olvidar a nuestra contendiente femenina y haré algún comentario sobre ella. Me refiero a Liliana Flores Benavides, excandidata del PRD, de quien, como es una dama y tengo todavía ese atavismo protector para con las mujeres, sólo señalaré lo que considero más discreto y prudente. Las opciones de la candidata del PRD eran menores a las mías, porque en ese partido se juntan el temor que la gente tiene a la izquierda con la falta de apoyo financiero que el PRD, lleno de contrasentidos centralistas, impone a sus candidatos.

Sin embargo, Liliana contó con una simpatía fundamentalmente derivada de su liderazgo en El Barzón, porque en efecto, a los que debemos nos da mucho coraje que nos cobren, y si hay alguien que no señala como teoría básica que “no paguemos”, nuestra tendencia es admirarlo, y si a lo anterior se le agrega una personalidad inteligente, carismática y con dureza verbal, nace un liderazgo y se acumulan algunos votos, como fue el caso particular de la candidata del PRD.

En el transcurso de la campaña la respeté al máximo de la tolerancia, porque es bastante extrovertida en sus expresiones verbales, pero la verdad es que no creo en la filosofía de “debo no pago” de El Barzón, y creo que la gente en Nuevo León, instintivamente, tampoco la comparte pues es contraria a nuestra idiosincrasia regional. Yo creo que debe cambiarse por la de “debo no niego, pero ayúdame con un crédito para producir y así poder pagar”, teoría del crédito social que tanto preconizamos durante la campaña.

Sin embargo, la presencia femenina, audaz y agresiva de la candidata del PRD, le dio a la campaña un sabor distinto, porque aunque se sintiera uno incómodo, esta participación demostró que la democracia y la libertad de expresión extienden cada vez más sus redes en el continente político mexicano.

La señora dijo lo que quiso, no se midió, tampoco sostuvo muchas de sus aseveraciones con argumentos. No obstante, todos la respetamos y actualmente continúa con presencia política en defensa de los intereses de sus agremiados. Su actitud de criticar la política de los demás partidos tenía una pequeña dosis de demagogia, probablemente inconsciente, pues sus cuestionamientos no iban acompañados de una solución práctica. Pero su personalidad vital y su fulgurante mirar quedaron allí para la historia.

Javier Livas y yo somos amigos desde hace muchos años. Él es un hombre muy especial, inteligente y con una tenacidad que a veces se convierte en tozudez. Recuerdo una ocasión en que fue a la Cámara de Diputados y me dijo: “El país es un desastre y ustedes los diputados son cómplices, porque lo que hay que hacer es crear un sistema de información a tiempo real para implementar la cibernética y, de esa manera, optimizar los recursos, como se hizo en Chile”.

Con esos argumentos cabildeó durante buen tiempo y logró que invitaran a su amigo Stafford Beard, discípulo de Winner, el creador de la cibernética, quien había implementado un sistema para controlar insumos agropecuarios en Chile y así había evitado lo percedero de los alimentos, incrementando el porcentaje de eficiencia y eficacia en las entregas.

No creo que haya tenido algún éxito, porque sé que en las secretarías correspondientes le dieron un portazo en la frente a esa idea generosa. Javier es en el fondo un niño, un poco egocéntrico, difícil de convencer y no dúctil, pero tiene una inteligencia muy clara y es una personalidad política muy valiosa que nació en un momento inoperante, pues al igual que el que esto escribe, tenemos algunas ideas de avanzada que el país todavía no logra asimilar.

Javier tuvo también la idea de que hiciéramos una campaña de coalición, y así me lo hizo saber; a mi vez le pregunté a Beto Anaya: “Oye, Javier quiere que hagamos elecciones internas”, y Beto, con su característica actitud, me respondió: “¿Y qué ganamos nosotros?, él no tiene partido, tampoco tiene

recursos ni posibilidad alguna de ganar; y una contienda interna sería nada más entre él y usted, porque Liliana no la va a aceptar nunca, pues la señora del PRD no nos puede ver”.

Con mucha pena, porque sí me interesaba la idea de Javier, tuve que hacer a un lado esa propuesta democratizadora, que hubiera sido muy buena de existir las condiciones para las coaliciones, que por cierto no son legales, pero sí pueden ser políticas.

Creo que Javier no va a cambiar y va a seguir siendo el mismo que se salió primero del PRI, después del PAN y que siempre se va a seguir saliendo de cualquier partido al que ingrese, porque él cree en la conducción y en un liderazgo sin adjetivos ni retenes. Es un alma libre y generosa que, como mi compadre Alfredo Piñeyro, fueron manufacturados sin reversa, es decir, son máquinas de ferrocarril hechas para circular en un solo sentido y no tienen manera de dar vuelta atrás.

De Eustacio Salinas no puedo decir mucho, sólo que es un hombre inteligente y cortés, quien siempre me trató con deferencia. Lo conocí y traté en la época en que él colaboraba con Santiago Roel, y creo que merecía mejor suerte en términos de presencia política, pero si el PT, que es un partido disciplinado que contaba con 13,000 miembros en Nuevo León y que logró reunir más de 50,000 gentes en la Macroplaza en el cierre de campaña, no pudo sobrepasar el sistema bipartidista de las dos caras de la misma moneda (PRI y PAN), menos podría una personalidad sin partido conocido y sin recursos financieros para una propaganda adecuada.

El mismo caso se le puede atribuir a mi bien intencionado amigo José Luis Martínez del PPS, quien es un hombre bueno, pero que se quedó estancado en el pantano del marxismo tradicional y del socialismo radical que ya ni en Cuba está vigente.

En síntesis, las personalidades disímbolas, interesantes, auténticas unas veces y dramáticas otras, de mis contendientes, enriquecieron mi conocimiento del fenómeno humano y por eso me permití dar estas opiniones que, por supuesto, están sujetas a contradicción, pues lo más difícil es penetrar en el alma, en la realidad solitaria del hombre o en el refugio de la raíz caracterológica de una personalidad pública que busca el poder como un estímulo, pero que tiene que padecerlo como una enfermedad.

En otro capítulo trataré de autodesciframme; pero eso es todavía más difícil, porque la autocomplacencia es normal y a nadie le gusta estar equivocado.

La debatitis crónica

Dicen que en México nuestra suerte ecológica es tan mala, que a veces tenemos una gran aridez y no llueve y, cuando llueve, tenemos ciclones, tormentas y destrucción. Es decir, no llegamos a la parte ecléctica de un proceso.

Lo mismo sucedió con el asunto de los debates durante la campaña. Nuestro sentido de imitación estratégica nos hizo copiar de los Estados Unidos el procedimiento del debate como elemento para convencer al electorado de la inteligencia, carisma y conocimiento que sobre los temas nacionales tenía cada candidato.

Fue clásico y muy recordado el debate entre Diego Fernández de Cevallos, Cuahitémoc Cárdenas y Ernesto Zedillo Ponce de León, en el que el abogado de la barba hirsuta y del protagonismo elocuente, derrotó a los otros dos contendientes y, según las estadísticas, aumentó enormemente a su favor la inclinación del voto popular.

Posteriormente aparecieron debates de los precandidatos del PRI y previamente había existido una especie de discurso-debate entre los candidatos del PAN. En Nuevo León hubo algunos remedos de debate, previos a la elección, totalmente unidimensional, en la que se escogió a Sócrates Rizzo como candidato del PRI a la gubernatura del estado.

Fueron comunes los debates entre Nixon y Kennedy, quienes iniciaron este proceso hace muchos años, así como los de Clinton y sus contendientes. Pero de todo eso lo único que se concluye es que la comunicación sigue siendo la jefa y dictadora del fenómeno electoral, pues lo que le importa a la gente en estos procedimientos no es qué tan buena sea una persona para gobernar, sino qué tan buena es para hablar, para convencer o para polemizar.

De todo eso aprendimos lo siguiente: Dentro de nuestro proceso de campaña, en lugar haber usado los debates como una fórmula interesante y capaz de convencer al electorado sobre el conocimiento que cada candidato tenía de los problemas regionales, se hizo una gran simulación, pues

por un lado había debates como el organizado por un medio de comunicación, cuya calificación fue coincidente con el voto de castigo (por las irregularidades del PRI), y por otro lado hubo debates como el organizado por el CINLAC.

El debate organizado por los jóvenes mostró la desorganización característica de éstos; no se utilizó método para evaluar objetivamente los hechos y, al final, todo quedó en apreciaciones subjetivas. Asistimos también a debates como el organizado por el Canal 2 de televisión o el llamado “debate final”, auspiciado por la Comisión Estatal Electoral, que estuvo acartonado y sólo mostró algunos rasgos dramáticos de los contendientes que impactaron a la opinión pública, porque bromear, satirizar y practicar la ironía es parte consustancial de nuestro temperamento norteño y mexicano, pero no sé si eso enseñe calidad en el arte de gobernar.

El debate final organizado por la Comisión Estatal Electoral, programado y desarrollado con enorme gasto para el Estado, fue dividido en dos partes: en la primera se nos dio acceso a los que, según ellos, éramos candidatos a la lucha electoral, y la segunda parte, que fue rechazada, se les dio a los candidatos que, según la CEE, no eran viables. ¡Imagínese usted el absurdo del juicio previo!

Todos asistimos y Fernando Canales vaciló con Natividad, entregándole una camiseta del PRI; por mi parte, traté de ser un representante genuino del proyecto educativo y vacilé con los representantes del PRI y el PAN, mostrándoles una moneda con el logotipo de esos partidos, uno por cada lado, para hacer ver que son la misma cosa, pues votaron igual en todos los cambios económicos que ha habido en el país; y Liliana, como siempre, fue contumaz y agresiva.

En fin, aquello fue no un concurso de ideas, sino un concierto de “descuentos” y, al final, seguramente produjo una enorme confusión en el electorado, que lo único que disfrutó fue la dramatización del proceso y no la muestra de la calidad de los candidatos.

Recuerdo todavía la “debatitis” en radio y en televisión donde practicamos, probablemente cerca de 20 ocasiones, la polémica mal intencionada; también hubo algunas anécdotas que por su carácter histórico merecen ser comentadas. Pero de ahí a que tuviera algún efecto contundente en la elección, no lo creo, pues el que ganó fue Fernando Canales y no estimo, porque

lo viví, que él haya ganado en el debate general de estas muestras de primitivismo político y de copia sucedánea de la política norteamericana.

Según los que asistieron a las polémicas, gané la mayoría de ellos, porque mi experiencia universitaria y el haber participado tantos años en debates, me hacen fácil responder con una contradicción dialéctica o con una réplica, y también me caracteriza la ironía y hasta un humorismo serio, diría yo, como me lo comentaron mis amigos y lo que no lo son, también.

Todavía recuerdo el día en que asistimos a un debate organizado por un medio de comunicación, en el que al terminar, uno de los propietarios del mismo me dijo: “estuviste brillante, inteligente e irónico”, y un miembro del jurado me señaló: “Usted ganó, doctor, sin ninguna duda”. Pero esas manifestaciones no fueron coincidentes con los resultados aparecidos posteriormente en el periódico.

En otro debate, Fernando perdió la compostura y calificó de corrupto al Partido del Trabajo, sólo porque fue registrado durante el régimen salinista, a lo que le contesté que todos habíamos sido salinistas, lo cual creo es importante reconocer, pues tan salinista fue Natividad, que trabajó con Pepe Córdova, como el que esto escribe, pues trabajé como subsecretario de Educación Superior con Manuel Bartlett. O como Fernando Canales, quien recibió beneficios para sus empresas durante la época de Salinas, al igual que muchos otros empresarios y banqueros de Monterrey.

Es un secreto a voces que Nuevo León fue favorecido con concursos y licitaciones en los que intervino frecuentemente el ahora hecho “cera y pabilo” como ser humano, y vilpendiado como pocos, Raúl Salinas de Gortari, embajador plenipotenciario de su hermano Carlos, y quien se encargaba de los asuntos financieros, los concursos, las adjudicaciones de las empresas públicas, pues su ambición de ser gobernador de Nuevo León le hacía condicionar las decisiones del presidente a favor de los empresarios de Monterrey. Esto no es nuevo, lo que es nuevo es que hay que decirlo, para que se sepa.

Ese caballero dijo que el autor no sabe nada de economía industrial, cuando me atreví a contestarle a Fernando que demostrara que el Partido del Trabajo es un partido corrupto, pues a mi no me consta. Mi respuesta fue madura y congruente: señalé mi admiración por Eugenio, porque habiendo perdido tanto dinero, pudo comprar empresas, y le exigí a Fernando que

demostrara la ligazón corrupta de Alberto Anaya y el Partido del Trabajo con el régimen de Salinas.

El argumento en que basan esa aseveración siempre ha sido que Beto Anaya fue amigo de Raúl Salinas y compañero de escuela de Carlos Salinas, pero olvidan que los empresarios y muchos de nosotros fuimos amigos y admiradores de Carlos Salinas de Gortari, y que si ahora está siendo santanizado, es un problema histórico, pero no hay que tener amnesia de la realidad, y me parece de muy mal gusto no reconocer que todos tuvimos algo que ver con el gobierno salinista, que le dio un ímpetu fantástico a la imagen de nuestro país internacionalmente y después cedió ante la soberbia y la vanidad, perdiendo su oportunidad histórica y reactivando los procesos sexenales de derrota económica que nos caracterizan.

Tengo que reconocer que en los debates, Natividad era el más propio y Fernando fue aprendiendo con el tiempo a no responder. Por supuesto que esto nunca sucedió con Liliana Flores Benavides, quien respondía de inmediato, con argumentos o sin ellos, pero tratando de ganar adeptos en ese difícil y oscurantista mundo caracterizado por la falta de apoyo central.

Otro platillo culinario del debate fue el caso de Javier Livas, hombre fuerte en la polémica, con argumentos sólidos y rasgos frontales que le generaron muchos aplausos, y a quien por alguna razón traté siempre de apoyar y de hacerme solidario en ese suicidio político que tanto él como yo estábamos practicando; él conscientemente y yo sin darme cuenta.

La “debatitis” no condujo a ninguna maduración, porque el voto ya estaba dado en favor del PAN y en contra del PRI y con la desconfianza hacia partidos políticos jóvenes como el PT, a lo que se le agregó el voto fácil de “¿para qué votar por Todd, pues aunque sea el mejor, no va a ganar”.

El desgaste de “la debatitis” permanente modificó este sistema que sirve para mostrar la personalidad de los candidatos, haciéndolo totalmente frívolo y superficial, es decir, por debatir tanto, dejamos de debatir. Creo que este proceso político está ya en fase de extinción, aunque seguirá siendo aprovechado por los magos de la comunicación que gozan de la tendencia excéntrica de reducir la política a quien sepa hablar o polemizar, olvidándose de que hay políticos muy importantes en la historia del mundo que han hablado poco, pero actuado mucho.

Dicen los que saben, que Napoleón Bonaparte no era un buen orador y que Metternich tampoco gozaba de esa cualidad y, menos aún, Stalin, quien en lugar de hablar, actuaba y destruía. Pero hay sus excepciones, como fue el caso de Kennedy, o el bellissimo espécimen histórico de Winston Churchill, quien fue un excelente orador en el momento en que se necesitaba una gran oratoria: la Segunda Guerra Mundial.

En síntesis, concibo que la gente se divirtió con nosotros y que, como en los espectáculos de los gladiadores romanos, lo que le interesaba al público, hecho masa colectiva, era ver sangre, no física, pero sí como parte del desgaste intelectual.

Creo que pocos le dieron importancia a los debates, para la votación o para la inducción real, y muchos la caracterología histriónica y dramática de los candidatos que, como títeres, fuimos puestos al servicios del los medios, para la venta de un producto sin sustancia. Sin embargo, el objeto de “la debatitis” fue divertir, lo que gocé plenamente y, según la gente que me quiere, gané en casi todas las ocasiones, de lo que obviamente no estoy muy seguro, porque ganar o perder significaba ganar la elección y no la imagen exterior.

Pero con gusto repetiría esta experiencia con un jurado imparcial, en donde no estuvieran presentes: ni la Comisión Estatal Electoral, que tiene patrón, ni los medios electrónicos y de televisión, cuyos únicos intereses y deseos eran vender su tiempo para fomentar la competitividad y, de esa manera, obtener los beneficios de la mercadotecnia electrónica que caracteriza la época actual.

Algún día habrá un debate con juicios objetivos, pero no creo que viva para observar este fenómeno; mientras tanto, me quedo con la duda de la importancia de los debates en nuestra caracterología nacional o en nuestra fórmula de identidad cultural: simpática, folclórica, experta en “amarrar navajas”, como en las peleas de gallos, festinante en las derrotas estrepitosas y admiradora de la ironía. Pero, ¿eso qué tiene que ver con la democracia?

La familia

Durante la campaña imperó una figura valiosa que fue la de mi esposa Elvira, quien con la tenacidad que la caracteriza y su franqueza norteña estaba

convencida de que íbamos a ganar, porque, según ella, yo era el mejor; elogio característico de las esposas, que a veces tienen razón.

En el transcurso del proceso electoral, ella estuvo muy activa, entusiasta, luchando, gritando, levantándose temprano, lo cual para mí significa un rasgo de audacia, porque Dios nos dio el sueño para que dejáramos descansar a los demás. Pero en fin, ella estaba, como siempre lo ha hecho, empujando y metiendo todo el aparato de presión psicológica para que yo tuviera el ánimo y la convicción conducentes para ganar la elección.

Ella participó también en debates, comentarios, entrevistas de prensa, y nunca quedó mal, pues maneja las relaciones humanas con particular inteligencia y, sobre todo, la caracteriza esa tenacidad que la hace crecer y ascender cotidianamente en la búsqueda de su objetivo fundamental, que es el de la autosuficiencia y el de la autoestima, pues una persona que proviene de una familia de 10 hermanos tuvo que ser una guerrera luchadora para poder sobrevivir y, más aún, si no existía una economía estable y generosa en su origen familiar.

Esa hiperactividad contagió a mis hijos, pues tanto Lucía, quien tiene rasgos de brillantez excepcional, como Rodrigo, el cual es un muchacho muy desesperado, pero inteligente, acariciaron el sueño realizable de que yo iba a conquistar la gubernatura de la entidad, y cada quien, con su estilo y sus características propias, colaboraron en la campaña.

Un amigo me dijo un día por teléfono: “qué brillante estuvo Lucía en la televisión en el programa Foro, es impresionante como logró impactar al auditorio y como enseñó que se parece mucho a ti”. Te agradezco mucho “, le dije, “pues ese comentario, viniendo de mi amigo del pretérito ulterior significa mucho para mí, pero la verdad todavía está muy joven y sus estudios de Derecho no han llegado a consolidar una personalidad estructural”. Él me replicó: “Estás equivocado, esa niña tiene muchas cosas que tú no tienes y creo que tarde o temprano va a ser una triunfadora en el ámbito profesional y, sobre todo, tiene presencia política”.

La menor de mis hijas, que tenía seis años, también tuvo sus conflictos durante la campaña, pues llevaba en su lonchera el logotipo del Partido del Trabajo y el slogan de Todd, y sus compañeritos, que seguramente son hijos de panistas distinguidos, la mortificaban diciéndole que yo no iba a ganar. Un día me preguntó: “papá. ¿vas a ganar? Y le contesté: “Ya gané, porque

gané mucha experiencia y aumenté el cariño de mis hijos”. Ella se rió y sólo recuerdo que dijo: “Ya llegó, ya está aquí, el que les va a ganar al PAN y al PRI, y ese es mi papá”.

Isabella, la más circunspecta de mis hijas, estaba atenta, consciente, realista y como es su costumbre, con su carácter fuerte y con una autenticidad y una espontaneidad magistrales. Ella preguntaba, pero siempre dejaba la duda sobre la posible certidumbre de ganar o perder.

De mis hijos mayores no obtuve más que apoyos, sobre todo de Gabriel, de quien recibí muchas enseñanzas y me ayudó a preparar los temas, que yo llamaba “decálogos”, sobre desarrollo urbano, ecología, transporte, vivienda y desarrollo vial. Mauricio, quien está dedicado más a los negocios y menos a la técnica del servicio público, frecuentemente me acompañaba y me apoyaba, deseando, estoy seguro, mi triunfo ulterior, que nunca llegó.

En fin, mi familia estuvo totalmente involucrada, comprometida y apasionada, desarrollando un trabajo entusiasta y activo, que era el motor para que nunca me sintiera fatigado o intranquilo, es decir, como núcleo social, todos mis hijos cumplieron con propiedad, pero también cumplieron algunos amigos como José Manuel Pérez Sáenz, Guillermo Elizondo, César Pámanes, Roberto Rangel, Porfirio Díaz, mi secretaria Leonor Rodríguez, Rafael Garza, Ricardo González y sus hijos Charly y César, así como Verónica Hernández, María de Jesús Contreras y su esposo Antonio Caro, con su incondicional apoyo y entusiasmo.

También hago un reconocimiento a la labor de Jorge Sepúlveda, quien colaboró como mi secretario particular, a su esposa Leticia Aguilar y a Yamilett Soto Rodríguez, quienes con su apoyo hicieron más eficiente el trabajo administrativo, sin dejar de mencionar a Hilda Espinosa quien solicitó licencia de su trabajo en el Hospital Infantil para colaborar en la campaña y Martha Lozano, la hermana preferida de mi esposa, a José María Lozano, activo y entusiasta, quien junto con mi secretario móvil, Sergio Javier Doria, eran especialistas en perderse cuando los necesitaba y en aparecer cuando ya me había ido. Esta es mi familia completa, administrativa y filial.

Pero también tuve otra familia, la prestada por el PT, que encabezó el mariscal y médico Guadalupe Rodríguez Martínez, hermano de la esposa de Alberto Anaya y quien se encargó de coordinar la campaña, lo cual hizo a través de una dama fuerte y activa, la licenciada Candelaria Quijano, quien

a su vez dirigió el entusiasta grupo de edecanes al que le acuñé el nombre de “Los ángeles de Todd”, integrado por: Nora Lydia Jáuregui, Cristina I. Chávez, Ma. de la Luz Moreno, Sandra Jáuregui, Karla Hernández, Sandra Torres, Olga Lydia Herrera y Ludivina Pinales.

Sin olvidar a Martha Ortiz y a du hija Fabiola, a Cecilia, a Juanita, a dona Paula, a Paty, a la bella, serena pero muy activa Alicia Moreno, quien se encargaba de diseñar los menús del día, a la siempre sonriente Sonia Ruiz, quien nos apoyaba en el control de las finanzas de la campaña, y a don Hermes, Vanilich, Axel y Raymundo. Para todos ellos mi sincero reconocimiento.

Del doctor Guadalupe tengo buenos recuerdos, por su tenacidad, perseverancia y actitud comprensiva y tolerante para sobrellevar mis frecuentes extroversiones de angustia existencial, ello por carecer de la administración adecuada para una campaña. Su tolerancia, al igual que la de Beto Anaya, me parece de origen oriental, pues hizo el mejor esfuerzo, a pesar de que en algunas ocasiones las cosas no salían bien y tenían que ser suplidas con mi capacidad de improvisación y espontaneidad, que fue puesta a prueba muchas veces durante el proceso electoral.

Dicho en otros términos, existió un conflicto cultural, pues yo soy puntual, organizado, sistemático y compulsivo por el orden, y en el Partido del Trabajo existen otros valores y la impuntualidad, que ya he descrito en otro capítulo, así como la falta de planeación, me generaban una particular angustia porque estábamos en un choque cultural entre la realidad que ellos practican y lo ideal que yo preconizo.

Sin embargo, no puedo quejarme, porque el Partido del Trabajo y sus miembros cumplieron conmigo y la propaganda fue pagada con religiosidad, aunque siempre tarde, debido al centralismo existente. También faltó creatividad, ésa que caracteriza a José Manuel Pérez Sáenz, pero no pude convencer a los coordinadores de mi campaña de la importancia de la misma. Pero todo eso quedó allí, en familia.

Regresando a la familia, quiero señalar que nunca olvidaré cuando ya hace algunos años, en la UNESCO, mencioné que la mujer debería tener condiciones especiales para laborar. En un discurso expresé: “no podemos hablar de la mujer en términos abstractos y de la familia en términos simbólicos; hay que darle a la mujer que trabaja y tiene hijos, jornadas especiales

para que tenga tiempo de ir a su casa y regresar, y también la decisión sobre el número de miembros que va a formar su familia”.

Manifesté además: “la falta de educación en las mujeres, sobre todo en los países africanos y latinoamericanos, es la causa del crecimiento explosivo de la población”. En ese discurso mostré datos y cifras que indican cómo la unidad familiar se ha ido perdiendo, dando paso a miles de personas que viven solas, aisladas; a la reclusión de los viejos en los asilos; a los divorcios y a los jóvenes que abandonan prematuramente el núcleo familiar.

Todo estos hechos han producido una sociedad hedonista, decadente y caduca, como es el caso de Europa y algunas partes de Estados Unidos, pero sobre todo un gran crecimiento de los índices de consumidores de drogas, pues en 1940 muy poca gente probaba las drogas y para 1996, 40 millones de norteamericanos han tenido acceso a ellas alguna vez en su vida, lo que significa que la ruptura del núcleo familiar genera las psicopatías sociales del alcoholismo, la drogadicción, la soledad, la depresión, el estrés y todas esas nuevas enfermedades que abundan en el panorama actual.

La amistad, tesoro perdido

La entrega filial que caracteriza a la amistad es una joya que cada día se debilita más, en el devenir tempestuoso de una sociedad pragmática y mercantilista. Lo anterior se ha hecho extensivo también a la política, en donde la amistad y el compadrazgo se utilizan como suma de voluntades. Pero la verdadera y altruista participación de los amigos en los programas políticos también empieza a adelgazarse, por la misma razón antes señalada, es decir, lo que importa es el poder y los resultados, no el nacimiento de los afectos.

Un día le comenté a Guillermo Elizondo: “cómo es posible que todos los amigos que he hecho durante mi larga y prolífera vida en el servicio público no nos pueden ayudar un poco en esta campaña”, a lo que me señaló: “lo que pasa es que sí vienen a ofrecer ayuda, pero todos quieren algo a cambio, algunos un pequeño convenio de impresión, otros participación en la propaganda, pero la mayoría lo que quieren es estar dentro de la planilla para poder sumarse al síndrome de la esperanza o al menos, ocupar posiciones plurinominales, de diputaciones locales, federales o regidurías”.

José Manuel Pérez Sáenz, con su característica agudeza, y quien estaba presente durante ese diálogo, expresó: “Mira, doctor, yo con las gentes del Partido del Trabajo no funciono, porque ellos tienen una organización muy cerrada y los amigos que queremos invitar no son recibidos con el mismo entusiasmo que los miembros tradicionales de ese partido, que han sido compañeros de lucha desde hace muchos años”. Y continuó: “te voy a recomendar un buen amigo, ese sí nos va a ayudar”, y me mencionó desde el inicio de la campaña las virtudes del ingeniero Roberto Rangel, hombre noble y generoso, a quien yo le decía “el chaparro diabólico”, por su humorismo y su agudeza.

Desafortunadamente para nosotros, un cáncer, insolente por lo agudo y destructivo en su acelerada malignidad, terminó con su vida, meses después de las elecciones. A Roberto Rangel le guardo un preciado recuerdo, que le he reiterado a su familia. Y esta alma noble allí quedó, como vamos a quedar todos, en el éter de la existencia metafísica que no podemos ver. Roberto me dijo un día: “yo tengo un patrón que es una persona muy generosa y quiere ayudarte, cuenta con una casa que tiene por la calle Allende, es muy grande y se puede utilizar para reuniones, comidas, cursos, y mi amigo dice que la pone a tu disposición”.

Me dio mucho gusto que hubiera gente como el ingeniero Genaro Monsiváis que participara con esa solidaridad y creo que ese caballero, que luego tuve oportunidad de conocer y tratar, lo hizo más que como un compromiso conmigo, para reiterarle su afecto y su amistad al ingeniero Rangel, quien había trabajado en sus empresas durante muchos años.

En efecto, esa casa fue utilizada por nosotros para algunos eventos y, posteriormente, sirvió de comité de campaña a Judith Grace, candidata a alcaldesa de Monterrey por el Partido del Trabajo, quien con ingenio y presencia física, inteligencia y voluntad a toda prueba, hizo una campaña extraordinaria, lo que le valió el reconocimiento de la comunidad, mérito que compartió con Juanita Mendoza, distinguida luchadora social y con nuestra atleta Silvia Andonie, orgullo de la entidad.

Todavía recuerdo cuando en un hotel del centro de la ciudad, Ricardo Cantú me pidió que participara en una reunión con esta dama, a quien yo conocía a través de un tío de ella, que es amigo personal desde hace muchos años. Mi influencia y sobre todo mi vehemencia, fueron capaces de convencerla para que aceptara la invitación a participar como candidata ciudadana

independiente en esa gesta electoral, en la que, como el autor de este documento, perdió en las elecciones pero ganó en experiencia y en la admiración de mucha gente.

A veces el trabajo también aleja a los amigos, como fue el caso de mi compadre Roberto Moreira, quien como está sujeto a un gran proyecto empresarial que ha logrado consolidar, no fue el tan asiduo guía y consejero que yo hubiera querido; sin embargo, a veces con su ironía característica y su crueldad diagnóstica, me hacía despertar de algunos planes, programas o utopías que durante la campaña había imaginado, para poder convencerme a mí mismo de mis posibilidades de triunfo.

Otros de mis amigos se asustaron cuando renuncié al PRI y se alejaron radicalmente de la posibilidad de ser “quemados” en esta turbulenta vorágine de contrasentidos, que a veces se suceden cuando uno se sale de un partido y trata de ingresar en el pensamiento de otro.

Hubo, sin embargo, algunos priístas distinguidos y quiero mencionar algunos como Jorge Treviño, quienes no solo no me reclamaron, sino que me dieron la razón y me estimularon a que siguiera mi campaña con alegría. También me dijeron que era muy importante este tipo de disidencia para favorecer la madurez de la democracia en nuestra entidad.

La amistad de muchas personas con las que conviví durante la campaña se hizo presente a través de sus muestras de solidaridad, afecto y entusiasmo. Igualmente encontré mucha gente buena, a quien no conocía muy bien, como los exferrocarrileros, entre los que se encuentra Samuel Vega, hombre muy entusiasta y solidario. Otros, como Maurilio Rodríguez, me ofrecieron siempre apoyo y entusiasmo, sin pedir nada a cambio, y ni que decir de los jóvenes abogados encabezados por Guadalupe García, muchachos que hasta el final estuvieron “sosteniendo el punto”, como dicen ellos, y a quienes les hago un sincero reconocimiento.

Otros amigos, como ya lo señalé, se mantuvieron a distancia y es comprensible su actitud, pues el mundo no está lleno de valientes. Por esa razón no menciono nombres, aunque sé que en el fondo me tienen afecto, pero sus intereses y compromisos escapaban a su deseo de llevar a cabo acciones buenas o de creer que mi candidatura representaba un cambio para el estado.

La amistad, expresé una vez a un importante funcionario de la Secretaría de Gobernación, desborda los partidos políticos; y esta frase me fue reiterada por Elba Esther Gordillo, la gran lideresa del magisterio, de inquieta vitalidad, espíritu abierto, capacidad crítica y de quien he recibido deferencias durante muchos años.

De ella, a la que si bien no pude invitar a participar en mi campaña porque era un miembro muy importante del PRI, recibí, en las pocas oportunidades que tuvimos de conversar, ese eco de respeto, afecto y ternura, que aunque no es parte de la comunicación verbal, es un proceso muy importante en la comunicación emocional.

Lo mismo puedo decir de Cordelia Cortés, bella e inteligente dama y de mis entrañables amigos Miguel Kalifa y Marcial Rodríguez, exrector de la Universidad Autónoma de Guerrero, quienes me brindaron su apoyo moral en todo momento.

El desastre

Todo principio tiene un final y un ciclo histórico se cerró el día de la elección, fecha en la que sobrevino el desastre anunciado, pues aunque nuestro entusiasmo y nuestra utopía formaron parte del estímulo vital de la esperanza, era obvio que la gente tenía ya debajo de su almohada un voto fácil y de castigo para el PRI, y por más que nuestros esfuerzos trataron de arrebatárselo, allí quedó ese nuevo concierto de carácter bipartidista que la entidad padece con estoicismo.

En el transcurso de ese día traté de hablar varias veces con Alberto Anaya o con alguno de los representantes ante la Comisión Estatal Electoral y, exceptuando a Ricardo Cantú, hombre tranquilo y afable, de quien obtuve alguna información, sólo hasta el final me enteré, en forma indirecta que la mitad de las casillas no tuvo representantes del PT y que un 20% de los que se presentaron no tenía su papelería requisitada debidamente o estuvo en las casillas sólo por un breve lapso, y la debacle no se hizo esperar.

No estoy expresando que ganó la elección, pues pienso que la ganó Fernando Canales y la perdió el PRI, pues sucedió algo increíble, tampoco ellos tuvieron representantes en todas las casillas, situación que no se había dado en elecciones anteriores.

Lo que quiero recalcar es que el porcentaje de votación a mi favor fue mucho mayor que el que describen los datos y cifras que pueden ser consultados en los informes de la Comisión Estatal Electoral, ya que según las encuestas realizadas, en algunas áreas obtuve el 17% y en algún municipio hasta el 20%, lo que fue coincidente con la respuesta psicosocial que tuve durante la campaña.

Lo anterior no habría sido suficiente para ganar pero sí para mostrar la verdadera respuesta del electorado a una campaña larga, exhaustiva, llena de peripecias y con una gran dosis de improvisación.

Esa noche me presenté ante los representantes de los medios de comunicación a quienes les manifesté: “En la política, como en el fútbol, no siempre gana el que juega mejor, sino el que mete más goles, y en esta ocasión Fernando Canales metió muchos más goles que nosotros, y allí están los resultados cualitativos que muestran el triunfo.

En ese momento vino a mi mente una frase que mi madre siempre me recordaba: “Hay que aprender a perder con categoría y con dignidad, pues esa es la diferencia entre ser un servil o un ser humano que se respeta y se aprecia a sí mismo y así respeta y aprecia a los demás”. Durante la conferencia de prensa y en el resto de las entrevistas a las que fui sometido, no desapareció de mi rostro la sonrisa ni sufrió menoscabo mi humorismo natural.

Posteriormente fui informado de una serie de irregularidades en algunas casillas, que consistieron en desaparición de boletas electorales, ánforas que al abrirlas contenían 300 votos, en lugar de los cero votos que se habían reportado; casillas en las que habiendo votado en forma abundante familiares, amigos y vecinos de los candidatos, se reportaron en lugar de 70 u 80 votos, solamente dos o tres y, en fin, lo que ya se ha comentado con antelación sobre ese tipo de inducción, coacción, presión o destrucción de boletas electorales.

Días después de la elección, ya un poco molesto por la actitud y por las salidas graciosas del presidente de la Comisión Estatal Electoral ante las presiones de que abriera algunas ánforas, le hice una propuesta: “Oye, Ramón, por qué no volvemos a abrir todas las ánforas de las casillas, que son 4,000 en todo el estado, y recontamos todos los votos, eso lo pueden hacer tus alumnos del Tecnológico, por ejemplo: 100 muchachos pueden contar, cada uno, los votos de 40 casillas, y 10 notarios públicos pueden dar fe, uno por cada

10 jóvenes, de que el conteo está haciéndose en forma adecuada. Es decir, no hay un problema logístico en abrirlas de nuevo y recomtar los votos para que se conozca a la luz pública el resultado real, que como te digo, creo que está cargado en favor de Canales, pero sería una experiencia que te permitiría mostrar, a nivel nacional, cómo en Nuevo León sabemos hacer las cosas bien, con honestidad y autenticidad”.

Por supuesto que la Comisión Estatal Electoral no autorizó esas ideas, como tampoco habría autorizado colocar las fotografías de los candidatos en las boletas para asegurar el voto por la persona, no solamente por el partido, estrategia que habría sido coincidente con las tesis sociológicas electorales actuales, donde la gente busca más a la persona que a la institución política que representa. Al igual que en otras ocasiones, Ramón contestó con naturalidad y muy atento, pero sin ceder en los aspectos fundamentales del proceso.

Creo que la actitud de Ramón se debió a su inexperiencia, pues jamás he pensado que él tuviera un dejo de mala fe ni tampoco el resto de los miembros de la Comisión, cuyo mayor error fue haber dejado la infraestructura clásica y no haberla modificado sustancialmente en sus bases, pues estoy seguro de que ellos no responden por lo que hizo el personal que ya estaba acostumbrado al fraude y que, además, podía ser fácilmente inducido.

Ramón, como representante de una gran institución que a su vez representa a los sectores empresariales de Nuevo León y de México, reconoció que ganó un partido que también representa a los grandes sectores empresariales y que tiene cúpulas patronales muy fuertes dentro de una filosofía de liberalismo económico y pragmatismo administrativo, cuyo único objetivo conceptual es tumbar al PRI para adueñarse del poder, pues no hay cambio ni viraje radical en el PAN, comparado con el PRI tradicional, exceptuando quizás una menor dosis de corrupción y eso no en todos los casos.

Pero como decía mi maestro de lógica, a quien con cariño llamábamos “Pondio”: “Hay que ir de lo general a lo particular”, y en el mundo en la actualidad, la globalización y la especulación financiera manejan los grandes cambios de los países. En México, la teoría económica liberal y la comercial de los mercados está dirigiendo los destinos de nuestra nación a pesar del sacrificio de las grandes mayorías, cosa que reconocen los mismos tecnócratas que se han adueñado del poder a través de las teorías económicas que funcionan en los países desarrollados.

En las universidades públicas, por ejemplo, el deterioro es cada vez mayor con el consiguiente incremento en el porcentaje de alumnos que prefieren la universidad privada. Y no sólo eso, sino que la reciente gestión ante los bancos internacionales para lograr 100,000 becas para las universidades privadas, muestra que, aunque no son competencia ni deben ser antagónicas, la universidad pública (que recoge la raíz de la justicia social que la educación superior representa) está perdiendo la batalla frente a la universidad privada, y me pregunto: ¿Por qué no se dieron esas becas también para la universidad pública?

Lo mismo está sucediendo con la escuela pública, que está perdiendo terreno frente a la escuela privada, y si no lo creen, basta comparar los índices de eficiencia terminal, calidad de la enseñanza de las matemáticas y de las ciencias y analizar además con objetividad las estadísticas que muestran la estrecha relación entre menor ingreso y peor educación, es decir, ignorancia ligada a la pobreza.

Todo esto forma parte de lo mismo, y en el mundo, en el país y en el estado, está ganando la concepción frívola de la política que, como en el mercado, se entrega al que paga más o mejor y no al que tiene la razón, la experiencia y la sensibilidad humana para entenderla.

Estas conclusiones del desastre, como lo he llamado, no tienen resentimiento y menos aún un dejo de emoción o e impulso violento, sino que se presentan ante la reflexión cuidadosa y objetiva de lo que sucedió y la visión de que este hecho particular representa una situación de orden nacional y mundial. Por ello, el dictado del mismo se llevó a cabo meses después de haber terminado la campaña, casi a un año de finalizada la misma, para que la amnesia se encargue de los detalles, en tanto que la reflexión profundice en el fondo y dé lugar a un documento que tenga algún valor ilustrativo o que ejemplifique un hecho real.

Durante el desarrollo de este documento he tratado de inscribir la campaña en mi biografía personal, no por vanidad sino porque no se puede disecar al hombre en fragmentos, y si bien este es un capítulo histórico de mi vida que se cierra con la elección, no es una fragmentación de mi persona, pues sigo siendo el mismo, un poco menos joven pero con la raíz y la identidad coincidente con mi formación, tanto la escolarizada como la del ambiente que me circunda.

En este tiempo he podido meditar sobre las razones que me hicieron aceptar la candidatura, y en la redacción del documento he tratado de ligar mi pasado con algunos eventos especiales que forjaron mi personalidad y produjeron la experiencia, haciendo germinar la sensibilidad política y social que me ha dado el acervo educativo, mismo que considero sustantivo en la vida, pues desde que era estudiante hasta la actualidad, he cultivado el respeto al saber, al conocer y a la creatividad hecha parte fundamental de la vida.

Después de todo, la creatividad es la única que puede, en sus diferentes actos, trascender el fenómeno de la materia o de la ecuación algebraica de las finanzas, ya que busca alimentarse del quehacer existencial y de la búsqueda permanente de la utopía, característica del romanticismo histórico que practicaron nuestros abuelos y nuestros padres y que nuestra generación es de las últimas que todavía lo percibe. Las “nuevas olas demográficas”, si no contienen los líderes y los filósofos que el mundo requiere, serán menos románticas y mucho más prácticas que nosotros.

Este libro está escrito con toda espontaneidad y autenticidad, y por lo mismo puede contener errores de apreciación, pues he preferido imprimir la emoción y no sólo lo conveniente. Lo que no tiene es el deseo de ofender a nadie, porque la energía negativa de la ofensa o de la diatriba podría ocupar un espacio en nuestra lucidez parcial, evitando la proliferación de lo positivo, lo formativo y del impacto que da la fuerza vital de dar, de amar, de tener conciencia y autocrítica y, sobre todo, de pensar que alguna persona, aunque sea una, que lea este libro, pueda aprender en él algo que le sea fundamental para despertar la sensibilidad que todos los seres humanos llevamos dentro.

Esa sensibilidad que se resiste a morir, pues todavía le rendimos loor y tributo a los poetas muertos, como es el caso del recientemente fallecido Octavio Paz, a quien deberíamos rendirle homenaje buscando los ideales en que él perseveró y regresando un poco hacia el caudal de la poesía que escribió tan brillantemente y que es la síntesis más valiosa del pensamiento humano, donde las palabras pesan y significan algo.

Las noches tristes

Posterior a mi fracaso político, en la campaña para gobernador, mi vital inquietud por encontrarme a mí mismo y poder seguir buscando una visión

del futuro que me permitió desarrollar mis experiencias y satisfacer los intereses básicos de mi familia, sobre todo los financieros, que habían quedado exigüos después de mi exilio didáctico internacional en París; entré en una etapa llena de incertidumbre, dificultades de adecuación a una realidad, que como dice el refrán: “aprendí más de mis fracasos que de mis triunfos”.

Esto último no me produjo ninguna satisfacción real, porque como Cortés en el viejo ahuehuete, donde lloró la noche triste, así tuve yo que pasar días y noches tristes para enfrentarme a la realidad de la servidumbre humana, ingraticudes, deslealtades y al realismo existencial de que en mi país la inteligencia y la experiencia no tenían mercado.

Estas frases de melancolía, que aquí plasmo, no son sólo retóricas ni tampoco producto de un sentido patético de la vida, sino que tienen hechos concretos y reales que quiero describir, porque una de las verdades absolutas que yo he conocido, es que la fuerza vital del ser y del existir forman curvas ascendentes y descendentes, que así como las ondas hertzianas, forman parte de la bipolaridad natural de la energía y del sobrevivir en la jungla que en muchos aspectos representa el mundo que nos rodea.

Me refiero a que no todo son éxitos, goces y satisfacciones, sino que también en el fenómeno cósmico del ser existen fracasos, derrotas y caídas y aquí lo importante es que si la vida nos golpea, hay que resistirse a caer, y si uno se cae, tiene que levantarse de inmediato y no esperarse los diez segundos que en el box son símbolo de la rendición.

Mis penurias financieras, producto de mis gastos exagerados en París, donde había consumido los ahorros remanentes del buen trato que el presidente Salinas me había dado en la ciudad de México, me obligaron a vender un bellissimo terreno que le había comprado a mi compadre Alberto Santos en Las Misiones, cuando se inició ese fraccionamiento y posteriormente otro terreno que tenía cerca de mi antigua casa de Olinalá, mismo que rematé con inexorable prontitud.

Pero como siempre sucede, en la vida hay que tener paciencia oriental y las cosas cambian, y bruscamente aparece Dios, con su estilo muy especial de ordenar el caos y verdes esperanzas se asoman en el balcón del futuro.

Apesadumbrado por lo aquí descrito, me entrevisté con mi amigo el empresario Julio Villarreal, quien como lo señalé previamente, me dio una

opción de supervivencia transitoria pero muy importante; después apareció el hada madrina nostalgia de mis recuerdos de la Facultad de Medicina y uno de mis exalumnos, el doctor Jesús Ancer Rodríguez, quien siendo director de esa facultad me dio asilo y me regresó a la Unidad Renal, que yo había fundado hacía muchos años y en donde participaban como maestros mis alumnos: Jesús Cruz Valdez, Baldomero Ramírez y José Luis Pérez Ramírez, quienes me recibieron con mucho afecto, a diferencia de otros departamentos en donde al hombre que regresa le ponen trabas, y me abrieron los brazos, y a pesar de que esporádicamente daba clases, les dejaba a ellos toda la responsabilidad docente y no interfería en sus programas de proyección médica privada y universitaria y jamás competí con ellos en el área de nefrología.

Ahí empecé a escribir documentos sobre temas médicos y educativos, así como un libro sobre adicciones, y a tratar de volver a encontrar mi ruta de progreso en mi formación original que es la médica, y así alternaba: en las mañanas con mi trabajo hospitalario y en las tardes, como lo mencioné anteriormente, con una consulta privada que nunca prosperó, por la brecha que surgió entre mi partida y mi regreso, generando un síndrome de olvido y además nuevas corrientes de la práctica médica muy financieras entraban en conflicto con mis ideas originales de medicina de grupo.

La situación se fue acentuando en sus creencias y hubo momentos en que les solicité urgentes y apremiantes préstamos a personas que yo había favorecido y que no respondieron, causándome un desánimo, una triste pesadumbre y un conflicto con mi utopía de que los seres humanos debemos ser agradecidos, leales y tener memoria de lo que recibimos y no solamente de lo que aparentemente damos. Eso me hizo sufrir episodios de depresión y aumenté mi consumo de alcohol, como ansiolítico para anestesiar mi choque cultural con la realidad.

No obstante, como los retos son los que hacen nacer la creatividad, utilicé mi tiempo y energía en diversos temas como el de brindar asesoría a la Universidad Veracruzana, gracias a que un excolaborador de cuando fui Subsecretario de Educación Superior, el doctor Víctor Arredondo, era rector de la misma, mismo que con gratitud demostrada y conocedor de mi capacidad, me pidió lo asesorara en aspectos concretos del desarrollo de una institución que cuenta con una estructura cultural de amplio prestigio y con los problemas derivados de ser la máxima casa de estudios de un estado muy grande, con cerca de 9 millones de personas, con grandes contrastes sociales pero

también con un gran acervo cultural, sobre todo en la ciudad de Xalapa y fortaleza histórica en el Puerto de Veracruz.

Para justificar los emolumentos que recibía de esa institución, presenté varios proyectos de investigación y de desarrollo, y junto con Víctor inicié lo que fue un acto pionero en la educación; el desarrollo de la educación a distancia en los diversos campus de esa universidad y que era una de mis preocupaciones desde que fui Subsecretario.

En ese proyecto Víctor se había mostrado siempre activo, entusiasta y participativo; él sembró progresos muy trascendentes en esa casa de estudios y posteriormente, cuando fue Secretario de Educación, siendo gobernador el señor Fidel Herrera, continuó con ese tipo de proyectos, pero en el área básica, habiendo logrado para su estado y para prestigio de él mismo, obtener premios internacionales y el apoyo de la Fundación Bill Gates.

Víctor fue también un salvavidas, no sólo en esa época; sino posteriormente en diferentes circunstancias de mi vida personal y financiera, me apoyó en forma especial, habiendo recuperado la confianza en la gratitud, que sí existe en la amistad, que es fundamental en nuestra cultura política y administrativa, así como en la sinergia de inteligencias, pues Víctor es un hombre, no nada más con una capacidad creativa singular, sino con una formación muy valiosa en la educación académica, ya que a diferencia de muchos otros rectores o funcionarios que han pasado por la Secretaría de Educación y que no saben nada de educación y nunca han estudiado ese importante factor de desarrollo, Víctor sí conoce el tema y obtuvo un título de estudios doctorales en la Universidad de California.

Además, durante su desempeño en la Subsecretaría de Educación Superior, demostró su capacidad de planeación y de organización, utilizando siempre el método científico, que a veces parece olvidarse en la política, pues como lo he señalado en varias ocasiones, en nuestro país la política está alejada de la ciencia y se convierte en una artesanía o en una palmada en el hombro en el momento oportuno.

Posteriormente Víctor dejó la rectoría y el funcionario entrante, originario de la tierra de mi padre, un licenciado en economía, ya no quiso seguir atendiendo mis consejos y Víctor volvió a darme opciones en la Secretaría de Educación de Veracruz, en donde colaboré en muchos de los programas

que él diseñó y que fueron seguramente de gran beneficio para la educación superior y para la educación básica en esa entidad.

Mis viajes frecuentes a Coatepec, la tierra de mi padre y de la familia Todd y mis estancias en el Hotel Posada Coatepec, son perlas de recuerdos que no puedo olvidar y que alimentan mi encuentro con otra cultura dentro de mi país, ya que Veracruz, igual que otras latitudes del México nuestro, tiene una cultura regional disímbola a la de Nuevo León y aunque yo ya había aprendido esto en mi posición federal, fue interesante volver a alimentar mi visión con una realidad cultural, social y económica distintas, pues Veracruz es una entidad con una forma de ver la vida y los aspectos sociales distinta a la Nuevo León.

Con base en los apoyos aquí señalados y cierto grado de estabilidad, dentro de la inestabilidad financiera, logré sobrevivir y regresé a mi casa original en la calle Montes Celestes en el Fraccionamiento Residencial San Agustín, ya que ésta había sido rentada al Grupo Cemex y se terminó el contrato respectivo, por lo que pude aprovechar de nuevo esa bella casa que Elvira había decorado y luego redecoró con ágil uso de las formas y los cuadros que habíamos adquirido en los viajes que hemos hecho.

Ella es mi refugio permanente y en la actualidad es el único patrimonio que he donado a mi hija Lucía, pero con un régimen de comodato para seguir viviendo allí y que junto con el donativo que le hice a mi hijo Rodrigo, de la casa de Olinalá, me permiten decir con tranquilidad, que desde el punto de vista patrimonial, ya no tengo ningún valor material, pero sí tengo un gran valor espiritual, porque mi único reto en mis años, de lo que llaman la tercera edad, es dejarles a mis hijos la oportunidad básica para que continúen desarrollando sus actividades, mismas que han ejercido con entera libertad.

Por supuesto que todavía me falta asegurarle a Isabella, mi bella hija que vive en Houston, Texas y que trabaja en el Children's Learning Institute de la Universidad de Texas, casada, con hermoso hijo, y a mi bebé, Carolina, quien actualmente vive en Guadalajara, Jalisco y trabaja en el área jurídica de la Procuraduría, y tiene un noviazgo muy positivo con un excelente muchacho de características *sui géneris* en el mundo actual de la juventud, pues tiene fortaleza espiritual y habilidad para adecuarse también a la necesidad de participar en las libres empresas que forman parte de esa sociedad en donde el capital ha desplazado lo social.

En el gobierno de Natividad González Parás

Y llegó al gobierno José Natividad González Parás, con una capacidad de tolerancia extraordinaria y habiendo hecho una carrera en el Senado de la República con mucho éxito, sobre todo en el tema de la educación pública y por supuesto de la política electoral.

Nati fue propuesto como candidato del PRI al gobierno del Estado, y logró lo que había perdido en sexenios anteriores, que fue ganar la gubernatura, en contra de un simpático candidato del Partido Acción Nacional de la familia real, pero con una capacidad creativa y un individualismo único, Mauricio Fernández, quien me honra con su amistad y que perdió el proceso electoral ante un aguerrido, bien organizado y además conocedor de todos los laberintos electorales y del poder público, que es Natividad González Parás y a quien yo había combatido en múltiples debates durante mi campaña a la gubernatura, habiendo ocasionado, no sólo mi propia derrota sino ayudado a que Nati fuera excluido de esa opción, y el PRI tuvo que entregarle al PAN la gubernatura en la figura de Fernando Canales, empresario, quien hizo un gobierno bizarro de difícil análisis pero que es un hombre bien intencionado con una esposa maravillosa, que forma parte del grupo de empresarios importantes en la entidad.

Natividad ganó la gubernatura y su hermano Luis, a quien yo había conocido previamente como un buen jurista y había demostrado su sentido de la justicia al apoyar a mi comadre Cristina Buffington en su divorcio contra el prepotente y rico hijo de empresario, miembro también de la familia que formaron don Eugenio Garza Sada y José Calderón, quien quería excluir a Cristina de toda oportunidad, pretendiendo retirarle hasta la patria potestad de su hijo, a lo cual yo me opuse y le retiré mi amistad al en aquella época joven empresario, ambicioso y ahora rico financiero con fracasos financieros permanentes.

Se pudo ayudar a Cristina, gracias a la habilidad jurídica de Luis González Parás, y desde entonces establecimos una amistad que prosiguió en la toma de posesión de su hermano, a quien yo creo él convenció de que me diera una oportunidad en su gobierno, y como Nati, tendrá muchos defectos, pero también sabe reconocer las personas y los momentos políticos, me invitó a colaborar con él.

Nunca sabré si lo hizo totalmente porque nuestra amistad posterior me permitió reconocer su valía como político y como ente cultural, pero me

quedará siempre la duda de que prefirió tenerme adentro del gobierno, donde soy leal por instinto y no afuera, como rival o antítesis crítica, en donde puedo ser muy peligroso, por mi capacidad dialéctica, mi verbo combativo y porque conozco las entrañas de la política del estado.

A Nati le tengo particular gratitud porque me recogió del “éter” en donde estaba yo inmerso, sin saber qué rumbo seguir en mi vida y me regresó al cauce de la administración pública nombrándome director general del Colegio de Estudios Científicos y Tecnológicos y al mismo tiempo Coordinador de Ciencia y Tecnología, y así lo escribió en el decreto que fue aprobado por el Congreso del Estado.

En el mes de octubre del 2003, tomé posesión de la dirección general del CECYTE, que ocupé durante nueve años en forma legalmente discutible, porque la ley era muy confusa, pero sí señalaba que eran dos periodos de 4 años y yo quizás abusé de la interpretación de la misma y del apoyo de buenos juristas, como el inolvidable y valiosísimo experto en derecho, licenciado Pedro Quezada Bautista, a quien siempre he admirado y con quien he tenido una amistad muy cercana.

Al mismo tiempo que eso sucedía, el licenciado Ricardo Canavati, con quien he compartido muchos momentos de mi vida, en algunos compitiendo por alguna circunstancia en particular y en otros unidos por sentido filial, analizando siempre la capacidad política de adaptación histórica y su permanente cabildeo de aparente bajo perfil que le ha permitido sobrevivir como un elemento positivo en la historia política de Nuevo León, y que siendo alcalde y bajo mi propuesta y recomendación, le dio oportunidad a mi esposa Elvira, de trabajar en el Museo Metropolitano de Monterrey.

Esta institución, que habíamos fundado en el gobierno de Jorge Treviño, retirando a los jueces que allí desarrollaban sus actividades y ofreciéndoles la mayor parte de nuestro edificio a cambio de que nos permitieran que ese recinto histórico se dedicara a la cultura, y ese museo, que originalmente dependía de la Secretaría de Educación estatal, fue cedido al municipio de Monterrey y está instalado en el antiguo Palacio Municipal de Monterrey, en el que mi abuelo Eugenio Pérez Maldonado había ejercido sus funciones como alcalde, en los años posteriores a la revolución.

Elvira aceptó ese ofrecimiento y como es su costumbre, luchando contra todo y contra todos, lo colocó en una alta presencia en el área metropolitana,

y asistieron a él grandes personajes, a dar conferencias, a exposiciones únicas como aquella del difícil proyecto de traer una gran cabeza olmeca original y ponerla en exposición en ese lugar, misma que fue visitada por los Príncipes de Asturias, actualmente Reyes de España.

Elvira convocó a esa sede a grandes personalidades como mi querido maestro Andrés Henestrosa, al expresidente Miguel de la Madrid, acompañándola en varias ocasiones el gobernador de esa época Natividad González Parás; trajo exposiciones como Las caritas sonrientes, únicas, de muestras olmecas de Veracruz y Tabasco y muchas otras que escapan a mi memoria, logrando, gracias al impulso de Elvira un prestigio bien ganado, con el apoyo de Ricardo Canavati. Desafortunadamente, después de que un régimen del PAN tomó el poder, el Museo Metropolitano de Monterrey ya no forma parte de la fuerza viva de nuestra ciudad.

Posteriormente, Elvira fue nombrada directora de la Pinacoteca del Estado por el propio gobernador González Parás y ha logrado en ese bello recinto de Colegio Civil, con una remodelación excelsa, que el Estado pueda exponer obras de la cultura regional y local y actividades ligadas al fenómeno artístico que ha sido enriquecido por las relaciones de Elvira con personajes y artistas de la ciudad de México y algunos del extranjero. Ella continúa allí y ha sido ratificada tanto por Jaime Rodríguez Calderón, como por el actual gobernador Samuel García.



Fidias Elizondo: La ola
s/f. Vaciado en bronce 100 x 90 x 143 cm
Colección Pinacoteca de Nuevo León / CONARTE
Fotografía: Roberto Ortiz Giacomán





Capítulo IV

El CECYTE y el COCYTE

Como ya lo comenté, un día me encontraba en la casa del licenciado Ricardo Canavati, tratando de negociar con él el nombramiento de mi esposa Elvira como directora del Museo Metropolitano de Monterrey, mismo que con gran éxito presidió durante muchos años.

En ese momento recordé que previamente el licenciado Luis González Parás me había sugerido que aceptara otra posición dentro del gobierno, a lo que le contesté que no me parecía prudente, porque soy muy malo para ser jefe, porque mi capacidad crítica está permanentemente abierta y que prefería una oportunidad más modesta o discreta en la que tuviera la relación directa con el Gobernador, sin intermediarios.

Estando en la transferencia de ideas y comentarios con Ricardo Canavati suena mi teléfono; era una llamada de Luis González Parás, para preguntarme si aceptaría la dirección general del Colegio de Estudios Científicos y Tecnológicos del Estado, CECYTE, y que al mismo tiempo me daría el gobernador otro tema complementario, de mi tamaño, según ellos, para cubrir el compromiso moral de utilizar mi experiencia, que era mucha, en beneficio de la entidad.

No sabía ni tenía la menor idea de lo que era esa unidad administrativa, porque fue organizada en la época del gobernador Sócrates Rizzo y yo estaba fuera del país, pero por el nombre pensé que tenía relación con la ciencia y como la ciencia ha sido uno de mis temas predilectos y estoy preparado para entenderla y comprenderla y además la practiqué, acepté de inmediato. Dile al señor gobernador que encantado, que no se preocupe y muchas gracias, nos veremos mañana en el Palacio.

Un día después de esa llamada tomé posesión ante el Gobernador Natividad González Parás, quien me comentó previamente que era un puesto chico para mí, porque eran preparatorias técnicas diseminadas en áreas suburbanas y rurales.

Le respondí que eso no me preocupaba porque a mí me gusta el tema educativo, en todos sus niveles, pero él insistió en que lo iba a complementar con una unidad que llamó Consejo de Ciencia y Tecnología, que se crearía para coordinar los esfuerzos del desarrollo científico y tecnológico en todas las áreas del gobierno. El gobernador me lo expuso así y yo acepté con entusiasmo porque pensé que se podían combinar ambos temas.

EL CECYTE

Esa dependencia de carácter federal y estatal existía desde hacía algunos años, previo a mi llegada y estaba ubicada físicamente en un área muy pobre, distante del centro de la ciudad, cercana a la que era la Clínica 34 del IMSS y en un edificio maltrecho, sin organización administrativa y sin un orden adecuado. En fin, era simplemente un desastre implementado con el fin de darle servicio a más de 20 preparatorias suburbanas y rurales, denominadas técnicas, aunque algunas no lo eran y otras tenían otro epíteto especial para definir su concreción formativa fundamental.

A ese lugar llegué acompañado, como de costumbre, de Juan Roberto Zavala y de Leonor Rodríguez, y se hizo la transferencia de la dirección, a pesar de que el empleado previo, de origen panista, exigía exámenes de oposición, que por supuesto para mí no hubieran sido problema, pero él los mencionaba como obstáculos difíciles, porque seguramente había estado contento en ese rubro del quehacer educativo.

Sin más preámbulos y para no abundar en temas administrativos, se llevó a cabo mi toma de posesión, ceremonia a la que se invitaron personalidades como el profesor Ismael Vidales, el ingeniero Orel Darío García y otras, que en mi paso por la universidad pude darme cuenta de su capacidad administrativa.

Empezamos a trabajar y rápidamente nos dimos cuenta de que no solo era un desastre, sino que era un desastre que tenía recursos, porque el director anterior, como no daba nombramientos definitivos, ni había organización sindical, simplemente guardaba los incrementos y otorgaba posiciones por contrato a los profesores, en los diferentes municipios, para que impartieran las clases.

Eso se venía haciendo con eficiencia, ya que el director previo al anterior, era una gente capaz y no fue obstáculo para entender causas y resultados de lo que estaba sucediendo en ese ámbito. El problema vino después, cuando empezaron los análisis más profundos y tuvimos que romper muchos atavismos y llevar a cabo algunos cambios sustanciales.

Me refiero a que, en primer lugar, nos cambiamos de edificio; rentamos una vieja casa, habitada, cerca del Hospital Muguerza, frente a un parque denominado Jardín y allí iniciamos nuestro trabajo administrativo.

Posteriormente rentamos el edificio de al lado y uno enfrente para que este último ocupara lo que eran las oficinas del Consejo de Ciencia y Tecnología, al que el gobernador posteriormente, en las leyes correspondientes, nominó Coordinación de Ciencia y Tecnología (COCYTE), quizá para quitarle importancia o para darle más importancia a las construcciones que se estaban haciendo en la magna obra del PIIT. Natividad González Parás, con una enorme buena fe y una muy buena planeación, nombró para dirigirlo al ingeniero Antonio Zárate, hombre con excelente formación, honesto y leal a sus principios, quien renunció posteriormente,

Su lugar lo tomó el doctor Jaime Parada. El PIIT está estratégicamente ubicado en un área cercana al aeropuerto y está bien implementado, desde el punto de vista tecnológico.

Regresando al CECYTE

Después de analizar académicamente, con el profesor Vidales, Orel Darío y otros de mis colaboradores, llegamos a la conclusión de que era un lugar muy pobre, desde el punto de vista académico, con una distribución muy errática en todo el estado, muy difícil de coordinar y de administrar, y sobre todo de difícil control administrativo, porque cada director tenía su propio micro presupuesto y su propia fórmula de gasto y de extensión a sus intereses propios.

Por supuesto no me refiero a que hubiera mala fe, sino que simplemente había un desorden, por lo que iniciamos la reestructuración, tomando las siguientes acciones:

El contador Rogelio Páez, gran personaje que me ayudó mucho en la Secretaría de Educación, por su conocimiento administrativo, su gran honestidad y su cabal entendimiento del sistema educativo estatal, me sugirió que utilizáramos los recursos guardados para regularizar administrativamente, colocar una nómina, e impedir los pagos por contrato.

Por todo esto y con mi estímulo social, del cual después me arrepentí, logré que se organizara un sindicato, mismo que poco a poco fuimos consolidando, pagándole a cada quien lo que se le debía, según lo que habían guardado los directores anteriores e incorporando a los empleados al ISSS-TELEON, organismo de seguridad social, el más importante del estado después del Seguro Social, que da un servicio muy eficiente y al cual no estaban adscritas los trabajadores del CECYTE.

Uno por uno los trabajadores fueron pasando con el señor Páez, firmando cada quien su compromiso previo y se cerró la estructura burocrática tradicional. Se agregaron aquellos que se denominan de confianza, se reorganizó la administración y sobre todo y quizá lo más importante, de lo cual me siento muy orgulloso fue, que junto con el maestro Vidales, planeamos una verdadera reforma estructural para consolidar los conocimientos de los jóvenes de secundaria, que eran muy pobres.

Así, se hizo una pre reforma académica. Se preparó a los profesores, la mayoría de ellos improvisados, y posteriormente a los alumnos, en cuatro materias fundamentales: 1ª. Aprender a leer, escribir y comprender; 2ª.

Aprender a contar y a pensar para tener método científico, 3^a. Aprender a usar la metodología de la computadora y no permitir que la computadora se utilizara sólo para fines lúdicos o de entretenimiento y 4^a. Introducirlos al conocimiento del inglés, para que aprendieran, a través de la lectura de ese idioma, mucho del nuevo mundo informático, de redes sociales y cibernético, que ya se veía llegar en esa época.

El CECYTE: estabilidad académica

Posteriormente a las reformas que llevamos a cabo para recuperar la autoestima institucional y del personal, a través de la formación de un sindicato, que posteriormente fue para mí un dolor de cabeza, realizamos múltiples evaluaciones de las diferentes preparatorias del sistema adscritas a las áreas suburbanas y rurales.

Encontramos, con satisfacción, que el programa original de preparar a los maestros y luego a los alumnos en las cuatro materias fundamentales: leer y escribir y comprender, contar y pensar, aprender inglés y usar la informática en lugar de que ella te utilice, había dado resultados satisfactorios, porque el CECYTE obtuvo, en la prueba ENLACE, la mejor calificación de las preparatorias a nivel nacional. Eso lo dimos a conocer, aunque obviamente la gente no lo difundió, por celos, o porque lo que es fácil de comentar son los errores y los defectos, no los aciertos.

Desde el punto de vista administrativo, el CECYTE se reorganizó estructuralmente; los maestros obtuvieron plazas e ingresaron al ISSSTELEON y con las cuotas de ingresos propios pudimos pagar las prestaciones originales y nuevas, que autorizábamos para darle un estatus de vida más digno al personal administrativo y al magisterio.

Esa situación, que duró seis años, no pudo continuar por el incremento porcentual de las prestaciones de acuerdo a la inflación y por las demás prestaciones generales que se otorgaban al magisterio.

A los siete años tuvimos que pedirle a la Tesorería que pagara al ISSSTELEON la parte que le correspondía a la institución, pues los maestros y el personal administrativo cumplieron regularmente con ese compromiso.

Esperamos durante meses para que lo autorizaran y como de costumbre, el mandamás de la Tesorería, que no era el Tesorero Othón Ruiz, gente muy correcta, sino el Sub-Secretario de Egresos, persona muy allegada al padre del gobernador, quien distribuía los recursos.

Como el CECYTE no tenía problemas administrativos, ni formaba parte del sistema de compras que tenía ya instalado ese familiar del gobernador, que tanto daño le hizo, un día simplemente tuvimos que derivar recursos que teníamos guardados del ISSSTELEON, de los maestros y administradores, para pagar la nómina, lo que nos causó un problema muy serio desde el punto de vista de la Contaduría Mayor de Hacienda, pues ese hecho es calificado como desviación de recursos, mismo que se llevó a cabo por una necesidad urgente, lo que fue responsabilidad expresa de la Tesorería de aquella época y de la forma tan frívola en que se manejaba esa importante área del gobierno.

Posteriormente, a unas dos semanas o menos, se logró tocar las fibras sensibles de Othón Ruiz y la Tesorería empezó a pagar al ISSSTELEON; se reintegró el recurso que se había utilizado y se implementó directamente en las cartillas especiales de los maestros y de administrativos. Las cosas no llegaron a mayores. De otra manera se hubiera dado una subversión interna, y se comunicó a la Contaduría, porque se hizo público el tema.

Al mismo tiempo el sindicato, que ya había aprendido la poca noble visión de la traición, empezó a presionar y a tratar de obtener cosas extras para los miembros de su consejo ejecutivo y utilizando la unión laboral trataron de gobernar el futuro de esa institución educativa, a la vez que empezó a buscar el poder en todas las áreas de la institución, como en las escuelas; y fórmulas para su beneficio personal.

Todo esto a través de quien había sido mi secretario móvil, un tal Hugo, que todavía detenta el poder sindical, y de una persona que modificaba sus decisiones por la influencia del mismo Hugo, el Secretario General del Sindicato: Roberto Parra, quien presionó mucho a la administración e hizo comentarios al personal de otras dependencias para desprestigiarnos, pensando que así lograría alguna posición dentro del panorama sindical de Nuevo León.

Lo anterior no lo quisiera recordar por la tristeza que me causa la deslealtad, la mala interpretación, la traición y la falta de comprensión, y sobre todo

porque gente que yo consideraba mis amigos, lo que luego explicaré pormenorizadamente, participaron en esa campaña para desprestigiar mi labor de nueve años, que legalmente, según el informe del departamento jurídico, había yo consolidado con obra académica fundamental y que a través de mis colaboradores, como el profesor Ismael Vidales, habíamos logrado que una institución, pobre académicamente y sin el conocimiento popular, se convirtiera en un organismo al que el prestigio y la dignidad le hicieron recuperar su autoestima institucional.

El CECYTE: crónica de una infamia

Como ya señalamos, el CECYTE estaba en un ritmo académico de excelencia y con reconocimiento nacional por los cambios favorables que se habían hecho, en combinación con los maestros y con la colaboración de todo el personal y la asesoría muy estricta del gran maestro, el profesor Ismael Vidales.

Al mismo tiempo el Consejo de Ciencia y Tecnología trabajaba, convertido ahora por indicaciones del Gobernador, en una Coordinación que estimulaba a los investigadores con un presupuesto adecuado, que fue gradualmente reduciéndose, por indicaciones del Ejecutivo, para derivar esos recursos, como señalamos anteriormente, al PIIT (Parque de Investigación e Innovación Tecnológica), que dirigía un excelente empresario.

A ese empresario le siguió en la dirección del PIIT un exdirector de CONACyT, que Natividad, el Gobernador, para darle prestigio al instituto lo recupera y lo nombra, creándose una verdadera estructura llena de buenos objetivos del gobierno y con una administración totalmente demagógica.

Pero como el tema era muy importante, se recibían apoyos diversos para fomentar la investigación científica, misma que en la realidad no se generó. Esta es la realidad cruda, pues en ese organismo hay muy poca investigación real y mucha simulación e inoperatividad, por la situación geográfica y porque las instituciones que ahí operan se han dedicado fundamentalmente a impartir clases. El Tecnológico, que cedió los terrenos, y puso ahí un área para investigación, simplemente se retiró y la convirtió en una incubadora de proyectos.

Por indicaciones nuestras en el Consejo de Ciencia y Tecnología, del que formaban parte científicos de la localidad, colaboraban Juan Roberto Za-

vala, Edith Flores Ceballos y Rodrigo Soto Moreno, mientras que a nuestro amigo Roberto Méndez lo enviamos al CECYTE, al área de extensión y difusión cultural y social.

En esta área y a pesar de los obstáculos que le puso el anterior jefe, un tal ingeniero Covarrubias, que se pasaba el día jugando ajedrez, Roberto logró campeonatos deportivos y un bello proyecto de extensión social y se consolidaron los pocos recursos que nos había dejado el ventajoso personaje que se encargaba del PIIT, para que continuara existiendo, como sigue hasta la fecha legalmente, la Coordinación de Ciencia y Tecnología del gobierno del estado.

Pero volvamos al CECYTE, que estaba realmente en muy buenos términos, con buena coordinación sindical y había resultados muy interesantes. Se ejercían los presupuestos en forma adecuada, con cierta libertad, creándose un consejo de compras y dándole mucho espacio a la administración, ya que es mi costumbre en otros organismos en que he estado, descentralizar muchos aspectos para poder tomar decisiones y no atiborrarme de la carga administrativa que a veces tiene un director o un ejecutivo de una empresa pública.

Esa fue mi costumbre desde que fui Rector y quizá esa fue la causa por la que tuve algunos problemas posteriores: por la confianza que le tengo a mis colaboradores, que me impedían supervisar sus acciones y algunos de ellos, en particular un personaje, lo utilizó para sus intereses personales.

Bruscamente en el año de 2006, si mal no recuerdo, yo encontré algunas pequeñas irregularidades y pedí personalmente al banco una conciliación bancaria. Encontré algunos cheques extraños con endosos inadecuados, cuyo origen no comprendía.

En base a lo anterior, me puse a meditar profundamente y me preocupé. Además, en esa época la Contaduría Mayor de Hacienda estaba iniciando sus actividades, actuaba en forma muy drástica y no comunicaba los resultados ni daba derecho de audiencia.

Así, bruscamente un Diputado Local del PAN, que por alguna razón que todavía no conozco, me tenía particular rencor, en su búsqueda encontró que uno de los hermanos de mi esposa, que tenía necesidades económicas y que era muy buen trabajador, se había inscrito en una de las preparatorias y habían aceptado que trabajara ahí sin mi consentimiento.

Como eran muchas las unidades del CECYTE, yo no firmaba de inmediato los nombramientos y la Directora de ese organismo lo aceptó y estuvo ahí trabajando dos o tres meses, con un sueldo de 8 mil pesos. Alguien de mala fe se lo comunicó al Diputado mencionado, cuyo nombre no recuerdo y simplemente me acusaron de nepotismo.

Una parte de la prensa que me tiene particular inquina, porque yo colaboro en otro periódico desde hace muchos años, hizo un escándalo público que me quitó hasta cierto punto el buen nombre que había adquirido después de 40 años de trabajo en el servicio público, sin mancha alguna.

Por supuesto que cesé al pariente, que no sabía nada de leyes sobre este tema. Se hizo un gran ruido en la Cámara de Diputados Locales y entonces la Contaduría Mayor de Hacienda ahondó en el tema, más lo que yo les había mandado de falta de orden en las conciliaciones bancarias y se me creó una especie de publicidad negativa por la utilización, como siempre, por la prensa alarmista y sin ética profesional.

Con esa campaña abierta en contra mía, que no quise confrontar personalmente y para evitar mayores problemas tomé la decisión salomónica de simplemente dar de baja a mi muy leal y gran Secretaria, Leonor Rodríguez, que había estado conmigo desde mi época de la Secretaría de Salud. También di de baja al Administrador y a la Jefa de Compras, para evitar que esa cadena de aparentes irregularidades sacrificara el buen nombre del CECYTE. Así nombré nuevos colaboradores.

En esas circunstancias, un abogado y Notario Público, que era muy amigo mío y a quien apreciaba al igual que a su familia, se ofreció a ayudarme para arreglar las cosas en la Contaduría Mayor de Hacienda y yo acepté, porque tengo esa costumbre: confiar en aquellos que me han demostrado aprecio filial.

Las cosas se sucedieron normalmente, se acabó el conflicto público, hubo un análisis muy cuidadoso de lo que estábamos haciendo y se corrigieron los procesos. Yo me despreocupé y el abogado nombró para la administración a quien él pensaba prudente y sólo venía un par de horas a revisar el trabajo de esa colaboradora que él había nombrado, la que posteriormente me tuvo una gran lealtad, porque conocía plenamente a su anterior jefe y sabía de sus intereses.

Yo confié plenamente, me olvidé del tema, seguí trabajando los aspectos académicos y posteriormente alguien del sindicato me informó que mi amigo había creado un sistema de compras para obtener algunas ganancias. De ese sistema es de mencionar que en su Notaría tenía la imprenta que hacía los libros que cada semestre actualizaba el maestro Vidales y que se distribuían en todas las unidades del CECYTE.

Esto me decepcionó profundamente y al confrontarme con mi examigo, a quien yo le había derivado toda mi confianza, se me ocurrió señalarle que tuviera cuidado, porque me habían informado en la Secretaría de la Administración del Gobierno que estaba haciendo compras muy caras, lo que le molestó mucho

Como tenía información privilegiada, se dedicó a buscar detalles y a aliarse con personas que, por mi bonhomía, habían estado ahí mucho tiempo antes. Había suspicacia sobre sus actitudes, así como en tratar el triste caso de alguien que no trabajaba nada, pero que tenía hermanos y amigos en el gobierno, que me impidieron actuar con la necesaria prontitud.

Es decir, en poco tiempo me hice de tres enemigos que se dedicaron a la intriga en organismos sindicales, externos al CECYTE y además enviaron información al periódico que tenía un importante grado de enemistad conmigo.

Durante esa época el Secretario de Educación, José Antonio González Treviño, exrector y amigo mío, consiguió un millón de pesos para comprar computadoras para el CECYTE. Para evitar costos altos y como yo contaba con un personal muy diestro en la computación, logré reducir bruscamente su precio, simplemente armándolas de nuevo con piezas complementarias. Así, las 100 computadoras fueron entregadas personalmente por el Secretario, de lo cual existe una fotografía periodística.

Todo resultó de la mejor manera, pero a veces hay que cuidarse de lo que llaman mala suerte y resultó que uno de los proveedores a quien le habían secuestrado dos hermanos, se cambió de su ubicación en Villa de Santiago a la calle Reforma, en Monterrey y cuando el periódico fue a preguntar por ese proveedor, que estaba autorizado por el gobierno central, no lo encontró.

El periódico hizo un escándalo manifiesto, a pesar de que yo fui con la Directora Editorial, a quien conozco desde hace más de 40 años y le mostré

la documentación, para que viera que todo estaba en orden, pero como la auditoría general todavía no se había hecho, ella continuó con su campaña y siendo una profesional, a quien yo apreciaba mucho, perdió un poco el concepto de ética periodística y no publicó la aclaración correspondiente.

Además de lo anterior, el proveedor fue personalmente al periódico, porque tenía miedo que su nombre apareciera en el periódico, porque le habían secuestrado a sus dos hermanos previamente y no lo quisieron recibir porque la consigna ya estaba dada.

Empezó, entonces, una campaña permanente a la que se alió el sindicato en su normal traición, junto con mi amigo, que siendo un profesionalista, acomodó administrativamente las cosas con información privilegiada y la envió a todos los centros patronales y a toda la prensa, que ávidos de noticias, dispersaron y confundieron lo que era un tema muy sencillo.

Por supuesto que yo comprendo la política y las debilidades humanas y como no tengo centro del rencor, no guardo resentimientos, aunque el evento lastimó a mi Administradora, una gran dama que me había ayudado mucho y de paso destruyó el Consejo de Ciencia y Tecnología. Yo me sentí triste y deprimido y como ya tenía nueve años en el cargo, a pesar de que la ley menciona ocho, pero como se me dio un nuevo nombramiento que autorizó el Gobernador Rodrigo Medina, continuaba vigente. Pero ese era otro tema que se utilizó, como presión indirecta, para orillarme a renunciar, lo que nunca había hecho en mis 45 años de trabajo en el gobierno.

Aunque había otros casos que algunos miembros de la iniciativa privada utilizaban para molestar al Gobernador y a su estructura administrativa, el licenciado Medina se portó correctamente conmigo, lo que yo le agradezco. Pero un día un familiar me señaló que el Gobernador estaba muy preocupado por ese caso, aunque había cientos de otros casos mucho más complejos.

Al calor de la emoción tomé la decisión de renunciar, cosa que fue dolorosa porque, reitero, nunca había tenido necesidad de renunciar a nada, ya que, dado el éxito de mi trabajos anteriores, siempre tenía nuevas oportunidades.

Del CECYTE guardo muy buenos recuerdos, a pesar de que me estuvieron molestando hasta que se presentó totalmente una auditoría local y una federal que tardó cuatro meses en hacerse y en la cual no se encontró mal

manejo de recursos, aunque sí existían algunas irregularidades administrativas, como era el caso del ISSSTELEON o el nepotismo de dos meses de mi cuñado, así como compras indebidas que había hecho mi antes fiel amigo y después acervo enemigo.

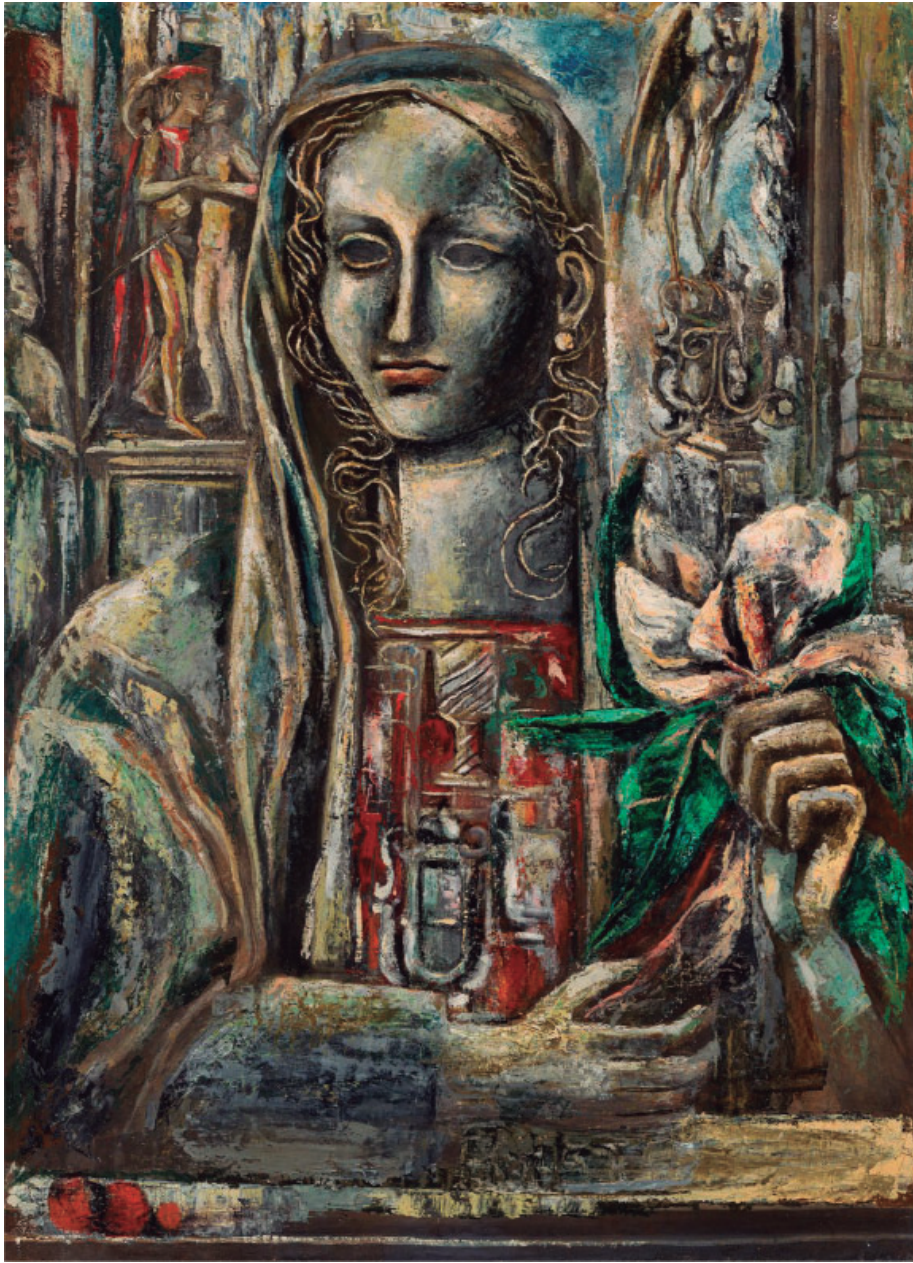
Esto me causó serios problemas emocionales y, dada mi edad, complejas dificultades para conseguir otras oportunidades de trabajo.

En aquella época el doctor Jesús Ancer, Rector de la UANL, como lo hizo cuando regresé de mi puesto de Embajador, y como lo habían hecho también Donato Saldívar y Edelmiro Pérez, arroparon mi experiencia y me reintegraron a una especie de retiro parcial, pues trabajo con gusto como Asesor de la Rectoría en materia de Divulgación Científica, con nombramiento del Consejo Universitario, con lo que sigo activo, gracias también al rector Rogelio Garza Rivera, quien me dio afecto y comprensión.

Aunque tengo problemas económicos, porque nunca ahorré, sigo sobreviviendo y organizando algunos congresos internacionales de biotecnología; un bellissimo programa de libros de texto, escrito por alumnos de facultades y preparatorias, que es idea de Juan Roberto Zavala; tenemos cinco páginas en internet sobre ciencia y seguimos defendiendo y amando a la UANL, a la que le debemos todo lo que somos.

Recientemente la UANL me otorgó la “Medalla Dr. José Eleuterio González” y yo en broma y en serio digo que la UANL me ha dado muchos premios toda mi vida y que no requiero un reconocimiento externo, porque en mi autoestima tengo un reconocimiento interno permanente y sigo ayudando a mucha gente, como es mi costumbre, y amando a los seres vivos, que son los que requieren apoyo.

Vivo una vida lenta, pero con una familia extraordinaria y un dejo de esperanza de que algún día algún “biógrafo perdido” rectifique los errores que aquí menciono y aunque cometí muchos errores en todo mi largo existir, jamás en mi vida me adapté al sistema de la corruptela sistemática y organizada y si bien gasté recursos del erario, en todos los lugares por donde pasé quedan obras que son dignas de recordarse y que fueron útiles para el país.



Federico Cantú: Mona Casandra 1932. Óleo sobre tela 98 x 78 cm
Colección Cantú y de Teresa
Fotografía: Roberto Ortiz Giacomán





Capítulo V

El amor: la sublimación de la especie

El amor es la concepción sublime, integral, del comportamiento humano positivo. Tiene múltiples connotaciones: desde el amor divino, metafísico, de la esperanza, hasta el práctico, concreto, físico o simplemente el amor a tu propio ser o a tu actividad personal.

Es decir, es polimórfico, polivalente y tiene múltiples fuentes que abrevan su inmortal espectro en el cielo más lúcido del mundo. Amar implica dar, servir y sacrificar algo por otros, porque todo aquello que se da en función de lo social, del “nosotros”, y sacrifica el “yo”, tiene una concepción amorosa.

Una suave melodía, como la de las Bagatelles de Beethoven, me inspira a hablar de mi esposa Elvira, con quien he compartido más de 40 años de vida plena, aunque no he comprendido bien el concepto profundo y totalmente etéreo del contrasentido de amar y tolerar, porque este sentimiento desborda lo terráqueo y yo he aprendido a sentirlo, a vivirlo y a veces a sufrirlo. Este tema es uno de los últimos sobre los que quiero escribir, con las ventajas cronológicas que Dios me ha dado y a quien le agradezco

Yo nací muy solo, sin padre, porque él abandonó a mi madre por razones frívolas de la revolución y porque mi madre no aceptaba lo convencional. De ahí nací yo, que tuve una profunda e imaginativa idea de la vida, a través de

la interpretación de la lectura de los clásicos, y del sufrimiento y la angustia de sentir que yo no era parte de la vida y que no había existido para sobrevivir, pues el abandono de mi padre me había retirado las razones existenciales, para que yo pudiera tener el impulso vital que la vida representa.

Durante muchos años, de joven, sufrí mucho lo que ahora llaman *bullying*, porque siendo una figura sin personalidad clásica, carente de buena apariencia, me sentía un poco inferior en términos físicos, aunque mi lectura constante me daba profunda convicción de la vida, de los orígenes, de la ética y, sobre todo, de la filosofía del existir. En esas condiciones crecí.

Sufrí mucho. No fui un niño débil, pero la gente siempre decía que yo era muy inteligente, porque mi capacidad dialéctica, intelectual y cognitiva, desbordaba mis defectos emocionales, que eran muchos. Llegué a tener síndromes de aislamiento, de depresión, de tristeza, de intranquilidad. Además, me refugié fundamentalmente en el deporte, que me ayudó a sobrevivir.

Los tiempos cambian, y la adolescencia va imprimiendo un pequeño refugio en donde uno va guardando sus defectos, sus incertidumbres. Doy gracias al gran profesor Longnecker, del Colegio Regiomontano, porque me impulsó a buscar el refugio de la lectura; así, leía y me metía dentro de mi vida misma, en las novelas, de Salgari a Víctor Hugo, y a todos los clásicos, incluida la filosofía helénica y romana. Así fui, no entendiendo, sino aceptando la vida.

Posteriormente, entré en el fragor de la universidad y me convertí en un líder natural, por la inteligencia que Dios me había dado, pero no entendía lo que era dar, amar, sentir, hacer fluir de mis venas un sentimiento totalmente espontáneo y que no tuviera egoísmo alguno. Viví una adolescencia llena de aderezos superficiales y tontos, incomprensible, hasta que llegué al momento en que ejercí cierto poder, en la universidad o en los puestos universitarios que tuve.

Ahí me di cuenta de que no había encontrado el amor. Lo que a veces encontraba transitoriamente eran rasgos de los deseos naturales del sexo, pero no la impregnación de alguien, que en su contradicción y con su fuerza, me diera la energía vital.

No voy a insistir mucho en ese tema, porque hay muchos desvaríos, errores, incertidumbres y temores, previamente descritos. Además, un casamiento previo, del que nacieron dos hijos; una esposa buena y conservadora, con

un realismo social que no era el mío, por lo que chocamos en el momento de la crisis universitaria, cuando debía tener cierto grado de serenidad para entender aquel mi temor permanente sobre lo que me podía suceder, ya que desde entonces estaba amenazado por la Liga 23 de Septiembre y por todas las circunstancias efímeras que me sucedían, incluida una que me pareció permanente y que estaba relacionada con mi padre.

Y aquí voy a sintetizar que, para mí, el amor real o ilusorio fue lo que atenúa mi realidad. No me refiero al amor que siempre he practicado, en la entrega a los demás de algo de lo que Dios me ha dado, y de la capacidad generosa que siempre he tenido para dar, para comprender, para ilusionarme, para soñar, sino a la combinación del amor espiritual con el físico y sexual, que yo difícilmente separaba.

En estas circunstancias me encuentro bruscamente con Elvira, una figura que representaba algo distinto, como una combinación de ángel y físico, que entra con toda ingenuidad y sinceridad en un entorno cruento, difícil. Ella me dio su sentir, su vibrar, su querer. Y con ella, sin entender bien qué estaba sucediendo, pude vislumbrar el futuro de mi vida, que va a culminar muy pronto, porque a los 83 años, con la mujer última de mi vida familiar, reitero que Elvira me hizo sentir, vibrar y comprender lo que es el amor.

El amor no es algo sencillo de entender, sino una contradicción: una visión de lo bello, de la complejidad existencial humana, pero también de pequeños momentos en los que uno sabe que aquella mujer es parte de uno; es la media naranja que describen los griegos con ejemplaridad.

Esa fue y es Elvira. Ella me dio cuatro hijos, catorce nietos bellos, sanos, aunque ya existían dos jóvenes de bondad extrema que Dios me ha permitido gozar con tranquilidad, a diferencia de tanta gente que separa sus responsabilidades. Y con ella, sin darme cuenta, porque no entendía el amor, lo comprendí. Elvira y yo estamos impregnados el uno del otro, como un despertar permanente y un alto vibrar de la emoción más profunda que un ser humano puede tener, que es la de tener un hijo.

En esa época nació Lucía, luego Rodrigo, Isabella y Carolina. Todos bellos, actualmente triunfan por su sensibilidad e inteligencia. Pero no contento yo, y a pesar de haber roto todas las ataduras jurídicas y conceptuales, me sigo entregando a la única mujer en la que yo no sentía solo un deseo inherente a la biología, sino sentía que éramos parte de lo mismo, y con ella

encontré este amor. No me refiero al amor existencial, profundo y generoso de los filósofos, sino a este amor personal, solo mío.

Elvira y yo hemos vivido muchos años juntos, con problemas, diferencias, pero nunca he dejado de sentir que se libera esa semilla de mi piel, y que la sigo amando, la sigo cuidando y la sigo queriendo, porque a pesar de que mucha gente se aburre, y esa es la norma del matrimonio, yo no he tenido ese síndrome. Sí, a veces molesto, enojado y despreocupado de lo convencional, horrible sentimiento de lo frugal, pero amo ese que es uno y somos dos, pero no somos dos, sino somos uno al mismo tiempo.

Esa es la Elvira con la que me casé, y no me arrepiento, porque no debe uno dejar de reconocer lo que existe. Ella y mis hijos han sido lo que me ha permitido vivir más años de los que tradicional y convencionalmente se vive. Actualmente se viven 76 años en promedio, y yo tengo 83.

No es fácil encontrar dos seres que se unan y se compenetren entre sí; pero lo que sí he encontrado, y no lo dejo de percibir, es ese humor que se penetra en la piel de esa linda mujer, elegante, dura a veces, generosa y también llena de contradicciones familiares, pero sobre todo una mujer única, porque nunca jamás hubiera encontrado a alguien igual. Con entrega, amor, contradicciones y unidad de dos en uno; esa mujer es la que ha inspirado mis últimos años.

En este documento, en este epílogo de mi vida, con todos los problemas que tengo y a veces los desencuentros derivados del alcohol y las complejidades del entorno que nos rodea, Elvira sigue siendo Elvira. No hay otra: única, elegante, fina, tierna cuando quiere serlo, de genio duro cuando lo necesita y a veces comprometida con sus propios problemas, buscando su propio refugio, pero nunca deja de ser ella. Su carácter lo concreta en dar y en amar, pero también en usar el coraje como su valioso amigo y socio de incertidumbres.

Es ella, Elvira, la que está para mí en lo convencional, no en lo filosófico y transitorio. Y de este amor, que al rato quizá se malinterprete o deje de reconocerse, nacieron hijos, nietos, pero nació una codependencia que yo sufro y gozo; pero siempre la tengo a mi lado, tierna, con su carácter y su temperamento que no se puede evitar, pero con el etéreo y firme firmamento de la fuerza que le da el saber amar, saber querer, saber diferenciar lo que existe y lo que es una ilusión.

Dios bendiga a Elvira, porque ella es la inspiración de lo que será mi eternidad.

La Panacea

En mi ya largo peregrinar por las diferentes posiciones que se describen en estos documentos; es decir, en este libro, he aprendido que el amor puede sublimar cualquier actividad humana y quitarle la parte negativa, egocéntrica o difícil de entender, que forma parte del quehacer de la comedia humana que todos vivimos, en la cual estamos presentes y activos, y que se compone de errores, aciertos, virtudes y defectos.

Como diría Platón: amar a tu pareja es encontrar una media parte de tu propio ser y en esa comunicación fortalecer la capacidad de dar y la inquietud de querer y sobre todo, de dar más cada día, aprendiendo gradualmente el concepto amoroso que existe plenamente en todos los seres humanos, pero hay que buscarlo y luchar para que siempre esté presente.

Este amor a la pareja es, en muchos sentidos, un componente alterno necesario para la vida plena, ya sea la de una pareja normal, matrimonial, o la pareja que tú escojas, a través de la religión que practiques o del amor a tu trabajo o a una idea o, simplemente, el amor a ti mismo, en un sentido de proteger lo que se te dio como natural, para que se haga trascendente.

Yo he encontrado el amor a la pareja en forma difícil, complicada, pero muy activa, con mi esposa actual. Hacia ella y a mis hijos y nietos –a quienes les deseo largos años de existencia-, he derivado el concepto de que con la familia no hago ni negocios ni política, porque todo eso implica interés personal, y la familia, que es el concepto social del amor entregado plenamente en una comunidad, requiere toda la pureza e integridad del servir, del dar y, sobre todo, de engrandecer la autoestima a través del proceso muy complejo, difícil de entender, de la comprensión, de la tolerancia, del respeto a la dignidad que los seres humanos nos debemos.

Este amor se sublima en una relación marital adecuada, en la cual el amor sexual también implica el agregado siempre del espíritu, de la entrega y no solo del goce transitorio y frívolo que nunca nos deja totalmente satisfechos, si no se acompaña de algo más.

Estas reflexiones tienen que ver con la parte final del libro, que es la parte final de mi vida, la que me ha enseñado que el amar y respetar la libertad del amor, como elemento de tu propia vida y en el tránsito natural de tu espíritu en el quehacer de la comunidad en la que vives, es lo que te dará el cierre de los ojos físicos y la apertura a la visión de la esperanza que un dios siempre representa, porque el dios que tú escojas se ejemplifica con amor, por amor y para amar y ser amado.

Sustancia

Qué difícil es hacer el diagnóstico del amor, porque es muy complejo diferenciar entre la atracción biológica, la fantasía, y el amor real de la entrega, sin esperar retribución; es decir, sin asomo de egocentrismo.

El amor tiene diversas características. El amor a los hijos representa tu inmortalidad, porque ya no vas a morir, puesto que tus genes están impregnados en la estructura de ellos.

También existe el amor a los semejantes, que es la entrega generosa hacia aquellos que requieren de tu afecto, de profundo cariño y del contagio emocional que representa el amor. Esos son tus familiares, tus amigos, todos aquellos que tienen contagio emocional con tu estructura personal.

También existe el amor sexual. Ese es un tema muy complicado, porque un instinto que nació en tu anatomía y en tu fisiología, se diversifica y se entrega en el amor sexual y ahí tú no estás seguro de amar, de si simplemente deseas gozar o si realmente te entregas, que es lo ideal.

El amor sexual, combinado con el amor espiritual a tu pareja, es lo ideal en el complicado devenir de la vida misma, en donde los cuerpos humanos se entregan y se dan para gozar y al mismo tiempo para tener el sentido profundo de la inmortalidad que da lugar a la trascendencia, al tener hijos, y con ellos conservar tu amor a ti mismo. Esa es la inmortalidad que la procreación genera.

Existe, igualmente, el amor compasivo: aquel que tienes por alguien a quien quieres ayudar y darle algo de ti mismo, para comunicarle tu sentido permanente de hacer algo por los demás. Así es el amor a la gente que te necesita, el que aumenta tu autoestima, pues el que da se engrandece, como decía Parménides.

Existe también el amor hacia aquellos que participan contigo en tu existir, y con quienes compartes algo de tu vida. Ese permanente contagio es la fórmula de la amistad.

Existe el amor hacia aquellos que tú ves que van a morir, y les entregas algo de ti mismo, tu inmortalidad, generosa y plural. Ahí está el amor.

El amor hace que los seres humanos trasciendan, que se entreguen, que sean parte de tu propia vida y de tu propia actitud de dar, parte innata sin la cual no puedes vivir, porque el que no da no sobrevive; el que solo se refugia en sí mismo, se inmola y se muere.

El amor nació desde el crepúsculo de la época de los griegos

El amor representa algo que los dioses visualizaron; es algo etéreo que vuela por encima del firmamento normal, y se involucra en los más íntimos y recónditos lugares del alma.

Cuando alguien ama a alguien lo hace con sinceridad. Como dijo Platón, es como “encontrar tu otra mitad que andas buscando en el horizonte”. Este tema nació desde la época en que los filósofos como Sócrates, Platón o Aristóteles, sabían que había almas gemelas que se buscan y que, al encontrarse, se subliman.

Amar es dar, es tolerar, es conciliar, es comprender; no es pedir. Es el más puro de los sentimientos, porque va dentro de lo que uno tiene en su interior, dentro de su más perfecto y profundo sentido del alma; no es físico, no lo puede ser. Tiene que ser espiritual; tiene que desbordar; tiene que ir a las entrañas de lo que es la raíz de la civilización.

Por eso: Cristo amó, sacrificándose. Por eso Dios existe, por su capacidad de amar; no de castigar, sino de perdonar; de poder darle al universo un sentimiento que le permita sobrevivir como un ente instintivo, en donde hasta los planetas pudieran juntarse en una sociedad amorosa, para servir a algo, para hacer una sincronía, una simbiosis, vectorizar un esfuerzo y realizar realmente un acto de entrega.

El amor, entonces, es entrega, no dádiva. Es darlo todo por algo; es un acto heroico en donde, en lo físico, se juntan los cuerpos; pero el alma va

mucho más allá, y se juntan los espíritus y se desbordan de nuevo todos los instintos negativos con que nacemos y que van desapareciendo, por lo que es la capacidad innata de sentir algo distinto; de entregar el espíritu, de recoger lo que Dios nos dio en el Génesis, y que puso Cristo como ejemplo, para perdonar.

Él vino para perdonar a quienes se habían equivocado. Muchos no creen en él, pero fue un gran filósofo, y también para muchos es hijo de Dios; y si es hijo de Dios, es porque es hijo del amor. No puede ser hijo de los factores negativos de ningún comportamiento, ni físico, ni humano, ni químico.

Amar es, entonces, un sentimiento profundo. Y como diría el poeta: “y te entrego lo que tengo, porque no tengo más, y si pudiera me daría yo mismo, para estar en tu lugar y ocupar tu espacio, y que tú nunca murieras, y siempre sobrevivieras en el espacio infinito que algún día alguien encontrará. Y es que la vida no puede ser solo cuerpo, no puede ser etérea; tiene que ser llena de firmamento espiritual, en el que se compenetra uno con el otro”.

Cuando uno habla de amor, habla de entregar, de sacrificar, y por eso se dijo: “y me encontré con aquel amor que busqué, y al fin lo vi; estaba muy lejos y lo recogí y lo toqué, y me iluminó, y me hizo divino, porque el amor es divino”.

La familia

La familia forma parte fundamental de la vida de los seres humanos, y yo he tenido una familia admirable. Al principio conocí a una fina dama, y luego titubeé, por mis problemas de personalidad. Posteriormente encontré una mujer dulce, joven, totalmente virgen en los sentimientos y quehaceres de la vida, y me casé con ella después de muchas contrariedades y quehaceres. Así, he tenido seis hijos. Los dos primeros de mi primera esposa: Gabriel, un hombre maduro ya, urbanista, y Mauricio, que se quedó a vivir en España, y vive del ingenio inherente a su vida propia. Es un personaje que conoce y da mantenimiento a los aparatos de la fuerza magnética y está inmerso en el mundo de la tecnología moderna. Es un hombre bueno, un poco reticente a adaptarse a la vida real, y Gabriel no. Él es muy adaptado; no tiene muchas ambiciones materiales, pero espirituales sí, y ha logrado adaptarse a una mujer joven y darme en total 4 nietos; sobrevive con un estilo profundo.

Después encontré a la más maravillosa de las mujeres que he conocido: Elvira. ¡Qué mujer llena de fogosidad, de fuerza, de entereza, de firmeza, con quien he vivido más de 40 años! Ella me ha dado cuatro hijos, todos triunfadores en su estilo: Lucía, creativa, inteligente; Rodrigo, un soñador en las utopías financieras; Isabella, la crítica, casada con un hombre maravilloso y estable, y Carolina, que recientemente se ha casado con un buen muchacho y yo espero que le vaya muy bien, por su inteligencia y su belleza.

Esa es la familia que Dios me ha dado y yo adoro al Señor porque, a pesar de mis 83 años, me permite escribir esto. Tengo maravillas en mi espectro horizontal y trascendente de la vida misma y estoy agradecido con Dios, el supremo creador, porque me ha dado todo. Poca gente ha tenido lo que yo he tenido: amor, grandeza, trascendencia. Y sigo escarbándole a la vida, hasta que termine con la inexorable existencia del buen vivir, que es la muerte.

Mi familia ha sido todo para mí, sin comas ni puntos y con la abreviatura del vivir existencial, concreto, de tratar de ser feliz, aunque sé que no es posible. Pero estoy satisfecho. Dios me dio todo lo que yo quise y le pedí, y me dio de más.

Además, creo que he inspirado en mi familia un tema muy profundo, casi olvidado en la época actual, que es el de la convivencia humanista y no solo pragmática en el arte-ser y en el quehacer de la vida existencial, en donde la familia es el centro de tu atención y representa tu vida, porque ella te da la trascendencia, la inmortalidad y te sumerge en la dicotomía profunda de la vida, que no es tener y ser, sino trascender. Y, gracias al supremo creador, mi familia ha sido maravillosa.

Todos tienen defectos y todos tienen virtudes. ¿Qué voy a decir de Lucía, que tiene dignidad republicana? Ella conserva los rasgos auténticos de la forma y de la elegancia, pero sigue siendo una dama que busca lo social, aquello que le regale las lágrimas de los que sufren y le dé la inspiración para servir.

A mí me da mucho gusto que Lucía esté involucrada en la problemática social, porque no es en sí mismo donde uno encuentra la felicidad, sino en los otros, en aquellos que, como alguien dijo, no puede uno estar contento teniendo todo, cuando alguien carece de lo indispensable. Ella se ha dedicado, en su puesto público, a ayudar a los que carecen de lo mínimo, y eso la engrandece. Tiene, por supuesto, el apoyo de su esposo Francisco, un triunfador en el arte ciencia de la política. Lucía, aparte de su intelectualidad preclara, tiene fórmulas prácticas para hacer las cosas bien y a tiempo.

Pero pasemos a ver a Rodrigo, dueño de una inteligencia preclara, con una visión profunda de la vida, experto en temas de actualidad, como la energía, pero carente de realismo, porque nunca ha comprendido que en la vida hay lo que se puede hacer y lo que se debe hacer. Por esa razón, tiene un choque cultural interno, del cual yo estoy seguro emergerá y saldrá adelante, porque su inteligencia analítica es única y su problemática familiar, que todos tenemos, es parte del huracán de la paternidad y de la incomprensión frecuente de la reunión entre el hombre y la mujer. Como decía la amante de Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir, el matrimonio es una lucha por el poder.

Rodrigo ha cometido errores y ha tenido aciertos, como todo ser humano, pero su nobleza y su originalidad son muestra de un ser humano envuelto en la tormenta de la vida; pero, gracias a su formación básica y a su sensibilidad humana, tendrá que triunfar en lo material, que no es lo más importante, porque con su bella familia ha creado el nido de la inmortalidad. Ellos deben ponerse de acuerdo en la cresta de la incertidumbre, con planeación y con la responsabilidad de una bella familia, a cuyo frente está un hombre con visión trascendente de la problemática actual de la energía, del ambiente, en la que es experto; y aunque no sea un buen financiero, no debe preocuparse.

Digo esto, porque el dinero no es la fuente de la felicidad. Lo es la capacidad de dar, de trascender, de compartir y de recoger los mejores vientos alisios de su genética, que por un lado es el padre, un hombre complejo, y por el otro, su madre, de característica distinta. Él tiene que aprender a reconocer los errores y seguir adelante. Esa es la vida latente del proceso humano. Yo le auguro grandes éxitos, pero no me interesan los materiales, sino los espirituales y los intelectuales.

En el análisis de mi familia sigue Isabella, la firme y dulce, sin olvidar a Mauricio, que escogió la tranquilidad reflexiva de lo foráneo y la belleza de sus hijos, y sacrificó la gran iniciativa creativa que Dios le dio.

Tampoco puedo señalar algún defecto de mi hijo Gabriel, poseedor de una visión de urbanismo social y de una naturaleza profunda y espiritual y un intrínseco sentido del ser y del quehacer, y más del tener. Es un hombre feliz, que ha encontrado en su pareja la descendencia de unos hijos que basan su vida en la admiración en la forma, en el deporte y en la organización que viene del centro del país, como es Michoacán, que le da a la familia la máxima figura social y emocional con que un ser humano debe trascender.

Mauricio es un ser aislado de la familia, pero quizá en su remanso de paz y en su tolerancia encontró el placer de vivir y de no desgastarse en el tiempo, en el conflicto entre lo que otros piensan y en lo que él cree debe ser.

Isabella es un caso aparte. Tiene metodología científica, heredada quizá de su padre, con una profunda emoción, heredada de su madre, y un alto sentido de la justicia, de la firmeza que da saber lo que es bueno y lo que es malo.

Psicóloga extraordinaria, educadora de excepción en los mejores lugares de EE UU y ahora una madre de dos maravillosos hijos, con un esposo inteligente, práctico y sobrio en el pensar, Fernando, con quienes ha sacrificado su futuro profesional y ha dado el paso trascendente a la decisión que quizá sea la más importante, porque en la vida plena y mixta del comportamiento humano transitorio, cuidar a tus hijos, tener una familia sana, tiene más valor que el éxito político o científico, que siempre es efímero. Yo la admiro, porque es la intelectual de la familia; es decir, tiene el pensamiento metodológico y racional que la hace excepcional.

Ahora termino con el querubín viviente de una familia compleja: Carolina, la más pequeña, que recibió los menores beneficios y los mayores perjuicios del comportamiento de sus padres. Pero ella conservó un análisis sintético cronológico y una personalidad muy fuerte que le hace olvidar que los hijos nacen y vuelan y que los padres no somos más que el semillero de ese nido y no debemos exigir uniformidad, sino solamente fraternidad.

Ella, la bebé, como la llamamos, se acaba de casar con José Antonio, buen personaje de Jalisco, y va a entrar en un mundo distinto que es el del matrimonio, donde hay que ceder y tolerar para poder ser feliz y jamás imponer o exigir, porque eso es la siembra de la conflictiva que impide a dos seres humanos distintos unir sus esfuerzos para ser felices y encontrar en el mundo la belleza del acto de existir.

Como se acaba de casar con este muchacho maravilloso, de un trato digno y formal, hay que darle la oportunidad y esperanza de que se desarrolle sin estorbarle su propia fuente de felicidad, que quizá sea su autonomía, porque tiende a ser muy independiente y, como es muy libre, va a chocar con un entorno cultural que tiende a hacer amorfa su personalidad.

Por eso te digo que “si traspasas la barrera de la mediocridad, tú, que estás en el campo del derecho, podrás, junto con tu marido, encontrar una nue-

va vida, diferente a la de tus padres, que no te debemos exigir que vuelas a nuestro ritmo. Tú debes flotar en tu propia esencia, de lo que te heredamos, pero de lo que te conviene, de lo que tú crees que es lo prudente, y heredar el refugio y el nido de nuestra sensibilidad y del amor con que hemos compartido tu desarrollo”.

“Eres una bella niña, ya mujer, y tienes que encontrar tu espacio en el mundo etéreo, difícil, de la civilización contemporánea, muy distinta a la que yo viví, pero que es la realidad, y en esa cosmopolita circunstancia vas a encontrar tu vida, tu felicidad y tu alegría, y yo seré, antes de morir, el hombre más feliz de verte sonreír”.

Con estas descripciones, que incluyen también a Gabriel, a Mauricio y a mis yernos, hombres y mujeres maravillosos que tienen que adaptarse a una fuerza muy profunda de una energía vital que yo inspiré por mi forma de ser, les deseo que gocen cuanto puedan la esquivada musa de la felicidad y, si no, que aprendan que cuando te peguen, no te caigas y cuando te caigas, levántate, porque se aprende más de los fracasos que de los éxitos. Los primeros dan soberbia y los segundos dan madurez y pulcritud psicológica y social para entender el mundo.

Dios me debe de amar mucho, porque me ha dado unos hijos maravillosos, sin enfermedades orgánicas, libres, independientes, dialécticos, contestatarios, y una esposa con una fortaleza que le dio su propia historia personal y que la hace sobrevivir, con amor y entereza, y dentro del mundo en el que todos tenemos defectos y virtudes; ahí está la dicotomía moral del existir.

El secreto que les paso como padre es que el dar, servir, crear y aprovechar la genética, es el 80% de la felicidad, y el tener y apegarse a lo material es solo una mínima parte del vivir profundo, que en la corriente psicosocial del cambio histórico te va dando las oportunidades para escoger la amargura, el resentimiento, el rencor o la solución a todo, que es el amor.

La medicina

Mi fuente del saber

Es lógico que en el quehacer existencial de una persona sucedan circunstancias o experiencias que van generando un carácter integral, lo que marca definitivamente la visión futura de una personalidad y le hace tener su pro-

pio encuentro con la realidad, que después es la que lo fortalece y fragua; o sea, endurecer las respuestas futuras a determinadas formas de pensar o de ser; o aprovechar una oportunidad para actuar en consecuencia con los antecedentes y el pasado genético, así como con el entorno ambiental, a fin de desarrollar su propia creatividad.

Para mí, la medicina fue la fuente y origen de toda mi formación, y no lo digo solo como un tema complementario o surrealista, sino porque, desde que nací, mis padres pensaron en llamarme como dos tíos míos, médicos, y así marcaron mi futuro.

Uno de ellos, llamado Luis, era brillante psiquiatra, activista estudiantil, cofundador de la Universidad (ahora Autónoma) de Nuevo León y que luego murió en la letanía de su conflicto interno entre la cultura que lo rodeaba y su inteligencia brillante y elocuente que lo caracterizó, pues fue campeón nacional de oratoria en varias ocasiones. Por eso me llamo Luis.

Mi segundo nombre, Eugenio, que significa bien nacido, viene de otro médico, hermano de mi madre, Eugenio Pérez Maldonado, que se hacía llamar así para recordar a su padre, que fue alcalde de Monterrey en 1917 y que era farmacéutico; o sea, estaba ligado a la práctica médica en la vieja Botica Juárez, que estaba en la calle Padre Mier, en Monterrey.

Este personaje fue considerado, en su época, en la Ciudad de México, donde estudió y practicó, uno de los más brillantes cirujanos, discípulo de Gustavo Baz.

Baste señalar que la Sala de Operaciones de la Cruz Roja Mexicana lleva su nombre y que mucha gente que yo conocí siendo joven, lo recordaba como aquel gran cirujano que era llamado a resolver serios problemas y que fue el primero que se atrevió, en un paciente herido por arma punzocortante en el corazón, a ingresar a la cavidad pleuropericárdica, y a suturar el corazón, aun sin la ventaja que ahora existe de la presión externa endotraqueal, que no se usaba en aquella época, para asegurar la respiración. Ese paciente sobrevivió y vivió muchos años más gracias a la audacia de mi tío. Esto se publicó en los periódicos de la Ciudad de México.

La medicina me ha permitido aprender a conocer al ser humano, a sufrir con él y a saber comprender el dolor, así como a conocer la psicología general de cada persona, lo que me ha permitido ingresar al mundo de la política,

de la investigación, de la diplomacia y de todas las demás actividades en las que yo he participado, utilizando el método científico médico, para resolver problemas, incluidos los míos, físicos y psicológicos, los de mi familia y los de las personas con las que he convivido en los diferentes puestos que he tenido, políticos, personales y hasta deportivos.

Además, me dotó de una amplia cultura, porque en esa época la medicina, el humanismo, la cultura del conocer y del saber y del ser activo, político, eran parte de un mismo proceso, que la civilización contemporánea ha fragmentado, debido a las subespecialidades en las que ahora se practican las diferentes carreras profesionales.

La medicina es responsable de mi pasado, de mi presente y ha estado siempre como mi alma particular de ser, de actuar, de ver, de comprender a los demás, de amar y servir. Con ella, he aprendido a sufrir, y por eso le debo a esta carrera profesional universitaria todas las oportunidades que este país y mi sistema de vida me han dado.

Esta síntesis la practico como una gratitud hacia mi Facultad de Medicina y hacia mi universidad, que me han dado lo que yo he necesitado para gozar de algunos éxitos y aprender a sufrir mis fracasos. Además, la universidad y el prestigio que adquirí como médico y como rector, me permitieron ser secretario de Salud del Estado y después diputado federal.

Esto me permitió aprender la política partidista, y mi formación me permitió destacar como presidente de la Comisión de Ciencia de la Cámara de Diputados, donde recibí muchos reconocimientos, por la elocuencia hereditaria que desarrollé en la polémica universitaria permanente, a la que fui sometido en los puestos educativos que tuve en la universidad, en la Facultad de Medicina y posteriormente como Secretario de Salud del Estado y como Subsecretario de Educación Superior e Investigación Científica.

Además, mi facultad y mi universidad me becaron, primero en el Hospital de Nutrición de México, y después en las universidades de Cornell (Nueva York), Washington y Georgetown, para aprender muchas cosas nuevas que luego pude implantar en la Facultad de Medicina ya que soy, junto con otros, pionero en el riñón artificial, en el trasplante renal y, gracias a las amistades que cimenté en mi paso por los EE UU, pude gestionar y adquirir los primeros equipos de Resonancia Magnética que hubo en el mundo y el primero en América Latina.

Este aparato se ubicó en el Hospital Universitario José Eleuterio González, lugar donde, reitero, fragüé mi conocimiento médico, bajo el recuerdo imborrable del gran Gonzalitos, uno de los regiomontanos ilustres del siglo XIX, quien pasó a la historia como biólogo, historiador, médico y es parte de nuestro orgullo regional, que se ilumina con su figura y con las de Fray Servando Teresa de Mier, de Alfonso Reyes, el regiomontano universal, y del maestro de maestros, Raúl Rangel Frías, a quien me tocó conocer, y de quien aprendí la base filosófica de la universidad.

Fueron ellos los cuatro regiomontanos ilustres, como los llamó don Andrés Henestrosa, figura egregia, con quien me tocó compartir muchas experiencias, y que fue el historiador real del siglo XX. Él, que vivió cien años, fue una figura única por su pasado zapoteco, su amistad con José Vasconcelos y su capacidad literaria.

Todas estas expresiones me muestran que la universidad me ha dado la oportunidad de ser lo que soy, porque además ahí conocí a Elvira y con ella tuve cuatro hijos, que garantizan mi inmortalidad, junto con otros dos que son también parte de la trascendencia en el existir y en el ser. Así se va creando el gran árbol familiar.

Recientemente me entregaron la Medalla José Eleuterio González y yo contesté a tan afable gesto, diciendo que así como don Raúl Rangel Frías nunca olvidó ni dejó la universidad, pues estuvo en ella hasta su muerte, así a mí la universidad me ha premiado lo suficiente y nunca me ha dejado solo en el devenir existencial de mi vida social.

De ahí concluyo que la medicina y la universidad son las fuentes de las que gozo, por haber podido hacer algunas cosas, quedándome siempre con la duda de que pude haber hecho más, pero mis defectos de carácter y mis errores me impidieron ser en plenitud lo que desde niño soñé con querer ser.

Así es la incógnita del hombre: una paradoja entre lo bueno, lo incierto, lo malo, la virtud y el defecto, que son los pilares y las cordilleras por donde uno transita en todos los momentos de su hálito vital, que algún día terminará, porque como los entes biológicos, nacemos, crecemos, nos reproducimos y al final tenemos que entrar al infinito incierto de la muerte.

Dinero y felicidad

En estudios hechos a través de 75 años por la Universidad de Harvard, cuyos resultados han sido difundidos en Facebook y YouTube, se evaluó a 800 personas, a quienes, conforme iban cubriendo sus etapas, se les hicieron preguntas claves sobre la búsqueda de la felicidad.

Con mi experiencia y con la admiración que le tengo a León Tolstoi, el estudio documenta que el tener, conservar, poseer y apegarte a algo, no representa la felicidad; es decir, el sentido de bienestar, de buen humor, de tranquilidad, de haber cumplido el deber al que te inspiró o te obligó la circunstancia o el ambiente.

Ese estudio, que quiero comentar porque refleja parte de mi vida, documenta que la genética, en donde se cruzan los cromosomas del hombre y la mujer, es importante, porque los genes van dando información sobre lo que fueron tu padre y tu madre, y te inspiran un 50% de las opciones para encontrar tu propio yo, tu propio quehacer trascendente, tu propia ilusión y, sobre todo, tu búsqueda de la felicidad.

En el también se documenta que, después de la genética, el ambiente que te rodea, tu profesionalización, tu éxito económico y social, tu frivolidad y tus resultados positivos en el quehacer social, tienen un porcentaje importante.

En la forma de entregarte, fundamentalmente por el amor, a la familia, a la esposa, a la amante, a aquel que quieras servir, y a todo aquel que le quieras dar, el porcentaje que queda en la búsqueda de la felicidad es el 25%, según tales estudios, hechos con mucha profundidad, Así, resulta que el apego material a las cosas no es importante, y solo representa el mínimo de tu felicidad.

Es decir, poseer algo, tener mucho dinero, estar apegado a lo material no es la felicidad, no es la tranquilidad, no es la estabilidad, no es, en síntesis, el sueño de la efímera utopía que uno busca para ser feliz.

El apego solamente representa el 15 o 20%, pero se le ha satanizado. Estudios publicados en *Scientific American* señalan que el 30% de la gente que muere en incendios en EE UU, donde mucha gente tiene casas de madera, mueren porque se regresan a buscar algo material. Igual sucede en los aviones y en otras circunstancias críticas y amargas de la vida humana: el dinero,

el apego a lo material, que se va con la muerte, no te da más tranquilidad, no te da más amor ni tampoco te da más tranquilidad.

Traigo a colación esta temática porque, por alguna razón, quizá genética o circunstancial, toda mi vida he tenido una lucha interna entre el tener, el ser, el quehacer y el deber, aunque favorablemente el destino, la universidad y mi país, y sobre todo Dios, me han dado oportunidades de que no me falte nada; de que haya gozado de muchos de los mejores placeres del planeta y visitado lugares extraordinarios.

Pero resulta que yo, desde niño, como hijo único, he tenido una lucha interna entre el tener y el ser amado, porque mi padre me despreció, yéndose de mi casa cuando yo tenía 14 años.

Esta lucha me ha generado un sistema automático, que no es moral, porque tampoco soy una dama de la caridad, pero no le he dado mucha importancia al recurso transitorio, quizá porque el sistema universitario que me becó, me envió fuera, me preparó, me dio oportunidades de ser, como dice mi querido amigo Jorge Treviño, un funcionario no “ratón”, pero sí gastón. El dinero me ha parecido un instrumento, y no lo he acumulado. Ahora, ya de viejo, sé lo que eso significa: los sufrimientos de la pobreza, de la vejez, en donde ya nadie te considera importante si no tienes algo.

Este tránsito filosófico lo describió muy bien Tolstoi, quien al final no pudo lograr su objetivo, porque su viuda logró que los zares anularan el testamento, que había dejado en favor de los campesinos, como forma de encontrar la felicidad a través de dar, de servir, de repartir, de distribuir lo poco o lo mucho que te ha dado la circunstancia, la vida, o Dios, si tú crees en él, como yo lo hago, basado en la esperanza del más allá.

Toda mi vida, y lo entiendo ahora, cuando estoy carente de recursos financieros, ha sido un triunfo para mí, porque he logrado muchas cosas, muchos éxitos, una vida extraordinaria, lo mejor que alguien puede envidiar, exceptuando los grandes aviones, los yates o los excesos. Y no he necesitado sacrificar todo mi yo en aras del vivir financiero.

Así, he logrado sobrevivir a la plaga del dinero, que es una endemia como la peste, que nos invade a todos, y que recientemente está dando a la juventud, a través de la comunicación, el último sello del triunfo, porque el dinero quiere ser el dios del mercado, que reúne todos los factores de la felicidad, y se olvida

de Cronos, el dios del tiempo, pues no te llevas nada cuando te vas, y del dios del amor, que te da algunas satisfacciones, porque la vida no es hacer todo lo que tú quieras, sino lo que puedas; para sentir, no solamente para tener.

Valgan todas estas digresiones y reflexiones, porque en todos los puestos que he tenido, en las instituciones públicas, me han ofrecido dinero y nunca he aceptado un fraude maquinado, como hacen gobernantes de todos los partidos, o un sistema que te diga que tres o seis años son muy pocos y que tienes que aprovecharlos.

Simplemente he recibido; he gastado lo que me toca; he pensado siempre que no he sido bien pagado, en lo que he realizado. He despreciado grandes tentaciones, como el día en que alguien me ofreció 14 millones de dólares por comprar unos equipos de física cuando era subsecretario, y le dije bromeano “yo con una botella de whiskey tengo”. Y otra persona muy importante, dueño de grandes instituciones financieras, me hizo también ofertas financieras para pagar cosas públicas no justificadas.

No cedí más que en lo básico, pero jamás recibí el recurso, y aprendí, cuando regresé de Francia y entré en una crisis financiera terrible, porque mi mujer, que es muy linda y generosa y que me ha dado unos hijos maravillosos, simplemente gozó el imperio de las compras, que hay en París.

Como yo no tenía recursos ahorrados, porque los redistribuía, les pedí prestado a aquellos a los que había beneficiado, y me encontré con que, cuando la amistad se enfrenta a lo económico, se rompe la amistad. Entonces, algunos me negaban préstamos mínimos, y otros decían que estaban guardados en otras partes y miles de excusas se ofrecieron para negarme el apoyo.

Seguí adelante y hoy, ya a mis ochenta y tantos años, sigo viviendo con las mismas cosas que a mí me gustan, sin exageraciones que en un momento dado te da el manejo, digamos usufructuario, del dinero, y sin muchas preocupaciones personales por saber ni cómo ni cuándo llegará la muerte.

El shock del futuro

Hacia una nueva visión del mundo contemporáneo

Hace algunos años me tocó conocer a Alvin Toffler. Gracias a una entrevista que mi esposa logró, pude ingresar en el círculo cerrado de aquellos empre-

sarios que lo habían invitado para comentar su libro *El shock del futuro*, en el que imaginaba, igual que otros que aparecieron después, lo que iba a suceder en el mundo contemporáneo. El autor era un caballero, y atendió mi petición de rector. Con nuestras respectivas esposas cenamos y platicamos cerca de cuatro horas. Ahí me hizo vislumbrar algo de lo que está sucediendo.

Me dijo que “el siglo XXI va a ser algo totalmente distinto a lo que fue la civilización previa, porque la tecnología y la ciencia empezarán a desplazar lo convencional y la civilización tradicional”. Mencionó, con tino, que aparecería la inteligencia artificial, es decir, que habría toda una nueva estructura que supliría las fórmulas convencionales de lo que era conocida como inteligencia, o sea, la capacidad de tener alternativas, y ciencia y tecnología tienen la capacidad de transformar y modificar estructuras, para hacer la vida más agradable en términos generales. Agregó que ojalá fuera para todos.

En eso último se equivocó, porque según posteriores informaciones de revistas muy serias, como *The Economist*, filósofos modernos han descrito la catástrofe de la pérdida del humanismo en pro de la modernidad, de la tecnología y de la ciencia. Además, en forma maravillosa, diría yo, aparecieron las que Toffler llamó ciencias de la comunicación en tiempo real, que cambiarían todas las reglas del juego y alterarían las relaciones entre los seres humanos.

Este personaje fue oportuno, porque actualmente y después de los inventos tecnológicos de Bill Gates, Steve Jobs, Mark Zuckerberg y otros, se ha modificado la forma de comunicarse de los seres humanos y el papel parece estar perdiendo la vigencia que había tenido desde Gutenberg.

Tenemos ahora nuevas fórmulas de comunicación que se iniciaron con la radio, la televisión, y siguen con la computadora, y ahora las redes sociales, la informática y, en fin, lo que preconizaron también Arturo Rosenbluth y otros científicos y filósofos, en el sentido de que se iba a iniciar lo que ellos llamaron la cibernética.

Es decir, una visión de transformación e innovación que convertiría el mundo en uno donde no cabrían las fórmulas convencionales y aparecería una ola de nubes que irían aclarando el futuro del mundo, con una visión compleja de lo que sucedería: con la pérdida de la ideología y de las fórmulas convencionales de energía; la carencia de agua potable, el fundamentalismo religioso y, sobre todo, la pérdida del humanismo filosófico, que formaba

parte de la filosofía alemana tradicional de Kant, Hegel, Schopenhauer y de la filosofía griega y romana que antecedió, así como la búsqueda del hombre por el hombre y para el hombre, la democracia, el parlamentarismo y también la sed de buscar fórmulas de un ser supremo, y de un creador que enmarca la razón del vivir.

Alvin Toffler tuvo razón, y ahora la visión actual está llena de lo que se llama la sociedad del conocimiento. Se ha desplazado la manufactura, se acabó la revolución industrial y ahora es la revolución de la informática. Se iniciaron mecanismos de comunicación a través de nuevas tecnologías e innovaciones, como son las redes sociales. El libro ve disminuida su importancia. Y aparece la temática de la inteligencia artificial que desplazara al hombre laboral y lo convertirá en el hombre máquina.

Ha bajado la frecuencia de la reiteración, como elemento de la comunicación y de la educación, y aparece una visión muy rápida, muy transformadora, muy poco seria en su permanencia, nueva, sí, pero que nos hace perder lo que era nuestro sostén a la hora en que se encontraba el hombre consigo mismo.

Y ahí vienen, caminando a gran velocidad, la inteligencia artificial y el robot, que pensarán por nosotros, y toda la tecnología transformadora que suplirá al cerebro humano en muchas áreas, buscando acelerar su eficiencia y producir nuevas tecnologías, para acelerar los mecanismos productivos.

Eso permitirá al ser humano tener más tiempo para encontrar su esencia espiritual y conducirlo al encuentro con la filosofía, que nos enseña la razón del por qué, evitando, espero el materialismo pragmático que nos invade.

Este libro está lleno de pensamientos que se han cruzado en mi camino durante mi vida, y que a través de la formación que me dieron mi universidad y mi país, me han dado un por qué, y un a dónde vamos, y qué va a suceder y una visión realista de que todo esto que viene quizá sea lo que esperábamos para beneficio del hombre, y no para su perjuicio.

En lo social el liberalismo, la competencia y el dios del mercado no han suplido la equidad, la bondad, la belleza de amar, de dar, de comprender, de querer a otro ser humano. Y no se han resuelto los problemas de la pobreza, de la desnutrición, de la falta del agua, de la contaminación ambiental y la terrible espada que caerá sobre nosotros cuando perdamos el respeto a lo que nos entregó la naturaleza: fórmulas para sobrevivir sin destruirla.



El amor: la sublimación de la especie

Caminemos para andar sobre el piso y no sobre el techo de la ilusión de un camino perdido en el infinito de la técnica y no en lo más complejo y más profundo de lo que es el ser humano en su ente social y en su enorme capacidad de amar, de servir, que son las únicas fórmulas que permiten la felicidad; esa que buscamos sin encontrarla, sin darnos cuenta de que está ahí, a la vuelta de la esquina, en el amor.







Epílogo

Termino este libro no cronológicamente, porque Dios me ha dado todavía algunos años por vivir. Lo termino porque ya me aburrí de describir una vida que ha sido inquieta, errónea, veraz y como todas las vidas, llena de equívocos y de inciertos y de una vida plena que Dios me ha dado y a quien le agradezco su presencia.

Posiblemente en este desordenado y no organizado documento hay errores, hay interpretaciones y sobre todo quizá no es tan bueno como yo hubiera querido que lo fuera. Me imagino que en la historia personal se describe algo, pero no todo, porque también no se incluye mi vida amorosa, que es el haber tratado de ayudar, de dar, de generar una tormenta de visiones sobre el arte-quehacer de vivir a través del dar y el comprender.

Es simplemente una anecdótica fraseología que a mí no me gusta, porque me hubiera gustado, como leí de chico y por eso dicen que tengo cultura, escribir como Balzac o como Camus o como, y no quiero parodiar, Shakespeare o Cervantes, que cambiaron el mundo a través de la lengua.

Me hubiera gustado, y reitero, como la que hizo Jorge Treviño: tan sencilla, tan simple, para dejar una huella para mis hijos, que tampoco deben saber mi intimidad en la que tuve tantos errores, tantas incertidumbres, tantos



equivocos que ahora en mi tumba me van a atormentar, porque quién puede describir su vida si no la ha sentido, no la ha vivido plenamente en su entorno y furia personal y crisis, circunstancias que le han hecho lo que es la vida, que es el complejo incierto y también lleno de complejidades que representa el arte-ciencia del vivir.

Esto no sé si se pueda llamar un libro biográfico. Es un libro descriptivo, novelístico, tonto a veces y a veces enseña, porque la verdad es que lo que yo quise enseñar es algo de mi vida para que a algunas personas les sirva de inquietud. No tengo la brillantez de novelista, aunque conocí a Carlos Fuentes, a García Márquez y otros. Quién soy yo para poder señalar que en este libro hay algo de lo que ellos vivieron: la novela que es la vida incierta y también equívoca y mentirosa de la vida misma.

La vida es como es. Cada quien la vive como puede y se equivoca y se acierta. Yo lo único que quiero es dejarle a mis hijos un recuerdo, sobre todo a mi esposa que tanto me sufrió en mis enfermedades y a mis hijos que Dios generosamente me dio: brillantes como Lucía, lúcido visionario como Rodrigo; austero, prudente y muy inteligente como Gabriel; inquieto, independiente y pragmático como Rodrigo, crítica y además audaz como Isabella y belleza auténtica hecha inteligencia como Carolina.

A mis hijos Gabriel, Mauricio, Lucía, Isabella la bella y Carolina que tienen un mundo que se le enfrenta hacia la razón de la sinrazón de la comunicación, lo que quiero decirles es que su mamá fue la que los formó, la que los hizo, la que les dio dentro de toda su encrucijada histórica, su forma de ser. A ella les suplico, les exhorto, que la quieran, que la admiren, que la cuiden, porque sin Elvira no hubieran sido nadie para recordar. Dios bendiga el presente y olvide el pasado, porque como dijo el poeta, el futuro no existe.



Federico Cantú: Maternidad IMSS II
1959. Bronce 23 x 30 x 20
Colección Cantú y de Teresa
Fotografía: Roberto Ortiz Giacomán





Mi vida actual

La jubilación dinámica

Yo, de joven, cuando oía el término jubilación, me explicaban mis maestros que era jubileo; o sea, gozo de la edad; que había terminado una etapa importante de la vida y que ahora había que descansar, gozar y jubilarse, pero me he encontrado con la realidad de que eso no existe.

Lo que existe, en general, en la época actual, es una jubilación con cierto dejo de tristeza, predisposición a enfermedades, un poco de desprecio de la juventud, por los viejos y al final, los achaques que, como se dice comúnmente, van invadiendo el cuerpo que no resiste los embates de la edad, a menos que uno tenga la disciplina para tener ejercicio mental y físico, porque el olvido acompaña la edad y si le agrega uno alcohol o benzodiazepinas, el olvido se acentúa y empieza uno a no recordar los nombres y los teléfonos.

Lo más curioso del caso es que el olvido reciente es más frecuente que el pasado, lo que produce una especie de remembranzas que van pasando por la mente sobre el origen de determinadas circunstancias y de nostalgias; y lo nuevo, lo moderno, va perdiendo vigencia mental.

Es decir, la memoria reciente, y eso está bien documentado, se va perdiendo y aparece la tendencia al recuerdo, porque esa memoria es más resistente a la degeneración cerebral producida por amiloides o por sustancias que generan el Alzheimer, en algunos casos graves, porque todavía el misterio de la

ciencia no ha podido discernir qué es lo que sucede con el Alzheimer, comparado con la demencia senil o con simplemente el olvido tradicional de la edad.

Pero, en fin, jubileo entonces no es un gozo, a menos que tenga uno las características únicas de entorno cultural y ambiental agradable, salud física y que no sufra los embates o agresiones de la edad.

Valga esta introducción para decir que yo terminé mi trabajo activo en el gobierno de Rodrigo Medina, con la renuncia que tuve a bien hacer del CECYTE y del COCYTE.

Pero bueno, este pequeño texto es el antecedente de lo que seguirá de la jubilación dinámica, que le llamo así porque aparentemente hay gente que se jubila con dinamismo de vida y otros siguen la tradicional retirada y dependencia familiar, perdiendo la oportunidad de seguir activos en una vida propia y generosa.

Retirado de la función pública

Yo, en esa época, y lo tengo que decir aquí, tuve atenciones de parte del gobernador y no puedo personalizar ninguna ingratitud, pero mi vida cambió totalmente de una hiperactividad crónica que había tenido durante años, a una pasividad enfermiza para mi forma de ser, que es muy creativa y muy activa. Y en esa forma, retirado ya de la administración pública, se alteraron muchos caminos de mi persona, la mayor parte en forma negativa, porque para mí el trabajo y la posición en la administración pública siempre fue un estímulo que me dio muchos aderezos a mi sensibilidad particular de crear, de colaborar, de servir y de dar.

Y aunque salí en una situación totalmente incongruente, porque yo no tenía nada que ver con el tema que la prensa manejó, ya que tenía todos los papeles en orden; la tristeza de no haber salido por la puerta grande sí me afectó en mi personalidad y es que sí se habían hecho cosas irregulares, lo confieso, porque había una tesorería que era manejada por un familiar del gobernador y en algunos casos no llegaba a tiempo el dinero de la nómina, el que había que usar, lo hice una vez por 15 días, el dinero de los trabajadores del ISSSTELEON.

Posteriormente otros que llegaron, tardaron seis meses en reintegrar esos recursos y mi caso particular fue un error, que se denomina desviación de recursos, porque no había para pagar la nómina y entonces se utilizó una sola ocasión la aportación de los trabajadores y eso por supuesto que es irregular.

En este caso particular, Othón Ruiz, que era el tesorero, lo comprendió y firmó un convenio que se llevó a cabo para evitar ese procedimiento. Pero él, como muchos, estaba bajo el manto negativo de órdenes superiores que no satisfacían la enorme capacidad y la honestidad que tenía Othón, quien tuvo que deprimirse y renunciar, porque su posición estaba siendo mancillada por indicaciones que eran irregulares jurídicamente.

¿Qué sucedió después? Sucedió, para mí, un milagro, porque el doctor Jesús Ancer, quien había sido mi alumno, me invitó a colaborar en la Universidad Autónoma de Nuevo León, en el área de Divulgación de la Ciencia y con nominación del Consejo Universitario, para evitar suspicacias, y sin sueldo, más que un bono de trabajo y aportaciones cuando tenía que ir a los viajes de BioEuroLatina que se hacían en Bruselas, en Madrid o en París. Eso me permitió estar activo. Es decir, Jesús Ancer me reactivó y me resucitó, por lo que le tengo una gratitud muy especial.

Vale la pena comentar aquí la siguiente anécdota: Yo, viendo que estaba preocupado el doctor Ancer por la prensa, que había sido muy cáustica, le pedí a mi amigo el doctor Salvador Borrego, experto en estadísticas, que hiciera una encuesta gratis, le dije, porque lo conozco desde que era estudiante.

La encuesta era muy sencilla, porque estaba diseñada para probar si había afectado mi imagen pública. Se trataba de decir ¿conoce usted al doctor Todd? ¿Sí o no? Y de aquellos que decían sí, que eran más del 50 %, ¿votaría usted por él para gobernador? Y el 70 % de la gente que me conocía, probablemente a través de Milenio o de mis antecedentes deportivos o de las múltiples actividades que he tenido en mi quehacer del servicio público, señalaba que sí.

O sea, yo tenía una mayoría de votación, en teoría, para señalar que mi presencia pública no había sufrido deterioro por la salida de un trabajo en el que ya tenía nueve años y ciertas irregularidades de carácter administrativas, de las que es imposible escapar, y más en esa época, con la administración extra oficial que existía

De ahí que empecé a trabajar en el Centro de Investigación y Desarrollo en Ciencias de la Salud, que es una área de trabajo instalada en el Campus Ciencias de la Salud y que se dedica a investigación y mis funciones, acompañado de Juan Roberto Zavala, Rodrigo Soto y Edith Flores, se llevaron a cabo con éxito, creando libros, promoviendo la actividad de ciencia y sobre todo la divulgación de investigaciones y he estado persistiendo durante mucho tiempo, con subidas y bajadas, de acuerdo con la actividad, porque la pandemia hizo que tuviéramos que aislarnos y bajó mucho la actividad por el miedo, en el caso particular mío, de padecer el Covid, dada mi edad y mi enfermedad crónica, que es una leucemia linfocítica crónica, que uno nunca sabe cómo va a reaccionar ante determinado estímulo.

Pero reitero que la gratitud de haber regresado a mi Alma Máter no se la puedo definir ni describir a nadie. Mi orgullo de ser universitario, donde siempre he estado activo tanto a nivel de las áreas generales, como en la Facultad de Medicina, con las limitaciones de la edad, nunca las he dejado y siempre han estado presentes en mi vida personal y mi vida social.

Mi rector

Como habíamos comentado, Ancer tuvo una prolifera rectoría llena de creatividad y con particular atención para mi persona, y actualmente es director del Centro de Investigación y Desarrollo en Ciencias de la Salud (CIDICS) y ha desarrollado diferentes actividades importantes de investigación, desde que fue rector.

Tengo que reconocer que para mí, Ancer fue un ángel de la guarda, porque gracias a él tuve un apoyo enorme en un momento crucial de mi vida, en donde ya había abandonado el servicio público y necesitaba actividades, para poder evitar la depresión que sucede en la vejez, cuando no se tiene un oficio o trabajo para llevar a cabo.

En ese momento y después también, Ancer, quien prologa este libro, ha sido un amigo, un discípulo, un hermano y un maestro en el arte del quehacer existencial de mi vida, y por esa razón yo le tengo una especial gratitud a este personaje que ha venido enriqueciendo mis actividades, tanto cuando fue director Medicina, como en la Rectoría, ya que él logró que el Consejo Universitario me asignara como Asesor de Divulgación Científica, para de esa forma, seguir estando presente activamente, junto con Zavala, Rodrigo

Soto y Edith Flores, para llevar a cabo actividades pioneras, como el caso de los libros que hacen los estudiantes y maestros, idea original de Juan Roberto; también con los libros de ciencia y continuar por un tiempo la Revista Conocimiento UANL, que fue una revista muy activa y que posteriormente, por falta de presupuesto, tuvo que guardarse en la programación de internet, pero que todavía se puede consultar.

Todo eso, más el afecto emocional y el cariño, es lo que yo siento por este exrector que fue pieza clave en mi vida, ya que sin la vitalidad de la juventud y madurez, sino entrando a la recta final a donde todos llegamos, sin Ancer hubiera sido muy complejo este proceso. Por esa razón, valga de nuevo mi gratitud a un gran universitario.

Bastante difícil es la rectoría para también acompañarla de otros temas, pero este personaje, que tiene una enorme capacidad de creatividad y de trabajo, desarrolló una, digámoslo con franqueza, rectoría ejemplar que entregó al maestro, ingeniero Rogelio Garza Rivera, quien también con un estilo particular, con simpatía y alegría, desarrolló actividades y fortaleció mi presencia, igual que lo había hecho Jesús Ancer.

En fin, Rogelio Garza comprendió mi particular fórmula de trabajo, la apoyó y siempre me dio mi lugar como “mi rector”. Así decía, porque yo fui rector en la época que él era estudiante de la Facultad de Mecánica, de donde era egresado y desarrolló una rectoría también alegre, poco complicada en lo administrativo, con mucha proyección cultural, que se veía y se podía plasmar en lo que era el Colegio Civil.

En él estaban establecidas muchas actividades de carácter cultural, a la par de las de la Pinacoteca, que es la entidad que mi esposa dirigió y lo ha venido haciendo desde que la nombró el gobernador Natividad González Parás. Ahí sigue hasta la fecha, pues la ratificó el actual gobernador Samuel García.

El rector Rogelio, reitero, es una persona buena y muy simpática, que promovió mucho el fenómeno cultural y la actividad universitaria; continuó con su mismo ritmo intenso y yo estuve un poco más larvado, porque me recortaron los recursos, que había antes para los congresos.

Esto, debido a que la universidad siempre ha estado carente de suficiente financiamiento, por el complejo estrangulamiento federal que tiene a todas

las universidades en datos financieros negativos, para seguramente así poderlas controlar y quitarles su libertad o su autonomía, que no es total mientras no tengan capacidad de maniobrar sus finanzas.

Rogelio tuvo algunos pequeños problemas de crítica de un medio que comúnmente critica a la universidad. Esa actitud viene desde la época del gobernador Livas y de Pepe Alvarado, que fue rector y no digamos que es parte de su propaganda negativa, significar los errores que se cometieron en la universidad, después de que la hizo florecer Raúl Rangel Frías.

Estos errores se dieron en el marco del Movimiento del 68 y luego la anarquía de 1971, que me tocó a mí y los restos de toda esa politiquería, que a nivel nacional generó el llamado 10 de Junio, porque los alumnos del Politécnico Nacional apoyaron a los de aquí, en contra de un gobernante que había hecho un proyecto de Ley Orgánica que no era autónoma, sino que dejaba a la universidad bajo un consejo directivo formado por empresarios, obreros, grupos sociales; en fin, todo un maremágnum que costó mucho esfuerzo y al final este gobernante, que era muy inquieto y muy inteligente, tuvo que renunciar.

Los hijos: fuente de inmortalidad

Después de la exitosa gestión de Ancer, llegó el rector Rogelio Garza Rivera, al que conocía desde la época en que era estudiante y uno de los muchachos inquietos del grupo de Jorge Urencio, que tanto me ayudó en mi desempeño en la rectoría. Pero las cosas habían cambiado y de repente Rogelio toma la rectoría por, seguramente, acuerdo de los exrectores, que así han producido una continuidad muy valiosa para la universidad; con algunos problemas, como siempre sucede, pero positiva en términos generales.

Rogelio fue un rector bueno, simpático y agradable, que le metió mucha fuerza a la cultura donde, con un mínimo presupuesto del Colegio Civil y con conmemoraciones a Alfonso Reyes, tenían más público que Conarte.

Así, el rector apoyó mucho a Pepe Garza, quien es hijo de un gran historiador y la universidad avanzó; porque además el rector se preparó y profundizó algunos temas educativos y ahora es asesor de la UNESCO en educación superior.

Es decir, Rogelio hizo un papel digno y aunque tuvo problemas con la prensa y con el manejo administrativo, su gestión fue positiva y para mí fue un trato muy personal y muy solidario con mi edad y con mis antecedentes.

Rogelio me atendió y me sentí yo tranquilo porque, después de haber salido del CECYTE, yo dependía totalmente de la universidad, de la posición que Ancer me dio de asesor en Divulgación Científica y también de lo que los demás rectores mantuvieron, que fueron realmente actos de solidaridad a mi persona, los que me llenan de emoción, de júbilo y de tranquilidad financiera, porque a lo largo del tiempo yo no he tenido esa capacidad, como muchos, de ahorrar o de utilizar algunos contratos con ciertos grados de corrupción, que me ofrecieron, siendo subsecretario y que yo siempre rechacé con la broma de que yo con una botella de whiskey tenía.

Para qué digo los nombres y los detalles; sería como revolver el cieno del que está llena la administración pública. Pero bueno, yo me mantuve y como dijo Salvador Díaz Mirón, pasé el pantano y lo crucé sin mancharme. A veces el gasto, que es mi especialidad, hacía parecer como que yo estaba haciendo algo personal; pero la verdad es que no lo hice porque la prueba es mi vida actual.

A la salida de Rogelio y ya estando yo en una fase de declinación de mi participación, llega allí un joven rector, el doctor Santos Guzmán López, que es un ejemplo de cómo una persona oriunda de la parte más subdesarrollada del estado, Doctor Arroyo, a través de un esfuerzo personal y de una formación posgraduada extranjera, puede lograr llegar a una rectoría.

Y aunque mucha gente pensaba que era demasiado premio para un médico y sin que mucha gente se dé cuenta, él ha logrado ejercer un rectorado con muchas novedades y a pesar de que el gobierno le impuso algunos colaboradores, con mucha dignidad universitaria y con mucha actitud social ha venido resolviendo los problemas tan difíciles como convertir a la universidad realmente en un factor de permeabilidad social y cultural, porque actualmente, con el cobro de las cuotas que implantó Alfredo Piñeyro, con las dificultades financieras y con la presión demográfica, es cada vez más difícil para la UANL cumplir su misión.

Pero bueno, al margen de eso mi vida siguió con un rompimiento, con mi esquema normal de administración y vino la pandemia terrible y mi hipochondriasis me obligó a estar siempre aislado, por temor a la leucemia linfocítica crónica, que he tenido desde hace más de 25 años y que no me había

dado ningún susto; o sea, no había despertado, pero que recientemente ya lo ha hecho y ha puesto en entredicho mi resistencia.

Por eso he dejado de asistir a lugares públicos y me he refugiado en mi participación como periodista en Milenio y también con el arquitecto Benavides, que ha sido para mí un apoyo increíble, porque ha entendido mi capacidad de externar opiniones y, a través del Telediario, participar dos veces por semana; y con el periódico, participar primero, diariamente y luego tres veces por semana, lo que me mantiene activo y con algunas ideas creativas, que para mí son muy importantes.

Porque la fórmula de la creatividad es parte de mi sustancia, de mi tormenta interior y de mi participación en los problemas nacionales y locales, y ha sido realmente una terapéutica funcional para el que esto escribe, permitiéndome no caer en las depresiones profundas que trae la soledad en la pandemia, que fue un azote terrible para la humanidad, porque no sólo le cambiaron las condiciones económicas, sino también la forma de vida de su cultura interna.

En otro orden de ideas, a Bartlett yo lo conocí cuando fui subsecretario y lo admiro como buen mexicano. Pero ahora me he dado cuenta de que en realidad es un hombre que ama el poder.

El tiempo sigue pasando. En mi familia, Elvira se ha portado muy bien, sigue trabajando y continúa como una verdadera triunfadora en el tema de la cultura y tolerando mi aislamiento, que me ha generado una depresión interna que me impide usar lo que es mi fuerza, la creatividad, y que me empuja al uso de pastillas para dormir y a una serie de contrasentidos que yo, médicamente, sé que me hacen daño. Pero nunca esperé una vejez tan contradictoria, cuando mi característica ha sido la alegría y la creación.

Todo esto hay que reconocerlo al amparo de la verdad, del DECRÉPITO CRONOLÓGICO, que se sucede en la vejez, en donde no es fácil recuperar la energía de la juventud y uno pierde mucho de su esfuerzo primario, en su inminente temor a la muerte, que sabe uno que ahí está esperando, porque estamos a cierta edad fuera del promedio y lo único que queremos es seguir trabajando, produciendo y esperando la realidad.

Porque la muerte es la única realidad de la vida y con eso pienso en cómo puede uno influir en sus hijos, ayudarlos con la experiencia y quererlos mu-

cho, porque son la fuente de inmortalidad; tratarlos bien y además tolerar sus errores.

Y allí, en ese torbellino de emociones, pasé aislado casi tres años con la pandemia. Salía muy poco, de hecho solamente para lugares especiales, sabiendo que yo necesitaba el contacto con la gente y que lo perdí, porque fui perdiendo gradualmente a aquellos amigos con los que me tomaba un café o iba a una fiesta o a una reunión, como el caso de Hernán Ramírez, que siempre me ayudó al invitarme a sus reuniones, un poco hegemónicas, porque él maneja una teoría del conocimiento y de la historia, muy personal, y es a veces contradictorio a una realidad, porque él tiene un velo de misterio para encontrar su persona; y aunque es inmune a todo, como lo demuestra su capacidad de tolerar los virus y de estar sano y fuerte a pesar de que tiene un stent coronario.

Él es una persona atractiva, conocedora, que no le gusta que yo hable de mi historia, pero a veces me pregunto, ¿de qué hablo, si no es de lo que fui y de cómo quisiera que fueran las cosas? o sea, del futuro incierto que te permite, a veces, utilizar tus instrumentos del pasado para seguir en el diálogo del presente, en un mundo que está increíblemente confuso, lleno de incertidumbre, difícil y sobre todo, donde ya las teorías políticas se han refugiado en una realidad impresionante, donde la solución a las divergencias económicas ha dado lugar al crecimiento de una política populista, fuera de la técnica y de la tecnología actual.

Esta política inserta en la globalización y generadora de dictadores, como ha sido el caso de América del Sur y también de nuestro país, que está inmerso en ese tipo de costumbre que se sucede cuando se pierde la creencia en la democracia y aunque el Instituto Nacional Electoral ha sido una panacea, actualmente se le quiere retirar su fuerza y dejar las elecciones otra vez como una dependencia de la Secretaría de Gobernación; o sea, del presidencialismo al máximo.

Con este comentario, quiero decir que en mi familia ha habido una riqueza de expresión solidaria. Tanto Rodrigo como Lucía, con su inteligencia preclara; Carolina con su belleza interna y su rápida capacidad intelectual, y sobre todo Isabella, con ese temperamento tan fuerte, tan creativo. O sea, junto con Gabriel y Mauricio, que son trabajadores y triunfadores en sus áreas, yo tengo que agradecerle a Dios y a esta familia tan magnífica y gloriosa, que me ha acompañado en mis últimos años.

Concluyo este libro señalando que estos últimos años sin participación política me han enfermado, porque yo soy un hombre que quiere y necesita a la gente y que sin la gente no puede ser feliz, amén de que uno tiene que aceptar los contrasentidos de la vida familiar. Pero Elvira, sumando y restando sus debilidades y sus fortalezas, ha sido una persona en apoyo inconmensurable a mis errores, a mis deformaciones personales y a mis dependencias. A algunas fórmulas normales que uno usa para ahogar el miedo a la muerte, como es el alcohol, como es la depresión y como es también la alegoría de no saber si está uno en el precipicio del final o todavía hay algún camino que recorrer y una excelsitud que buscar, como ha sido mi tema personal toda mi vida.

Con tristeza y también con el agradecimiento al Gran Señor, que me permitió una vida llena de oportunidades y de exposición a personajes muy valiosos, y por supuesto con la oportunidad para desarrollar lo que es mi fuerza, la creación, ahora es difícil entender y absorber la vejez, como una fórmula inconmensurable de la realidad.

Con estos temas, le agrego a lo que llamé epílogo, MI VIDA ACTUAL, que ya está en el tablero de la incertidumbre de la vida y de la muerte y que espera ser útil, porque eso es lo único que te mantiene vivo a cierta edad, porque la cronología es inexorable.

Yo quiero terminar agradeciendo a la gente que ha estado conmigo: Zavala fundamentalmente, Rodrigo Soto, Edith Flores últimamente, y que me han permitido ciertos estímulos para estar tranquilo en el fenómeno creativo, aunque sea minúsculo de mi vida, que se basó en el recuerdo a un padre brillante, pero desobligado; una madre generosa y tranquila y sobre todo, unos amigos que hice a través del tiempo, bajo la tesis de que servir es dar y, como decía Parménides, el que da se engrandece y yo siempre he dado, porque el que recibe se envilece y yo prefiero otorgar un favor, que recibirlo, porque me siento más lleno de lo que es la vida, el amor, que sólo culmina con la muerte; o sea, con el trasplante a otra conciencia diferente que no sabemos cuál es y que en esa incógnita vienen nuestras pesadumbres y nuestras inquietudes.

Agradezco a Dios que estoy vivo y que he estado muy vivo y muy creativo, y que he ayudado a mucha gente. Eso me gratifica y me ennoblece.

Con todo esto terminamos ya este libro, que tiene agregados y errores, pero que significa algo, que es dejar una nostalgia a la juventud, de una



Mi vida actual

persona que amó, ayudó, creó, trabajó, sufrió y en fin, fue producto del paso fugaz por el entorno material que la vida representa. Gracias a todos.







Galería de fotos























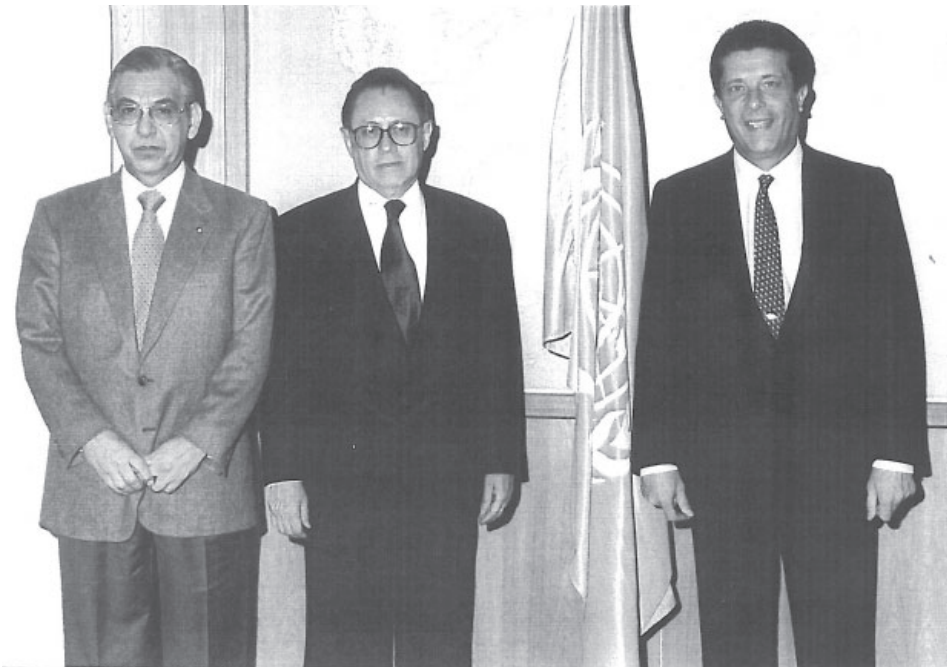








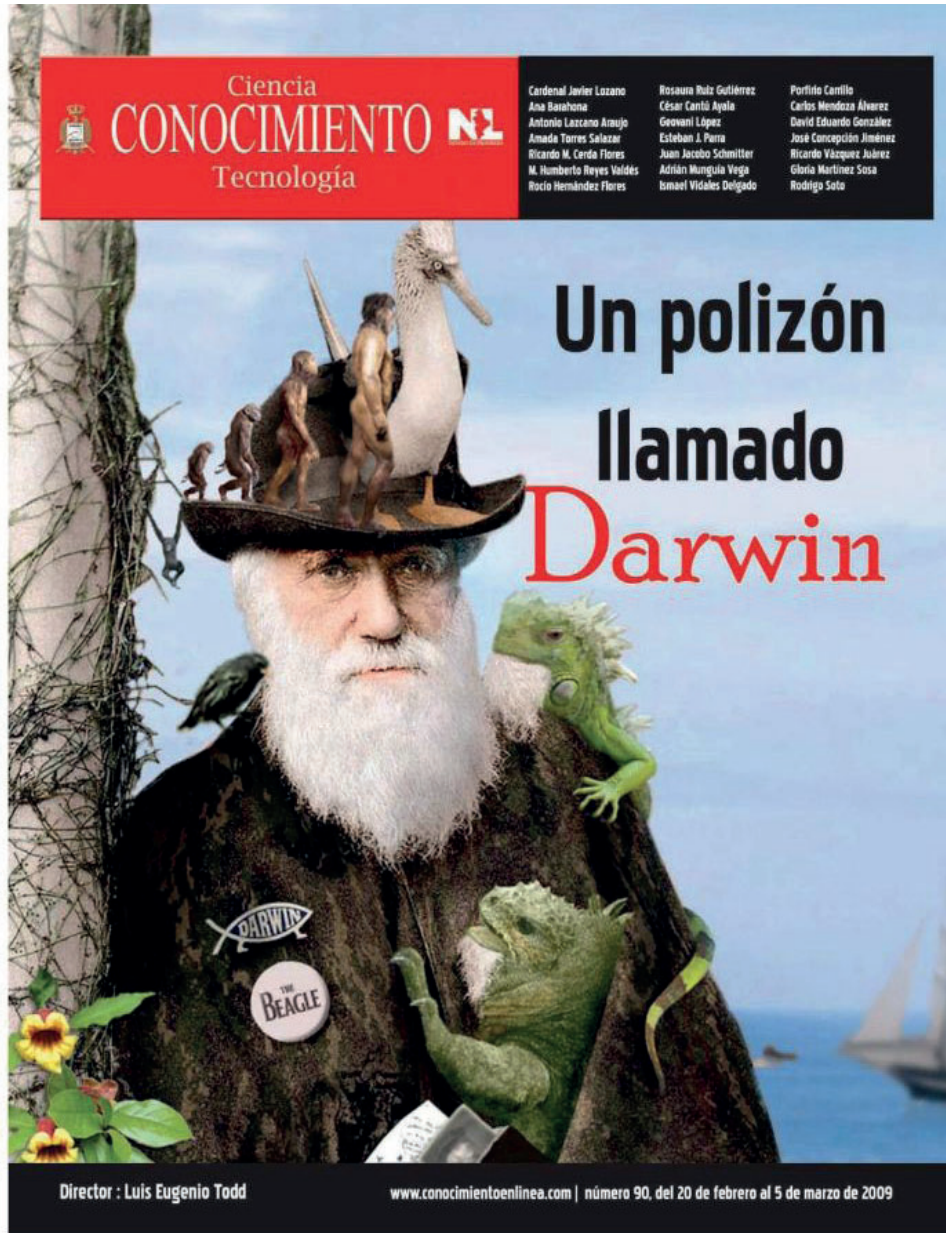


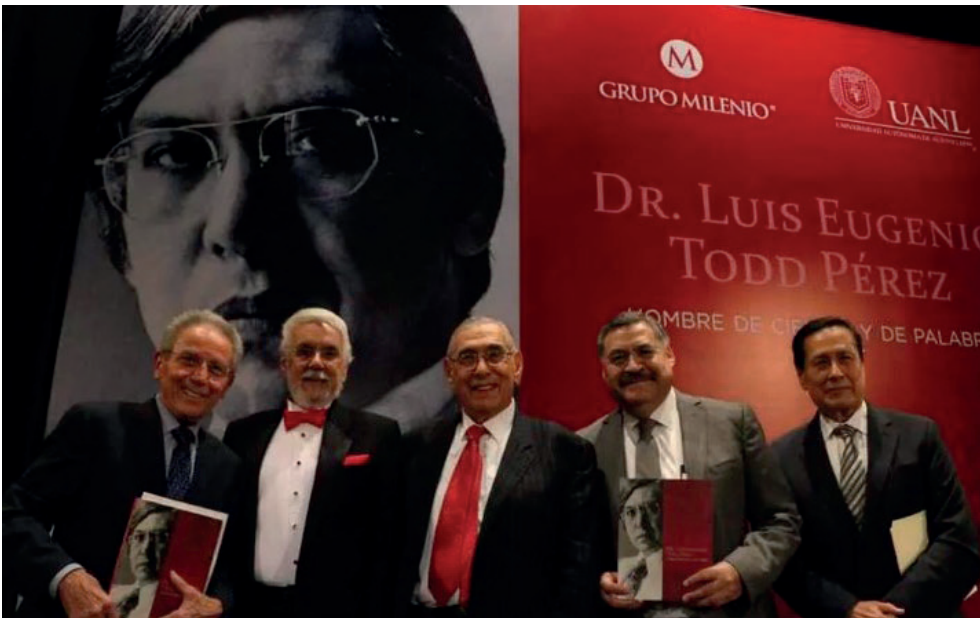




























La juventud



Anatomía de una Utopía. Tomo III, de Luis E. Todd, se terminó de imprimir en marzo de 2033, en los talleres de Serna Impresos, SA de CV. En su composición se utilizaron los tipos Book Antiqua de 9 puntos y New Baskerville de 9, 10, 11, 14, 20, 22, 28 puntos. El diseño y el cuidado de la edición, estuvo a cargo de Lic. Claudio Tamez Garza. El tiraje de esta edición consta de 500 ejemplares.







